



SARAH PINBOROUGH

LOS NIÑOS DEL RÍO

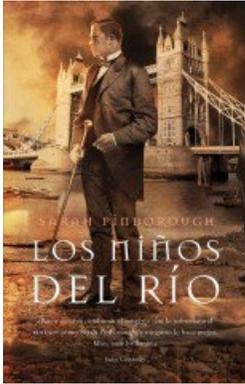
«Pocos autores combinan el misterio con lo sobrenatural tan bien como Sarah Pinborough, y ninguno lo hace mejor.

Muy, muy brillante.»

John Connolly

Las aguas del Támesis albergan secretos capaces de volver loco a un hombre.

Secretos que se obstinan en salir a flote.



A pesar de todo lo que ha visto, el doctor Thomas Bond, médico forense de la policía, alberga todavía la esperanza de llegar a gozar de una vida plácida, incluso de casarse y tener hijos.

Pero Londres es un oscuro laberinto de callejuelas en el que los crímenes no cesan y donde hacer planes de futuro es cuanto menos insensato.

Los cuerpos de varios niños han aparecido a orillas del río, y mientras va en aumento el número de víctimas, algo siniestro acecha al mismísimo doctor.

LOS NIÑOS
DEL RÍO

SARAH PIPBOROUGH

*Para mi madre, que me enseñó a leer
y me transmitió su amor por una buena historia.*

PRÓLOGO

Extracto de una carta de James Harrington
a Edward Kane, fechada en 1887:

... y acabo de volver de sus funerales. Supongo que es de agradecer que puedan descansar juntos para siempre y que ninguno de ellos tenga que seguir viviendo sin el otro (pues estoy convencido, como te dije en Venecia, de que mis padres se querían de verdad), pero tengo el corazón triste y, aunque estoy casi recuperado del envenenamiento que se los llevó de este mundo, sigo sintiéndome atormentado por el nubarrón negro que se cierne sobre mí desde mi regreso de Polonia.

Me gustaría que estuvieras aquí. Nunca he hecho amigos con demasiada facilidad y los pocos que he conseguido son muy serios (no creo que haya ni uno al que pueda abrirle mi alma por completo sin ser juzgado). Tu alegre personalidad y tu optimismo serían un bálsamo para mí en mi presente situación.

En mi anterior carta, mencioné que había estado enfermo en Polonia pero omití muchos detalles, quizá porque yo mismo deseaba olvidar la mayor parte de aquella experiencia; culpaba a las fiebres que había sufrido de confundir mi mente de alguna manera. Sin embargo, desde mi regreso a Londres he empezado a creer (que Dios me ayude) que quizá haya algo de verdad en toda esa locura. O puede que sea yo el que está loco. Varias veces he intentado escribir sobre lo que realmente ocurrió, sobre lo que los aldeanos y mi pobre guía fallecido, Josep, creían que me había infectado, pero siempre he acabado tirando el papel al fuego. Ya es bastante malo que yo me vea atormentado por las dudas como para espantarte a ti con historias de monstruos y leyendas que no tienen cabida en este mundo moderno.

Pero aun así, el terror todavía atenaza mis entrañas.

La noche en que mi madre y mi padre cayeron tan mortalmente enfermos, habíamos comido un tarro de setas en conserva que les había traído de vuelta de uno de mis viajes. Me oí a mí mismo decírselo al médico en cuanto estuve lo bastante bien como para hablar, y había un frasco vacío y restos de comida para demostrarlo... Pero sin embargo, ahora que me he recuperado, no puedo recordar haber comprado las setas, ni comer aquella cena, aunque debo de haber hecho ambas cosas. Esto no se debe a los efectos de las setas venenosas; he estado sufriendo periodos en los que mis recuerdos son vagos, como si en ocasiones estuviera viviendo en un estado transitorio de trance, en el que mis deseos y emociones no son completamente míos. Aquella noche me peleé con mi padre, pero solo recuerdo el enfado, no la razón por la que discutimos. Otro día me encontré caminando por los barrios bajos de Londres, sin recuerdo alguno de cómo había llegado hasta allí aparte de las vagas reminiscencias de unos sueños que sentí a la vez como míos y no míos.

Tuve una experiencia similar en París, pero entonces, cuando recuperé el juicio, tenía la ropa

manchada de sangre. Estos momentos se agravan cuando me ataca la fiebre recurrente de la que te hablé.

Al releer estas líneas, me temo que todo esto debe de parecerse absurdo. Probablemente creas que mi dolor me ha dejado «tocado» y créeme cuando digo muy en serio que de verdad espero que sea así. Con la locura podría vivir, pero temo a los sueños. Me aterra pensar que son reales. Y hay algo casi peor: un peso constante sobre mi espalda, como si hubiera algo justo detrás de mí que no consigo ver.

Puedo imaginarme tu sonrisa de incredulidad desde aquí y, en muchos aspectos, esa imagen es un consuelo. Está claro, no soy más que una víctima de la enfermedad. No puede deberse a nada más. Me dedicaré en cuerpo y alma a los negocios de mi padre, ya que necesito una distracción que me aleje de estos oscuros pensamientos y eso seguro que me dará trabajo de sobra.

Solo puedo esperar que hayas recibido mi primera carta, puesto que no he recibido respuesta alguna. Por supuesto, puede que todavía estés de viaje o en el Palazzo Barbaro en Venecia, donde te vi por última vez, pero como dudo que las obligaciones de tu empresa familiar te permitan permanecer en Europa tanto tiempo, prefiero suponer que mi carta se ha perdido antes que creer que te hayas olvidado de nuestra amistad. Seguiré escribiéndote y espero que algún día puedas venir a visitarme a Londres y que para entonces estas dudas que me atormentan estén ya bien enterradas en el olvido.

Tu querido amigo,
James Harrington.

SINGLETON ARGUS
SÁBADO, 27 DE JUNIO DE 1896
JACK EL DESTRIPIADOR

Carl Feigenbaum, ejecutado mediante la silla eléctrica en Nueva York, le ha dejado una confesión a su abogado, de la cual se deduce que podría tratarse de Jack el Destripador. El comunicado del abogado, que ha sido entregado a la prensa, dice así: «Tengo una declaración que hacer que puede arrojar algo de luz sobre este caso (el asesinato por el que este hombre fue ejecutado). Ahora que Feigenbaum está muerto y ya no puede hacerse nada por él en este mundo, quiero decir, como abogado suyo que fui, que estoy absolutamente convencido de su culpabilidad en este caso y que tengo la certeza moral de que es el hombre que cometió muchos, si no todos, de los asesinatos de Whitechapel. Estas son mis razones y hago esta declaración bajo juramento:

»Cuando Feigenbaum estaba en la prisión de Tombs esperando su juicio, le vi varias veces. Las pruebas en su caso parecían tan claras que preparé una defensa basada en la enajenación mental. Determinadas acciones reflejaban una clara deficiencia mental. Cuando le pregunté directamente “¿Mataste a la Sra. Hoffman?”, contestó lo siguiente: “Durante años he sufrido una rara enfermedad que provoca una pasión completamente absorbente; esta pasión se manifiesta en un deseo de matar y mutilar a cualquier mujer que encuentre en mi camino. En esos momentos soy incapaz de controlarme”. En mi siguiente visita a Tombs, le pregunté si no había estado en Londres en varios momentos durante el periodo en el que tuvieron lugar los asesinatos de Whitechapel. “Sí, estuve”, fue su respuesta. Le pregunté si creía que podrían atribuirle alguno de aquellos casos y, como toda contestación, se limitó a mirarme».

La declaración, que es larga, demuestra concluyentemente que Feigenbaum estaba probablemente loco, pero las pruebas que le identificarían como el famoso criminal de Whitechapel no son satisfactorias.

14 de octubre de 1896

Querido Jefe,

Te sorprenderá saber que esto proviene de tu antiguo conocido Jack el Destripador. Ja Ja Si mi viejo amigo el Sr. Warren está muerto puedes leerlo. quizá te acuerdes de mí si haces un esfuerzo y piensas un poco Ja Ja.

El último trabajo fue malo y desde luego casi se tuerce, y quería que fuese el mejor de todos pero se fastidió, Ja Ja aún estoy vivo y pronto lo verás. Tengo la intención de seguir cuando tenga la oportunidad ¿no sería agradable querido y viejo Jefe volver a aquellos buenos viejos tiempos otra vez? nunca me cogiste y nunca lo harás. Ja Ja

Los policías sois muy listos, entre todos vosotros no pudisteis coger a un solo hombre ¿Dónde he estado? Querido Jefe querrás saber. en el extranjero, si quieres saberlo, y acabo de volver, listo para seguir con mi trabajo y parar cuando me cojáis.

Bueno adiós Jefe deséame suerte. Llega el invierno “Los Juidíos son gente a la que acusan sin motivo” Ja Ja

¿has oído esto antes?

Atentamente

Jack el Destripador

INFORME DEL INSPECTOR JEFE HENRY MOORE AL JEFE DE POLICÍA MELVILLE MACNAGHTEN
18 DE OCTUBRE DE 1896

Me permito informarle de que he examinado cuidadosamente todas las cartas antiguas de Jack el Destripador y no encuentro ninguna similitud en la caligrafía de ninguna de ellas, excepto en las dos famosas comunicaciones que fueron enviadas a la Oficina Central de Noticias; una, una carta con fecha 25 de septiembre de 1888, y la otra, una postal, con matasellos del 1 de octubre de 1888...

Al comparar la caligrafía de la carta actual con la caligrafía de ese documento, encuentro muchas similitudes en la formación de las letras. Por ejemplo, las letras «y», «t» y «w» son prácticamente idénticas. Además, hay algunas palabras que aparecen igual en ambos documentos; a saber, Querido Jefe, ja ja (aunque en la carta actual se utiliza la «J» mayúscula en lugar de la minúscula); y al hablar de los asesinatos, los describe como su «trabajo» o el último «trabajo»; y si «tengo una (o la) oportunidad»; luego están las palabras «atentamente» y «el Destripador» (esta última en la postal) que son muy parecidas. Aparte de eso, están los manchurroneos hechos con los dedos.

Teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado, sería interesante saber cómo ha conseguido el autor de la actual carta reproducir las palabras «Los Judíos son gente a la que acusan sin motivo»; como podrá recordar esas fueron prácticamente las mismas palabras escritas con tiza, indudablemente por el asesino, sobre la pared de Youlston Street, en Whitechapel, la noche del 30 de septiembre de 1888, después del asesinato de la Sra. Stride y la Sra. Eddows (Eddowes); y la palabra «Judíos» estaba escrita en aquella ocasión exactamente igual que ahora.

Aunque resulta extraño que existan esas similitudes entre los documentos, soy de la opinión de que el autor de la actual carta no es el mismo que preparó las cartas para la Central de Noticias; de serlo, he de suponer que la habría enviado otra vez a la misma agencia de prensa y no a la Comisaría de Policía de Commercial Street.

Para concluir, permítame destacar que no le doy ninguna importancia a la presente comunicación.

Para cuando llegó el brandy, ya me sentía agradablemente lleno. La calidez del restaurante no tenía nada que ver con el frío glacial del exterior y en cuanto Andrews repartió los puros el ambiente en la sala se volvió incluso más tranquilo; ya era tarde y muchas de las mesas, ocupadas cuando llegamos, las estaba recogiendo ahora un pelotón de eficientes camareros.

—Entonces, ¿la carta no era nada?—pregunté. No era raro que Andrews y yo cenáramos fuera juntos, pero esta noche Henry Moore nos había reunido y yo sabía que no era solo por disfrutar del placer de nuestra compañía.

—Solo una más que añadir a cientos de otras—contestó desde detrás de una pequeña neblina de humo—. Ninguna es auténtica. Fuera quien fuera nuestro hombre, o está muerto o ha huido.

Tenía buen aspecto. No como Andrews, que se había retirado del cuerpo de policía más o menos un año después de aquel verano sangriento. Henry Moore había tenido un éxito tras otro y le habían ascendido al rango de Inspector Jefe tras relevar al Inspector Abberline en el caso del «Destripador». No había perdido ni un ápice de su sencilla robustez y, aunque seguro que sentía la misma frustración que atormentaba a Andrews por no haber podido capturar nunca a su hombre, era una persona pragmática. Estaría decepcionado, pero no sufriría como lo hacía Andrews.

—Estos puros son muy buenos.—El sabor era dulce e intenso—. ¿Estamos celebrando algo?

—Celebración quizá sea una palabra demasiado fuerte—dijo Moore—, pero desde luego es el final de una era. Ya no estamos investigando activamente el caso del Destripador. Hemos hecho todo lo que podíamos. Ya no vamos a coger a ese bastardo. Es el momento de continuar adelante.

Sus palabras apenas me sorprendieron y, en el fondo de mi corazón, me alegraba de la noticia. Era el punto y final de un capítulo de la historia que intentaba olvidar. Quizás ahora que la decisión estaba tomada, Andrews también sería capaz de dejarlo atrás. Se había convertido en íntimo amigo mío desde su retirada del cuerpo de policía. Era más delgado que yo y, aunque casi diez años más joven, parecía mucho mayor de lo que debía para un hombre en la cuarentena. Durante nuestras partidas de ajedrez o backgammon aún le daba vueltas a los crímenes de Jack, como si esperara recordar un día algún pequeño fragmento de información que llevara a una detención.

—Puede que lo sea—dijo Andrews antes de olisquear su brandy—. Pero Dios sabe cómo desearía haberle atrapado.

—Pues yo me imaginaré que lo hicimos. Para mi propia tranquilidad.

Nos quedamos ahí sentados un momento, inmersos en un cómodo silencio mientras dábamos pequeños sorbos a nuestras bebidas y fumábamos nuestros puros y pensábamos en los acontecimientos que parecían a la vez lejanos en el tiempo y recientes, como pasa con frecuencia con los recuerdos.

—Hay crímenes de sobra en Londres para mantenerme ocupado—dijo Moore después de un momento, con los ojos chispeantes—. Hay días en los que te envidio, Walter, por tu decisión de

cambiar de profesión. Mírate ahora: el caballero investigador, Sherlock Holmes en persona.

Nos echamos a reír. Era verdad que Andrews se había metido en la investigación privada desde que había dejado la policía, pero la realidad de un detective era mucho más mundana que lo que describía la ficción y le daba muy pocas oportunidades de trabajar codo con codo con la policía.

—Quién sabe,—continuó Moore, sonriendo—quizás también me llegue a mí pronto el momento de cambiar de aires. Empiezo a sentirme como un perro viejo que intenta agrupar a un montón de cachorros hiperactivos.

—¿Jubilación?—preguntó Andrews—. Yo desde luego me la estoy planteando pero... tú no tienes pinta de hacer algo así.

—¿Me ves muriendo en el puesto de trabajo? Bueno, el trabajo administrativo puede que me lleve prematuramente a la tumba, eso sí.—Dejó escapar una risa ronca—. Pasaré unos pocos años más en el Cuerpo, seguro, pero luego... ¿quién sabe? Estoy demasiado cansado para perseguir a otro maldito lunático como ese, y creo que ya he trabajado en el caso por el que seré recordado. Todos lo hemos hecho.

No era propio de Moore ser tan reflexivo, pero tenía razón. Londres nunca antes había vivido seis semanas como las de Jack y era improbable que fueran a repetirse. Todos nosotros habíamos participado en aquello, incluso aunque no hubiésemos logrado poner al hombre en cuestión en manos de la justicia.

—Jack y el Asesino de los torsos—dijo Andrews—. Espero que estuviésemos equivocados y fuesen una única persona. Así solo habríamos fracasado en atrapar a un hombre.

Apreté los dedos alrededor de mi copa de brandy. Rara vez hablábamos de los Asesinatos de los torsos. Para Andrews siempre habían sido secundarios respecto a los de Jack y yo me alegraba de que así fuera. Durante los primeros años tras aquellos terribles acontecimientos mi sueño se había resentido. Mantenía los recuerdos guardados bajo llave en mi alma y había conseguido desengancharme del láudano, pero muchos días no era capaz de hacer nada por el agotamiento. No había visto ni al cura ni a Aaron Kosminski desde aquella fatídica noche en el almacén de Harrington. Poco a poco había conseguido convencerme de que las drogas nos habían inducido a una especie de locura, pero aún sentía una abrumadora sensación de miedo cuando caminaba por las calles de Londres.

Pero durante el último año y medio más o menos eso también se había ido diluyendo y todo el asunto había empezado a parecer nada más que un terrible sueño. No tenía ninguna duda de que Harrington era el asesino, así que no sentía una culpabilidad agobiante por su muerte, pero tampoco me gustaba en absoluto recordar aquellos sucesos por temor a que regresaran otra vez mis ansiedades y mi insomnio.

—Es posible—concedió Moore, pero me pareció que más por el bien de Andrews que porque realmente lo creyera.

—Deberíamos darle menos vueltas al pasado—dije yo—. Si el caso se ha cerrado, entonces quizá nosotros también deberíamos dejarlo estar. Y de paso descansar un poco.

—Brindo por eso—celebró Moore y le hizo una seña al camarero para que sirviera más brandy.

Era tarde cuando volví a mi casa de Westminster, pero tenía la agradable sensación de haber pasado una velada entretenida rodeado amigos y, antes de irme a la cama, fui a mi estudio para escribir algunas anotaciones más en mi artículo sobre heridas de caza. Quería quitarme de la cabeza cualquier atisbo de pensamiento sobre Jack y el Asesino de los torsos con algo de trabajo práctico, y no lo encontré demasiado difícil en la comodidad de mi propia casa. La sensación de

haber estado atormentado me había abandonado por completo, y aunque a ratos temía que pudiera volver, con cada día que pasaba me relajaba un poco más y me permitía a mí mismo sentirme a gusto con mi vida. No habría más opio. No habría más locura. El cura y Kosminski no eran más que meras figuras de un sueño. No eran tangibles y, por ello, ya no podían afectarme. Se había hecho justicia (aunque fuese una justicia oscura que nunca podría compartir con Andrews y Moore) y me negaba a sentirme culpable por mi participación en ella. Era mucho más soportable para Juliana que lo que hubiera sido cualquier juicio, y no tenía ninguna duda en absoluto de que el resultado hubiese sido el mismo.

Al final, apagué las lámparas de gas y subí las escaleras hasta la cama a la que ya no temía. *Sí*, pensé mientras me sumía con facilidad en un agradable sueño, *la vida por fin era buena*.

PSIQUIÁTRICO DE COLNEY HATCH. MARZO DE 1891
AARON KOSMINSKI

INFORME MÉDICO DE INGRESO:

El individuo anda por las calles y recoge trozos de pan de las alcantarillas y se los come. Bebe agua de una fuente pública y rechaza la comida proveniente de otras manos. Está muy sucio y no se deja lavar.

El paciente cree que es guiado y controlado por un instinto que dirige su mente.

Me quedé en casa de Juliana en Nochebuena y, después de que el pequeño James se acostara, la ayudé a envolver los últimos regalos. Luego rellenamos el calcetín navideño que colgaba del borde del mantel antes de sentarnos a beber una copita de jerez y dejar que la alegría de las fiestas se nos metiera en los huesos.

—La calma antes de la tormenta—comentó Juliana con una sonrisa, alzando su copa hacia mí—. Feliz Navidad, Thomas.

—Feliz Navidad para ti también, Juliana.

Nos quedamos ahí sentados, disfrutando del silencio de esa forma particular en que pueden hacerlo dos personas que se han acostumbrado a la compañía el uno del otro. Me alegré de ver que tenía un aspecto más saludable y parecía más contenta. Su felicidad me hacía feliz a mí e, incluso con el secreto que mantenía bien enterrado, aún me atrevía a esperar que algún día ella pudiera llegar a considerarme algo más que un simple amigo. Aunque yo era ya un hombre en la cincuentena y ella aún no había cumplido los treinta, no perdía la esperanza de poder cuidar de ella. Aun sin tener en cuenta mis imposibles sentimientos de amor hacia ella, se lo debía.

Había dejado de vestir de luto (a regañadientes, pero con un pragmatismo que me había empezado a dar cuenta de que era parte de su ser) hacía unos años, pero el dolor y la pena no la abandonaban, casi tan corpóreos como el monstruo que mi locura me había convencido de que estaba adosado a la espalda de Harrington. Aquella época no fue fácil para Juliana: habían sacado el cuerpo hinchado de su marido del río unos días después de su muerte y a ella, que insistió en verlo aunque tanto su padre como yo le aconsejamos encarecidamente que no lo hiciera, se le rompió el corazón ante aquella visión. Su embarazo siguió dándole problemas de salud y el parto fue largo y difícil; durante un tiempo, aunque nunca se lo dijimos, hubo momentos en que temimos que la perderíamos tanto a ella como al bebé. Y después de eso, nunca recuperó la salud por completo: aunque su pelo pelirrojo era todavía precioso, había perdido su lustre, y tenía la cara demacrada. Por mucho que yo la animara a salir otra vez a tomar el aire, incluso sugiriéndole que viniera de caza conmigo como solía hacer, ella siempre rechazaba la oferta y durante más o menos el primer año de vida del pequeño James, Juliana era poco más que un fantasma de su ser anterior. Cuando por fin dejó su lecho de enferma, se movía y hablaba y caminaba, pero su corazón había caído al río con su fallecido esposo y llegué a pensar que si su enfermizo hijo moría también, sería solo cuestión de días que ella se arrojara al agua tras ellos.

Pero el pequeño James no murió y Juliana poco a poco volvió a nosotros, quizá no con la alegría de vivir que había sido tan propia de ella antaño, pero todavía era una mujer joven y yo no había perdido la esperanza de que el Tiempo, el curandero particular de la madre Naturaleza, rectificara ese punto. Los jóvenes eran resistentes y Juliana era una mujer excepcional. Estaba convencido de que había tomado la decisión correcta: que sería mejor que ella tuviese que lidiar solo con el dolor de un marido abducido y asesinado y no con la verdad sobre James Harrington,

que se había convertido en un brutal asesino de mujeres y en el verdugo de su propio hijo nonato.

Juliana se quedó en la casa de Chelsea solo el tiempo suficiente para que ella y el niño se recuperasen un poco del trauma de su nacimiento. Entonces, sus padres y yo la animamos a que vendiera la propiedad y se mudara. Confieso que no fue difícil, no necesitó persuasión por nuestra parte, pues aquella casa albergaba pocos recuerdos felices para ella. Egoístamente, me sentí feliz de no tener que transitar más por esa calle, pues no solo los padres de Harrington habían muerto allí de forma horrible, sino que también el fantasma de Elizabeth Jackson deambulaba por ella cada vez que mi vista se posaba en la casa cercana en la que había trabajado.

Cuando Juliana se mudó a la nueva casa en Barnes, los oscuros nubarrones que me habían estado acompañando a todas partes empezaron a retirarse. Y a medida que Juliana se recuperaba, yo hacía lo mismo.

Ahora, al irse apagando el fuego, su pálido rostro se veía precioso, iluminado por el fulgor de las brasas. Cuando se casó con James Harrington no era más que una niña, pero ahora se había convertido en una mujer y llevaba las huellas de su sufrimiento marcadas en la cara. A mí me parecía que eso la hacía más perfecta, si es que era posible.

—Creo que me iré a la cama—dijo por fin, levantándose—. Gracias por venir esta noche, Thomas. Ha estado bien pasar algo de tiempo los dos a solas antes de que lleguen nuestros invitados mañana.—Se inclinó sobre mi silla y me dio un beso suave en la mejilla—. Siempre eres tan amable conmigo... A veces me pregunto qué haría yo sin ti.

—Nunca tendrás que estar sin mí—le contesté—. Eso te lo puedo prometer.

Volvió a sonreír, una expresión melancólica que me hizo desear ver algún día sus ojos brillar con el buen humor de antaño. Y aunque no me atrevía a pensar en ello a menudo, a lo mejor algún día empezaría a amarme como yo la amaba a ella...

—Creo que me quedaré leyendo un rato—dijo—. Duerme bien. Y Feliz Navidad.

Mientras observaba cómo salía de la habitación, rodeada por el frufú de sus faldas al caminar, pensé que nunca había conocido a una mujer como ella y que nunca volvería a hacerlo. No leí ni una palabra. En lugar de eso me perdí en los restos del fuego hasta que no fue más que un pálido resplandor mortecino. Cuando la habitación se enfrió, yo también me retiré a mi dormitorio en busca de una noche de sueño reparador antes de las celebraciones navideñas. Afortunadamente, eso había dejado de ser una esperanza vana.

El ambiente mañanero era tan alegre como en cualquier casa de Londres y, cuando llegó Charles Hebbert, el padre de Juliana, dejamos a la cocinera preparando nuestro banquete y nos fuimos a la iglesia. Tras el servicio, volvimos dando un paseo por el borde del río hasta la casa de Juliana en The Terrace. Había sido un mes de temperaturas suaves y a pesar de aire fresco podría tan fácilmente haber sido un día de marzo como uno de diciembre. Juliana relajó un poco su habitual actitud sobreprotectora y dejó a James corretear por delante de nosotros, aunque le vigilaba de cerca cuando se asomaba a la orilla para ver el río que discurría a corta distancia bajo nuestros pies.

—Empieza a parecerse mucho a su padre—dijo Charles, y añadió con una sonrisa—y tiene buen aspecto.

De debajo del gorro del chiquillo, se escapaban unos rizos rubios que le enmarcaban la cara y por una vez sus pálidas mejillas resplandecían, tanto por la excitación como por el aire fresco.

—Tiene los ojos de Madre—dijo Juliana, dándole a su padre un cariñoso apretón en el brazo. Mary Hebbert había fallecido hacía dos veranos, víctima de una repentina fiebre. Fue una muerte rápida pues le falló el corazón, y aunque ambos la habían llorado amargamente, su pérdida se había transformado paulatinamente en recuerdos afectuosos más que en brotes de angustia y

pesar—. Y es bondadoso, como ella.

—Y tan listo como su propia madre—añadió Charles, con los ojos brillantes—. Una combinación maravillosa.

No me uní a su descripción del niño, pues cualquier cosa que hubiese dicho habría sonado forzada y embarazosa. En vez de eso, me rezagué unos pasos y los dejé continuar. Nunca había sido capaz de conectar con el pequeño James. El gran parecido con su padre y los recuerdos que despertaba en Juliana la consolaban, pero a mí me producía un efecto más oscuro. James tenía el pecho débil de su padre y casi había acabado con Juliana al venir a este mundo; incluso durante el embarazo él había hecho que su madre enfermara de gravedad, y yo no podía evitar preguntarme si parte de la maldad de su padre habría pasado a su hijo nonato. Y más que ninguna otra cosa, aborrecía la fascinación que sentía el chiquillo por el río. Juliana se negaba a dejarle bañarse en sus aguas, a pesar de que su casa daba directamente al río. De hecho, me preguntaba cómo podía soportar ver el Támesis a diario, sabiendo que habían encontrado a su marido en él, pero supuse que de alguna manera eso le hacía sentirse más cerca de aquel. Por mi parte, aún no podía mirar al río sin sentir una ligera sensación de temor.

—Tiene casi seis años. Debería ir al colegio—oí que decía Charles—y mezclarse con niños de su edad. Sería bueno para sus pulmones pasar más tiempo haciendo deporte y bueno para él estar con otros niños.

—Prefiero educarle yo misma—contestó Juliana con tono cortante—hasta que sepa que está completamente bien.

Charles no la presionó, lo cual le honra. Era Navidad y no el momento de sacar a colación su excesivo control maternal.

—¡Mira, Madre! ¡Mira!—El niño señalaba hacia un tumulto de gaviotas que giraban en el aire y se lanzaban en picado al agua.

—¡No te asomes demasiado!—Juliana corrió hacia su hijo y Charles y yo la seguimos.

—¡Pero mira!

Mientras sus picos daban ávidos mordiscos y pellizcos, el torbellino de gaviotas removía el agua y levantaba espuma. En pleno cogollo, pude distinguir un trozo oscuro de algo de lo que tironeaban en una dirección y otra.

—¡Es una cosa muerta!—chilló James emocionado—. ¡Se están comiendo una cosa muerta!

Después de eso, nos alejamos del río.

Walter Andrews llegó a tiempo para la cena de Navidad, cargado de paquetes y con una botella de buen oporto, y para cuando todos hubimos comido hasta saciarnos y el pequeño James jugaba con sus juguetes nuevos formábamos un grupo verdaderamente festivo. Habíamos abierto pequeñas sorpresas navideñas y roto nueces, y luego Juliana tocó el piano y todos cantamos villancicos. Afuera, como para saludar adecuadamente a ese día tan señalado, la temperatura cayó en picado y empezaron a caer los primeros copos de nieve del invierno. No podía haber deseado una Navidad más perfecta.

—Di buenas noches al tío Thomas y al Inspector Andrews—dijo Juliana, empujando al soñoliento chiquillo hacia nosotros—. Y dales las gracias por sus regalos.

—Solo Sr. Andrews en días como hoy—dijo Walter, despeinando los rizos angelicales del niño—. Buenas noches, señorito James.

—Gracias por el bate de cricket—murmuró el niño.

—Te tendremos en la línea de bateo en cuanto llegue el verano—le dijo Andrews con un guiño.

El pequeño James se volvió hacia mí y se acercó a donde estaba sentado para pasar sus

delgados brazos alrededor de mi cuello y darme un abrazo.

—Feliz Navidad, tío Thomas—dijo. Le devolví el abrazo, pero me sentía rígido y torpe. Intentaba que me gustara el chiquillo, de verdad. No es que fuera un niño desagradable, ese no era el caso. Era más callado que la mayoría de niños de su edad, y algo reservado y apegado a su madre, pero no era maleducado, ni antipático, ni malo. Era solo que se trataba del hijo de un monstruo, concebido en el punto álgido de la locura asesina de su padre, y no podía evitar preguntarme si los pecados de su padre acecharían de alguna manera en su alma. Y cuando fijaba aquellos grandes ojos azules en mí, atentos y sombríos, me resultaba casi imposible no creerlo.

—Gracias por mis libros. Y por el tren.—Mantuvo los brazos alrededor de mi cuello y me dio un beso en la mejilla y, sabiendo que Juliana nos miraba con cariño, le di unas palmaditas en la espalda y esboqué una sonrisa forzada, aunque no fui capaz de decidirme a devolverle el beso.

—De nada, jovencito—dije a cambio. Se apartó y me miró fijamente durante un instante. Luego volvió al lado de su madre.

—Iré y te leeré uno de esos cuentos nuevos con tu madre—dijo Charles levantándose de su asiento—. ¿Qué te parece?

—Gracias, abuelo—contestó el niño educadamente mientras Charles le cogía en brazos y emitía un gemido, como si el ligero peso del niño fuera demasiado para él. Fingió tambalearse un poco bajo semejante carga y el pequeño James se rio, una risita suave, y sentí una punzada de tristeza ante mi incapacidad para quererle.

—Buenas noches, tío Thomas—volvió a decir el chiquillo.

—En seguida bajamos—dijo Juliana sonriéndome—. Venga, venid conmigo vosotros dos.

Cuando estuvimos solos, Andrews me sirvió otra copita de oporto y luego añadió algo de carbón al fuego antes de que nos acercáramos a la ventana y observáramos la nieve caer y las lámparas de gas titilar en las casas de la calle en curva. Pensé en todas las familias que habían decorado sus árboles y abierto sus regalos y deseé que hubieran disfrutado de un día tan feliz como nosotros.

—El niño te tiene mucho cariño—dijo Andrews—. Me parece que quería que tú le leyeras ese cuento en vez de Charles.

—Oh, no lo creo.—Me sorprendieron sus palabras. El niño se sentía tan incómodo conmigo como yo con él y había supuesto que eso era obvio para todos.

—Tú eres lo más parecido a un padre que tiene.—Andrews bebió un sorbito de oporto. En una casa algo más arriba alguien cerró las cortinas. La Navidad tocaba a su fin otro año más, lo que me hizo pensar en la velocidad a la que pasaban los años para mí; las fiestas navideñas estarían de vuelta antes de que nos diéramos ni cuenta.

—No te estás haciendo más joven—dijo Andrews como si me leyera el pensamiento—. ¿Cuándo te vas a armar de valor y pedirle matrimonio?

El calor invadió mis mejillas. Era verdad que a menudo le hablaba a Walter de Juliana durante nuestras cenas, pero nunca había mencionado mis sentimientos por ella. Creí que había hablado como lo haría un protector, no como un hombre enamorado.

—Oh, venga, Thomas.—Me entretuve en cerrar las cortinas para no ver el humor amable que se reflejaba en sus ojos—. Está claro que los dos os tenéis mucho cariño.

—Tengo casi treinta años más que ella—contesté, esperando sonar indignado, pero cuando oí en voz alta las palabras que tantas veces había pensado, me sentí algo avergonzado de haber imaginado siquiera que ella pudiera pensar en mí y en el matrimonio. Era ridículo—. Soy más mayor que Charles—añadí.

—La edad es irrelevante en asuntos de esta índole.—Se sentó al lado de la chimenea, en

donde las llamas chisporroteaban alegremente—. Y Juliana es muy sensata para la edad que tiene. Su enfermedad y su dolor la han hecho madurar.

Deseé que se callara, pero al mismo tiempo encontré algo de esperanza en sus palabras. Si a un hombre como Walter Andrews no le parecía completamente absurda la idea, entonces puede que un día encontrara el valor de decir en voz alta las palabras que tantas veces había pronunciado en silencio.

—La has ayudado a superar esos malos ratos y el afecto que siente hacia ti es evidente. Eráis buenos amigos antes del asesinato del pobre Harrington y te has mantenido firmemente a su lado desde entonces. Si fuera a casarse de nuevo, ¿a quién elegiría si no es a ti?

—Sigue llorando a su marido—dije con suavidad. No pensé en el cadáver decapitado del bebé que había en el baúl de Harrington. No pensé en el cristal en mi mano cortándole el cuello.

—Le llora menos a cada mes que pasa. La vida es corta, Thomas. Harrington ya no está. La Mary de Charles ya no está. Mi propia Amy ya no está. Si tienes la oportunidad de ser feliz, entonces deberías al menos intentar aprovecharla.

—Quizás lo haga—dije—. Quizás lo haga.—Le sonreí—. Deberías haber escrito eso como regalo de Navidad para mí y ahorrarte el coste de esas caras botas de montar.

—Tienes razón—declaró, cogiendo otra vez la botella de oporto—. Las devolveré mañana.

—Ah, pero no lo escribiste.—Sostuve mi copa hacia él—. Me quedo con las botas.

Para cuando Juliana y Charles regresaron nos estábamos riendo y pronto Juliana se unió a nosotros. Era un sonido agradable y no se había oído lo suficiente en los últimos años. Puede que las cosas estuvieran cambiando para todos nosotros. La miré y sentí que mi apasionado amor me apretaba el corazón. *Quizás este año, pensé. Deja que pase Navidad y que el nuevo año empiece bien. Quizás entonces se lo pida.*

EXTRACTO DE UNA CARTA DE JAMES HARRINGTON
A EDWARD KANE, FECHADA EN 1888

... mi secretario, James Barker (un hombre bastante formal a quien mi padre confió implícitamente sus tratos comerciales, y en quien yo, cuando mi mente es completamente mía, me siento inclinado a confiar también), parecía confundido por mi sugerencia. Luego me dijo que solo yo tenía la llave de ese almacén y que le había dicho específicamente que no debía utilizarse. En cuanto pronunció las palabras, las recordé, pero no fui capaz de deducir por qué habría dicho algo semejante. Por supuesto le quité importancia al asunto, pero he de admitir que me atormenta. No puedo encontrar registro alguno de lo que estoy guardando allí y alguien ha pintado las ventanas de negro.

Echo en falta varias horas. Mis noches son a veces como un borrón, y me ocurre siempre cuando estoy débil a causa de esta terrible fiebre que me llena de miedo. Empiezo trabajando tarde, estudiando los papeles de mi padre para entender los sistemas que tiene montados, pero entonces hay lagunas de negrura e imágenes fragmentadas en las que no quiero pensar mucho, y me despierto (si es que esa es la palabra adecuada, pues estoy lejos de dormir durante esos episodios) en lugares en los que no debería estar.

Sé lo que dirías (y aún tengo la esperanza de recibir alguna contestación tuya, aunque mis escritos se están convirtiendo en un proceso catártico por sí solos). Dirías: «Vete al médico». Y lo haría, Edward. Pero no puedo.

Salí de uno de esos estados de fuga hace unas semanas y me encontré en Westminster, cerca del solar del nuevo edificio de Scotland Yard. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo allí, pero me dolían los brazos y la espalda y estaba exhausto. Pero al mismo tiempo, la debilitadora fiebre había desaparecido y de mi rostro se habían borrado de repente las ardientes manchas violáceas características de mi enfermedad recurrente. Me asusté, como haría cualquier hombre que se encontrara de pronto tan lejos de su casa y sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí.

Ayer encontraron algo en el interior del nuevo edificio: parte del cuerpo de una mujer muerta. No tenía cabeza y estaba brutalmente desmembrado, y la habían envuelto en las páginas de un periódico que a mí me entregan a domicilio. Sé todo esto porque el padre de Juliana está trabajando con la policía. Casi puedo oír cómo te ríes, descartando ambos acontecimientos como hechos inconexos, pero aún hay cosas más extrañas en esto. Cuando les oigo hablar de esta pobre mujer fallecida, la veo en el ojo de mi mente: una chica alta, con el cuerpo completo. La veo caminando a la luz del sol, y luego la veo en la oscuridad, mirándome con cara de absoluto terror. Sé que es extranjera y sé que le ocurrió algo horrible.

Hay otros recuerdos también, recuerdos de sensaciones: poder, hambre y una lujuria más intensa que la que haya conocido jamás.

Temo por Juliana. Temo por Elizabeth, la chica que fue la causa de que viajara al extranjero. Temo por mí mismo.

Me siento como si fuera dos hombres, y el de los actos que no puedo recordar por

completo es el extraño.

Y siempre, siempre, llevo este terrible peso sobre mi espalda, de algo justo fuera de la vista, algo que no puedo quitarme de encima. Algo que me está volviendo loco.

Sé que tengo que mirar en ese almacén cerrado, ese del que aparentemente solo yo tengo la llave. El que protejo tanto de Barker y de los demás trabajadores. Las respuestas están en ese almacén y eso es lo que me da que pensar. ¿Qué encontraré allí? ¿Nada? ¿Demostrará eso entonces que sufro algún tipo de locura?

Temo que encontraré algo peor: que no estoy loco.

Que soy un monstruo...

James tenía razón sobre Londres: era como Nueva York, una ciudad abrumadora y excitante, y como su propia casa, tenía muchas partes sucias y excesiva pobreza. Pero Londres era de hecho más como París: el ambiente estaba cargado de historia y sus calles llenas de secretos tan viejos que incluso la piedra desgastada había empezado a olvidarlos. Pero cuanto más veía, más se daba cuenta de que tampoco era totalmente como París. La historia reciente de la capital francesa puede que fuese más sangrienta, pero no por ello dejaba de ser una ciudad que rezumaba seducción. Londres era todo mugre y polvo y trabajo. No había nada romántico aquí. En Londres, incluso el río trabajaba. De hecho, Londres era como todas las grandes ciudades del mundo, concluyó Edward Kane, completamente única.

Miró su reloj mientras el camarero le servía más café. Se lo bebió solo y paseó la vista por encima del periódico sin realmente leerlo. Dejó sin tocar los delicados sándwiches y tartas de las magníficas bandejas de porcelana. Le traerían té recién hecho cuando llegara su invitada; entonces comería. Debía de estar a punto de llegar; si es que llegaba, obviamente. Estaba sorprendentemente nervioso. Miró a través de las centelleantes ventanas hacia la penumbra de la ajetreada tarde. Siguió al gentío con la vista y se imaginó las centenares de diminutas historias que iban envueltas en cada cuerpo caliente mientras proseguían su camino apresurados. Se alojaba en el Dorchester desde hacía ya casi una semana. En un hueco entre reuniones con banqueros y empresarios del ferrocarril, se había acercado a la dirección que aparecía en las cartas de James Harrington, esperando encontrarle recuperado y en buena forma, y quizás un poco avergonzado por todo lo que había vertido en todas aquellas páginas hacía tantos años. Pero en vez de eso, se había enterado de la muerte de su amigo, de cómo lo habían sacado del Támesis como un cadáver hinchado con el cuello cortado, y cómo su pobre y joven viuda casi había muerto al dar a luz poco después.

Había decidido que sería mejor no ir a la nueva casa y en vez de eso había enviado un mensaje, dejando así que la mujer decidiera si quería ver a un hombre que había conocido a su marido solo brevemente y en su juventud.

—¿Sr. Kane?

Estaba de pie a poca distancia de su mesa, una visión teñida de un azul intenso, con un sombrero ladeado a la moda sobre sus cuidadosamente peinados rizos. A su lado, un niño pequeño que se mantenía un poco demasiado cerca de la falda de su madre le miraba con nerviosismo.

—Sra. Harrington.—El hombre se puso en pie y sonrió—. Es un verdadero placer conocerla.

—Es americano—dijo el niño, abriendo los ojos un poco más.

—Sí, lo soy. Y tú eres un muchachito muy apuesto; igual que tu padre.

—No conozco a mi padre—dijo el niño—. Está muerto.

—James, estate calladito por favor.—Juliana sonrió mientras el camarero le sostenía la silla, pero Edward vio el rayo de dolor que cruzó sus ojos al oír mencionar a su difunto marido. Los

años podían haber pasado, pero era obvio que ella aún le lloraba—. Espero que no le importe que haya traído a mi hijo conmigo—añadió la mujer—. Yo... bueno, no tengo una institutriz para él. Prefiero educarle yo misma.

—Cuanto más mejor—aseguró Edward, guiñándole un ojo al flacucho niño que no dejaba de mirarle con algo de asombro—. ¿No es así, James? Además...—se agachó para coger una bolsa que descansaba a su lado... te he traído esto. Es un poco tarde para Navidad, pero pensé que podría gustarte.

Le entregó la caja al niño, que se quedó con la boca abierta al ver el tren a escala, con una locomotora y varios vagones, todos hechos de hierro fundido y pintados con los colores de la compañía de Edward.

—¿De América?—susurró James, y tanto su madre como Edward se echaron a reír ante su reacción.

—Sí, así es. Ha venido todo el camino desde Nueva York.

—No debería haberse molestado, Sr. Kane. De veras. Es muy amable por su parte.

—Edward, por favor. Y no fue molestia alguna. Mi negocio... uno de mis negocios, es el ferrocarril.—Llegó el té y él esperó hasta que acabaron de servirlo antes de continuar—. Siento mucho su pérdida. James era un buen hombre.

—Sí—repuso Juliana, y Edward vio de nuevo algo cruzar la cara de la mujer; la sombra de un recuerdo, quizás—. Sí, lo era. Tengo entendido que le escribía a usted, cuando estuvo enfermo.

—Sí, lo hizo.—Edward sonrió—. Así es como me enteré de que estaba usted en cinta.

Juliana le dedicó una mirada escrutadora; había un oscuro poso de inteligencia cautelosa bajo la calidez de sus ojos, y Edward supo entonces que no compartiría el contenido de las cartas de su difunto marido con ella. Temió que dejar que Juliana viera lo que James había escrito en sus últimos meses la haría desmoronarse.

—El tío Thomas me regaló un tren por Navidad—exclamó James mientras liberaba la locomotora de la caja—. ¡Pero no era como este!—Su timidez había quedado claramente eclipsada por su emoción—. ¡Muchas gracias!

—Ten cuidado de no decirle algo así al tío Thomas—le advirtió Juliana—. Eso sería grosero y le sentaría mal.

—¿Su hermano?—preguntó Edward.

—Oh, no.—Juliana sonrió y bebió un sorbo de té—. El Dr. Thomas Bond, un colega de mi padre. Se ha convertido en un gran amigo para nosotros desde que murió James. Es como parte de la familia.—Apartó los ojos, como avergonzada, y Edward se dio cuenta de que a lo mejor esa relación era más compleja que una simple amistad. No insistió, aunque tuvo que admitir que le picaba la curiosidad. La viuda de su amigo era más guapa de lo que había esperado, a pesar de estar demasiado delgada y de que la tristeza y la enfermedad hubiesen dejado marca en su cara; o quizás se *debía precisamente a esas cosas*.

Los ojos de Juliana se cruzaron con los de él y de pronto se sintió cohibida.

—¿Pasa algo?—preguntó, limpiándose la boca con la servilleta por si la tuviera manchada de migas, aunque no había tocado la colación que descansaba ante ellos.

—No—contestó él, y entonces llegó su turno de sonrojarse ligeramente—. Es solo que... bueno, solo estaba pensando en lo mucho que me gustaría pintarla. Lo cual probablemente suena raro en boca de un hombre de negocios y que además es un completo extraño.

Su carcajada llegó como una explosión, y Edward pensó que la había sorprendido tanto a ella como le sorprendió a él; no había esperado una riqueza tan dulce, los indicios de un placer mundano. Pensó que quizás estaba ante una mujer tan encorsetada por la vida que casi había

olvidado cómo respirar.

—Me siento muy halagada—dijo ella—. James sí me contó que usted soñaba con pasar sus días en un *loft* de artista bohemio, pintando. Aunque también dijo que sus preferencias iban encaminadas a las mujeres *sin ropa*.

Fue Edward el que se echó a reír entonces, y varias cabezas de la mesa de al lado se giraron para sonreír ante lo que debía dar la impresión de una familia feliz disfrutando de la compañía el uno del otro mientras tomaban el té.

—O sea que le dijo eso, ¿no?—De repente, aquellas Navidades en Venecia parecía que hubieran ocurrido ayer, como si el tiempo se hubiese doblado hacia atrás y sostuviese aquel día tan cerca del actual que se rozaban ligeramente—. Sí, supongo que sí soñaba con una vida diferente. Aunque la que tengo no ha sido, en general, desagradable conmigo.

—No siempre sale como teníamos planeado, ¿no es así?—intervino Juliana, con una suave sonrisa.

—No—concedió Edward—, no lo hace, pero tenemos que sacar el mejor partido de lo que tenemos. Lo siento si el encontrarse conmigo le ha hecho recordar su pérdida. No era esa mi intención.

—Ya han pasado varios años y el tiempo sí que cura, independientemente de lo profunda que sea la herida. Me alegro de haberle conocido. James le tenía mucho cariño, aunque no se conocieran durante mucho tiempo. Me encantaría oír las historias que cuenta sobre él; creo que él aspiraba a ser un poco más como usted. Siempre le describía como «alegre y despreocupado».

—Bueno, probablemente se sentiría muy decepcionado al ver que al final sí cumplí los deseos de mi padre de involucrarme en su empresa, que ahora es mi empresa. Afortunadamente, soy mejor como hombre de negocios que lo que era como pintor; de ahí mi visita a Inglaterra.

—Me alegro de que pudiera hacer un hueco para buscar a James. Él se hubiera alegrado también.

Volvió a sonreír y, mientras él observaba sus labios entreabrirse con nerviosismo sobre esos dientes perfectos, pensó que era el tipo de mujer que nunca sonríe del mismo modo dos veces. Puede que él hubiera cambiado desde el joven rebelde que fue, tan deseoso de vivir una vida de libertad, pero su amor por las mujeres no había menguado ni un ápice y la belleza triste de Juliana le tocaba en lo más profundo. Se preguntó qué aspecto tendría con aquel pelo pelirrojo suelto sobre los hombros y el cuerpo liberado de los confines de su apretada corsetería. ¿Cómo sonreiría tras satisfacer su lujuria? ¿Cómo sonreiría justo después de despertarse?

De repente, el ambiente formal del salón de té del hotel le resultó agobiante.

—Tengo una idea—dijo Edward, inclinándose hacia James—. Si los dos estáis libres durante la próxima hora más o menos, podríamos ir al museo. A mí me gustaría especialmente ver la sala egipcia. ¿Qué dices, jovencito? ¿Nos vamos de exploración?

Al niño se le iluminaron los ojos y cualquier protesta que pudiera estar preparando Juliana quedó perdida en la reacción entusiasta de su hijo.

—Entonces, trato hecho.—Edward sonrió por encima de la mesa.

Para cuando terminaron de explorar el primer departamento de exhibiciones del enorme edificio, el ambiente entre ellos se había relajado. Mientras James llamaba su atención primero hacia este artefacto y luego hacia ese otro, Edward inventaba historias trepidantes para explicarlos que dejaban al niño casi sin respiración de la emoción y con las mejillas tan sonrosadas que no quedó rastro de su habitual tono pálido. Incluso Juliana cayó bajo el embrujo de los exagerados cuentos de Edward, ora de piratas ora de ladrones de tumbas, que daban giros nuevos y cada vez más disparatados.

Ella aún se reía cuando salieron al bullicio vespertino de Londres. Tocó el brazo de Edward cuando un coche de caballos paró ante ellos.

—Debe venir a cenar a casa, mañana—dijo—. Como agradecimiento por esta maravillosa tarde.

—Me encantará—contestó él, e inclinó su sombrero hacia ella antes de despeinar afectuosamente el pelo de James y cogerle en brazos para meterle en el carruaje—. Dormirá bien esta noche.

—Sí,—dijo Juliana—y yo también.—Le sonrió de nuevo y luego le tomó la mano para subir a reunirse con su hijo.

A través de sus elegantes guantes, sus dedos parecían finos y fuertes y Edward se preguntó cómo se sentirían sobre su propio cuerpo. James Harrington había hecho bien al conseguir que esa mujer se casase con él. Era inteligente y cariñosa e ingeniosa, y estaba convencido de que si alguna vez dejara caer la guardia sería sensual y sexual. Todavía estaba intrigado y pretendía indagar más sobre el destino de James (especialmente después de las cosas tan terribles que había escrito en sus cartas), pero ese interés se diluía comparado con su nueva necesidad: cortejar a su viuda. Había habido muchas mujeres en la vida de Edward Kane, pero hasta entonces ninguna le había intrigado tanto como la muy británica Juliana Harrington.

Caminó de vuelta al hotel, disfrutando del sonido de las calles de la ciudad. Luego cenó temprano y se retiró a su suite a examinar las cartas de Harrington una vez más. Se preguntaba cómo habría podido Juliana vivir con alguien que estaba atravesando lo que debían ser brotes de locura. ¿Cómo habría sido su vida en aquella época?

Cuando por fin apagó las luces para dormir, se imaginó a su tímido y reservado amigo inglés y a su mujer en el lecho nupcial. ¿Habría sido James capaz de satisfacerla realmente? Dejó que su mente divagara y su propio cuerpo reemplazó al de Harrington, moviéndose por encima de la preciosa Juliana y oyéndola gemir conforme su boca exploraba cada centímetro de su pálida perfección antes de deslizarse en su interior. No pasó mucho tiempo antes de que alcanzara un tembloroso clímax entre las almidonadas sábanas.

Se quedó tumbado durante un rato en la oscuridad antes de que el sueño le reclamara y, mientras repasaba los acontecimientos del día, se dio cuenta de las ganas que tenía de volver a verla para cenar al día siguiente. Pensó en su amigo fallecido, el dulce y tímido James Harrington, un ser claramente atormentado, y rezó una oración silenciosa para pedirle perdón. Sin embargo, no esperaba recibir respuesta. Harrington llevaba muerto mucho tiempo y la vida era para los vivos. Igual que el amor.

Edward Kane era un hombre carismático, tenía que reconocérselo, aunque un poco burdo, con esa abierta sinceridad tan propia de los norteamericanos. El joven James desde luego se había encariñado de él y antes de acostarse hubo paseos a caballito y cuentos de indios y vaqueros; y no pude evitar envidiar lo fácil que le resultaba a Kane estar con el chiquillo.

—¡Tu turno, tío Thomas!—chilló James, casi sin respiración a causa de los juegos—. ¡Sé mi caballito!

—Yo ya soy demasiado viejo para eso, jovencito—me excusé—. Me temo que mi espalda no es lo que una vez fue.

—¡Creo que la mía tampoco!—Edward se puso de pie y se estiró—. Estoy seguro de que pesas más de lo que pesabas ayer, Sheriff.

James se echó a reír y corrió hasta Juliana que llevaba un precioso vestido rojo vino que no le había visto antes. Su cara, como la de su hijo, estaba más radiante hoy, y cuando sonreía se vislumbraba el eco de la vida que solía danzar en ella.

—Su visita parece estar teniendo un efecto positivo sobre Juliana—le dije a Kane antes de entrar a cenar—. Gracias por ello.—Las últimas palabras sonaron más posesivas de lo que pretendía, pero no podía sacudirme mi propia consternación por la presencia del americano. Había hecho un buen trabajo a la hora de enterrar el pasado y ahora, aquí estaba un antiguo compañero de viajes de Harrington, removiendo las tumbas cuando nos contaba historias del tiempo que habían pasado juntos en Venecia.

—Es una mujer encantadora y me alegro de que mi llegada no le haya causado demasiado dolor. Espero que las anécdotas que cuento sobre el poco tiempo que pasé con su marido solo añada detalles agradables a los buenos recuerdos que guarda de él.—La chispa que relucía tan natural en sus ojos color avellana se apagó un poco y vi que se le crispaba ligeramente la mandíbula antes de sonreír de nuevo—. Parece muy encariñada con usted—añadió.

—Nos tenemos mucho aprecio el uno al otro—contesté, un poco mecánicamente, preguntándome qué es lo que habría producido semejante reacción. ¿Acaso sabía algo de Harrington que no había compartido con nosotros?

—Sí, eso veo—dijo.

—Venga, venid a sentaros—nos llamó Juliana con voz alegre—. La comida se enfriará.

Me sentí reconfortado de que, aunque estaba encandilada por Edward Kane, fuera mi mano la que tocara de vez en cuando a lo largo de la cena, apretando mis dedos con afecto al contarle a Edward nuestras cacerías y al hablar de su padre y de nuestras experiencias trabajando en el infame caso «Jack el Destripador».

—La policía llama a Thomas con frecuencia, ¿sabe?—relató orgullosa—, y no solo por sus habilidades médicas. Tiene buen ojo para analizar las mentes de los hombres a partir de sus actos más terribles. Ha trabajado en muchos casos famosos, no solo en esos horribles asesinatos.

—Oh, Juliana,—dije yo, en un amago de modestia, aunque me halagó muchísimo que ella sintiera la necesidad de recalcar mi importancia ante este apuesto y adinerado joven—. No soy tan distinto de los demás.

—Sí que lo eres. Incluso Padre lo dice. Dice que tienes un don.

La palabra casi me hace estremecerme; era tan similar a lo que había dicho el cura sobre mí y mis habilidades. Él, sin embargo, se refería a inclinaciones más sobrenaturales y me sentí un poco avergonzado al recordarlo.

—Debió de ser una época terrible—dijo Edward—. Incluso en Nueva York los periódicos estaban llenos de noticias del caso.

Una época terrible. Edward Kane nunca sabría ni la mitad de lo que ocurrió.

—Solo desearía que la policía le hubiera atrapado. Puede que los asesinatos hayan cesado, pero hay hombres buenos que aún se sienten frustrados por que consiguiera escapar.—Estaba pensando, por supuesto, en Andrews, que llevaba el caso grabado a fuego en cada arruga de su cara.—Me adhiero al deseo de Henry Moore de que esté muerto o encarcelado... quizás en una de sus ciudades de Norteamérica.

—Esa es una idea—dijo Edward, bebiendo un trago de vino—. El mundo desde luego se está volviendo más pequeño.

—Bueno, basta de temas lúgubres—dije después de un instante—. El pasado, pasado es; debemos mirar al presente. Cuénteme más sobre sus negocios ferroviarios y la vida en Nueva York. Viajé bastante cuando era joven, pero sobre todo por Europa. Me avergüenza admitir que aún no conozco Norteamérica.

La velada transcurrió más placentera a partir de entonces, y aunque sentía algunas reservas hacia Edward Kane (para ser sincero, más por celos de un encantador y apuesto hombre en la flor de la vida a quien Juliana obviamente encontraba atractivo y entretenido), podía ver que era un individuo listo y considerado que sin duda había contribuido notablemente al éxito de la empresa de su difunto padre. Era seguro de sí mismo pero no arrogante, y se notaba una firme determinación en lo más profundo de su ser.

Cuando llegó la hora de partir, nos despedimos de Juliana, que insistió en que Kane volviera a visitarles a ella y a James otra vez y, a sugerencia de Kane, compartimos un carruaje de vuelta a la ciudad. Al principio creí que simplemente estaba siendo sociable, pero una vez que nos alejamos de la casa de Barnes se inclinó hacia delante en su asiento y, apoyando los antebrazos en las rodillas, me dijo:

—Me alegro de que dispongamos de un ratito a solas pues hay algo que me gustaría compartir con usted, algo que inicialmente pensaba mostrar a Juliana. Pero puedo ver que aún se está recuperando de su dolor y me temo que esto no la ayudaría. En cualquier caso, tengo que compartirlo con *alguien* y usted se preocupa por Juliana... y también conoció a Harrington. Y obviamente es un hombre inteligente y respetable. Confío en que dispondrá de ello como mejor le parezca.

Mi curiosidad era solo ligeramente mayor que mi inquietud. Las ruedas de hierro bajo nuestros asientos resonaban sobre los adoquines mientras mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. Harrington estaba empeñado en no dejar de atormentarme.

—¿Qué es lo que le preocupa?—Me alegré de ver que mi voz sonaba tranquila. *Sea lo que sea*, me recordé, *no hay manera de que aporte pistas sobre mi propia implicación en la muerte de Harrington.* Los únicos hombres vivos que podrían hacerlo eran el sacerdote y Kosminski, y ninguno de los dos podía hablar sin admitir su propia culpabilidad. Habíamos forjado una alianza diabólica en nuestra locura opiácea; incluso sin que ellos estuvieran presentes, podía sentir esa

atadura... especialmente ahora.

Kane sacó un pequeño fardo de su chaleco.

—Estas cartas. Me las escribió durante aproximadamente el año previo a su muerte, pero las he encontrado hace poco, mientras arreglaba los papeles de mi padre tras su fallecimiento. La primera estaba abierta, pero las demás seguían selladas.

—¿Su padre no se las entregó?—A pesar del frío, me sudaban las manos. Cartas de Harrington, palabras desde más allá de su acuosa tumba... Harrington se estaba convirtiendo en mi propio Banquo—. ¿Por qué?

—Mi relación con mi padre era tensa: no tenía imaginación, mientras que yo era salvaje y creativo, con una pasión por la aventura que él quería ahogar a toda costa. Si no se hubiera convertido en un magnate del ferrocarril, hubiese sido constructor de barcos. Era un hombre de metal; era de hierro de cabo a rabo, en cuerpo y alma. Mi viaje por Europa fue idea de mi madre, y él estuvo de acuerdo solo por miedo a que estuviera destruyendo mi reputación, y por ende la suya, con mi comportamiento impropio y «rebelde».—Se encogió de hombros, un poco avergonzado—. Podría decirse que yo era un joven enfadado que tenía inclinación por el vino y las mujeres. Pero a mi regreso, conseguimos poco a poco forjar una relación laboral y dejamos mi impetuoso comportamiento juvenil bien a nuestras espaldas. Supongo que no quería que cultivase la amistad de las personas que conocí durante mis viajes. Sin embargo, siempre recordé a James con cariño y cuando encontré estas cartas, supe inmediatamente que tenía que venir a verle, para comprobar que estaba bien.—Hizo una pausa y luego admitió—: Las cartas, verá... bueno, son inquietantes. Tenía la esperanza de encontrarle en buen estado, quizás un poco avergonzado por lo que había escrito. Esperaba que esa fuera la razón por la que había dejado de escribirme, pero cuando me enteré de su horrible muerte empecé a preguntarme si habría alguna razón para ella en sus cartas. Puede que usted sea capaz de encontrarla. Pero debo advertírselo, son una lectura bastante incómoda. Obviamente estaba sufriendo algún tipo de enfermedad febril y en su estado de confusión... bueno, cuando las lea, verá que en ocasiones sufría lagunas de memoria, así que quizás estaba mezclando sus propias fechorías imaginarias con los acontecimientos reales que usted y el Dr. Hebbert estaban ayudando a la policía a desentrañar.—Hizo una pausa—. Espero que fueran imaginarias, porque si no, resultaría que mi amable amigo inglés se había convertido en algo parecido a un monstruo, y eso no me lo puedo creer.

La palabra monstruo me hizo estremecerme, pero le sostuve la mirada a Edward Kane. Me miraba con confianza y respeto. *Si solo supiera la locura a la que yo también sucumbí en aquella época, pensé. Si solo supiera lo que encontré en posesión de James Harrington y que me hizo cortar el cuello.*

Recuperé la compostura y dije con voz grave:

—Estoy seguro de que no son más que las fantasías de una mente enferma. James sufría frecuentes brotes enfermizos después de sus viajes.

—Y ahí reside mi propia culpa, pues fui yo quien le persuadió para viajar a Polonia y ver cosas más interesantes que las que podía encontrar en las grandes ciudades de Europa. Me siento en parte responsable de su enfermedad.

Me entregó las cartas y no tuve más remedio que aceptarlas, aunque me alegré de llevar guantes de cuero; así mi piel no tenía que tocar el papel. El paquete parecía más pesado en mis manos de lo que era posible.

—Si encontrara tiempo para leerlas,—dijo—, me gustaría oír su opinión sobre su contenido. Puede que haya algo en ellas que ayudara a capturar a quien fuera que le matara, aunque sé que es improbable, especialmente después de tanto tiempo. Y usted conocía al James de entonces, usted

sabría si hubiera sido siquiera capaz de llevar a cabo los actos que describe. Tengo que ir unos días a Southampton por trabajo y luego estaré en Londres. Sé que es usted un hombre ocupado, Dr. Bond, pero su opinión (y su discreción) me ayudarían enormemente a encontrar algo de paz.

—Claro—le dije, y sonreí mientras me metía el paquetito en el bolsillo del abrigo—Les echaré un vistazo y le contaré lo que pienso.

—¿Y no le dirá nada a Juliana?

—Por supuesto que no.—Su preocupación por Juliana me molestó un poco; como si yo no compartiera dicha preocupación, o de hecho, bastante más, pues amaba a Juliana desde hace mucho tiempo y nunca haría nada que pudiera hierirla. Había cometido un crimen terrible para protegerla y nada de lo que Kane pudiera hacer lo igualaría jamás; aunque mis actos de aquella espantosa noche tuvieran que permanecer en el secreto por temor a ser malinterpretados.

Kane suspiró y luego sonrió, una sonrisa cálida y franca. Se inclinó hacia delante y me dio un apretoncito en el brazo.

—Gracias. Es un gran alivio. Estoy muy contento de haberle conocido, Dr. Thomas Bond. Entiendo perfectamente por qué Juliana confía tanto en usted. Es usted un buen hombre.

Cuando llegué a casa, me fui directamente al estudio y me serví una buena copa de brandy antes de sentarme ante el escritorio a mirar fijamente aquellos sobres: puñados de historia esperando a ser relatada de nuevo. La verdad es que deseaba quemarlas inmediatamente y me devané los sesos en busca de cómo hacerlo y contar con una explicación plausible para darle a Kane. Pero no la encontré. En vez de eso, abrí el cajón inferior y las tiré al fondo. A pesar de todo, seguía sintiendo su presencia, la presencia de Harrington, demasiado cerca, y supe que no sería capaz de trabajar tranquilamente en mi mesa con ellas en aquel cajón. Me bebí el brandy antes de llevarme el paquete a la habitación de invitados y meterlo a empellones debajo del colchón, tan adentro como pude. Cerré la puerta y me tranquilicé.

Ahora ya podía olvidarme de ellas. No tenía ningunas ganas de leer su contenido. Harrington había sido un asesino de mujeres y eso es lo que aquellas páginas me dirían, nada más. No hablarían de monstruos. De *Upirs*.

Incluso si lo hacían, no quería leer sobre ello: no volvería a abrirle la puerta a esa demencia otra vez. El pasado había quedado atrás y no dejaría que Edward Kane trajera el fantasma de Harrington de vuelta para mofarse de mí. Todavía me temblaban las manos y me bebí otro brandy antes de irme a la cama. Pero incluso así no dormí bien, tuve tortuosos sueños plagados de recuerdos indeseados. Cuando me desperté, supe que tenía que sacar las cartas de mi casa. Las guardaría bajo llave en un cajón de mi despacho en el hospital. No estaba dispuesto a tenerlas cerca de mí.

Tras tomar esa decisión, me sentí más tranquilo. El mundo seguía siendo estable. Yo era un hombre cuerdo.

8
PSIQUIÁTRICO DE COLNEY HATCH. 1893
AARON KOSMINSKI

EVALUACIÓN

El estado del paciente continúa empeorando. Su agitación ha aumentado de manera bastante dramática a lo largo de los últimos seis meses. Su enfermedad se presenta en forma de delirios que son de naturaleza paranoide, y duerme poco.

El paciente tiene una fijación con el río. Las cosas que vocifera cuando está en lo más profundo de sus delirios no pueden interpretarse más que como el resultado de una mente trastornada. Cuando se le pregunta qué es lo que le inquieta, dice «No está en el río. No se cayó al río». Repite esto varias veces, cada vez con mayor ansiedad. A veces habla de sangre. Si fuera un individuo menos patético y obviamente aterrorizado, me preocuparía que pudiera tener un pasado violento que desconocemos, pero me inclino a pensar que sufre algún tipo de enfermedad mental.

Sigue negándose a lavarse a no ser que le obliguen las enfermeras mientras otros le sujetan; y se opone al contacto humano.

LONDRES. ENERO DE 1897
EDWARD KANE

THE TIMES
SÁBADO, 14 DE FEBRERO DE 1897
ASESINATO EN UN VAGÓN DE TREN

Como se informó brevemente ayer en The Times, la noche del jueves se cometió un espeluznante asesinato en el London and South-Western Railway. Hasta ayer por la tarde no se había realizado arresto alguno.

... Parece que la fallecida se sentaba de espaldas a la locomotora. Su agresor probablemente le dio primero un golpe en la frente, dejándola parcialmente aturdida. Luego, la mujer debe de haber forcejeado con el hombre, ya que se encontraron salpicaduras de sangre en el lado opuesto del vagón y el paraguas de la víctima estaba roto. Se cree que el agresor entonces se giró y le dio un segundo golpe en el lado izquierdo de la cabeza, fracturándole el cráneo y matándola. A continuación, empujó su cuerpo bajo el asiento y cuando la encontraron, la víctima estaba tumbada sobre la espalda con las piernas extendidas por el pasillo del vagón.

DAILY MAIL
MARTES, 16 DE FEBRERO DE 1897

Como se informó brevemente ayer en The Times, la noche del jueves se cometió un espeluznante asesinato en el London and South-Western Railway. Hasta ayer por la tarde no se había realizado arresto alguno.

10
LONDRES. FEBRERO DE 1897
DR. BOND

—¿Está seguro de que no se resistió?—preguntó el superintendente Robinson, apoyándose en la mesa—. Era una mujer robusta. Pesaba más de ochenta kilos.

—No—contesté—. Sé que el médico que examinó la escena del crimen piensa lo contrario, pero con todos los respetos hacia él, yo diría que no tuvo tiempo de ofrecer resistencia; de hecho, ni siquiera tuvo ocasión de gritar.

La maza de mortero que había acabado con la vida de la desafortunada Srta. Camp descansaba sobre la mesa de madera entre nosotros, aún cubierta por su sangre y hebras de su pelo.

—Recibió cuatro golpes, puede que seis—continué—. Mi teoría es que el ataque fue muy violento y no duró más de un minuto en total. Es un arma contundente y el primer golpe, contra la frente, la dejaría aturdida. ¿Por qué habría de detenerse el agresor, dejar que ella se recuperara y se resistiera, y después volver a atacarla? Dejando aparte esa lógica, la ubicación de las heridas de la cabeza son indicativas de un furioso frenesí de golpes infligidos mientras la víctima permanecía en más o menos la misma posición: con el agresor de pie por encima de ella. ¿Tienen alguna pista sobre quién podría ser?

El asesinato de Elizabeth Camp dos días antes en el tren de las siete y cuarenta y dos de Hounslow a Waterloo había causado conmoción entre la población, lo cual no me sorprendía. No la habían agredido sexualmente y, ya que aún conservaba sus joyas cuando encontraron el cuerpo (con un brazo sobresaliendo de debajo del ensangrentado asiento del vagón), el móvil obviamente no había sido el robo. La idea de que esto pudiera ocurrirle a una mujer respetable que viajaba sola en un vagón de tren a primera hora de la tarde había infundido un gran temor a la población femenina, especialmente debido a la naturaleza tan violenta del ataque.

—Estamos intentando localizar al marido de la hermana, un tipo llamado Haynes, pero no puedo pensar cuál sería su móvil. Él y su mujer han estado viviendo separados al menos varios meses. El prometido de la Srta. Camp dice que su novia nunca le mencionó que hubiera ninguna animosidad entre ella y su cuñado.

—Sin embargo, sí sabemos que quemó algunas cartas hace unos días—apuntó el sargento Leonard, un hombre enjuto pero fuerte—. Aún no tenemos ni idea de lo que contenían.

—¿Y no hay testigos?—No les envidiaba a estos hombres su investigación. Si no tenían un sospechoso claro del entorno de la víctima, entonces era muy probable que fuera un acto de locura aleatorio y tendrían que tener una suerte endemoniada para pillar al culpable.

—Ya sabe lo que pasa.—Robinson suspiró—. La palabra de un hombre inmediatamente desmiente la de otro. Un pastelero llamado Burgess, también pasajero de segunda clase, dice que vio salir a toda prisa a un hombre que llevaba un abrigo oscuro y una chistera, pero el mozo de estación que estaba en el andén no recuerda nada por el estilo. Tenemos a dos camareras de un bar de Vauxhall que informan acerca de un hombre pálido y ojeroso con un sobretodo y un bombín que

entró en el bar y pidió un brandy, pero le temblaba tanto la mano que apenas podía sostenerlo. Dicen que se fue de repente y se subió a un coche de caballos.—Hizo una pausa y luego añadió con voz triste—. Así que no, realmente no tenemos nada.

—Tienen suerte de haber encontrado la maza de mortero—dije yo—. Al menos sabemos que la mataron antes de la parada de Wandsworth. Conozco esa línea bastante bien, la tomo para visitar a la hija y al nieto del Dr. Hebbert en Barnes. Afortunadamente, no iba en ella aquel día, así que creo que me pueden tachar de la lista de sospechosos. Y esa no es mi maza de mortero.— Los dos hombres sonrieron ante mi intento de bromear. Volví mi atención otra vez al arma asesina. Era vieja y pesada, y llevaba grabado un número seis o un nueve, dependiendo de la dirección en que se sujetase. Si la maza realmente pertenecía al asesino, entonces me inclinaba por el seis si el hombre, por costumbre, la sujetaba en el sentido correcto cuando atacaba.

—No estamos teniendo suerte con eso tampoco—dijo Robinson—, pero todavía estamos interrogando a todos los boticarios; quizás ese número nos dé alguna pista.

—Me temo que esta investigación puede durar varias semanas—les dije—y les tendrá más ocupados que a mí. Solo siento no poder darles más información, pero estén tranquilos, estaré disponible para ayudarles cuando me necesiten.

Nos despedimos y los dejé examinando cuidadosamente las pocas pruebas de que disponían. En verdad, aunque obviamente no estaba contento de que la Srta. Camp estuviera muerta, recibí con agrado la distracción. Edward Kane había regresado de sus reuniones en Southampton y volvía a pasar bastante tiempo en compañía de Juliana y el pequeño James. Y aunque todavía no me había preguntado claramente cuál era mi veredicto sobre las cartas que me había entregado, podía sentir sus ojos escrutadores cuando nos encontrábamos. Hasta ese momento, había conseguido no quedarme a solas con él, lo que significaba que a menudo había rechazado invitaciones a cenar o me había marchado temprano bajo el pretexto de tener trabajo o algún informe que terminar; y eso, a su vez, me había provocado cierta sensación de celos ante la cantidad de tiempo que Kane pasaba a solas con Juliana. Ella seguía siendo cariñosa conmigo, por supuesto, pero empezaba a quedar claro que algo en la naturaleza de Kane (puede que el mismo buen humor natural que había atraído a James Harrington hacia él) estaba teniendo un efecto revitalizador sobre Juliana. Había empezado a reírse con mayor libertad y, a veces, sus ojos lanzaban destellos, justo igual que cuando la conocí.

No estaba seguro de cómo me sentía por eso. Estaba contento de que ella fuera más feliz, pero no podía negar que deseaba fervientemente que Kane simplemente se fuera de vuelta a Norteamérica y nos dejara ser felices juntos, nosotros solos. Y quizás entonces tendría el valor de pedirle que fuera mi mujer.

Ahora, el asesinato de Elizabeth Camp me había proporcionado la excusa que necesitaba para evitar toda conversación sobre las cartas y para empezar a ver más a Juliana otra vez. Podría decirle a Kane que las había empezado pero que aún no había terminado de leerlas y que ahora la investigación me llevaba tanto tiempo que por el momento me era imposible dedicar un solo rato a concentrarme en ellas. Puede que fuera una excusa un poco blanda, pero Kane era un caballero y no me presionaría. Yo, por mi parte, puede que consiguiera empezar a apartarle suavemente a un lado para asegurarme de que el cariño de Juliana hacia él no aumentara durante mi ausencia.

Así que salí de la comisaría con un andar algo más dinámico, pensando en cosas más felices que en el cuerpo apaleado de la pobre Srta. Camp.

—¡Dr. Bond!—Los periodistas tenían todos el mismo tono. Esto lo había aprendido a fuerza de trabajar durante años con la policía. Desplegaban una mezcla de agresividad y hambre cuando pugnaban a voces por llamar la atención—. ¡Dr. Bond! Solo un minuto, por favor. ¿Qué puede

decirme sobre la muerte de Elizabeth Camp? ¿Cree que el asesino volverá a actuar?

Miré a ambos lados de la calle en busca de un carruaje, pero la suerte no estaba de mi parte.

—Me temo que tengo que volver a Westminster.—Me giré, irritado, y miré fijamente al reportero—. Debería dirigir sus preguntas al superintendente Robinson de la policía ferroviaria.

—Supongo que debería.—El hombre sonrió de oreja a oreja—. Pero le ayudé una vez, Dr. Bond. En los sótanos de Whitehall, ¿recuerda? Pensé que quizás me podría devolver el favor.

Le miré fijamente unos segundos antes de reconocer de repente a Jasper Waring, el reportero que había convencido a Henry Moore de que dejara a su perro husmear por el sótano del edificio de New Scotland Yard donde habían hallado el torso. El perro lo había hecho mejor que los sabuesos de la policía, pues había descubierto un brazo y una pierna.

—*Smoker*—dije, cuando el nombre del perro me vino de algún lugar bien enterrado en mi subconsciente—. ¿Cómo está?

—Muerto desde hace un par de años.—Waring encendió un cigarrillo y me ofreció uno, pero lo rechacé con un gesto de cabeza—. Era un buen perro. No habrá otro como él.

—Nos ayudó mucho, no voy a negarlo.—Volví a mirar a mi alrededor en busca de un carruaje, un poco inseguro de cómo continuar esa conversación. El pasado estaba decidido a engullirme últimamente: Jasper Waring y su terrier pertenecían a mis recuerdos, no a mi presente—. Pero me temo que aun así no estoy autorizado para comunicarle ninguna de mis conclusiones con respecto a la muerte de la Srta. Camp.

—Bueno, en cualquier caso, merecía la pena intentarlo.—Volví a sonreír y no pude evitar devolverle la sonrisa. No había envejecido y me pregunté si perseguir noticias hacía a los hombres de algún modo inmunes; era como si fueran observadores imparciales de la vida, como si esta no les afectara.

—Salvaje, ¿no es así?—continuó—. Me recuerda un poco a Jack. Esa forma de atacar a una mujer sin más, sin motivo, en un sitio público. No me sorprende que la gente esté asustada.

Su tono ligero no me engañó. Estaba intentando engatusarme para que le revelara algo.

—Como le dije antes,—comenté con tono seco—, tendrá que dirigirle sus preguntas al superintendente o asistir a la vista.

Se echó a reír. Un sonido cálido, mundano.

—Tiene razón, doctor. Tiene razón. Y nos les culpo por no querer otro Jack en nuestras calles. Sé lo mucho que trabajaron usted y ese otro doctor.

Por fin un coche de caballos dobló la esquina y agité el brazo para que se detuviera.

—Estuve preocupado por él durante un tiempo, si le soy sincero—continuó Waring—. Vagando por las calles de Whitechapel así... Seguro que esas mujeres muertas debían de atormentarle.

Solo había estado escuchándole a medias, pero al oír aquello fruncí el ceño.

—¿Perdón? ¿Quién estaba vagando por las calles?

—Ese otro doctor, Hebbert. Le vi, un poco desaliñado, pero claramente era él. Le vi un par de veces. Siempre estábamos por ahí por aquel entonces, teníamos que estar. A veces olvido lo mucho que los médicos como ustedes ayudan a la policía. Y las cosas que ven... Bueno, deben de tener el estómago a prueba de bombas, eso es todo lo que puedo decir.

—Sí—afirmé, forzando mi cara a sonreír mientras una sensación gélida se instalaba en mi estómago—. Supongo que así es.—Abrí la puerta del carruaje e incliné mi sombrero en su dirección—. Bueno, que tenga un buen día, Sr. Waring, y le deseo mucha suerte con el superintendente.

Mantuve la sonrisa hasta que me senté en la bancada y las ruedas rodaban bajo mi cuerpo, y

entonces se me borró de un plumazo. ¿Qué había estado haciendo Charles Hebbert en Whitechapel durante aquellos días? ¿Acaso había estado fumando opio, también? Si hubiera sido así, era hartamente improbable que nuestros caminos no se hubieran cruzado pues, aunque los diarios pudieran sugerir lo contrario, las calles de Londres no estaban atestadas de antros. Yo mismo había sido un fumador habitual de opio en aquella época, y estaba seguro de que si Charles lo hubiese sido también, yo lo habría descubierto, o como poquísimos, habría visto señales de su adicción.

¿Por qué me latía tan deprisa el corazón? Seguro que no había ocurrido más que lo que el mismo Waring sugería: Charles simplemente registraba las calles en busca de alguna pista sobre el autor de aquellos terribles asesinatos. Pero conocía a Charles. Era curioso, pero no era ningún policía y tampoco era como yo, un hombre interesado en analizar los comportamientos de otros. Era médico y solo se implicaba en lo que le tocaba a él de lleno.

A medida que las sombras oscurecían mi mente, maldije a Jasper Waring por llamarme, por arrojar más cosas del pasado a mis pies: una pesada losa de maldad que deseaba desesperadamente olvidar.

Para cuando llegué a casa, la Sra. Parks tenía mi cena preparada: un estupendo cerdo asado, que me limité a empujar alrededor del plato y apenas probé, hasta que acabé por declarar que tenía trabajo pendiente en mi estudio y me levanté de la mesa. No podía respirar bajo su mirada escrutadora. Era una mujer buena y honrada, pero recordaba bien mi comportamiento de hacía unos años, cuando no podía dormir y la locura venía a reclamarme. Primero había perdido el apetito y ahora... estaba seguro de que se mantenía ojo avizor por si había algún signo de que aquel mal regresaba.

—Me temo que comí mucho a la hora del almuerzo—dije cuando me crucé con ella en el umbral de la puerta, muy consciente de la mirada de desaprobación que le dedicó a mi plato aún lleno—, pero la carne me servirá como cena fría más tarde.

—Como desee—contestó, y me pareció que podía oír su desaprobación mientras me escabullía del comedor y subía las escaleras, tomando nota mental de bajar antes de irme a la cama y echarles la carne a los gatos. Me dije que era para no herir sus sentimientos, pero en el fondo sabía que era porque la Sra. Parks podía, con una mirada fulminante, convertirme en un instante en un niño torpe y avergonzado.

Me quedé sentado en mi estudio, mirando por la ventana a la noche cada vez más oscura. El resplandor de mi lámpara de mesa sobre el cristal de la ventana atrapaba un fantasmagórico e intangible mundo de reflejos, en el que nada era exactamente como debía ser.

Charles Hebbert había estado vagando por las calles de Whitechapel durante los asesinatos de Jack el Destripador. No dudaba de las palabras de Waring, pues no tenía ningún motivo para mentir. Charles había sido diferente por aquel entonces, eso lo recordaba bien. Bebía y se mostraba abatido y, ¿qué era lo que me había dicho una noche? Volví a mirar por la ventana. Había utilizado una frase en concreto: *La maldad a través de las ventanas*, o algo así, y decía que tenía pesadillas, que soñaba con cosas terribles y sangrientas. También pensé en Harrington, por mucho que deseara no hacerlo. Muchos de los policías, incluidos Henry Moore y Andrews, creían que el responsable de las muertes podría ser médico, aunque nosotros habíamos estado convencidos de que era hartamente improbable. ¿Acaso sospechaba Charles que su yerno era Jack el Destripador? Harrington sí que estaba matando mujeres en aquel momento, así que ¿habría llegado Charles a la conclusión de que era el responsable de las muertes del Destripador? Quizás fue por eso que no se mostró del todo franco y colaborador cuando se descubrió que Elizabeth Jackson había vivido en la misma calle que la familia de Harrington. Habría sido más natural mencionar algo así...

Me serví un brandy y me tranquilicé un poco. Eso debió de ser: simplemente sospechaba. No

había nada raro en ello, después de todo.

Más tarde, en lo más profundo de la noche, me desperté sudando y resollando de mi sueño. La ropa de cama se había enredado alrededor de mi cuerpo y forcejeé para liberarme de ella como si fuera un ente vivo que intentara arrastrarme hacia abajo a algún infierno desconocido. Quizá lo era. El sueño que me había despertado ya se había evaporado, pero su eco me había dejado un regusto amargo en la boca reseca y me latía con fuerza el corazón.

Dos cosas afloraron en mi mente como resultado de aquel deambular subconsciente en mi sueño. La primera era que en la noche en que Alice McKenzie, la última de las víctimas de Jack, había muerto, yo había cenado con James Harrington. No era una noche que fuera a olvidar jamás, a pesar de lo mucho que lo había intentado. Era la noche en la que fumé el extraño opio y vi al *Upir* subir retorciéndose por encima de su hombro. Charles Hebbert no había estado allí. Había cenado en su club con compañeros de trabajo.

La segunda cosa que reptó, oscura y sin invitación, hasta la primera línea de mi pensamiento fue algo que había dicho el cura: que Jack era simplemente un efecto secundario del *Upir*, parte del caos que dejaba a su paso.

Encendí una lámpara y disfruté del resplandor de la luz, que devolvía las formas que acechaban amenazadoras en la penumbra a simples objetos de mobiliario común. No podía dejarme arrastrar de vuelta a la forma en la que pensaba en aquella época. Sabía que no podían existir. Harrington había sido un asesino; todo lo demás no era más que locura inducida por las drogas. No había habido ningún *Upir* y por lo tanto Charles Hebbert no se podía haber visto afectado por su proximidad a él. La idea era simplemente absurda. Al caer en la cuenta de que estaba barajando la posibilidad de que mi viejo amigo fuera sospechoso de ser Jack, me sentí como si estuviera otra vez haciendo equilibrios al borde del precipicio de la demencia.

Solo había una cosa que podía hacer: debía demostrarme a mí mismo que Charles era inocente de esos crímenes. Quedaría para cenar con él en su club. Ese sería mi primer paso. No pensaría en el sacerdote ni en el peluquero ni en el *Upir*. Haría lo que mejor se me daba: trabajar con los datos de los que disponía.

11
LONDRES. FEBRERO DE 1897
EDWARD KANE

—¿Vives cerca de un río en Nueva York?

—Claro que sí. El río Hudson da toda la vuelta a la ciudad; pero, sin embargo, nunca he hecho esto en Nueva York.—Edward Kane bajó la vista hacia el niño pequeño que estaba a su lado y sonrió de oreja a oreja—. Asegúrate de que no se te desenrollen los pantalones. Los dos nos meteremos en un gran lío con tu madre si se estropean.

—Quizás es el mismo río—dijo James. Tenía las mejillas sonrosadas en el aire frío. Se agachó y rebuscó en el barro mojado que había dejado al descubierto la marea baja. Sacó un gran guijarro negro para añadir a la colección de menudencias que había ido guardando en su cubito—. Quizás recorre todo el camino desde aquí hasta allí.

—Quizás lo hace, hijo. Quizás lo hace.—Tomó la mano del niño y siguieron caminando hacia las viejas escaleras que llevaban hasta la acera y hacia las casas—. Tenemos que ponernos en marcha. Tengo que ir a cenar con tu abuelo y el Dr. Bond.—Bajó la vista hacia sus propios pantalones remangados y sus zapatos embarrados y guiñó un ojo—. Y no creo que les guste que aparezca así, ¿no crees?

James se echó a reír y sacudió la cabeza. Sorbió por la nariz en la brisa invernal.

—¿Por qué no le gusta a Madre el río? ¿Debería no gustarme a mí tampoco?

Era una pregunta trivial, pero a la vez tan trascendental. Kane sabía lo protectora que era Juliana con su hijo. Había visto suficientes ejemplos de ello: la educación en casa, la desconfianza al ver a extraños cerca de él y, sobre todo, su insistencia en mantenerlo alejado del río. Dada la forma en que había muerto el padre del niño, eso no era una gran sorpresa, pero se preguntaba si ella se daba cuenta del daño que su exceso de atenciones podría estar causando. Había muchos regalos que un padre podía dar a un hijo, pero sus propios temores no deberían ser uno de ellos.

—Los ríos son preciosos. ¿Sabes por qué yo tengo uno en mi ciudad y tú tienes uno en la tuya?—Los grandes ojos azules del niño le miraron como si fuera la fuente de todo conocimiento—. Porque los ríos traen la vida—continuó—. Unen a las personas. Gracias al río, productos de todo el mundo pueden llegar hasta Londres con facilidad. La empresa de tu familia trae productos desde tan lejos como las Indias hasta el mismísimo corazón de la ciudad. Entre los ríos y los océanos, y ahora el ferrocarril, estamos uniendo todo el mundo.—Hizo una pausa y entonces se agachó y miró a James a los ojos para decir con seriedad—: Pero el agua puede ser peligrosa. Hay fuertes corrientes y mareas que te pueden arrastrar. Hay plantas que crecen en el fondo y con las que te puedes enredar y te arrastrarán bajo el agua. Lo que pasa con los ríos es que los tienes que tratar con respeto; mientras hagas eso, no hay motivo para tenerles miedo. Yo he pasado algunos de los mejores veranos de mi infancia jugando en ríos. Pero siempre tuve cuidado.

—¿Fuiste alguna vez en una barquita de remos?

—Claro que lo hice.

—¿Podemos ir en una barquita de remos algún día?

—Si consigo convencer a tu madre—dijo Kane.

—El tío Thomas nunca me trae al río. Creo que lo odia tanto como ella.—James se quedó callado un momento—. El tío Thomas no juega mucho conmigo.

—Es un hombre muy ocupado—dijo Edward—y trabaja mucho. Pero sé que te quiere.

Subieron por las resbaladizas escaleras en un cómodo silencio y dejaron el río atrás.

Edward Kane nunca había pensado en serio en los niños. Estaban en algún sitio de su futuro, igual que lo estaba una esposa sensata (después de todo, necesitaría un hijo para dejarle su empresa), pero nunca había pasado tiempo con ellos. Columpió a James en el aire y le cogió en brazos, haciéndole reír. Estaba contento de poder darle un ratito de libertad dentro de los sofocantes confines de su vida de Londres. Había descubierto que le divertía la compañía del pequeño James. A pesar de sus palabras, no estaba seguro de que le ocurriera lo mismo a Thomas Bond. El doctor había estado ocupado en un caso de asesinato durante gran parte del tiempo desde que él había regresado de Southampton, pero en las pocas ocasiones en que habían estado todos juntos, había notado cómo evitaba al chiquillo siempre que podía. Era extraño, teniendo en cuenta lo mucho que obviamente quería a Juliana. Kane no lo podía remediar, pero ese amor le molestaba: tenía todo el respeto del mundo por Bond como hombre y como profesional, pero la idea de Juliana y él como pareja le repugnaba. Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que lo que le disgustaba no eran tanto los sentimientos de Bond por Juliana sino los de ella por el doctor; puede que creyera que le amaba, claro, pero era sin duda un amor nacido del compromiso y la gratitud. Eran amigos que se querían, pero mucho se temía que ella corriera el riesgo de confundir ese cariño con ser amantes.

Juliana. Si alguien debía ser su amante, entonces ese debía ser él. No tenía ninguna duda de ello. Ya debería haber vuelto a Nueva York hacía días, pero había alquilado unas oficinas y contratado a un abogado para poder continuar con sus negocios mientras estuviera en Londres y así poder quedarse ahí más tiempo. Su padre debía de estar retorciéndose en la tumba al saber que su hijo estaba poniendo su mundo cabeza abajo para dar cabida a sus sentimientos por una mujer. Pero lo bueno sobre las tumbas era que no tenían salida y eran definitivas. Su padre podía menearse y retorcerse cuanto quisiera; su hijo ya no tenía que escucharle. Edward Kane ya era un hombre hecho y derecho y podía hacer lo que le viniera en gana. Sin embargo, tampoco era ya el rebelde de su juventud: no estaba desatendiendo sus negocios y, de hecho, había hecho varias inversiones ventajosas desde que estaba en Inglaterra. Admitía sin reparos que el negocio se había convertido en una aventura en sí misma, y disfrutaba con él. También disfrutaba de Londres, en toda su vitalidad y emoción.

Y la parte más vital de todas era sin duda Juliana, la mujer de Jim Harrington.

Como si le leyera el pensamiento, Juliana les abrió la puerta principal y suspiró dramáticamente al ver sus caras arreboladas a causa del viento invernal y sus sonrisas de oreja a oreja.

—¡Tengo rocas!—James le mostró su pequeño cubo.

—Eso veo.

Kane dejó al niño en el suelo y este entró corriendo en la casa.

—Espero que no se metiera en el agua—dijo Juliana.

—¿Con el frío que hace? ¿Me toma el pelo?—Edward mantuvo el tono alegre y ella sonrió.

—Debería conseguirle algo de café antes de que se vaya de vuelta a la ciudad. Debe estar helado.

—A lo mejor podría echarle un poco de brandy, también—sugirió él, cerrando la puerta y

limpiándose los zapatos. La observó mientras se alejaba: sus estrechas caderas se movían de un lado a otro tras el polisón. No era como las damas de la alta sociedad americana de Nueva York, tan preocupadas de sí mismas, conscientes de cada movimiento, de la posición social de cada nuevo conocido y, en especial, de su propio atractivo en comparación con las demás. Eran elegantes: incluso desnudas y sudando de placer (y había habido cantidad de ocasiones en que ese había sido el caso) tenían un toque especial que no podía definir. No le cabía duda de que ese tipo de mujeres existía también en Londres, pero quizás entre la sociedad que correspondía al dinero «viejo». Eso no existía en la mayor parte de Norteamérica, puede que solo en Boston. En Nueva York eran las hijas de los banqueros y de los hombres de negocios las que se embutían en ropa chic y deslumbrantes joyas y se exhibían como ejemplos de la riqueza de sus padres. Últimamente, había descubierto que la mayoría le dejaban frío. O quizá solo es que se estaba haciendo mayor y lo superficial le empezaba a resultar cansino.

Para cuando Juliana volvió con el café, se había bajado las perneras del pantalón y James se había ido a lavarse y a ordenar los tesoros acumulados durante su paseo. El niño estaba feliz, pero una pequeña sombra de preocupación había cruzado fugaz por su cara cuando vio a su madre. No era justo para ninguno de ellos.

—Es un buen chico—dijo Edward, cogiendo la taza y el platillo de manos de Juliana—, y es más duro de lo que usted cree.

—Es propenso a sufrir fiebres e infecciones respiratorias, como su padre.—Se sentó enfrente de él—. Espero que no hiciera demasiado frío fuera. Y el agua... bueno, estoy segura de que comprenderá por qué no debe meterse en ella. Está llena de porquería.

Las arrugas de entre sus ojos, que habían estado desapareciendo lentamente, reaparecieron todas juntas de golpe. ¿Se daría cuenta siquiera de la tensión que proyectaba?

—¿Sabe una cosa?—comenzó Edward con cuidado—, como adultos, tenemos que aprender a mantener nuestros miedos alejados de nuestros hijos. Son muy buenos en percibir esas cosas que no necesitan del lenguaje hablado para comunicarse. Aprendí eso de mi relación con mi propio padre.

—Su padre no fue asesinado y tirado a un río.—Su tono no había cambiado, pero tenía la espalda rígida y sostenía la taza delante de la boca de manera que solo se le veían los oscuros ojos. Él no era tonto, en sus ojos se veía claramente que se había puesto tensa y a la defensiva. Pero tendría que fastidiarse, él no era ningún discípulo de sonrisa bobalicona que se amilanaría ante su belleza; no cuando estaba intentando hacer lo correcto, para ella y para James.

—Eso es verdad—dijo con calma—, y si es todo lo que quiere que James recuerde de su padre, entonces siga atándolo corto y asustándose cada vez que quiera hacer cosas que realmente no son más que parte del comportamiento normal de un niño.

—Cómo crío a mi hijo no es en absoluto asunto suyo.—Juliana dejó su taza con cuidado y se puso de pie, tesa como una baqueta. Tenía un aspecto espléndido. Edward sonrió y levantó una ceja.

—Así que así es como quiere tratar el tema, ¿no?

Juliana se puso roja.

—Creo que está olvidando su lugar en esta casa.

—Quizás lo estoy haciendo.—Edward se puso de pie y se acercó a ella—. Pero solo piense en ello: un día va a crecer y se va a convertir en un hombre y querrá saber más sobre el mundo que lo que usted le pueda mostrar desde detrás de sus faldas. Déjele respirar.

Juliana no dijo nada, pero le miró con cara de pocos amigos.

—De todas formas, ¿por qué vive tan cerca del río?—preguntó Edward—. No lo entiendo,

cuando le causa tanto dolor.

—Para tener a James cerca—dijo ella al fin—. Para que no se sienta solo.—Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas levantó la barbilla más alto y él se encontró aún más atraído hacia ella—. No sé si murió antes de caer al agua o no, pero si no pienso que el río es parte de él, entonces no tengo ni idea de dónde murió, y eso es peor.

—Tuvo mucha suerte de que usted lo amara.—Edward la observó mientras recuperaba la compostura. Deseaba con todas sus fuerzas abrazarla, hacerla olvidar todo aquel dolor con su pasión. El eco de sus sentimientos debió resonar en sus palabras porque Juliana se limpió las manos en el vestido, como si quisiera quitarle unas motas de polvo y después se dio la vuelta y cogió la taza otra vez. Mientras bebía de ella, Edward se fijó en que la porcelana temblaba ligeramente en sus manos. ¿Sería por la pena, o sentía ella también algo del calor que fluía entre ambos?

—Bueno, dejemos de hablar de esto—dijo ella alegremente—, cuando hemos pasado un día tan agradable. Y además, debería ponerse en camino si quiere que le dé tiempo a cambiarse para su cena con mi padre y Thomas.—Pronunció el nombre de Bond como si fuera una armadura. ¿Era eso? ¿Era él su protección para no volver a sufrir?—. Estoy tan triste por no haber podido verle tanto últimamente... aunque ha sido usted muy amable al haberme hecho compañía... pero espero que esta cena signifique que Thomas encontrará pronto más tiempo para mí, y para James.

—Seguro que lo hará—contestó Edward con voz seca—. Sé que les tiene mucho cariño.

Ella no era capaz de sostenerle la mirada, pero desplegab una amplia sonrisa, otra sonrisa nueva de una mujer con miles de ellas. Edward creyó que quizás esta era demasiado forzada.

—Yo mismo tengo ganas de verle—dijo, cogiendo su sombrero y devolviéndole la sonrisa—. Es un tipo interesante.

Sus palabras no eran mentira; tenía muchas ganas de ver a Thomas Bond otra vez. Esperaba que el doctor hubiese encontrado tiempo en su apretada agenda para echarle un vistazo a las cartas de Harrington. Edward era diferente en muchos aspectos a su difunto padre, pero ambos compartían una determinación tenaz y, cuanto más se enamoraba de Juliana (y aunque el simple sonido de su risa podía hacerle tener una erección, sabía que esto era algo más que deseo) más curiosidad sentía acerca de los tormentos que Harrington había sufrido al final de su vida. Quería conseguir que descansara para siempre. Quería calmar su propio sentimiento de culpabilidad. Quería que todos fueran capaces de seguir adelante con sus vidas.

Fue una cena extraña. Charles Hebbert estaba de muy buen humor y pidió demasiado vino, que todos hicieron un valiente esfuerzo por consumir; aunque Edward se dio cuenta en seguida de que Bond no iba al mismo ritmo que los demás. De hecho, estaba seguro de que el doctor a menudo acercaba la copa a sus labios pero no tragaba. Era muy posible que no pudiera permitirse empezar el día siguiente con resaca, o puede no tuviera el aguante que Kane mismo había cultivado a lo largo de los años, pero para cuando encendieron sus puros y les sirvieron el brandy, tenía muy claro que Thomas Bond no estaba tan alegre y comunicativo como los demás.

Al principio no llamaba la atención. La conversación había sido fluida mientras hablaban de las relaciones comerciales británicas de Kane y, luego, para satisfacer la curiosidad de Kane, el doctor había compartido con ellos detalles sobre el asesinato que había estado investigando, el de la mujer del tren (quizá más información de la que debía, pero en cualquier caso, estaba entre amigos), o ¿quizá había hablado solo para rellenar el espacio entre ellos? Desde luego no había mencionado las cartas de Harrington ni había dejado caer ningún indicio sobre su contenido. Kane estaba impaciente por quedarse a solas con él un momento para preguntarle, pero hasta entonces, no había surgido la oportunidad.

Charles Hebbert cambió de tema. Declaró no querer hablar más de la muerte de Elizabeth Camp, aduciendo que habían pasado demasiado tiempo hurgando en cadáveres. En lugar de eso, empezó a contar anécdotas de Juliana y el pequeño James de la forma en que suelen hacerlo los abuelos que sienten devoción por sus nietos (aunque no era algo que Kane hubiese vivido en persona jamás).

—No me puedo creer que no hayamos cenado aquí antes—dijo Bond mientras se acomodaban en sus butacas al lado de la chimenea—. En todos nuestros años de amistad, nunca había estado en tu club. Qué curioso.

—Ha sido un gran descuido por mi parte, es verdad. Pero...—Charles sonrió, con los ojos centelleantes de alegría—has cenado a menudo en mi casa y con mi familia, y seguro que eso es mejor.

—Por supuesto.—Bond dio un sorbo a su bebida—. Debes estar contento de haber cenado tantas veces aquí con el joven Harrington antes de su triste fallecimiento. Tiempo lejos de vuestras mujeres para hablar solo de negocios...

Desde detrás de una neblina de humo de puro, Kane observó a Bond atentamente. Le zumbaba un poco la cabeza por el alcohol pero su juventud malgastada le había servido bien en ese aspecto y estaba lejos de estar borracho. ¿Intentaba Bond descubrir algo sobre Harrington? Repasó mentalmente sus lecturas de las cartas pero no recordó nada útil. La mayor parte de lo que había quedado grabado en su mente eran las revelaciones más cruentas y la locura, no los detalles cotidianos. Deseó haber hecho copias antes de entregárselas al doctor, así ahora podría releerlas.

—Sí, sí.—El semblante de Charles se oscureció al recordar su dolor—. Un placer agrisado, haber disfrutado de esos momentos. Aunque ahora, por supuesto, preferiría que hubiera pasado esas horas con Juliana, dado que su tiempo juntos resultó tan breve. Era un tipo estupendo, el joven Harrington. Es tan triste perder a alguien tan joven que tenía un brillante futuro por delante. Y qué final tan terrible.

—¿Se hizo socio del club? No me acuerdo—continuó Bond, ignorando el contenido emocional de las palabras de Charles.

—¿Estás pensando en hacerte socio tú, Thomas, querido amigo?—dijo Charles, sin contestar a su pregunta—. Si es así, estaría encantado de apadrinarte. Todo hombre debería tener un club, un santuario. ¿Es miembro de algún club en Nueva York, Edward?

—Por supuesto que lo soy—contestó Kane—, aunque el Union Club no tiene el mismo empaque que el suyo. Aún no, en cualquier caso. Estamos un poquito rezagados con respecto a ustedes en materia de historia.—Edward se rio con Charles, cuya cara relucía por efecto de la mezcla de brandy y vino, pero su atención aún estaba centrada en Bond. Buscaba una especie de señal por su parte, pero no obtuvo ninguna; en lugar de eso, Bond miró fijamente su copa por un instante y luego se excusó. Kane estuvo tentado de seguirle, pero Charles Hebbert se inclinó hacia delante y le dio una palmadita en el muslo.

—Me alegro de tenerle para mí solo un momento, joven. Quería darle las gracias por los esfuerzos que ha hecho con el pequeño James—dijo mientras el Dr. Bond desaparecía por el vestíbulo, sin duda en busca del servicio. Kane se quedó atrapado donde estaba. Su conversación con el buen doctor tendría que esperar.

—No es molestia. Me gusta... y Juliana.—Bebió un traguito de brandy—. Creo que Jim fue un hombre afortunado al casarse con ella.

Hebbert soltó una risita ahogada.

—Ya me parecía a mí. Me preguntaba por qué no había vuelto todavía a Nueva York.

—No tenía intención de ser impropio—aclaró rápidamente. Lo último que quería era hablar

de Juliana con su padre. Si la creciente atracción entre ellos se convertía en tema de discusión con su progenitor, ella se apartaría de él, de eso estaba seguro. Las defensas de Juliana eran demasiado grandes, su dolor era todavía demasiado intenso y aún se mostraba nerviosa en su compañía, y probablemente por lo que quizás ocurriera entre ellos. Él acabaría por abrirse paso a través de sus barreras, pero no lo había hecho todavía y no se arriesgaría a perderla por culpa de una conversación precipitada con un padre que la adoraba.

—Thomas le tiene mucho cariño también—añadió Hebbert. Desvió la vista hacia la puerta por la que había salido Bond y, por un momento, se quedó pensativo—. Aunque me temo que él no le tiene demasiado cariño a mi nieto.

—¿Por qué dice eso?—preguntó Kane, aunque él también se había fijado en la frialdad de Thomas Bond cuando tenía al niño cerca—. Probablemente solo se deba a que no está acostumbrado a los niños.

—Sí, puede que sea eso—admitió Hebbert—. Siempre ha sido un hombre más reservado que yo. Y no puedo negar que ha sido un amigo fantástico y que ha cuidado bien de Juliana a lo largo de los últimos años. Estuvo muy enferma durante mucho tiempo después del nacimiento de James. Casi la perdemos a ella también.

—A lo mejor es por eso que tiene un poco de dificultad con el niño—dijo Kane—. Por la enfermedad de su madre.

—Semejante rencor no es propio de Thomas. Es un buen hombre.—Esta vez fijó su mirada cargada de intención en Edward—. Realmente es bueno para ella.

—Estoy seguro de que lo ha sido.—Edward no tenía muy claro si su cambio de tiempo verbal había sido intencionado o no.

Bebieron otro sorbito de brandy y el fuego chisporroteó entre ellos, amortiguando por un momento el barullo de fondo de voces masculinas.

—Pero sí me pregunto—continuó Hebbert—, si un hombre más joven no sería mejor para ella. Me temo que si se casara con Thomas, a pesar del cariño que le tengo y sabiendo lo mucho que él la quiere, estaría consiguiendo el tipo de seguridad equivocado.

—Se sentiría a salvo con él—dijo Kane—, eso seguro.—Si no podía desviar la conversación, al menos no intentaría desacreditar las credenciales de Thomas Bond como pretendiente. No caería tan bajo. Para empezar, respetaba al doctor y le caía bien. Y además, parecía claro que Hebbert ya tenía dudas sobre ese posible emparejamiento (si es que Bond conseguía en algún momento reunir el valor suficiente para pedirle a Juliana que se casara con él). Así que no ganaba nada apuñalándole por la espalda. Si lograba conquistar a Juliana, sería gracias a sus propios esfuerzos, no intentando echar por tierra a su rival. Era difícil considerar a Bond un rival, ¿cuántos años tenía? ¿Cincuenta y muchos? No tanto más joven que el padre de Kane cuando murió.

—Sí, sí—concedió Hebbert—. Thomas es un gran hombre. Pero se acerca a la jubilación y ella todavía es una mujer joven. Londres puede ser una ciudad dura para vivir en ella (yo a menudo veo lo peor de sus acciones) y sin duda es aún peor para una viuda acaudalada.

No siguió con su explicación, pero el mensaje había quedado claro: si Edward Kane conquistara el afecto de Juliana y se la llevara a Nueva York a vivir una vida de lujos y privilegios, no encontraría pega alguna por parte de su padre. Sintió una punzada de culpabilidad con respecto a Bond. Se había confiado al doctor acerca de las cartas de James Harrington y, si fuera un caballero de verdad, se echaría atrás en su creciente relación con Juliana. Sin embargo, en asuntos del corazón había aprendido que, caballero o no, la gente hacía invariablemente lo que quería. Resistirse solo retrasaba lo inevitable. Incluso en el caso de personas con menos

motivaciones carnales que él.

—Es una mujer fuerte—dijo—. Escoja lo que escoja para su futuro, estoy seguro de que estará perfectamente.—Tuvo cuidado de decir «lo» y no «quien». Había visto a su padre decir miles de falsas verdades en reuniones de negocios como para saber de la importancia de elegir las palabras correctas.

—Deberíamos jugar a las cartas—anunció Hebbert de repente, cambiando por completo el tema de conversación—. Suele haber una partida o dos en proceso y no tengo demasiadas ganas de irme a casa todavía. ¿Qué dice?

—Yo siempre estoy dispuesto a echar una partidita—contestó Kane.

—¡Excelente!—Hebbert había vuelto a su ser jovial—. Entonces iremos... Ah, ¡Thomas! Ahí estás. ¿Cartas?

—Desgraciadamente no.—Bond llegó por fin hasta ellos, pero no se sentó—. Me acabo de dar cuenta de la hora que es—dijo—. Me temo que tengo que irme a casa. Si no, no seré de ninguna utilidad para la policía por la mañana. Ni para mis pacientes en Westminster.

Parecía un poco nervioso, con una sonrisa tensa.

—Qué lástima, maldita sea—dijo Hebbert—. Ha sido una velada de lo más entretenida. Pero volveremos a reunirnos pronto, no cabe duda.

Bond asintió con la cabeza y le dio la mano a ambos. Kane notó que tenía los dedos fríos. ¿Qué escondía Bond? ¿Algo? Quizás no fueran más que maquinaciones de su propia imaginación, buscando señales inexistentes. Siempre era posible, concluyó, mientras cogía su copa de brandy y seguía a Charles Hebbert hacia la sala de juegos. Posible, pero improbable. Había aprendido a confiar en sus instintos y ahora le decían que el Dr. Thomas Bond iba detrás de algo.

12
LONDRES. FEBRERO DE 1897
DR. BOND

No dormí bien esa noche. Al principio creí que mi investigación sería pan comido. Al llegar al club, Hebbert nos inscribió a todos en el Libro de Socios y entregamos nuestros abrigos y sombreros en recepción. Era exactamente como había esperado: se registraban todas y cada una de las visitas; y pensé que el club era lo suficientemente prestigioso como para que los caros libros encuadernados en cuero se guardaran para la posteridad.

Nos sirvieron una cena estupenda y entretuve a Edward Kane con historias sobre la investigación, contento de poder evitar el tema de las cartas de Harrington. Cuando nos retiramos para beber una copita de brandy y mis dos compañeros estaban agradablemente achispados por el vino, me excusé y me dirigí al vestíbulo a toda prisa. Llevaba la lista de las fechas de los asesinatos de Jack en el bolsillo, y había tenido la esperanza de poder examinar rápidamente las páginas pertinentes y confirmar si Charles Hebbert había estado en el club aquellas noches. Me bastaría incluso con solo tener tiempo de comprobar la fecha del asesinato de Alice McKenzie, la única fecha concreta en la que él había dicho claramente que cenaba en el club.

Pero no estaba de suerte, a pesar de contar con una excusa perfectamente plausible: quería comprobar unas fechas de visita personales para aclarar un asunto con un amigo. Además, contaba con que el encargado no sabría si yo había estado ahí de visita antes o no. Pero el hombre no pudo proporcionarme los libros, ya que estaban archivados en otro sitio y, en cualquier caso, los Libros de Socios eran privados. Podía, sin embargo, dejar una nota con mi nombre y la fecha en cuestión, y alguien comprobaría los registros por mí y me enviaría un mensaje con el resultado. Todo esto me lo explicó suponiendo que yo era socio y no un simple invitado, así que sonreí y le dije que quizás haría eso si no era capaz de encontrar aquellos datos en mis propios papeles, y que no le daría a nadie semejante trabajo hasta que no estuviera seguro de que era necesario.

Después de eso, me disculpé ante mis compañeros y me marché. No me podía arriesgar a que el caballero de la entrada cambiara de opinión y viniera en mi busca, pues no podría inventar ningún cuento para explicarle a Charles mi necesidad de ver los registros del club. Como estaba bastante seguro de que era inocente de las sospechas que necesitaba disipar en mi mente, yo quedaría como un tonto y nuestra relación se resentiría, y por ende mi relación con Juliana.

Dormí mal. Mi mente se empeñó en arrastrar a primera plana de mis pesadillas imágenes y recuerdos que pensé que ya estaban bien enterrados en el olvido, y luego los entremezcló y retorció con imágenes de Hebbert y Juliana y, por supuesto, de James Harrington. Al final, me desperté, sudando y aterrorizado, un poco después de las cuatro. No había láudano en la casa, de lo cual me alegré, pues estoy seguro de que me hubiese tragado media botella solo para intentar calmarme.

Tenía que comprobar esos registros. Era la única forma de recuperar la tranquilidad. El resquicio de sospecha que albergaba sobre Hebbert era como la puerta de entrada para todos los horrores del pasado que había trabajado tanto por dejar atrás.

Conseguí comerme el desayuno que me había preparado la Sra. Parks, aunque no tenía ningún hambre. Luego tomé un carruaje a las oficinas de Walter Andrews y le pregunté que si podía contratar sus servicios como investigador privado: le pedí que me consiguiera esos registros. En su favor he de decir que no me presionó cuando le dije que prefería no contarle por qué los quería en ese momento, pero sí le dije que tenía algo que ver con el joven Harrington. Estaba simplemente intentando aclarar un pequeño detalle, nada importante.

Cuando llegó esa tarde con los Libros de Socios correspondientes a 1888 y 1889 en las manos, le picaba más la curiosidad. Aunque estaba desesperado por examinar los asientos, dejé los libros sobre una mesita auxiliar y le ofrecí una copa, que aceptó.

—Debo tenerlos de vuelta mañana a primera hora—dijo. No se había quitado el abrigo y las gruesas gotas atrapadas en los pliegues caían sobre la alfombra marcando los segundos—. Y hay una pequeña suma a pagar al empleado que me los consiguió; aunque yo no te cobraré nada, Thomas. Considéralo un favor a un amigo.

—Gracias.—Le entregué una copita de brandy (una medida poco generosa, pero no quería que se quedara mucho tiempo)—. Te los devolveré a primera hora.

—Obviamente, podrías comprobar lo que quieres mientras espero—dijo él—. Y entonces podría devolverlos esta noche.—No se me escapó la mirada curiosa que había en sus ojos. Conocía bien a Andrews y su ojo para el detalle era tan agudo como el mío. También confiábamos el uno en el otro y no tengo duda de que se estaba preguntando por qué me mostraba tan reticente sobre esto.

—Me temo que tengo que estudiarlos junto con otros documentos que no tengo en casa—improvisé—. Pero no temas, te los habré devuelto para la hora del desayuno, te lo aseguro.

—Perfecto.—Se apuró el brandy—. Entonces te dejaré a ello.

—Gracias otra vez—le dije, intentando no parecer ansioso conforme le dirigía hacia la puerta del salón—. De verdad que agradezco tu ayuda.

Se paró en la entrada y me miró detenidamente bajo aquella luz mortecina.

—No he podido remediar fijarme en los años de los libros: ochenta y ocho y ochenta y nueve. La época de Jack.

Forcé una carcajada.

—Desgraciadamente, esto no está relacionado con nuestro asesino desaparecido sino que se trata de un asunto mucho más mundano de gastos. Algo que preferiría mantener callado por el bien de otros.

—Bueno, pues si necesitas más ayuda, solo tienes que pedirla. Y sabes que puedes contarme cualquier cosa que te pueda estar preocupando.

—Y lo haría, Walter. Lo haría.—Le estreché la mano con firmeza, rezando por que la palma de mi mano no estuviese sudorosa—. Bueno, estoy seguro de que tienes la cena esperándote en casa. Ya he abusado bastante de tu tiempo.

Por fin se fue. Solté un gran suspiro cuando la puerta se cerró tras él. Me demoré unos minutos hasta que estuve seguro de que se había marchado de verdad y entonces cogí los Libros de Socios y subí corriendo las escaleras hasta el estudio. Ya había hecho una lista con las fechas de los asesinatos del Destripador; la coloqué al lado de los libros. Empezaría con Alice McKenzie. Si Hebbert había estado en el club como decía, entonces el resto no tenía ninguna importancia y podría volver a dormir tranquilo en mi cama otra vez, mientras me reía de mi propia estupidez.

Dieciséis de julio. Busqué rápidamente el mes en cuestión hasta que encontré la fecha precisa y luego deslicé el dedo por la lista de nombres escritos a pluma. Llegué al último apunte e hice una pausa. Un enfermizo nudo de miedo me atenazó el estómago, volví a la parte superior y

empecé de nuevo. Tres veces más busqué. Mis ojos se movían más y más rápido a medida que el temor invadía mis extremidades.

El nombre de Charles Hebbert no estaba allí. Miré mi lista y cogí los libros de 1888. Martha Tabram, Polly Nicholls, Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddowes y por último la pobre Mary Jane Kelly, cuyo cuerpo destrozado había examinado en su habitación. Hebbert no había estado en el club las noches de ninguno de los asesinatos.

Me recosté en la silla, un gran peso se instaló en mi pecho. ¿Podía realmente estar sospechando de Charles Hebbert? ¿Podía realmente creer que era el autor de semejantes crímenes? Y si había sido Hebbert, ¿por qué habían cesado los asesinatos tan de repente?

Porque Harrington había muerto. El susurro de mi mente era como un gusano que excavaba y se incrustaba en mi cabeza. *Y Harrington era el Upir y el Upir había traído el caos. Sin el Upir por ahí cerca, Hebbert estaba a salvo de los oscuros deseos y fantasías que dormitaban en su interior.*

Era absurdo, tenía que serlo. Me serví un brandy y me lo bebí de un trago, con la esperanza de detener así el temblor de mis manos. Luego eché un vistazo a las páginas de los libros una vez más. Incluso en los días que aparecía el nombre de Hebbert, solo pude encontrar dos ocasiones en que se hubiera visto con Harrington en el club. Pero por aquel entonces Juliana había venido a mí a quejarse de que Harrington y su padre estaban siempre allí. ¿Por qué mentiría Hebbert al respecto? Seguro que a uno u otro se le habría escapado la verdad en algún momento... entonces, ¿acaso eran cómplices en esta mentira? ¿Conocerían los horribles crímenes secretos el uno del otro?

Tenía que echar un vistazo a las cartas de Harrington. La sola idea de hacerlo me llenaba de un miedo terrible, pero sabía que si no, mi curiosidad me llevaría a la locura. No las leería enteras, me juré, mientras bajaba hasta la entrada y me ponía el abrigo y el sombrero. Solo las leería por encima, buscando referencias al club de Hebbert, nada más. No me dejaría arrastrar a la demencia de lo sobrenatural otra vez. Tenía que ir a mi oficina del Westminster Hospital y ver lo que contenían aquellas cartas.

Cuando salí a la calle, la gélida noche me envolvió como una mortaja y pude sentir los fantasmas de las mujeres muertas, que estiraban los brazos a mi paso para agarrarse a mí. Necesitaban respuestas. Y, Dios mediante, yo también.

EXTRACTO DE UNA CARTA DE JAMES HARRINGTON
A EDWARD KANE, FECHADA EN 1888

... he estado tan absorto en mis miedos por mi cordura que cuando Juliana me dijo que estaba disgustada con mi comportamiento esperaba oír que sabía lo de mis lagunas de memoria, o quizás algo peor: una confirmación de las cosas que temo que estoy haciendo durante esos periodos. Pero no se trataba de nada de eso. Solo dijo que se sentía sola. Le había prometido que podía venir a ayudarme con los libros de contabilidad y dijo que no le importaba que no hubiese surgido la oportunidad (aunque estaba claro que eso también la había molestado; pero ¿cómo podía dejar que se acercara a los muelles? ¿Cómo dejarla ver lo poco que me concentraba en la oficina y lo mucho que me obsesionada lo que fuera que había tras esa puerta candada que tanto me inquietaba abrir?). También dijo que estaba contenta de que su padre y yo nos cayéramos bien y quisiéramos pasar tiempo juntos, pero que estaba cansada de pasar las tardes sola mientras nosotros cenábamos en el club.

No supe qué contestar. Por lo que podía recordar, solo había cenado con Hebbert en el club una vez, puede que dos; desde luego no era una cosa habitual. Sin embargo, no se lo dije; abrí la boca para negarlo, pero me encontré con que no era capaz de pronunciar las palabras.

Sé lo que estás pensando, Edward (si es que piensas algo distinto a que ya debería estar en un manicomio) y es: que si estoy sufriendo periodos de amnesia a causa de mi fiebre o de algo peor, entonces puede que esté cenando con el Dr. Hebbert y simplemente no me acuerde de ello.

Pero los espacios vagos que a veces ocupo no funcionan de esa manera. Y mis flecos de memoria relacionados con ellos son siempre espantosos. Seguro que si he cenando tan a menudo con su padre, hasta el punto de molestar a Juliana, entonces me acordaría al menos de algo, ¿o no? Me pregunté si sería una mentira que le había dicho en algún momento y se me había olvidado, pero no es algo que a mí me pegue decir. Sabía que cuando volvía de donde fuera por la noche tarde, le decía que había estado trabajando hasta tarde (otra razón por la que no podía dejar que viniera a mis oficinas a ayudarme), pero no recordaba haber incluido a su padre nunca en mis terribles engaños. ¿Por qué habría de hacerlo? Le resultaría muy fácil descubrir que no era verdad.

Musité una disculpa e hice todo lo posible por hacerla sentir mejor. Me quiere mucho y me duele terriblemente verla tan afligida. No es la gran pasión que tuve con Elizabeth (aquel fue mi primer amor y yo era distinto entonces) pero sí que la quiero y desearía que este horrible peso que llevo sobre la espalda y en el alma no me atormentara como lo hace, y poder así convertirme en un buen marido para ella en el futuro.

A veces, cuando las visiones (que son como sueños) de lo que estoy cada vez más convencido que son recuerdos de mis propios actos me abruman, creo que debería romper nuestro compromiso. Seguro que hago mal al casarme con ella sabiendo lo trastornado que estoy, pero la idea de quedarme solo (más solo de lo que ya me siento) me aterra aún más. Es como si Juliana y la normalidad de mi vida con ella fueran el único ancla que tengo contra esta creciente locura. Y cuando se me pasa la fiebre y se me aclara la mente, es más fácil desechar

todas mis terribles dudas como simples fantasías. Entonces creo que soy tonto por plantearme siquiera el renunciar a ella.

Estoy divagando otra vez, pero estas cartas son un consuelo para mí, quizás en parte porque no las estás contestando (aunque espero que estés bien y no haya ninguna razón siniestra para tu falta de correspondencia). Son como un confesionario. Si no las estás recibiendo, entonces quienquiera que las esté leyendo (si es que las lee alguien) es simplemente un desconocido en otro país y no me importa lo que pueda pensar de mis extraños problemas.

Durante la cena, le mencioné a Charles lo de nuestras visitas al club. No le hice más que un breve comentario de pasada, aunque bajo mi (espero) tranquila fachada, me temblaba todo el cuerpo. Él se limitó a quedarse callado y por un instante pensé que estaba tan confuso como yo. Pero entonces algo se movió, y me sonrió antes de decir que los hombres debían poder disfrutar de sus pasatiempos lejos de las mujeres, y luego cambió de tema. Apenas pude comer después de eso. Sé que suena raro que esté tan seguro de que no he pasado varias tardes con él este mes, pero sé a ciencia cierta que no ha sido así. Pero, ¿por qué habría de mentir? Y si tiene su propio secreto (¿una amante, quizás?), ¿por qué me metería a mí en su mentira si no sabía que yo tengo secretos propios? Puede que sepa que yo no le delataría, pero me parece un gran riesgo. El engaño, que nunca ha sido parte de mi naturaleza hasta ahora, se está convirtiendo en algo en lo que soy un experto. Estoy tan cansado de las dudas que me rodean. Estoy tan cansado de mis miedos y de las cosas que quedan fuera de la vista que me temo que me están conduciendo a un final terrible.

Todavía no he abierto la puerta del almacén. Lo haré, me prometo a mí mismo que lo haré.

14
PSIQUIÁTRICO DE COLNEY HATCH. 1894
AARON KOSMINSKI

EVALUACIÓN

Desde que recibió la última visita hace dos semanas, el paciente se ha vuelto violento cuando alguien se acerca a él y ha sido necesario separarle de los demás pacientes por seguridad. El personal mantiene una política de mínimo contacto en todo momento y el Sr. Kosminski pasa la mayor parte de sus horas solo, lo que le tranquiliza un poco.

Creo que el visitante que recibió ha alimentado de algún modo las complicadas paranoias de Kosminski. El informe del doctor y la enfermera que estaban de guardia y supervisaron la visita no arroja nada de luz sobre por qué ha afectado al paciente de manera tan negativa. El caballero que vino a verle era un sacerdote extranjero. Los dos hombres conversaron a solas un rato, durante el cual el paciente estaba totalmente tranquilo. El cura, que se distinguía por faltarle una mano así como por su acento, abrazó al paciente y luego, después de un ratito, se marchó.

Le dijo al doctor que le había enviado la hermana mayor del paciente, Matilda, pero cuando se le consultó, ella negó haber hecho tal cosa. Sí dijo, no obstante, que su hermano tenía dos amigos con los que pasaba muchas horas pero que desconocía sus nombres. Creía que uno era extranjero.

Hace una semana, Kosminski fue violento consigo mismo: se golpeó repetidamente la cabeza contra la pared de la habitación. Quizás fuera un intento de suicidio, pero antes de que pudiera hacerse daño de verdad se puso a lloriquear y solo decía: «No quiere dejarme».

Se masturba con frecuencia y de manera agresiva y sin importarle si le están observando. Murmura entre dientes casi constantemente y come y bebe apenas lo suficiente para sobrevivir.

Mi recomendación es que el paciente sea trasladado a Leavesden, donde están mejor preparados para el tratamiento de pacientes excitables.

15
LONDRES. FEBRERO DE 1897
DR. BOND

—¿Se siente raro, al tomar este tren de vuelta a la ciudad después de su último caso?— preguntó Edward Kane—. Debe de ser mucho más real para usted que para el resto de nosotros, que nos limitamos a leer los detalles en los periódicos.

Charles Hebbert, cansado de jugar con James y Edward en el jardín mientras todos disfrutábamos del súbito aroma a verano en el aire, había tomado un carruaje desde casa de Juliana más temprano, pero Edward Kane insistió en coger el tren. No me sorprendió; él se dedicaba al negocio del ferrocarril, después de todo. Sin embargo, no pude encontrar excusa alguna para no hacer el trayecto con él, así que ahí estábamos, sentados uno frente al otro, mientras rodábamos de estación en estación hacia Waterloo.

—Desgraciadamente, si ese fuera el caso, quedarían muy pocos sitios en Londres en los que me sentiría cómodo. Probablemente no saldría de mi casa.—Sonreí y volví a contemplar el paisaje, deseando que pudiéramos hacer el resto del camino en un relativo silencio.

Pensé una vez más en el entusiasmo de Charles, que había actuado toda la tarde como un hombre igual de joven que Kane. Había llevado a James a caballito por todo el jardín a bastante velocidad, luego le dejó trepar a su espalda y montarle como si fuera un caballo, antes de jugar a la pelota con ambos. ¿Había sido solo un brote de afecto de abuelo, o había estado evitando mi compañía?

Aparte de descubrir sus mentiras sobre las visitas al club, no había sido capaz de encontrar nada concreto en el comportamiento o los hábitos de Hebbert en que fundar mis dudas sobre él. Cuando no estaba inmerso en mi trabajo en el hospital o con investigaciones (la de Elizabeth Camp había durado hasta abril), le había seguido y, cuando estaba con él, había estudiado su comportamiento con atención. Pero no había nada, ni un solo síntoma de algo impropio. Trabajaba, iba al club (ya no mentía sobre eso) e iba a ver a Juliana; esas tres actividades absorbían la mayor parte de su tiempo. Incluso cuando estaba borracho y le embaucaba en conversaciones sobre nuestra época del caso del Destripador, nunca mostró ni una pizca de culpabilidad en su actitud; seguía tan alegre como siempre, el mismo carácter que me había atraído hacia él tan pronto en nuestra relación. Cuanto más se apagaba el invierno para dar paso a los aromas de principios del verano en el aire, más difícil me resultaba encontrar nada oscuro en su persona.

Pero aún no conseguía sacudirme de encima la curiosidad.

—Parece cansado últimamente.—Las palabras de Kane me sacaron de mi ensueño y al mirarle encontré sus ojos oscuros y pensativos posados en mí—. Y preocupado—concluyó—. Si no le importa que se lo diga, parece un hombre que necesita unas vacaciones.

—Puede que esté un poco cansado—admití—. A veces me cuesta relajarme por la noche.

Y no era mentira, pues el sueño una vez más me evadía. Aunque no me perseguía ese horrible sentimiento de temor que me había atormentado durante aquellos terribles meses en los que la

sangre parecía impregnar cada piedra de las calles de Londres, mi mente no descansaba y, por la noche, cuando el mundo interior tendía a volverse tan oscuro como el exterior, escorpiones de duda y sospecha correteaban sin parar dentro de mi cabeza. Había hecho todo lo posible por borrar al cura y al *Upir* de mis pensamientos, pero si Charles Hebbert era Jack, entonces resultaba muy raro que dos asesinos tan sanguinarios hubieran terminado por vivir bajo el mismo techo.

¿Acaso mis sospechas sobre Hebbert se basaban únicamente en el hecho de que mi subconsciente aún creía en parte que el *Upir* afectaba a los que estaban cerca del huésped? ¿O podía ser que Hebbert y Harrington se hubieran atraído porque habían reconocido una inconfesada sed de sangre el uno en el otro? Juliana había dicho que Harrington se había mostrado cordial con ella cuando se conocieron, pero que sus intenciones no se habían vuelto románticas hasta después de conocer a Hebbert. O quizás yo estaba atando cabos donde no había ninguno que atar. Podía haber una explicación mucho más mundana para las mentiras sobre sus cenas en el club.

Era perfectamente posible que Charles Hebbert se hubiera visto atraído por esas desafortunadas mujeres de Whitechapel y hubiera saciado su lujuria con ellas de una forma que las dejaba unos peniques más ricas pero vivitas y coleando. No sería ni el primer ni el último caballero en querer experimentar semejantes cosas. Por desagradable que me pudiera parecer, esa podía ser fácilmente la razón tanto de sus visitas nocturnas al East End, de las que fue testigo Waring, como de las mentiras sobre sus visitas al club.

Pero tenía que admitir que me resultaba más difícil aceptar esa explicación, simplemente porque había implicado a Harrington en ella; eso me parecía innecesario y le hacía más vulnerable a ser descubierto. ¿Habría tenido alguna conversación con Harrington? ¿Una que el joven podría haber olvidado cuando aún le aquejaban las fiebres? A lo mejor había visto a Harrington con una mujer (una de sus víctimas) y había confundido el encuentro con alguna indiscreción sexual, y por eso sabía que Harrington no le delataría. En vez de eso, Harrington serviría de coartada para ambos. Pero a sabiendas de lo mucho que Charles quería a su hija, eso tampoco me parecía probable. Estaba seguro de que no habría tolerado ese comportamiento por parte de Harrington, especialmente antes de que se casaran.

Era un lío tremendo y no conseguía desentrañarlo, y aunque muchas veces, especialmente ahora que los días eran más largos y el clima más cálido, me burlaba de mí mismo por mis sospechas, era consciente de que tenía que encontrar alguna lógica que me permitiera descartarlas por completo, tanto por mi propia salud mental como por mis horas de sueño. Si Hebbert había sido nuestro sádico Jack, entonces ¿por qué había dejado de matar tan de repente? El único hecho con el que lo podía relacionar era con la muerte de Harrington y eso me llevaba directamente de vuelta al *Upir* y la leyenda de la maldad que provocaba a su paso, y no estaba dispuesto a creer eso, no podía creer eso.

Una vez más maldije a Jasper Waring por su comentario a la ligera, y a Edward Kane por traer el pasado de vuelta a Londres.

Este último aún me observaba pacientemente y tuve que hacer un esfuerzo por concentrarme en sus preguntas.

—Me estoy haciendo un poco viejo para ocuparme de estas investigaciones interminables además de mis responsabilidades en el hospital—admití al fin.

—Discúlpeme si le he dado todavía más trabajo—dijo Kane—, al pedirle que echara un vistazo a las cartas de Harrington.

—No, en absoluto, y siento haber tardado tanto. Pero he utilizado mis horas de insomnio para leerlas por encima.—Esto no era una completa mentira; sí que las había leído por encima, aunque deprisa, para no demorarme en ningún detalle de supersticiones o de monstruos fantásticos.

Intentaba encontrar referencias al club de Hebbert durante las horas nocturnas.

Edward se inclinó hacia delante.

—¿Y ha sacado algo en claro? ¿Puede entender ahora mi preocupación?

—Oh, desde luego,—contesté—y yo me habría alterado igual en su posición. Pero permítame que le tranquilice. Aunque las cosas que le escribió eran terribles, estoy convencido de que eran simplemente efecto de las fiebres que torturaban su mente. A menudo estaba muy enfermo y no creo que hubiese estado en condiciones de llevar a cabo semejantes actos.

—¿Cree que no era más que algún tipo de alucinación?—Parecía aliviado, pero la conversación no se había acabado todavía. Empezaba a pensar que la mente de Edward Kane era tan meticulosa como la mía. Obviamente no había sido capaz de olvidar las cartas y deseaba comprender los motivos de Harrington; quizá porque no había estado ahí para ofrecerle su ayuda en el momento—. ¿Pero qué pasa con el almacén? ¿Con las mujeres?

—Nos oyó a Charles y a mí hablar tanto sobre esos casos... y si había sufrido periodos de amnesia durante sus fiebres, no le costaría mucho preguntarse cuáles eran los actos más atroces que podría haber cometido durante esas horas perdidas. La imaginación es una cosa muy poderosa, después de todo.

—¿Y lo que decía de llevar un monstruo sobre la espalda? ¿Ese *Upir*?

Oír la palabra en voz alta de boca de otra persona me hizo dar un respingo. ¿Harrington había escrito sobre el *Upir* en sus cartas? No lo había visto, y no tenía ningunas ganas de hacerlo. Aunque la sola palabra me hizo estremecerme, me fue fácil encontrar una explicación de por qué Harrington lo había mencionado: el cura había dicho que el pueblo le había enviado; cuando estuvo enfermo en Polonia, Harrington debió de oír sus sospechas y la leyenda se quedó grabada en su mente. Quizás incluso le daba una excusa para dejar salir al asesino que llevaba dentro.

Convertí mi sobresalto en una risa forzada.

—¿Cree usted en esas cosas?

—No, por supuesto que no—dijo Kane rápidamente—, pero por lo que dicen las cartas, parece claro que Jim sí lo hacía.

—Supongo que oyó esa leyenda en alguno de sus viajes y se le quedó grabada en el subconsciente—expliqué con calma—. James sufría graves y repetidas infecciones pulmonares, lo que en verdad podía producirle la sensación de llevar un peso sobre la espalda. Si ya estaba sufriendo algún tipo de delirio, no le costaría un gran esfuerzo convencerse de que quizás hubiera algo ahí controlándole.—Recé para no haber desvelado nada sobre la naturaleza del *Upir* que no estuviese escrito en las cartas, pero quería que se terminara ya esa conversación. Quería quemar esas cartas y no volver a pensar en aquellos tiempos nunca más.

—¿O sea que cree que todo ello no son más que fantasías? Eso esperaba. Pero al morir de forma tan violenta y sin que nadie supiera dónde había estado esa noche...—Kane parecía avergonzado al terminar la frase—... me preguntaba si habría intentado matar a otra mujer y las cosas se habían torcido.—Ladeó la cabeza ligeramente, luego bajó la vista al suelo—. Aunque eso suena tan absurdo dicho en voz alta como la idea de que realmente asesinara a varias mujeres.

Me vino un repentino brote de inspiración y me incliné hacia delante hasta que nuestras caras estuvieron a pocos centímetros de distancia.

—¿Dónde dice Harrington que mató a aquellas mujeres?—Hice la pregunta en un tono que sugería que ya sabía la respuesta y que esto era una prueba, aunque en realidad necesitaba saber cuánta información recordaba Kane de las cartas, para no revelarle nuevos datos sin querer.

—En uno de sus almacenes—contestó Kane sin dudar.

—Bueno, pues use la lógica—propuse yo—. Si Harrington hubiera estado realmente matando

mujeres en un almacén de los muelles, entonces seguro que cuando murió y se hizo un inventario del negocio, se habrían descubierto pruebas de sus terribles crímenes. Él no sabía que iba a morir esa noche, así que todas las herramientas de aquellas espantosas actividades habrían estado ahí; e incluso aunque no hubiese habido cuerpos, seguro que habría manchas de sangre.—Hice una pausa—. Y no se encontraron pruebas de ese tipo.

El cura lo había limpiado todo bien, especialmente para tratarse de un hombre de un solo brazo. Todas las pruebas que inculpaban a Harrington habían sido borradas y, aunque yo no había vuelto a pasar cerca de aquel almacén desde entonces, tampoco se había producido ninguna señal de alarma.

Kane se reclinó hacia atrás, dejando caer un poco los hombros mientras sonreía. Su alivio era evidente.

—¡Claro! ¿Por qué no se me ocurrió pensar en eso?

—Usted estaba preocupado, mientras que yo estaba analizando—dije con una sonrisa—. Además, estoy bastante seguro de que en las fechas en que esas mujeres fueron asesinadas James Harrington estuvo bastante enfermo.—Ahora que se estaba relajando, me sentí más confiado—. Lo más seguro es que estuviese en cama, o por lo menos, demasiado débil para mutilar aquellos cuerpos. No obstante, después de leer sus cartas, no puedo evitar preguntarme si su infección no se habría extendido hasta el cerebro; es fácil que le causara toda esta angustia que estaba sufriendo. Al final (aunque nunca le diría esto a Juliana) puede que su temprana muerte fuera una bendición.—Para cuando terminé la frase casi había conseguido convencerme a mí mismo.

—Estoy totalmente encantado de oírle decir eso—dijo Kane—. La idea de que alguien a quien conocía fuera capaz de hacer todo eso... y sin que yo me diera ni cuenta... bueno, no negaré que ha afectado a mi sueño durante un tiempo. Pero me ha tranquilizado bastante, doctor. Ahora le debo una disculpa a la memoria de mi amigo. La sospecha corroe el alma, ¿no es así?

Mi pequeño momento de victoria se agrió con sus palabras y pensé en Hebbert y en las dudas que se negaban a abandonarme. Era un buen amigo, uno que no me había mostrado más que amabilidad a lo largo de los años, y sin embargo ahora dudaba entre creerle inocente y pensar que era un monstruo. Mis mentiras habían apaciguado a Kane, pero yo no era capaz de encontrar la paz. Deseaba fervientemente llegar a casa a la botella de láudano y eso, a su vez, me hizo sentir avergonzado; era demasiado parecido a un eco de tiempos más oscuros.

Tengo que conseguir volver a ser dueño de mi cuerpo y mi mente. Si no podía demostrar que Hebbert fuera culpable de nada, entonces tenía que intentar encontrar un modo de olvidarme del asunto. No podía dejarme arrastrar a la locura. La vida que tenía por delante consistía en una jubilación tranquila con Juliana a mi lado. Eso era todo lo que de verdad importaba.

LLOYDS WEEKLY NEWSPAPER
10 DE ABRIL DE 1896
LA CASA DE ACOGIDA DE READING

* * *

SEIS CUERPOS EN EL TÁMESIS

* * *

SORPRENDENTES HALLAZGOS AYER

En los últimos días se han encontrado los cuerpos de cinco bebés en el Támesis a su paso por Reading; el hallazgo ayer de un sexto niño muerto ha causado un revuelo inédito en la zona desde hace años. La semana pasada se descubrió el cuerpo de un niño de unos 18 meses y las pruebas revelaron que había sido estrangulado (tenía un trozo de cinta atado alrededor del cuello) y luego envuelto en unas telas. El veredicto de las pesquisas judiciales fue de «Asesinato premeditado de una persona o personas». A última hora del miércoles, se halló un segundo cuerpo, después de que la policía ordenara a sus hombres dragar el río al creer que se han podido deshacer de otros niños de manera similar. En la vista celebrada el viernes por la mañana, el jurado no pudo emitir un veredicto concluyente, ya que el forense no fue capaz de determinar las causas de la muerte debido al avanzado estado de descomposición del cuerpo. Un tercer cuerpo fue sacado de las aguas ese mismo día. En todos los casos, se encontró un trozo de cinta fuertemente atado alrededor del cuello y la muerte se había producido evidentemente por estrangulamiento. Los cuerpos estaban envueltos en lino y otras telas; en cada paquete habían colocado un ladrillo. El viernes por la noche, mientras dragaban en Clappers Pool, la policía sacó un morral en el que se encontraron los cuerpos de una niña y un niño excepcionalmente bello. En la bolsa había también dos ladrillos. Ayer, el juez de instrucción del municipio de Reading fue informado de que se había hallado un sexto niño en el río Kennet, en Reading, que tenía todos los indicios de haber sido asesinado de la misma manera que los cinco niños mencionados con anterioridad.

Se han realizado dos detenciones. Una mujer llamada Annie Dyer se trasladó a vivir a Caversham hace unas semanas y en sus habitaciones se ha encontrado cinta y otros materiales que se corresponden con los hallados en un niño y en el paquete, mientras que un trozo de papel con una dirección, encontrado con el cuerpo, se correspondía con la dirección de la mujer.

THE TIMES OF LONDON
MIÉRCOLES, 9 DE JUNIO DE 1897
PESQUISAS JUDICIALES

Ayer por la tarde en el juzgado de instrucción de Mortlake, el Sr. A. Braxton Hicks celebró una vista relacionada con el cuerpo de un bebé de padres desconocidos que fue hallado dentro de una caja en el Támesis el día 2 del mes corriente. George Spansfield, un peón que estaba trabajando en un muelle de carbón en Queen's Head, Mortlake, relató que la marea estaba bajando cuando encontró la caja en la orilla. No estaba ahí el día anterior. El sargento Oliver, el oficial convocante, presentó la caja ante el tribunal y el juez de instrucción dijo que evidentemente la habían fabricado para el fin para el que había sido utilizada. El Dr. James Adams, forense del distrito, y que fue llamado para examinar el cuerpo, dijo que correspondía a un bebé bien desarrollado. Curiosamente, ya se le había realizado una autopsia y todos los órganos habían sido examinados, sin duda por un médico cualificado. Es seguro que el niño llevaba muerto al menos dos meses, pero el doctor fue incapaz de confirmar concluyentemente que había vivido. Fue incapaz de atribuir la muerte a una causa en concreto...

... El juez de instrucción dijo que era uno de los casos más extraordinarios que había investigado jamás. Preguntó a todos los jueces de instrucción de Londres si habían realizado alguna investigación judicial relacionada con un bebé durante los últimos dos meses y cuyo entierro pudiera no haberse justificado, pero solo pudo concluir que alguna comadrona o algún empleado de funeraria se había deshecho del cuerpo de esta manera. Era un asunto escandaloso.

17
LONDRES. JUNIO DE 1897
DR. BOND

—Pero es tan espantoso—dijo Juliana, abanicándose y entrecerrando un poco los ojos bajo la brillante luz del sol—. ¿Quién le haría eso a su propio hijo?

—Los funerales cuestan dinero—explicó Charles—. Algo de lo que los pobres, por su misma naturaleza, tienen poco.

—Pero, ¿tirar a ese pequeñín al río donde ni siquiera podrían visitar su tumba? Es tan cruel.

—Nunca podremos comprender lo que ocurre en los corazones de otras personas, querida. A menudo es mejor no intentar entenderlo.

Era un día cálido y el aire se estaba haciendo más denso; la humedad del río cercano había sobrecargado el ambiente y hacía que me picara la piel bajo el cuello de la camisa. Moscas diminutas revoloteaban justo por encima de nuestras cabezas, presagio de las nubes de lluvia que con toda probabilidad se acumularían más tarde. A cada minuto más o menos, descendían y zumbaban alrededor de mi cabeza, disfrutando de mi irritación musitada, antes de remontar el vuelo y ponerse una vez más justo fuera del alcance de mis manotazos.

Hebbert no tenía ni idea de la ironía de sus palabras. Le observé mientras servía más limonada de la jarra. En mi vida diaria había hecho todo lo que podía por purgar la sospecha de mi mente, pero reinaba en mis sueños, donde el pasado volvía para atormentarme. La noche anterior tuve pesadillas en las que los dos estábamos en su estudio y una horrible mirada de desesperación le anegaba los ojos conforme hablaba de sus propios sueños terribles y la maldad de la ciudad. En la versión con que mi subconsciente elegía llenar mis horas de sueño, la terrible criatura que había visto aferrada a la espalda de Harrington acechaba en cada rincón en sombras de la habitación, por encima de nuestras cabezas.

No hace falta decir que no me había levantado del mejor de los humores, pero había esperado que un día en casa de Juliana me devolviera a un estado algo más alegre. Sin embargo, no fue así y deseé, al menos, que pudiéramos entrar en casa y alejarnos del agobiante calor y del hedor del río que no parecían molestar a nadie más que a mí. Además, había más visitantes de los que había esperado encontrar.

Parecía que Edward Kane, que, como ya me estaba quedando bien claro, sí que era un rival por el afecto de Juliana, había pasado allí toda la mañana y se había llevado al pequeño James unas horas como sorpresa de cumpleaños. Al igual que Charles Hebbert, Walter Andrews también estaba presente. Había cenado con él dos o tres veces desde que le devolviera los registros del club y en más de una ocasión había notado curiosidad en sus ojos avispados y había estado tentado de compartir mis pensamientos con él; pero no podía. No sabía a dónde me llevarían semejantes sospechas. Él se reiría de mí o se pondría a investigar, y ninguna de esas dos opciones me resultaba atractiva.

—Estoy deseando que lleguen las celebraciones del aniversario. Si el tiempo acompaña, será

un día magnífico.

Bebí un sorbito de limonada, aunque estaba un poco ácida para mi gusto, y miré al hombre que educadamente trataba de cambiar el tema de conversación hacia algo más agradable. Cuando llegué, Juliana me había dicho que había invitado a Barker y a su mujer, y estoy bastante seguro de que se me quedó la boca abierta del asombro. El secretario de Harrington en los muelles. La última vez que le había visto fue en aquel desgraciado momento en el que nos habíamos topado por la calle y él me contó que Harrington pasaba mucho tiempo en el pequeño almacén. También me dijo que había dejado de trabajar para Harrington; parece ser que tras la muerte de su antiguo jefe, le habían buscado y le habían vuelto a contratar. Más cosas del pasado que invadían mi presente para atormentarme.

—Sí que lo será—contesté. No tenía ningunas ganas de hablar con él pero al mismo tiempo no tenía ningunas ganas de que el tema de conversación virase hacia algo que pudiera causarme problemas. No podía relajarme con él ahí; ¿qué pasaría si le mencionaba a Edward Kane algo sobre las extrañas actividades de Harrington? Estaba seguro de que podría darles algún tipo de explicación y volvería a echarle la culpa a sus fiebres, pero puede que Kane le mencionara entonces a Barker lo de las cartas y ¿a dónde nos llevaría eso? Me sentía como si estuviese de pie en el centro de una red y el más mínimo movimiento fuera a hacer que se cerrara en torno a mí. Independientemente de los actos de Harrington, yo también había cometido un crimen terrible y cada día sentía más y más como si el mundo estuviera conspirando para no dejarme nunca ser completamente libre de él.

Juliana se unió a la conversación: nos contó sus planes de llevar al pequeño James a ver el espectáculo y, mientras sus palabras resbalaban por encima de mí, me di cuenta con tristeza de que si no tenía cuidado, aquella mujer se iría alejando de mí. Cuando le pregunté por qué había invitado a Barker, me dijo que Kane la había estado animando a adoptar un papel más activo en la empresa; era la herencia de James, después de todo. Sus ojos y su sonrisa eran más luminosos que de costumbre y le rodeaba un aura de emoción que no le había visto en años. Siempre había querido estar más involucrada en los negocios de James; y cuando dijo que creía que su difunto marido, que Dios se apiade de él, estaría orgulloso de ella, fue la primera vez que la veía mencionarle sin que la pena crispase su semblante. Siempre había esperado ser yo el que lograra ese cambio en ella, pero parece que no iba a ser así.

Me dijo que Kane había estado intentando persuadirla de que contratara a un tutor privado para James y que luego, si estaba contenta con ese arreglo, quizás sería el momento de encontrar un buen colegio para él, y eso a su vez le dejaría más tiempo libre para mejorar sus conocimientos sobre el negocio de la importación y la exportación. Kane la ayudaría, me contó, presentándole a algunos de sus contactos.

Me había sentido impotente al escucharla y no pude evitar que mis celos se me escaparan en un pequeño y mordaz comentario sobre el hecho de que Kane tomara decisiones por ella; también le dije que había pensado que era más fuerte. Juliana pareció escandalizada (así como Andrews) pero Charles Hebbert se había reído alegremente y me había dicho que no fuera tan arisco.

—Creo que Edward Kane es un joven estupendo—dijo—. Es una buena influencia para Juliana. Los jóvenes sacan a relucir la vida que hay en los que les rodean.

Me dio una palmada en el hombro y salió al jardín, donde estábamos sentados ahora todos, esperando educadamente a que regresaran Kane y el pequeño James.

Su mensaje quedó claro: Kane era un marido mucho más apropiado para Juliana que yo. Sus palabras me hirieron más porque no podía estar más de acuerdo: Edward Kane era más joven, más rico y desde luego más lleno de vida que yo; pero no podía creerme que él la quisiera más.

Era yo el que había estado a su lado en sus épocas más oscuras; él no había llegado hasta que la mariposa estaba saliendo de la crisálida.

Debo admitir que dolía pensar que ella pudiera preferirle a él por encima de mí. Puede que fuera un viejo tonto, pero un viejo tonto enamorado por primera vez en muchísimos años.

—¿Thomas?—Juliana me estaba mirando—. ¿Estás bien? El Sr. Barker te estaba preguntando si ibas a ir al desfile.

—Lo siento—sonreí—. Este calor infernal me está adormilando, y el río tiene hoy un olor más acre que otros días.

—Yo solo huelo a madreSelva—dijo Andrews—, pero sí que hace calor.

Al oír que se mencionaba el río, una pequeña arruga surcó por un momento la frente de Juliana, pero encogió los hombros como para espantarla. Deseé que a mí me resultara tan fácil hacer lo mismo. Mis sueños me habían dejado un poso de mi antigua locura y en esta atmósfera tensa y este calor sofocante me costaba mucho no pensar en el Támesis sin acordarme del cura y de su pelea con el *Upir*, y especialmente del chapoteo del agua en aquella lúgubre noche en que murió Harrington.

—Puede que debamos pasar adentro—dijo Charles—. El ambiente está un poco pegajoso y no cabe duda de que Edward y James volverán en seguida de su aventura misteriosa.

—Oh, no hay ningún misterio—dijo Barker alegremente—. Parecían estarlo pasando estupendamente cuando llegamos.

—¿Los visteis?—preguntó Juliana—. ¿Dónde?

—Estaban pescando, en una barquita de remos en el río. Estoy seguro de que eran ellos. Desde luego parecía el Sr. Kane.

El pobre hombre no tenía ni idea de lo que había dicho. Antes incluso de que acabara la frase Juliana ya se había puesto en pie de un salto y había echado a correr hacia dentro. Hebbert y yo la seguimos de inmediato, olvidándonos de toda educación. Cuando la alcanzamos ya había atravesado la casa y salido por la puerta principal, dejándosela abierta de par en par, y estaba cruzando la carretera.

—¡James!—gritó, con las manos crispadas sobre la gruesa tapia de piedra—. ¡James!—Se volvió para bajar corriendo por las húmedas escaleras que llevaban hasta la orilla, pero Charles la sujetó.

—¡Juliana, para!

Juliana volvió a gritar el nombre de su hijo y forcejeó con su padre.

—¡Suéltame! ¡Quiero que salga del agua! ¡James!

—¡Le vas a asustar!

Charles tenía razón: el pequeño bote de remos estaba muy cerca de la orilla, amarrado a un robusto poste con un grueso cabo para evitar que lo arrastrara la corriente, mientras el hombre y el niño estaban sentados con cañas de pescar colgadas por encima de la borda. Supongo que antes de que llegáramos había sido la imagen perfecta de la serenidad, pero James, al oír a su madre gritar su nombre de forma tan desesperada, se había puesto de pie en el bote y se había dado la vuelta. Edward Kane, sorprendido, se había girado también, y la barquita cabeceó violentamente. Cuando el bote se inclinó hacia un lado, James, desacostumbrado a estar sobre el agua, empezó a perder el equilibrio. Concentrado en la angustia de su madre más que en dónde se encontraba él, el niño dio un paso adelante, se le enganchó el zapato con la caña de pescar y se tropezó. Kane se lanzó a por él, pero James se había inclinado demasiado hacia delante y el movimiento del peso de Kane le volteó por encima de la borda y de cabeza al agua.

Hebbert empujó a su hija a mis brazos y bajó a toda prisa los resbaladizos escalones de

piedra. La abracé fuerte, esperando que se pusiera a gritar histérica, pero todo lo que sentí fue un peso muerto. No se había desmayado, pero toda la vida se le había escapado en un solo instante.

Edward Kane no había perdido el tiempo: se había quitado la chaqueta y los zapatos y ahora se zambullía en las turbias aguas en las que James había chapoteado durante un breve momento antes de hundirse por debajo de la oscura superficie. El niño nunca había aprendido a nadar y, aunque era un día caluroso, no me cabía duda de que el agua estaría lo suficientemente fría como para dejarle conmocionado.

Andrews y los Barker se habían reunido con nosotros, pero apenas me di cuenta. Mi corazón latía a toda velocidad y sabía que estaba murmurando unas palabras para tranquilizar a Juliana, aunque no recuerdo en absoluto lo que decía. Más abajo, Charles Hebbert estaba de pie al borde del río, con una mano aferrada al poste al que estaba amarrada la barquita, llamando tanto a Kane como a James. Una cabeza oscura salió a la superficie por un brevísimo instante y luego Kane desapareció de nuevo para seguir rebuscando en las profundidades. Aunque estaban cerca de la orilla, las corrientes no eran suaves y el lecho del río estaba lleno de hierbajos y algas en los que podían enredarse las piernas de un niño.

Mientras esperábamos conteniendo la respiración, no pude evitar pensar en el fantástico *Upir*, arrojado de vuelta al río después de la muerte de Harrington. No existía. No lo hacía; y aun así sentí un escalofrío de miedo que me hizo temblar casi tanto como lo hacía Juliana.

—¡Le tiene!—gritó Hebbert desde más abajo—. *Le tiene*.

Juliana se soltó de mis brazos y bajó corriendo hasta la orilla, con Andrews pisándole los talones. Kane nadaba hacia Hebbert, arrastrando al niño boca arriba tras de él. Subió tambaleándose al mugriento barro y dejó al niño en el suelo. Hebbert y Andrews se pusieron de rodillas inmediatamente y empezaron a reanimarle: le masajearon el pecho e insuflaron aire en su pequeña boca.

Yo no me moví. Sabía que debería hacerlo. Era médico; había servido en campos de batalla. Yo debería ocupar el lugar de Andrews y luchar codo con codo con Hebbert para sacar el agua apesada de los pulmones del niño, pero no fui capaz de mover ni un músculo para acercarme al borde del río.

Incluso desde donde me encontraba podía ver que James estaba mortalmente pálido. Hebras de cieno verde teñían el pelo rubio del chiquillo y no pude evitar preguntarme cuán profundo se había hundido en aquellas tenebrosas profundidades. La idea de poner mi boca sobre la suya me repugnaba. El río había estado *dentro* de él. ¿Qué más había intentado agarrarle conforme se hundía? No lo podía remediar: pensé en una antiquísima criatura de ojos rojos y dientes afilados que esperaba en el lecho del río a un nuevo huésped.

Al final, James tuvo una arcada y tosió y un chorro de agua salió expulsado de sus pulmones. Cuando abrió los ojos, parecía aturdido e intentaba recordar dónde estaba y con quién. Su madre cayó de rodillas y le ahogó en abrazos y besos, lavándole el hedor con sus lágrimas.

A mi lado, los Barker suspiraron aliviados y se abrazaron. Solo yo permanecí inmóvil.

Kane, empapado y mugriento, cogió al niño en brazos y subió las escaleras con él mientras Andrews tiraba de la barca hasta la orilla y recuperaba el abrigo del americano. Solo entonces fui capaz de sacudirme el estupor de encima y reunirme con ellos, intentando hacer caso omiso de mi repugnancia y temor.

Los Barker se fueron poco después, tras asegurarse de que el pequeño James estaba vivo y estaría bien. No formaban parte de la familia como nosotros, incluido Kane estos días, y nos dejaron continuar atendiendo al chiquillo. El ama de llaves puso agua a hervir para preparar un baño caliente mientras Juliana y Hebbert le quitaban al tembloroso niño la ropa empapada y, en

una hora, estaba metido en la cama e intentaba comerse el caldo de ternera que su madre le estaba dando a la fuerza. Me entretuve en la puerta de su habitación y los observé por un instante antes de dirigirme al piso de abajo. ¿Era mi imaginación o le habían empezado a salir manchas violáceas en las pálidas mejillas? ¿O era simplemente mi cansancio que me gastaba una broma pesada? Nunca me había gustado el niño, pero eso no lo podía remediar porque sabía en lo que se había convertido su padre y que su propio nacimiento había resultado tan difícil que había sido casi antinatural. Siempre me había costado mucho dejar eso a un lado en mi mente.

—Estará perfectamente—dijo Hebbert, dándole una copa de brandy a Kane. El americano estaba envuelto en una manta y sentado al lado de un fuego encendido a toda prisa—. Los niños son muy duros. Su madre cree que es frágil, pero he visto a niños con afecciones mucho más graves que sus ocasionales toses y resfriados. Su padre tenía el pecho delicado y no dudo que él lo haya heredado, pero más aire fresco a buen seguro que lo solucionará.

Me serví un brandy y vi que mi mano temblaba ligeramente. ¿Qué más había heredado el niño de su padre? ¿Podía ser el Destino el que le empujó al agua? ¿Había habido algo esperándole ahí abajo? Tensé la mandíbula y maldije mis sueños y mis recuerdos. *No existían los monstruos*. No estaba dispuesto a creer en ellos.

—¿Qué te ha pasado?—preguntó Andrews con voz queda—. No moviste ni un dedo.

—Me temo que no lo sé—contesté—. Mis reacciones no son lo que una vez fueron cuando era joven. Quizás fuese la conmoción...

Mi amigo no parecía convencido y estoy seguro de que vi un poco más que decepción en sus ojos. ¿Qué podía decir? ¿Que el río me daba pavor en algún nivel subconsciente? ¿Que me aterrorizaba lo que pudiera haber en él? ¿Que la idea de poner mi boca sobre la del chiquillo y *probar el sabor* del río me llenaba de miedo? Porque aunque no hubiese ningún *Upir*, el recuerdo de mi propia locura había sido lanzado a ese río y temía cada vez más su resurrección. Mirase donde mirase, pedazos del pasado se arremolinaban a mi alrededor.

—Me siento avergonzado de mi inacción, Walter. De verdad, pero James estará bien.

—Afortunadamente.

—No debería haber estado en el agua en primer lugar—dije, sintiendo de pronto la necesidad de defenderme—. Juliana no lo habría permitido.—Mi voz sonó más alta de lo que pretendía y Kane alzó la vista, con los ojos oscuros cargados de culpabilidad.

—James quería ir a pescar. Creí que sería inofensivo.

—Venga, Thomas—intervino Hebbert—hemos nadado en aguas mucho peores cuando éramos chavales, ¿no? Yo desde luego que lo hice. Y la barca estaba bien amarrada y cerca de la orilla. No hagamos un mundo demasiado grande de todo esto, ¿de acuerdo? La compañía de Edward ha sido beneficiosa para el niño, nadie puede poner eso en duda.

En el exterior el sol se iba apagando y se habían acumulado densas nubes grises de tormenta, que colgaban bajas y se apretaban contra los cristales como para ver cómo nos gruñíamos los unos a los otros.

—Te estás tomando muy bien lo que ha podido ser un trágico accidente—dije yo—. Tu nieto podía haber muerto. Puede que seas más despreocupado acerca de la muerte que yo.—Mis palabras cayeron como gotas de ácido.

—¡Thomas!—exclamó Andrews, mientras Hebbert abría los ojos de par en par—. ¡Vaya una cosa para decir! Al menos él corrió a ayudar.

—Sí... ¿dónde estabas tú?—contraatacó Hebbert—. Es obvio que te importa poco el niño, pero ¿quedarte parado a lo lejos y limitarte a mirar? Eso demuestra que eres más frío de lo que nunca hubiera imaginado.

Y así empezó la pelea. Nos miramos con cara de odio. Charles Hebbert y yo. En la historia de nuestra amistad nunca habíamos tenido una sola discusión; pero a lo mejor nunca había tenido la oportunidad de conocer al hombre de verdad. Era, después de todo, un hombre que había tenido terribles pesadillas llenas de sangre mientras Jack asesinaba en nuestras calles, y un hombre cuyo paradero en esos momentos no podía demostrarse.

O quizás era yo el que estaba hundiéndome otra vez en la locura después de mis delirios paranoides de hacía unos años.

Sea como fuere, sentí una oleada de calor subir por mis entrañas.

—Creas lo que creas acerca de mis sentimientos hacia el niño, yo no le habría llevado al río, no sin el permiso de su madre. Y tampoco justificaré ni me tomaré a risa semejante acto. James es el hijo de Juliana y es asunto suyo y solo suyo decidir estas cosas.

Mis sospechas sobre Hebbert y mis celos de Kane se estaban enredando en una masa de emociones y estaba demasiado cansado para tener cuidado con lo que decía. Pero aun así, me pregunté: *¿Qué nos está pasando?* Desde la llegada de Kane, mi mundo había comenzado a cambiar otra vez y, aunque era un hombre encantador, empezaba a odiarle por eso. Deseaba llegar a casa, a mi láudano y mi brandy y el silencio de mi estudio, y olvidar durante un rato que la normalidad que tanto esfuerzo había hecho para reconstruir se estaba desmoronando.

—Tiene razón—dijo Kane con voz queda—. Tiene toda la razón. No pensé... pero James estaba tan ansioso y tuve tanto cuidado con la barca... creí que quizá si se lo presentaba como una cosa hecha ella se daría cuenta de que el chiquillo no corría ningún peligro.

—No es su hijo—repetí, mientras me retorcí por dentro ante el mojigato tono de mi voz—. Su padre está muerto.—La imagen de la cara de Harrington mientras yo le rajaba con el cristal roto se me vino a la mente sin querer—. Sean los que sean sus sentimientos por Juliana, no los confunda con tener derechos que son únicamente de ella.

—Gracias, Thomas.

Me di la vuelta y vi a Juliana de pie en el umbral de la puerta. Tenía la espalda tiesa y la cara demacrada y pálida.

—Juliana,—Kane se puso en pie—lo siento tanto...

—Thomas tiene razón—contestó ella. Su voz era tan fría como sus ojos—. No tenía derecho a poner a mi hijo en peligro.

—Querida,—empezó Hebbert—tú...

—Yo nada, papá.—Se volvió hacia Kane y dijo suavemente—: No es porque le llevara en barca, Edward. Sé que quizás he dejado que muchos de mis propios miedos hayan influido en mi manera de educar a mi hijo. Si me lo hubiera consultado, es muy posible que le hubiera dicho que sí.—Se irguió bien alta y creo que nunca la había amado más que en ese momento—. Pero no me lo consultó. Y ahora quisiera pedirle que se marchara.—Solo entonces apartó los ojos del algo acobardado Edward Kane y nos miró a los demás—. Que se marchen todos. Thomas, si pudieras venir mañana a comprobar que James está bien, te estaría muy agradecida.

—Por supuesto—dije, y se aligeró en parte la pesadumbre que sentía. Puede que no hubiese ayudado a sacar al niño del agua pero de repente me había ganado otra vez su favor; y lo que era más importante aún, parecía que Edward Kane lo había perdido, al menos por ahora. Sabía que Juliana tenía una naturaleza generosa y compasiva y estaba seguro de que cuando James se recuperara del todo, se mostraría más calmada con respecto a Kane; pero por ahora, había perdido su confianza.

Una vez fuera, caminé con Andrews hacia la estación de tren. Intenté iniciar alguna conversación trivial con él, pero se mostró especialmente sordo a la mayor parte de lo que yo

decía. Me contestaba solo con monosílabos aquí y allá y se negó a participar en ningún intercambio. Un coche de caballos apareció al fondo de la calle y Walter le hizo una seña.

—¿Vamos juntos?—pregunté.

—Creo que preferiría ir solo—respondió. Se volvió hacia mí y entornó sus ojos avispados—. Creo que igual necesitas descansar un poco, Thomas. La forma en que le has hablado a Charles ha sido tan maleducada como injustificada.—Abrí la boca para protestar, pero habló por encima de mis palabras—. Diste a entender que no le importaba si el pequeño James moría... ¿cómo pudiste decir eso?

—¡Eso no es lo que quise decir!—Walter Andrews era mi amigo y un hombre inteligente. Aunque puede que mis palabras hubiesen sido un poco demasiado agresivas, ¿no podía preguntarse cuál había sido mi razonamiento, en vez de simplemente tacharme de maleducado?— Puede que ninguno de nosotros conozcamos a Charles Hebbert tan bien como pensamos—espeté.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? Hebbert es un buen hombre, un buen médico—protestó Andrews.

—Miente—musité, girando sobre mis talones, con los dientes apretados—. Ese hombre miente.

Me alejé caminando mientras los primeros truenos sobre nuestras cabezas se hacían eco de mi furia.

—¿Qué quieres decir con eso?—gritó Walter a mis espaldas—. ¿Thomas?

—Olvida que lo he dicho.—Apenas ralenticé el paso pero me giré para poder mirarle, mientras mis pies seguían llevándome marcha atrás—. Y lo siento de todo corazón si te he ofendido, amigo mío. Tienes razón, estoy muy cansado.

Aún temblaba cuando llegué a casa y, mientras me servía un brandy, la tormenta sacudía el edificio como si mi conflicto interno estuviera explotando hacia fuera. ¿Qué me estaba pasando? ¿Podría ser que la paranoia que se había apoderado de mí hacía años hubiera dejado una semilla en mis entrañas que estaba creciendo ahora como una mala hierba veraniega? ¿Costaba realmente tan poco reavivar mis miedos? Es verdad que siempre me había resultado difícil ser cariñoso con el pequeño James, pero la negativa de mi cuerpo a correr a ayudarlo no tenía nada que ver con una posible maldad hereditaria y todo que ver con lo que el cura creía haber tirado al río aquella sombría noche, la última vez que le vi. Todos habíamos creído entonces que había mandado al *Upir* al fondo del Támesis.

Me estremecí al ver mi propio reflejo en el cristal cuando un relámpago cruzó el cielo; lo que vi fue a un viejo asustado. ¿Dónde estaba el famoso cirujano, el Dr. Thomas Bond? ¿Cómo se había convertido en esta persona, en un hombre que desconfiaba de un íntimo amigo simplemente porque había mentido sobre dónde estaba en unas pocas ocasiones? Pensé en cómo le había hablado, y en cómo me había mirado Andrews cuando salimos de casa de Juliana.

Esto no podía ser. No podía volverme obsesivo otra vez.

A pesar de que la casa estaba húmeda y fría por la tormenta, no encendí la chimenea. Me ardía la cara, me daba vueltas la cabeza y sentí que la ansiedad intentaba apoderarse de mí. No lo permitiría. No me dejaría arrastrar al fondo después de todo este tiempo. Tenía que parar, y tenía que parar *ahora*.

Me senté detrás del escritorio, saqué el papel de carta y empecé a escribirle a Andrews. No estaba seguro de lo que pretendía decir, solo que tenía que disculparme por mis actos y palabras de aquella tarde. Pero una vez que las palabras empezaron a salir, fluyeron libremente, y le conté que le tenía miedo a las aguas profundas desde un accidente de barco de mi infancia y que eso era lo que me había dejado petrificado. Le dije que mi propia vergüenza me había hecho hablar de

forma grosera a Hebbert y que me sentía dolido porque él estaba claramente favoreciendo a Kane por delante de mí como candidato a la mano de Juliana. Le conté que una caída que había sufrido cazando hacía uno o dos meses me había dejado un persistente dolor de espalda (de todo lo que escribí en la carta esta era la única parte que era totalmente cierta) y que eso me había vuelto irritable. Por último, le pedí que me perdonara, sellé la carta y puse su dirección antes de comenzar inmediatamente otra para Hebbert, en la que me disculpaba por mi imperdonable grosería, echándole la culpa de mi comportamiento a los celos que sentía de Kane.

Normalmente, me habría sentido avergonzado de mostrarme tan abierto con mis emociones, pero mi deseo de restablecer el equilibrio en mis amistades, y el mío propio, sobrepasaba cualquier consideración por el estilo. Para cuando hube terminado y los dos sobres estuvieron listos para ser enviados a la mañana siguiente, el brandy había desaparecido y yo estaba más tranquilo.

Si digo que unas acciones tan simples habían eliminado todas mis oscuras aflicciones, estaría mintiendo, pero tenía la conciencia más tranquila y estaba decidido a no volver a la destemplanza de alma que casi acaba conmigo ya una vez antes.

Me quedé tumbado en la cama y escuché la lluvia aporrear la casa. Intenté no pensar en otra cosa más que en el ritmo de mi corazón y el tic tac del reloj, llenando así mi cabeza de sonidos en vez de pensamientos sobre mujeres muertas y viejas leyendas y una locura inducida por las drogas que nunca terminaba de abandonarme.

Dormí mal, me desperté varias veces sudando y con las sábanas enredadas alrededor del cuerpo, pero cuando al fin se hizo de día, aunque estaba cansado, no recordaba mis sueños y lo agradecí inmensamente. Envíe mis cartas y me fui directamente a casa de Juliana para ver cómo estaba James.

Me alegré de ver que aunque Juliana estaba convencida de que el niño tenía fiebre y le había obligado a quedarse en cama, James parecía estar bien y contento, sin secuelas emocionales de su caída al río. Estuve de acuerdo en que quizás estaba un poco caliente y, aunque se me iba la vista hacia ellas, no me obsesioné con las tenues manchas violáceas que le habían aparecido sobre los pómulos y el cuello. No era nada, me dije, simplemente el efecto de un ligero malestar provocado por su caída al agua. Pero aun así, me quedé con él todo el día. Jugamos a las cartas y le leí cuentos mientras Juliana nos observaba, quiero creer que con un afecto considerable.

Por mucho que estuviese disfrutando de los buenos ojos con los que me miraba Juliana, mis sentimientos hacia su hijo no habían cambiado. Eso no lo podía remediar, pero tenía que hacer méritos después del fiasco de la víspera. Me negué a dejar que mis paranoias arraigaran en mi interior; tenía claro que no podía dejarles espacio para crecer durante las largas y oscuras noches. Me quedaría con el niño hasta que estuviera bien, vigilándole por si tenía algún síntoma anormal, pues solo así podía demostrarme a mí mismo de una vez por todas que no existía ni una sola señal del *Upir* en su interior.

THE TIMES OF LONDON
LUNES, 20 DE ABRIL DE 1896
LOS INFANTICIDIOS DE READING

Annie Dyer, cuyo nombre ahora parece ser Amelia Dyer, alias Thomas, Harding, Stanfield, y compañía, descrita como una enfermera de unos cincuenta años, fue juzgada por el tribunal del municipio de Reading el sábado, acusada del asesinato de un niño de nombre Fry, el primero de los bebés hallados en el Támesis e identificado ahora por su madre; y por el asesinato de dos niños llamados Doris Marmon y Harry Simmons, hallados estrangulados en el morral que fue extraído del Támesis en la cabecera de la presa de Caversham. Arthur Ernest Palmer, yerno de la otra prisionera, ha sido acusado de cómplice después del hecho...

... El doctor declaró que la causa de la muerte había sido el estrangulamiento, habiéndose atado algún tipo de cuerda, presuntamente cinta, alrededor del cuello de los niños. En el caso de la niña, la cinta había sido retirada, pero en el caso del otro niño la cinta todavía estaba alrededor del cuello cuando hallaron su cadáver. El estado del cuerpo indicaba que había permanecido en el agua durante unos diez días.

Aunque el clima de aquel verano había sido bastante desagradable hasta entonces, cuando se disparó el cañón en Hyde Park y el estruendo resonó por toda la enfervorizada ciudad, las nubes por fin se abrieron y nos bañó la luz del sol. Por la mañana, las campanas habían tañido en todas las iglesias de Inglaterra para celebrar los sesenta años de reinado de Su Majestad y el día era festivo para todos. Había festejos previstos para casi todo el fin de semana.

Tras reunirme con Juliana, el pequeño James y Hebbert, nos abrimos paso entre la bulliciosa multitud para encontrar un lugar apropiado y ventajoso desde donde ver pasar el desfile. Pensé que el ambiente exultante de la ciudad era un fiel reflejo de mi propio optimismo y buen humor. Incluso le di la mano a James y luego le llevé un rato en brazos para que pudiera ver mejor por encima de las cabezas de los que nos rodeaban. Se había quitado de encima la tos y la fiebre, consecuencia de su caída en el río, y Hebbert había dicho que la experiencia le endurecería. Yo había conseguido quitarme (casi) de la cabeza mis oscuros pensamientos y dudas y además, hacía dos noches, se había hecho la luz en mi corazón, pues Juliana había aceptado convertirse en mi esposa.

Habíamos cenado juntos en uno de los mejores restaurantes de Londres, compartiendo tanto los buenos recuerdos como un magnífico vino de Burdeos. Cuando por fin reuní el valor suficiente para declararme, Juliana me dijo que aunque no se sentía aún preparada para dar el paso, en principio sí, cuando estuviera preparada, desde luego no se oponía a la sugerencia; pero prefería mantener nuestro acuerdo entre nosotros de momento.

Tuve que echar mano de todo mi autocontrol natural para reprimir el impulso de cogerla entre mis brazos y besarla ahí mismo. No lo hice, obviamente, pues eso habría sido de lo más poco caballeroso, pero desde ese momento sentí como si se me hubiesen quitado muchos años de encima. El dolor de espalda remitió y caminaba sobre una nube. No habría más láudano. No habría más sospechas, ni más paranoia. Simplemente sería el Dr. Thomas Bond, eminente cirujano, con una preciosa mujer que estaba dispuesta a convertirse en su esposa.

Ahora, mientras caminaba a mi lado, Juliana se rio alegremente, contagiada por el ambiente festivo del gentío. Me había sorprendido que quisiera traer a James al corazón de los festejos, pero explicó que estaba decidida a ser menos protectora hacia él y esta era una ocasión que era muy improbable que volviera a suceder en todos los años de su vida.

Vimos las miles de banderas del Reino Unido que colgaban de todas las ventanas y sitios disponibles; los ojos de Juliana lanzaban destellos y me daba apretoncitos en el brazo para indicarme una cosa u otra mientras buscábamos un sitio cerca de la National Gallery. Por todas partes a nuestro alrededor los vendedores ambulantes pregonaban sus artículos conmemorativos: tazones, programas y banderas de recuerdo. Hebbert esperó la cola y nos trajo a cada uno un tazón, y a James una bandera para que la agitara. No sabía si Juliana le había puesto al tanto de nuestro acuerdo, pero yo había hecho todos los esfuerzos posibles por recuperar mi amistad con él

y devolverla a su estado anterior, y Charles tenía un carácter tan alegre que me lo había puesto fácil.

Una fuente de alegría adicional para mí era la continua ausencia de Edward Kane de nuestras vidas. Juliana no hablaba de él y yo no sacaba el tema. Aunque no tenía ninguna duda de que se habría disculpado sinceramente, y más de una vez, por sus acciones, claramente Juliana no le había perdonado todavía. Estaba seguro de que lo haría (no era una mujer rencorosa y, ahora que James estaba completamente recuperado, el miedo que había tenido aquel día se iba diluyendo), pero esperaba que cuando lo hiciera, le mantendría a cierta distancia. Aunque tenía que admitir, a regañadientes, que me gustaba el hombre y le respetaba, era muy consciente de que era un rival por el afecto de Juliana y estaba mucho más contento cuando no estaba presente. Me daba miedo perder a Juliana, que le prefiriera a él, y también me daban miedo los recuerdos del pasado, que se habían hecho más fuertes a causa de su relación con James Harrington. Cuanto antes volviera Edward Kane a Nueva York, mejor para todos nosotros.

El día fue maravilloso: vimos el desfile, con la participación de gente y nacionalidades de todos los rincones de nuestro gran imperio, y para mi agradable sorpresa me encontré disfrutando del regocijo de James. No era más que un niño pequeño y yo había estado equivocado al dejar que mis sentimientos hacia su padre influyeran en mi actitud hacia él. Me esforzaría por ser un hombre mejor, me prometí; después de todo era científico, y como tal, soy el que menos debería creer en la maldad hereditaria. Mientras observaba al chiquillo reírse, me pregunté si pronto tendría un hermanito o una hermanita con el que jugar, un hijo mío. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz y, cuando por fin la Reina Victoria pasó ante nosotros en su carruaje descubierto tirado por ocho caballos palominos, vitoreé con el resto de la multitud hasta que me dolió la garganta.

Formábamos un grupito feliz conforme nos alejamos en busca de algo de comer y un refresco. Los bares estaban muy concurridos, la gente salía a raudales a las calles atestadas para desearle a Su Majestad una larga vida y muchos años más de reinado sobre nosotros y, aunque muchos estaban más que achispados, no hubo ni un solo conato de agresividad o mal comportamiento. Solo hace unos pocos años, Londres estaba en uno de sus momentos más oscuros; hoy mostraba su mejor cara, y hombres de todas las profesiones y condiciones sociales se saludaban los unos a los otros con una inclinación de sombrero cuando se cruzaban en la calle, como si todos fueran de verdad amigos. Quizás en este día único lo eran.

Merendamos en el parque y después, mientras se acercaba lentamente al atardecer, James se cansó de repente, como suelen hacerlo los niños, y Juliana y Charles se lo llevaron a casa, dejando que yo me fuera contento de vuelta a Westminster. Cuando cayó la noche, se encendieron hogueras en todas las colinas del país e incluso desde mi casa en el corazón de Londres, podía ver puntos de luz extendiéndose en todas direcciones en la oscuridad. Las calles seguían estando muy ruidosas y sin duda seguirían así toda la noche, pero no me importó. Este era el Londres que a mí me gustaba.

Cerré la puerta de la entrada a mi espalda y por una vez disfruté de la soledad, del lujo de estar solo en mi casa, pues la Sra. Parks tenía el día libre. Al quitarme el sombrero, me percaté del sobre blanco que me esperaba en el suelo. Tenía mi nombre escrito con la caligrafía de Henry Moore. Lo abrí y encontré una invitación para cenar con él y con Walter Andrews la noche siguiente, pues deseaba discutir algo con nosotros que podría interesarnos. Al igual que su forma de hablar, su forma de escribir era directa, pero no revelaba nada.

Puede que quisiera aprovechar mis conocimientos en un nuevo caso... De cualquier modo, me apetecía mucho esa cena; sería una buena oportunidad para volver a disculparme con Andrews. Le había visto desde aquel aciago día, él también había visitado a Juliana para ver

cómo estaba James, pero seguía mostrándose un poco distante conmigo. Quizás ahora que yo tenía la moral tan obviamente por las nubes, podría comprender que mi arrebató (bueno, todo mi comportamiento de aquel día) había sido el resultado de una aflicción temporal, y nada típico de mí.

Me serví un brandy, simplemente por el placer de la bebida esta vez y no para calmarme los nervios, y entré en el estudio para elegir un libro. Dejé las cortinas abiertas para disfrutar de la luz y la vida del exterior y, cuando por fin apagué la lámpara y me arrebujé entre las sábanas, era un hombre feliz. La vida era buena.

STANDARD
MIÉRCOLES, 24 DE OCTUBRE DE 1894
LA EXTRAÑA MUERTE DE UN CURA

No se ha ordenado todavía la exhumación de los restos del sacerdote argentino, el padre Gabriel T. Segni, que fue hallado sin vida en un hotel de Soho el 7 del mes corriente. Tras la investigación, el cuerpo fue enterrado como Louis Caccres en una fosa común del Cementerio de Woking, a cuenta de la parroquia de St. Anne, en Soho. Se cree que el nombre real del compañero del padre Segni era Rabellot y hay razones para creer que hace años estuvo empleado como «chef de salsa y sopa» en un restaurante de primera categoría cerca del Criterion, en Picadilly. El pañuelo de seda con el que el cuerpo del padre Segni estaba atado al armazón de la cama era nuevo, fabricado por Macclesfield y parece que había sido comprado hacía muy poco. A última hora de la tarde de ayer, el inspector en jefe Moore y el inspector Greet, de Scotland Yard, fueron nombrados encargados especiales del caso y es probable que uno de estos oficiales se traslade a El Havre para continuar allí con la investigación.

21
LONDRES. JUNIO DE 1897
EDWARD KANE

Al final no había sido capaz de seguir alejado de ella. El único de sus mensajes que Juliana había contestado fue una carta en la que preguntaba si el pequeño James estaba bien; ella le había enviado solo una breva respuesta diciendo que, afortunadamente, se encontraba en perfecto estado. No le había preguntado cómo estaba él, ni había mencionado ninguna de sus otras cartas llenas de disculpas y en las que dejaba bien claro sus sentimientos hacia ella y el joven James. Había pasado las celebraciones del aniversario en su habitación de hotel, con la vista fija en varios papeles relacionados con el trabajo, viendo las palabras emborronarse delante de sus ojos mientras su mente se negaba a concentrarse y le daba vueltas el estómago. De todas las cosas que había esperado de su visita a Londres, esta no había sido una de ellas. Mujeres, quizás, pero no una mujer.

—Supongo que debería pasar—dijo Juliana cuando le encontró esperando a la puerta de su casa como un tonto con mal de amores. Llevaba el sombrero entre las manos mientras caminaba arriba y abajo por la acera con una caja de bombones y un juguete. James se había soltado de la mano de su madre y había corrido hasta él, riéndose y gritando su nombre, y Edward tuvo que reprimir el impulso de cogerle en brazos y darle un abrazo, a sabiendas de que Juliana podría considerar su vínculo como una traición a su persona.

—¡Hemos estado en un desfile con caballos y un hombre me va a dar clase!—dijo James emocionado—. ¡Voy a ir a su casa todos los días y luego puede que vaya al colegio!

—Debes cuidar tus modales, James, de verdad—dijo Juliana, haciendo entrar al niño en casa—. ¿Qué te he dicho sobre hablar antes de que te hablen?—Cerró la puerta a su espalda y Edward esperó a un lado, un poco incómodo, mientras ella se quitaba el sombrero y los guantes.

—Perdona, Madre—dijo James.

Una chica joven con uniforme de doncella entró a toda prisa en el vestíbulo y Juliana le pidió que se llevara a James y le metiera en la cama, después de traer té a la sala de estar. Se agachó para darle un beso al niño y le prometió que le leería un cuento cuando estuviese bien arropadito.

—¿Un nuevo miembro en el personal?—preguntó Edward, devolviéndole a James el furtivo adiós por encima del hombro de Juliana mientras la doncella se lo llevaba.

—Tengo la intención de implicarme más en el negocio—dijo ella. Llevaba la barbilla alta y el sol del atardecer entraba sesgado por el vidrio coloreado de la parte superior de la puerta, bañando su belleza en colores fracturados. Parecía un ángel oscuro, un misterio envuelto en piel suave, y Edward sintió un intenso deseo de deslizarse dentro de ella y sentirla abrazándole. También quiso tirarse al río por albergar semejantes pensamientos. ¿Qué le había pasado? ¿Desde cuándo le controlaba así una sola mujer? Ni siquiera había sido capaz de pensar en otra, no digamos tocarla, desde que conoció a Juliana Harrington.

—Así que no todas mis ideas son malas, entonces—dijo con una sonrisa al entrar en la sala de estar. Puede que por dentro estuviera más nervioso que una ardilla, pero vaya si pensaba dejar

que se le notara. Ya se había arrastrado lo suficiente. Lejos de ella solo tenía miedo de no volver a verla, pero ahora que la tenía cerca su sola presencia volvía a prender el fuego en su interior—. Y veo que James tiene buen aspecto.

—¡Nunca debería haberle llevado al río!—La apariencia tranquila de Juliana se desmoronó en un instante y tenía la cara roja cuando se giró hacia él—. ¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo pudo? ¡Yo confiaba en usted!

—Estaba a salvo, Juliana. Y hubiera seguido a salvo si no le hubiese asustado.—Juliana abrió la boca para protestar pero él siguió hablando por encima de sus palabras—. Y me he disculpado tantas veces como he podido. Si pudiera echar el tiempo atrás, le habría hablado sobre ello. Fue una insensatez, lo sé, pero solo quería que el chiquillo se *divirtiera* un poco. No quiero que crezca y esté resentido con usted como yo lo estaba con mis padres. No le puede asfixiar y sé que usted lo sabe. Le he escrito y le he dicho que lo siento, y he suplicado su perdón hasta un punto vergonzoso. Le he dicho todo lo que siento y, maldita sea mujer, ¡creo que tú también sientes lo mismo por mí! Así que, ¿por qué no nos olvidamos de esto sin más?

Juliana se quedó ahí mirándole fijamente, consciente del tuteo, y Edward estaba seguro de que temblaba ligeramente.

—No puedo—le dijo—. Simplemente no puedo. No es tan fácil.

—¿Por qué no lo es? Sabes cómo me siento, Juliana: te amo. Y conozco a las mujeres lo suficiente como para saber que tú no eres inmune a mí tampoco.

La luz y la oscuridad rielaban en sus ojos y le temblaba la boca involuntariamente. Parecía un animalillo acorralado.

—He hablado con el Dr. Bond de matrimonio—dijo con voz queda.

La frase fue como un puñetazo en la tripa y Edward rezó para haberla entendido mal.

—¿Que has hecho qué?

Llamaron suavemente a la puerta y se quedaron callados mientras la joven doncella les acercaba la bandeja del té y la colocaba sobre la mesa antes de salir otra vez a toda prisa.

Edward miró fijamente a Juliana, pero ella no fue capaz de sostenerle la mirada.

—He dicho que...

—Ya he oído lo que has dicho. ¿Estás loca? ¡Es lo suficientemente viejo como para ser tu padre! Es imposible que le quieras...

—¡No te atrevas a decirme lo que siento!—gritó Juliana—. Sí que le quiero. Ha sido muy bueno conmigo, siempre lo ha sido. Incluso cuando James estaba vivo y enfermo y yo me sentía sola. Thomas es un *buen* hombre.

—Sí, es un buen hombre—concedió Kane—. Es decente y me gusta. Y claro que le quieres, como se quiere a un buen amigo, pero eso no puede ser suficiente para atarte a él el resto de tu vida.

La idea de Juliana en la cama con Bond le daba arcadas. Ella era joven y guapa y, sí, estaba bastante claro que el buen doctor la amaba, pero eso no sería suficiente.

—¿Crees que todavía le querrás después de varios años de matrimonio? ¿Crees que no empezarás a rehuir de su contacto? ¿O llegarás a algún tipo de acuerdo para que tu lecho nupcial esté igual de muerto que tu corazón? Estoy seguro de que él lo toleraría, por ti. Pero, ¿qué tipo de vida es esa? ¿De qué tienes tanto miedo?

Estaba levantando la voz y podía ver que la estaba molestando, pero no podía evitarlo. Esto era una *locura*. Ella solo tenía miedo, como lo había tenido durante demasiado tiempo.

—No puedes casarte con él—dijo con firmeza.

—Sí que puedo. ¿Por qué no habría de hacerlo? Él me dará seguridad y cuidará de nosotros.

—Yo puedo hacer todo eso—gruñó Edward. Dio un paso hacia ella, la cogió por los brazos y la atrajo hacia sí—. Y puedo hacer esto también.

Antes de que Juliana tuviera tiempo de protestar, Edward apretó su boca contra la de ella y deslizó una mano hacia arriba para acariciarle suavemente el rostro, y luego sus dedos se enredaron en su pelo. Después de un instante, Juliana abrió los labios y pasó los brazos alrededor de su cuello.

Aquel primer beso fue todo lo que él había deseado, y más. La vida iba a ser maravillosa.

El buen tiempo continuó junto con las celebraciones y crucé un Londres engalanado y animado para ir a cenar con Walter Andrews y Henry Moore. El buen ambiente de la ciudad levantó mi ya de por sí buen ánimo y me pregunté si había estado alguna vez tan contento y libre de preocupaciones en toda mi vida adulta.

Había cenado con Moore en varias ocasiones, pero nunca en su casa, y me pregunté si se debería a una decisión consciente de separar el trabajo de su vida privada; una táctica sensata. Pero sentía curiosidad por saber qué tipo de mujer y de casa tendría el llano policía; qué faceta de sí mismo guardaba solo para ellos, o ¿acaso era el mismo pensador brusco, inteligente y práctico cuando estaba lejos de la mugre de la vida criminal de la ciudad que cuando estaba inmerso en ella?

El restaurante por el que había optado era quizás menos formal que el que hubiéramos elegido Andrews o yo, pero la comida era copiosa y más que aceptable y las mesas estaban llenas de vida y risas entre el repiqueteo de los cubiertos y el tintineo de los vasos. Supuse que nos había reunido para discutir un caso; puede que quisiera que Andrews investigara algo para él y que necesitara de mi perspicacia de forense, pero mientras comentamos el aniversario no dijo nada sobre el tema. Sin embargo, sus ojos brillaban risueños cuando pidió otra botella de estupendo vino y declaró que él pagaría la cuenta.

Tras intercambiar varias miradas interrogantes, Andrews no aguantó más y sacó el tema; estábamos impacientes por conocer la causa del excesivo buen humor de Moore, aunque estuviésemos encantados de estar ahí para compartirlo con él.

—No hasta que llegemos a los puros y el brandy—dijo Moore—. Hagamos esto como caballeros.—Entonces guiñó un ojo, un gesto de humor desenfadado que nunca antes había asociado con él, y tanto Andrews como yo, a pesar de nuestra curiosidad, nos contagiamos de su alegre excitación. El vino fluía y fueran cuales fueran los posos de resentimiento que pudieran quedar entre Andrews y yo, estos se evaporaron mientras intentábamos adivinar (y fracasamos) las noticias de Moore.

Finalmente, Andrews frunció un poco el ceño y dijo:

—¿Habéis oído que me voy a retirar de la investigación privada? Aún no se lo he dicho a casi nadie, así que si ya lo sabéis, me gustaría saber quién os lo ha contado.

Moore y yo nos quedamos mirándole boquiabiertos y por la expresión del inspector en jefe estaba claro que él, como yo, no había oído nada al respecto.

—¿Por qué?—le pregunté después de un momento.

—Ninguno de nosotros somos ya tan jóvenes como fuimos, Thomas—se explicó—y ya estoy harto de la sordidez de la ciudad. Yo no me crezco con ella como tú, Henry. Creo que me gustaría tener una vida más tranquila mientras me quede salud para disfrutar de ella.

—Entonces creo—dijo Moore—que lo que tengo que compartir con vosotros será un buen

regalo de jubilación.—El brandy y los puros habían llegado al fin y, mientras se inclinaba hacia el camarero que le ayudaba a encender su cigarro, volvió a guiñar un ojo antes de perderse momentáneamente en una nube de humo—. Puede que por fin seáis capaces de dar carpetazo al pasado—anunció, y con su mención de la palabra «pasado» sentí el primer cosquilleo de algo frío que interrumpía la calidez de mi buen humor. El pasado. ¿Qué otra cosa del pasado podía venir a por mí?

—Bueno, pues continúa hombre—dije, rezando para que no fuera nada que a mí me importara. Por supuesto que no lo sería, estaba seguro de ello. Pero aun así, me habían empezado a sudar las palmas de las manos

—Todo comenzó con la extraña muerte de un sacerdote extranjero tullido hace varios años—empezó Moore—. El hombre, argentino creíamos, fue hallado muerto en un hotel de Soho en el invierno del 94. Le habían estrangulado con una bufanda de seda; muy probablemente asesinado por un compañero reciente.

Sujeté mi copa más fuerte y me ardieron las mejillas, dejándome helada la boca del estómago. No podía estar hablando del mismo cura al que yo había conocido a finales de la década pasada, ¿o sí?

—El caso nos obligó a buscar una aguja en un pajar, todo el camino hasta El Havre, de hecho; pero todo lo que encontramos ahí fue algo de dinero desaparecido y una serie de identidades falsas. Fuera cual fuera el nombre que había recibido el fallecido al nacer, se había perdido hacía mucho.

—¿Y qué tiene este extraño caso que ver con nosotros?—preguntó Andrews.

—A primera vista nada. De hecho, lo había olvidado por completo—admitió Moore. Luego sonrió y añadió—: Bueno, lo había hecho, hasta que ha dado un nuevo giro de tuerca.

—¿Qué nuevo giro de tuerca?—pregunté. Tenía la garganta seca y las risas en el restaurante a nuestro alrededor sonaban de repente demasiado ruidosas en mis oídos.

—Recibí un mensaje del hotel ayer. Han estado restaurando parte de sus habitaciones y uno de los obreros encontró una carta remetida tras un rodapié suelto en la habitación en la que murió el sacerdote. La intención original tal vez fuera que sobresaliera lo suficiente como para que la viera la policía, pero incluso si así fue, en su momento no la vimos. Me gusta pensar que se había caído en la rendija antes de que yo llegara a la escena del crimen. El gerente del hotel esperó hasta ayer para entregármela, sin duda preocupado por que un escándalo pudiera afectar a sus reservas durante el aniversario. Pero al menos la entregó, en lugar de simplemente tirarla junto con el resto de escombros ensangrentados.

—¿Y? ¡No mantengas el suspense! ¿Qué era esa carta?—preguntó Andrews.

Moore sonrió.

—Estaba dirigida a Thomas.—Sacó el sobre de su bolsillo—. Mirad.—Deslizó el sobre hasta el centro de la mesa.

La miré pasmado. Ponía *Dr. Thomas Bond*, cuidadosamente escrito con tinta negra.

—¿Un cura tullido?—preguntó Andrews de repente—. ¿Qué es lo que tenía tullido? ¿Tenía un brazo atrofiado?—Se volvió hacia mí—. ¿No viste tú a un hombre así? ¿Durante nuestras investigaciones? Podría jurar que mencionaste que un hombre así te había estado observando en Whitehall.

—Quizás lo hice—contesté, intentando mantener la voz desenfadada y maldiciendo el buen ojo de Andrews para los detalles—. Ha pasado mucho tiempo y no lo recuerdo demasiado bien.—Cogí el sobre, rezando para que mis dedos pegajosos no temblasen en exceso. *Así que el cura está muerto*, intenté razonar conmigo mismo, *seguro que eso es mejor que si estuviera vivo y volviera*

a chantajearme o algo así, ¿no? Si estaba muerto, entonces puede por fin pudiésemos dar carpetazo definitivo al pasado.

Desdoblé el papel y, a pesar de que deseaba poder pegarlo a mi pecho y leerlo en la intimidad, lo coloqué en el espacio entre Andrews y yo. No podía dejar que sospechara nada más.

Las palabras estaban escritas con una letra sorprendentemente elegante.

Le ruego me perdone. Creí que podría detenerlo. Creí que era fuerte. He fracasado. He alimentado al río con los restos fragmentados de mis aborrecibles actos. Hay mujeres que han muerto a mis manos. Vendrán a por mí ahora, aunque he hecho lo que he podido por solucionar el tema. Esperemos que el hombre débil sea el más fuerte de todos nosotros.

—¿El río?—preguntó Andrews casi sin voz después de un largo momento de silencio. Tenía los ojos muy abiertos—. ¿Los Asesinatos de los torsos? ¿Elizabeth Jackson...? ¿Crees que este hombre era...? ¿Pero y su brazo atrofiado...?

—La locura puede dar fuerza a los hombres—dijo Moore—. Y no sabemos cómo las mató, solo que las cortó en pedazos y se deshizo de los trozos. Pero sí, creo que este pudo ser nuestro hombre.—Me miró, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Y tú qué dices, Thomas? ¿Tienes ganas de complicarte con estas cosas?

—Creo que es posible que tengas razón—dije yo, asintiendo con una vigorosidad excesiva mientras mi mente elucubraba a toda prisa, intentando tanto descifrar el significado de la carta como reaccionar de manera apropiada ante mis compañeros—. Tenía el brazo atrofiado, sí, pero puede que le quedara fuerza suficiente en él. Si era el hombre que me había estado observando (y dado que la nota lleva mi nombre, creo que podemos suponer con bastante seguridad que lo era) y al mencionar el río... bueno, solo puedo concluir que tienes razón: este cura muerto era en verdad nuestro Asesino de los torsos.

—Era difícil juzgar lo tullido que estaba—intervino Moore—. Tenía una mano burdamente amputada. El doctor que hizo la autopsia creyó que había ocurrido en el año anterior a su muerte.

—¿Para dejar de matar?—preguntó Andrews—. Un loco, no hay duda.—Tenía la cara encendida de excitación y me di cuenta de que llevaba la espalda recta por primera vez en años. Esta noticia le estaba proporcionando un alivio palpable; puede que no fuera Jack, pero era la segunda mejor opción. Y no tuve ninguna duda de que, si de veras se ponía a ello, Andrews sería muy capaz de autoconvencerse de que el mismo hombre era el responsable de ambas oleadas de asesinatos.

Por mi parte, sentí cómo mi mundo se desmoronaba.

—¡Más brandy!—gritó Andrews a un camarero que pasaba por ahí—. ¡Dios mío, Henry! Esto es increíble. Debemos dar gracias a Dios de que encontraran la carta y te la hicieran llegar.

—Me alegro de que esto te haga tan feliz—dijo Moore, desplegando una amplia sonrisa—. Puede que no hayamos atrapado al muy bastardo, pero al menos sabemos que ya no puede hacer más daño.

—¿Qué pasa con los otros a los que menciona en la carta?

—Puede que sean las imaginaciones de una mente trastornada. Quizás el hombre que le mató (¿un cura?) se dio cuenta de que se había convertido en un monstruo... Sea cual sea el significado, este caso ha dado un giro realmente increíble—dije yo y levanté mi copa para hacer un brindis—. Por la feliz jubilación de Walter y por el cierre de casos.—Entrechocamos las copas y bebimos.

Me bebí la copa casi de un trago; en mi cabeza giraban sin parar una masa de dudas revueltas con los fantasmas del pasado. Mi felicidad con Juliana parecía ahora una luz insustancial que intentaba en vano atravesar una niebla que estaba decidida a perderme para siempre en su interior.

Me reí a carcajadas de todo lo que decían mis compañeros y deseé que esa interminable

velada acabara cuanto antes. Cuando al final salimos a la tibia noche, Henry Moore se colocó entre nosotros y nos pasó un brazo por los hombros, casi como si fuéramos marineros de vuelta a nuestros barcos tras una noche de juerga. Me despedí de ellos, no sin antes prometer que me mantendría en contacto con ambos más a menudo, y me subí a un coche de caballos.

Esperé a estar a varias calles de distancia antes de hacerle una seña al cochero para que se detuviera y me dejara cerca de una silenciosa callejuela cercana. Una vez que se alejó, me apoyé contra la pared y vomité hasta que me ardió la garganta y en mi estómago no quedó nada más que bilis. Tenía ganas de llorar. El pasado me tenía atrapado y cada vez que creía que me había conseguido liberar, otro tentáculo ganchudo se cogía a mi piel.

Cuando se me enfrió la piel y sentí las piernas más estables bajo el cuerpo, empecé a caminar, sin rumbo, intentando procesar toda esta nueva información. El cura había muerto en 1894; fue más o menos por entonces que mi sueño había vuelto a la normalidad y cuando la vaga sensación de temor que me había perseguido finalmente había desaparecido. Seguro que no era más que una coincidencia. ¿O no? Tenía las palabras de la carta del cura grabadas en la mente: así que había matado a mujeres. Pensé en cómo salpicó el río la oscura noche en que James Harrington murió, el sonido que hizo el cura al deshacerse del *Upir*. Pero, ¿de verdad lo había hecho? ¿O se había quedado el monstruo aferrado a él? Y si ese había sido el caso, ¿dónde estaba ahora? ¿Por qué ya no sentía yo ese desasosiego? La persona que se había encargado del cura, ¿se habría encargado del *Upir* al mismo tiempo?

No. No existe ningún Upir. Me repetí una y otra vez. Solo existía la locura. Aspiré profundas bocanadas del ardiente y apestoso aire de Londres, contento de no notar el sabor del río en él. Quizás el cura no había sido capaz de quitarse de encima esa locura en la que creía tan sinceramente. Debía haberse convencido a sí mismo de que llevaba a la bestia a la espalda, igual que había hecho Harrington. ¿Era eso? La fantasía y la lógica pugnaban en mi mente mientras recordaba la imagen de esa cosa enroscada alrededor del cuello de Harrington. Recordé las marcas de los latigazos en la espalda del cura mientras se preparaba para su batalla con el demonio; la batalla que aparentemente concluyó que había perdido. Semejantes cosas no podían existir, seguro que no. ¿Qué había querido decir el cura en su nota con «solucionar el tema»? ¿Y quién era el hombre más débil? ¿Yo? ¿Kosminski, el peluquero? A lo largo de los últimos años había pensado muy poco en el extraño hombrecillo y ahora me encontré deseando con toda mi alma que él también estuviese muerto. Pero si no lo estaba, ¿estaría matando mujeres ahora? No quería pensar en sus visiones; nunca fui capaz de explicármelas, no racionalmente. La forma en que me había llevado hasta las habitaciones del cura aquella noche, las cosas que él había visto, no eran tan fáciles de aceptar con mi mente de científico.

Caminé hasta que me dolieron las piernas y me encontré en el lugar al que una parte de mí debía haber sabido desde un principio que me dirigía: el oscuro corazón de los bajos fondos de Londres, donde podría encontrar algo de alivio en un fumadero de opio. Quería embotar mi mente, quitarme de encima el amargo pasado que estaba amenazando con arrastrarme de vuelta a las profundidades. Quería escapar de la terrible sensación de que el Destino trabajaba en mi contra.

No le dirigí la palabra al Chi-Chi, le hice una mera seña desganada para que me trajera una pipa y encontré un catre en el rincón de la habitación. El calor del día se había instalado en el aire con todo su peso y ahora el ambiente estaba cargado de humo y sudor y calor corporal. Mientras aspiraba el opio y me recostaba sobre los delgados almohadones, me aflojé los botones del cuello y dejé que mi piel respirara.

Ah, el opio, pensé, conforme mi mente se iba flotando a un mar de colores y formas y sentía un cosquilleo en la piel y se me relajaban todos los músculos. *Lo he echado de menos.*

23
LONDRES. AGOSTO DE 1897
DR. BOND

El viaje en tren fue interminablemente lento y, mientras el calor hacía que me picara el bigote y la piel bajo el cuello de la camisa, me pregunté una vez más qué estaba haciendo allí. De todos modos, no había marcha atrás. Un cochero esperaba para recogerme en la estación y recorrer el último kilómetro o dos. Además, independientemente de mi posición eminente en el mundillo médico, si cancelara mi visita y luego me arrepintiera e intentara volver a organizarla, seguro que me recibirían con hostilidad o suspicacia.

A lo largo del último mes, había intentado por todos los medios borrar la carta del cura y su desaparición de mis pensamientos, pero había resultado harto difícil. Walter Andrews se había sentido enormemente revitalizado por la noticia y nos había invitado a Moore y a mí a celebrar su inminente jubilación con una pequeña fiesta en la que hice todo lo posible por mostrarme tan eufórico como él. Pero tanto en aquella ocasión como en otras posteriores, se habló demasiado sobre el fallecido asesino y los crímenes que supuestamente había cometido como para que yo me pudiera relajar completamente. Me mostraba tenso y reservado con Juliana y, aunque parecía no importarle, sabía que debía estar dolida por mi actitud. Le eché la culpa de mi retraimiento y mi comportamiento antisocial a mi lesión de espalda, diciendo que me había empezado a doler otra vez. Y, por supuesto, ella fue todo comprensión y cariño y no me puso presión alguna para que fuera a verla hasta que no estuviera recuperado del todo.

En realidad, tras aquella visita al fumadero de opio me había vuelto a enganchar a la droga y, aunque cada mañana al despertar (más y más tarde cada día) me prometía no volver al antro, cada tarde, cuando la tenebrosidad de mis pensamientos y miedos me abrumaba, me encontraba otra vez en las cloacas de la ciudad en busca de un olvido temporal. Mi trabajo se resentía y la distracción caracterizaba mis visitas al hospital. Los invisibles muros de antaño se estaban levantando poco a poco entre mí y el mundo mientras las palabras del cura muerto atormentaban mis sobrias horas diurnas. Todos los días sacaba el fajo de cartas de Harrington y las miraba detenidamente, atrapado entre el impulso de devorar su demente contenido y mi deseo de quemarlas, esperando así borrar el pasado.

Ahora el aire apestaba a río fuera donde fuera, y mientras mis noches estaban entregadas al opio, empecé a hacer más tolerables mis días con láudano. Me pregunté de nuevo sobre la criatura que había visto sobre la espalda de Harrington y me desesperé percatarme de la fina línea que separa la locura de la cordura.

Dos semanas después, no podía aguantar ya más aquel purgatorio. El cura estaba muerto y si alguna vez iba a comprender esos hechos o quitarme el miedo a que mi locura estuviese regresando, entonces tenía que buscar al amable peluquero y saber qué había pasado después de que nuestra demoníaca trinidad se disolviera la noche de la muerte de James Harrington. No tuve problemas para encontrar la casa de la hermana de Kosminski de memoria y, aunque se mostró claramente disgustada de verme, sí cedió lo suficiente como para decirme que su hermano había

estado en Colney Hatch de 1891 hasta principios de 1894, año en el que le habían trasladado a Leavesden. Cuando dijo con severidad que esperaba que no fuera a molestarle ahí, asentí y la tranquilicé, aunque sabía que no podía prometerle nada. El efecto que tendría mi presencia en Kosminski era una incógnita para mí. Sus visiones siempre le habían atormentado, pero ¿se habría vuelto completamente loco después de nuestro asesinato de James Harrington? Y, ¿era mera coincidencia que le hubieran trasladado de manicomio el mismo año que había fallecido del cura?

Mis preguntas pronto obtendrían respuesta.

Mi viaje en carruaje a Leavesden transcurrió sin problemas. Disfruté de la brisa, que se llevó los vestigios de mi resaca de opio, pero confieso que sí me tomé algo de láudano para calmar mis crecientes nervios.

Para cuando subimos por la amplia avenida de entrada al imponente edificio moderno, estaba listo. Le había escrito al director, contándole que estaba preparando un artículo sobre el vínculo de los pacientes que sufrían alucinaciones auditivas con la actividad criminal, y que recordaba a Aaron Kosminski de la época en la que ayudaba a la policía con el caso de Jack el Destripador. Fue él quien me recibió y me condujo a través del edificio hasta las salas de visita, enseñándome las instalaciones sobre la marcha. Yo asentí con la cabeza y exclamé en todos los lugares pertinentes, pero en verdad, apenas le escuchaba.

Finalmente, me hizo pasar a la sala de visitas.

—El celador en jefe puede supervisar la visita desde aquí—explicó, señalando a una oficina que se abría hacia la habitación—. No correrá ningún peligro. Kosminski no es un paciente violento; de hecho, rehúye el contacto humano.

—Preferiría estar a solas con él si es posible—dije—. Me temo que no obtengo respuestas muy honradas de los pacientes cuando saben que los están observando, especialmente los que sufren paranoia.

—Como desee—contestó—. Pero dejaré a dos celadores al otro lado de la puerta para que pueda llamarlos si los necesita.

Le di las gracias y tomé asiento. El corazón me latía a mil por hora. En los momentos que pasé solo, tomé un poco más de láudano, y luego esperé.

Estaba más delgado de lo que recordaba, si es que eso era posible, y sus ojos, subrayados por oscuras ojeras en una cara pálida, saltaban de aquí para allá cuando entró arrastrando los pies y se sentó frente a mí. Sus inquietos dedos jugueteaban con las costras que tenía por toda la piel.

—Gracias por acceder a verme—dije, manteniendo el tono formal hasta que los celadores hubieron cerrado la puerta tras de sí.

—¿Por qué estás aquí?—preguntó después de un rato. Su acento todavía era marcado.

—El cura está muerto—le conté—. Lo encontraron muerto hace varios años, pero yo no me he enterado hasta hace poco.

Kosminski asintió. No parecía sorprendido. No obstante, su agitación aumentó y sentí una oleada de simpatía hacia él. Fueran cuales fueran los demonios que yo sufría, podía ver que no eran nada comparados con los suyos.

—No le he visto desde aquella noche. Pero dejó una nota para mí. Una que tenía que ver con nuestras... actividades.—No quería dar los detalles en voz alta, por miedo a que la demencia de Kosminski pudiera crear una verdad alrededor de ellos que no existía. Si sabía algo, quería que viniera totalmente de él—. ¿Le viste tú antes de que muriera?

Hubo una larga pausa y llegué a preguntarme si pensaba volver a hablarme; entonces sorbió con la nariz, tosió y suspiró.

—Hicimos un pacto—susurró.

—¿El cura y tú?

Asintió, con los ojos acuosos.

—Un pacto terrible. No pensé. No... y vinieron a por él de todos modos.

—¿Qué pacto?—pregunté, inclinándome hacia delante.

Estaba a punto de hablar cuando le sobrevino un súbito y terrible ataque de tos. Todo su cuerpo se convulsionó hasta que se le puso la cara roja y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

—Dios mío—dije, levantándome de la silla y sacando el láudano del bolsillo—. ¿Sufres estos ataques desde hace mucho?

Hizo grandes aspavientos para que no me acercara, pero su tos era tan fuerte que le ignoré y puse una mano sobre su huesudo hombro para poder echarle algo de líquido en la boca.

Dos cosas ocurrieron instantáneamente: su tos paró de inmediato y sus manos, sucias y con costras, asieron las mías con firmeza. Con demasiada firmeza.

Mis propias respuestas fueron lentas, aunque fruncí el ceño ante su repentino cambio de actitud. Sus ojos estaban bien enfocados y tiró de mí hasta que estuve tan cerca que podía ver cada poro de sus mejillas. El hedor putrefacto de su boca y de su piel mugrienta era nauseabundamente abrumador.

—Digo—exclamé sorprendido, aunque no asustado—que ¿si estás bien?

—Lo siento—susurró—. Lo siento.

Por el rabillo del ojo vi algo moverse mientras le observaba, confuso. Había algo oscuro, algo en su hombro, y se me pusieron los pelos de punta con una agobiante sensación de temor. Mientras miraba los ojos inyectados en sangre de Kosminski, tuve la completa seguridad de haber visto un destello de ojos rojos, y una pegajosa lengua negra se estiró hacia mi garganta.

Mientras mi mente me chillaba *demencia*, me solté de su agarre, resollando. Eché un vistazo a la puerta tras de mí, medio anticipando ver a los celadores entrar corriendo; pero permaneció cerrada.

—Lo siento—repitió Kosminski con voz monótona.

Le miré y contuve la respiración; me odié por haber acudido al fumadero de opio la noche anterior y por haber tomado tanto láudano esa misma mañana. Mi cerebro estaba débil y confuso por las drogas. Eso es todo lo que pasaba: la proximidad del peluquero daba rienda suelta a unos recuerdos que yo era incapaz de creer que fueran reales.

—No me has hecho daño—le dije y retomé mi asiento—. Cuéntame ese pacto que hiciste con el cura.—En verdad todo lo que quería hacer era dar media vuelta y marcharme y nunca mirar atrás; pero no podía. Tenía que asegurarme de que fuera cual fuera el pacto que habían hecho, este no tendría ningún impacto en mi vida actual. Si habían dejado un escrito en algún sitio sobre mi implicación en la muerte de Harrington, no sería capaz de darle una explicación tan fácilmente.

El peluquero se había hundido en su silla y aunque parecía terriblemente triste, su agitación había cesado y su tos había desaparecido. Parecía casi como si le hubiesen quitado un peso de encima de los hombros, y ese pensamiento descabellado me hizo estremecerme de miedo. Aspiré dos profundas bocanadas de aire. Era el láudano, eso era todo. Nada más.

—Vino a verme.—Su voz sonó suave. Clavó la mirada en algún punto lejano en el espacio en lugar de mirarme a los ojos—. Cuando me trasladaron aquí. No era el mismo hombre. Lo supe antes de que viniera. Lo había *visto*. Había matado. Me dijo lo que no hacía falta decir: el *Upir* no había caído al río aquella noche. Estaba sobre él.

El mundo se oscureció ligeramente.

—Continúa.

—Él había creído que podría controlarlo. Pensó que su brazo debilitado le impediría matar, pero la bestia era más fuerte.—Por fin me miró—. Se cortó la mano, para intentar detenerla, pero no funcionó. Oyó que iban a enviar a otros de su orden a buscarle, a matarle, quizás. Eso no le asustaba, pero tenía miedo de que la bestia los engañara como le había engañado a él. Vino a verme.

Se derrumbó y empezó a llorar, perdido en sus recuerdos, y a mí se me revolvió el estómago de forma nauseabunda mientras Kosminski hablaba de una locura que pensé que había dejado atrás hace mucho tiempo. Pero el cura había muerto en circunstancias misteriosas: ¿podría su extraña Orden ser la responsable? ¿Acaso podía semejante locura haberse apoderado de muchos otros?

—Creí que sería mejor que las visiones—susurró Kosminski—. Estaba equivocado.

—No lo entiendo—dije—. ¿Qué quería de ti?

Me miró como si fuera tonto por no saber ya lo que me iba a decir.

—Creímos que yo lo podría matar de hambre—susurró—. Soy tan poquita cosa que el contacto es mínimo. Así que lo tomé de él.

—¿El *Upir*?

Kosminski asintió.

—He hecho tantos esfuerzos. No quería verte. Pero mi cabeza no siempre actúa según mis deseos.

—Tonterías—dije—. Hemos sido amigos.

—No—susurró—, no, no somos amigos. He hecho una cosa terrible.

—¿Qué?—pregunté—. ¿Qué cosa terrible podrías hacer aquí dentro?

Su cara era la viva imagen de la desolación.

—Te he dado el *Upir*.

Era una locura, me repetí una y otra vez en el camino a casa. El calor ya no me molestaba pues mi piel estaba húmeda y pegajosa del miedo frío que me invadía. Aaron Kosminski estaba loco; y yo también, por pensar que verle me iba a traer algún tipo de alivio, o que encontraría algo más que demencia, una demencia de la que yo había sido cómplice.

A la mañana siguiente, me desperté con fiebre.

Era más feliz de lo que lo había sido nunca en Londres. El descubrimiento del cura asesino, combinado con el comentario eminentemente sensato del Dr. Bond diciendo que, si James Harrington no se dedicaba a nada bueno en los muelles, habrían quedado pruebas de ello, había borrado definitivamente sus dudas sobre su amigo. Incluso había empezado a sentirse ligeramente ridículo por haber imaginado esas cosas en primer lugar.

Mientras observaba a Juliana arreglar la tumba de su difunto marido, quitando las hojas muertas y colocando flores frescas, Edward se disculpó en silencio ante James. Ahora por fin podrían seguir todos adelante. Esperaba que Jim, amable como había sido, no pusiese objeciones a que cortejara a su viuda. Solo faltaba que ella pudiera quitarse esa sensación de compromiso hacia el Dr. Bond... Era a él al que amaba, no tenía ninguna duda al respecto, y habían compartido varios besos desde aquel primer glorioso contacto, pero cuando el doctor había caído enfermo ella se había sentido abrumada por la culpabilidad y se apartó de él físicamente, dejándole casi loco de deseo y amor por ella. Había intentado persuadirla de que su lealtad estaba fuera de lugar, que el corazón podía ser leal solo a sí mismo, que no había razón alguna por la que no pudiera ser tan buena amiga de Thomas Bond como lo había sido en el pasado sin sentirse obligada a casarse con él. De hecho, esperaba sinceramente que ambos pudieran ser buenos amigos, pues, dejando aparte el tema de Juliana, él también sentía un gran respeto y admiración por el doctor.

Al final, Charles Hebbert, que había estado atendiendo al Dr. Bond durante este último mes de enfermedad, anunció que el buen hombre estaba por fin recuperándose. Juliana no había ido a verle, pues tanto su padre como Bond habían insistido en que no se acercara, para no contagiarse de su fiebre. Y Edward había pensado que sería mejor esperar a que Thomas estuviera repuesto del todo antes de revelarle que volvía a gozar del favor de Juliana después del incidente del río.

—Deberíamos irnos—dijo Edward, comprobando su reloj de bolsillo—. Llegaremos tarde para recibir a tu visita.—Juliana sonrió y él se alegró de ver su rostro libre del dolor que lo había ensombrecido tantas veces en el pasado. El pequeño James, que estaba alegremente haciendo guirnaldas de margaritas a los pies de la tumba de su difunto padre, se levantó. Su madre le dio una mano y Edward le dio la otra y dejaron que los muertos descansaran en paz.

William Chard Williams estaba mucho más cerca en altura al pequeño James que a Edward o Juliana, pero su cara pecosa era alegre y sus ojos risueños centellearon al estrechar la mano del niño.

—Así que quieres prepararte para ir al colegio con todos los demás niños, ¿no es así?—preguntó.

—Sí, señor—contestó James con gran sobriedad.

—Entonces, entre nosotros te prepararemos, ¿quieres?

El niño asintió otra vez y Chard Williams sonrió de oreja a oreja, obteniendo una sonrisa

nerviosa en respuesta.

Juliana sirvió algo más de té y le dijo a James que se fuera a jugar con sus juguetes y les dejara hablar tranquilos. Edward se acomodó en la silla y dejó que Juliana hiciera todas las preguntas. Había sufrido en sus propias carnes lo protectora que era; no volvería a cometer el mismo error otra vez. Y aunque este cambio de actitud de Juliana se debía en parte a él, Edward no había hecho nada por ayudarla a encontrar un tutor particular.

—Entonces, ¿usted solía ser profesor de escuela?—preguntó Juliana.

—Sí, señora, así es.—Chard Williams hizo un gesto con la cabeza hacia el sobre que reposaba sobre la mesa entre ellos—. Encontraré mis referencias ahí, junto con varias otras de las familias en las que he dado clases particulares desde entonces. Me encantaría seguir enseñando en un colegio, pero desgraciadamente tengo problemas de espalda y pasar muchas horas de pie no es bueno para mi salud.—Volvió a sonreír—. Pero al menos aún puedo educar a los más jóvenes a pesar de mi dolencia.

—Tiene muy buena mano con los niños—dijo Juliana sonriendo, y Edward supo entonces que contrataría a este.

—A diferencia de la mayoría de profesores de escuela que conozco—el tutor se inclinó hacia delante en actitud conspiradora—a mí me gustan bastante.

—¿Tienen hijos propios su esposa y usted?

—Desgraciadamente, todavía no. Pero confieso que mi mujer es algo más joven que yo, así que espero que los tengamos, a su debido tiempo. A ella le encantan los bebés; de hecho, a menudo acoge y cuida a los pequeñines de otras personas. Si el joven James acaba viniendo a nuestra casa para recibir sus lecciones, desde luego aprenderá lo que es estar con otros niños. Obviamente las clases en sí tendrían lugar en una habitación privada y tendrá que concentrarse y trabajar muy duro, pero soy partidario de dar periodos de descanso para que el aprendizaje se absorba antes de seguir adelante.

—Estoy de acuerdo en eso—dijo Juliana. Por último, miró en dirección a Edward y él hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Ella sonrió—. Entonces creo que solo nos queda llegar a un acuerdo sobre los horarios y sus honorarios. Estaré encantada de dejar a mi hijo a su cuidado educativo.

Era como si se hubiese liberado algo en Juliana aquella noche. Charles Hebbert les hizo una breve visita para decir que el Dr. Bond estaba mucho mejor; aún débil, pero vestido y levantado, y lo suficientemente bien como para que Hebbert redujera sus visitas a una vez cada dos días.

Había recorrido un largo camino simplemente para comunicarle esa noticia, pero Juliana siempre estaba contenta de ver a su padre. Edward también se alegraba de verle, pero se alegraba más cuando aceptaba una copa de vino pero no se quedaba a cenar, aduciendo que había planeado cenar en el club. Mientras Juliana estaba tan alegre y animosa, Edward la quería toda para él. Hebbert le guiñó un ojo al salir; agudo de vista como era, quedó claro que no se le había escapado ese detalle.

—Así que ahora que ya te has encargado del tutor de James, puedes empezar tus andanzas como mujer de negocios—dijo Edward mientras terminaban de cenar.

—Me siento como si la vida estuviera empezando otra vez para mí—dijo Juliana—. Y estoy convencida de que James se alegraría de saber que he cuidado de su negocio para su hijo.

—Estaría muy orgulloso de ti, no me cabe ninguna duda. Aunque supongo que ya estaba tan orgulloso como puede estarlo un hombre, solo por tenerte a ti como esposa.

Se produjo un silencio algo incómodo y Juliana se dedicó a mirar el fondo de su copa, con expresión inescrutable. Edward nunca había conocido a una mujer tan cálida y a la vez tan

contenida. ¿Qué tenía que hacer para conquistarla? ¿Por qué no podía simplemente quererle como él la quería a ella?

—Es tarde—dijo Edward por fin—, y ha sido un día largo. Debería volver al hotel.

Juliana levantó la vista y le estudió detenidamente con aquellos ojos oscuros.

—Quizá deberías quedarte—insinuó con voz suave. A Edward se le aceleró el corazón de repente. No dijo nada. No quería estropear ese momento—. No sería una promesa de nada—continuó ella, como si estuvieran discutiendo un contrato comercial—. No significaría que no siga pensando en mi obligación para con Thomas.

Obligación. Ella misma había utilizado la palabra.

—Solo quiero sentirme viva otra vez.—Su miedo y su soledad brillaron en sus ojos. No había tenido a un hombre durante mucho tiempo. Edward se puso en pie sin decir ni una palabra y la siguió escaleras arriba a su habitación. Se quitaron la ropa el uno al otro con creciente urgencia y cayeron sobre la cama, apenas capaces de parar de besarse el tiempo suficiente para aspirar una bocanada de aire. Edward Kane pensó que iba a explotar al sentir la piel de Juliana, suave como la seda, sobre la suya. Cogió sus pechos llenos y se metió un pezón en la boca, haciéndola rabiarse expertamente con la lengua. Las manos de Juliana se deslizaron por el oscuro pelo rizado de su pecho, sin duda muy diferente de la suave piel de niño de James Harrington, y cuando arqueó la espalda bajo las manos de él, toda la timidez inicial que hubiera podido sentir desapareció de un plumazo. Era una mujer de verdad lo que Edward tenía entre los brazos, no una jovencita. Deslizó su boca por el cuerpo de Juliana, disfrutando de su sabor, y a pesar de su propia necesidad desesperada de estar dentro de ella, se contuvo, concentrándose en darle placer, hasta que estuvo ardiente y húmeda y jadeaba de deseo. Juliana tiró de él hacia arriba y se abrió a él por completo, apretándole los glúteos para atraerlo más adentro. Él gimió mientras sus cuerpos se hacían uno, intentando contenerse, hasta que con un grito se obligó a retirarse, arrastrándose fuera de ella justo en el último momento y derramando su semilla por el suave vientre de su amada.

Había sido puro sexo animalístico, todo gruñidos y gemidos, urgente *deseo y necesidad*, pero mientras yacían envueltos en un profundo abrazo, con el calor de la noche veraniega acariciando su piel que se iba enfriando, Edward Kane supo que también habían estado haciendo el amor, puede que por primera vez en su vida.

Estaba satisfecho. Estaba más que satisfecho. Estaba eufórico, e hizo una promesa silenciosa de que siempre protegería a Juliana Harrington y la mantendría a salvo, independientemente de los caminos que pudieran tomar sus vidas.

25
LEAVESDEN. AGOSTO DE 1897
AARON KOSMINSKI

EVALUACIÓN

Parece que el paciente está mejorando. Está más tranquilo y sus tics visibles se han reducido. Dejó que le lavaran, aunque eso aumentó sus niveles de ansiedad. Su actitud ausente y distraída ha menguado aunque su miedo al agua no ha disminuido. Todavía recela en general del contacto humano.

Ha pedido que no se permita al Dr. Bond visitarle de nuevo.

Era un alivio ser yo mismo otra vez, aunque había consumido todas mis energías y simplemente moverme por mi casa me agotaba. Charles Hebbert me había hecho un gran servicio, cuidando de mí en lo peor de mi fiebre, pero ahora que estaba en el buen camino hacia la recuperación agradecía disponer de un poco de tiempo para mí solo.

Por fin (y por suerte) tenía la cabeza despejada. Un mes confinado en casa y bajo la estrecha supervisión de mi amigo y de la Sra. Parks me había curado de mi creciente adicción al opio, y estaba decidido a evitar incluso el láudano siempre que fuera posible, aunque tenía que aceptarlo cuando los atroces dolores en mi pecho se hacían insoportables. Estaba decidido a no dejarme arrastrar a ese lugar de nuevo. El cura estaba muerto y Kosminski en el manicomio y, ahora que volvía a pensar de forma racional, tenía bien claro cómo habían podido engañar de semejante manera al pobre peluquero polaco. No tenía ninguna duda de que el cura le había visitado, pero después de darle muchas vueltas llegué a la conclusión de que él también estaba sufriendo sus propios delirios. Claramente era miembro de una orden cuyo cometido era luchar contra supuestos demonios y debió de convencer a Kosminski de que le había transferido el *Upir*. No le habría resultado difícil, no si se tiene en cuenta el estado de delirio paranoide que afectaba tan seriamente a aquel desgraciado joven.

Ahora que estaba libre de la neblina de opio en la que había estado encerrado, podía ver lo ridículo del miedo que me había atormentado en mi camino de vuelta a casa. Cuando me desperté con fiebre y sintiéndome tan enfermo no fue a causa de ningún *Upir* imaginario; ahora no tenía ninguna duda de que había cogido alguna enfermedad en el manicomio. Kosminski estaba lejos de ser un hombre sano y me había tenido muy cerca. Me agradaba pensar que podía pensar en semejante locura con la cabeza serena; era capaz incluso de reírme de mi propia implicación en ella.

La Sra. Parks me había traído sopa para comer y dejó fiambre y ensaladas preparadas para mí en la despensa, su rutina habitual. Mi apetito se había reducido considerablemente en las semanas de mi enfermedad por lo que, en lugar de preocuparla por no comerme los platos que me preparaba, había empezado a llevarme gran parte de la comida a la puerta de atrás y se la echaba a los gatos que merodeaban por las calles. Había conseguido varios visitantes regulares en los diez días o así desde que había empezado a levantarme de la cama, y me dejaban acariciarlos, enroscándose alrededor de mis piernas y ronroneando mientras les daba pedazos de cerdo y ternera.

Esa tarde no fue distinta. Cuando abrí la puerta, aparecieron tres o cuatro gatos de la nada y expresaron vocalmente su ansiedad conforme yo arrancaba trocitos de pollo de la pechuga que se suponía que era mi cena. Les murmuré palabras inconexas, sintiendo una dicha sencilla por su presencia, aunque su afecto estaba basado por completo en la comida que tenía entre las manos. Un individuo negro y blanco de aspecto descarado saltó por encima de uno de sus colegas y se

sentó a mis pies expectante; casi podía ver su ceja levantada en expresión de *Oh date prisa, no tengo todo el día*. Normalmente intentaba asegurarme de que todos comiesen por igual, pero debo confesar que a ese le daba un poco más de comida que a los otros, simplemente por su actitud.

El aire estaba húmedo y pegajoso, pero era un cambio agradable salir de casa, así que tomé una silla de la cocina y me quedé ahí sentado un rato disfrutando del calor y del runrún de la ciudad, sin importarme que pudiera parecerle un excéntrico extraño a alguien que pasase por ahí delante. En algún momento, debí quedarme dormido, pues cuando me desperté sobresaltado ya estaba cayendo la noche y el aire había refrescado, poniéndome los pelos de punta. Mis compañeros felinos habían desaparecido, sin duda de vuelta a las comodidades de las camas de sus dueños, y yo, a mi vez, fui en busca de la mía, en la que caí en un profundo y plácido sueño.

Juliana vino a verme al día siguiente por la tarde; era el tónico final que necesitaba para mi recuperación. Me dijo que había querido visitarme todo el mes y me regañó por no haberla dejado ir, pero soltó su reprimenda con una sonrisa y me di cuenta de que estaba contenta de que yo estuviese bien. La Sra. Parks se esmeró mucho en atenderla mientras ella me contaba lo del nuevo tutor del pequeño James y cómo eso le permitiría pasar mucho más tiempo en los muelles aprendiendo el negocio. Habló con gran alegría, pero parecía ligeramente tímida conmigo, cosa que achaqué a haber pasado un mes separados. Decidí que sería mejor dejar pasar un poco de tiempo antes de hablar más sobre nuestro compromiso. Odiaba haber estado tan enfermo; esperaba que no lo considerara un síntoma de mi edad, sino simplemente un brote de algo desagradable, que en verdad es todo lo que había sido. Yo era más mayor, es cierto, pero no era aún un hombre viejo y tenía la clara intención de hacer todo lo posible por seguir en forma y sano para ser un buen marido para ella cuando por fin nos casáramos.

—Te tengo mucho cariño, Thomas—dijo cuando se iba—. Lo sabes, ¿verdad?—Me acarició la mejilla suavemente y luego la besó. Sus labios eran como las alas de una mariposa e hicieron que se me acelerara el corazón.

—Me alegro mucho de oírlo—contesté—. Tú ya sabes lo que significas para mí.

Sus labios esbozaron algo que era casi una sonrisa, pero apartó los ojos de los míos.

—Te veré pronto, Thomas. Ahora, asegúrate de que te pones bien.

Casi había olvidado lo bonita que era, y ahora que mi mente estaba despejada de drogas y delirios, no podía esperar a hacerla mía. Me dejó con la moral realmente alta y, cuando di de comer a los gatos, añadí a su banquete un par de gruesas lonchas extras de jamón sacadas directamente de la despensa.

Había esperado que Juliana viniera a verme otra vez al día siguiente, pero no lo hizo. Aunque estaba decepcionado, me di cuenta de que con su nuevo interés en la empresa de Harrington y teniendo que preparar al pequeño James para el tutor, estaba cada vez más ocupada, y no era un trayecto corto de Barnes a Westminster. Pero ahora que me estaba recuperando, estaba atascado en ese purgatorio entre estar demasiado débil para hacer muchas cosas, pero lo bastante bien para estar inquieto y aburrido. Leí un rato y escribí cartas: una a Charles, dándole las gracias por haber cuidado tan bien de mí, y otra a Andrews, diciéndole que una visita suya sería bienvenida cuando a él le viniera bien.

A última hora de la tarde, estaba una vez más en mi nuevo punto neurálgico en la puerta de atrás, bebiendo té y esperando a que llegaran mis compañeros felinos. Se había convertido en un hábito tal que estaba empezando a barajar la idea de hacerme con un gato propio. Sonreí hacia mis adentros cuando me imaginé la cara de la Sra. Parks. Aunque estaba seguro de que si me veía sentado a la puerta, con una manta sobre las rodillas, dándoles trozos de sus platos preparados

con tanto cariño a los gatos callejeros y las mascotas de los vecinos, probablemente llamara a los hombres del asilo ella misma.

Me relajé en la silla y encogí los hombros varias veces, tratando de aliviar mi espalda, que aún me dolía a causa de lo que fuera que me había afectado al pecho. Me alegré de ver a los primeros de mis colegas venir al trote hacia mí; los demás les pisaban los talones, pero desafortunadamente no había ni huella del descarado macho blanco y negro. *Ha debido de encontrar una oferta mejor en algún otro sitio*, pensé para mis adentros, lo que me hizo sonreír.

En unos pocos días me encontraba lo suficientemente recuperado como para salir de casa y, aunque no pensaba ir muy lejos, tomé un carruaje hacia los muelles para hacerle una visita a Juliana que tendría un propósito doble. Sentía curiosidad por ver qué tal le iba (y echaba de menos su compañía, por supuesto) pero además sabía que este era el último de los fantasmas del pasado que debía exorcizar. Si Juliana estaba decidida a convertirse en una mujer de negocios y yo estaba decidido a convertirla en mi esposa, tendría que hacer las paces con aquel lugar, aunque albergara tantos malos recuerdos. Aun así, a pesar de mi firme determinación, mi corazón latía a mil por hora cuando recorrí el camino hasta las oficinas que no había vuelto a ver en tantos años. Afortunadamente, hoy no había ninguna huelga de estibadores y, en vez del sobrecogedor espacio vacío que había visto en mi última visita, esta vez el lugar bullía de actividad: los hombres cargaban y descargaban cajas y las transportaban de un almacén a otro y hacia el muelle en el exterior, llenando de ruido y vida los pórticos y zonas de trabajo.

—Espero que no te importe que haya venido sin avisar—dije con una sonrisa al abrir la puerta—. Pensé que me gustaría ver al magnate en el trabajo.

Juliana estaba detrás del escritorio, con el Sr. Barker inclinado por encima de su hombro, obviamente comentando un documento con ella. Al verme, dio un salto y exclamó:

—¡Thomas! ¡Qué maravillosa sorpresa!

Estaba preciosa, vestida menos formal que de costumbre y de colores más apagados que los de la ropa de tonos vivos que solía preferir, pero nada podía apagar su propio brillo natural.

—No me quedaré mucho rato—le dije—. Sé que tienes mucho que hacer.

—Quédate todo el tiempo que quieras. Estoy tan contenta de verte con tan buen aspecto...

Salió de detrás de la mesa y se acercó a besarme en la mejilla. Hasta que no cerré la puerta después de su abrazo no vi a Edward Kane de pie detrás ella, inclinado sobre el cajón abierto de un archivador. Se me cayó el alma a los pies. Sabía que Juliana acabaría por perdonar al joven, por supuesto, pero desde luego no había esperado encontrarle ahí.

—Dr. Bond.—Kane me sonrió y yo hice un esfuerzo por devolverle el gesto. Me pregunté si había algo un poco falso también en el suyo.

—Sr. Kane.—Hice un gesto de aquiescencia con la cabeza y por el rabillo del ojo pude ver a Juliana mirando nerviosa de uno a otro. Se me ablandó un poco el corazón. Estaba claramente preocupada por que me molestara que ella le hubiera perdonado, y yo no quería causarle ninguna preocupación. Y era perfectamente razonable que ella buscara su consejo ahora, pues él podría ayudarla en el mundillo empresarial mucho mejor que yo. Quizás esta fuera la forma en que Kane pretendía enmendar su error.

Volví a sonreír, con más naturalidad esta vez.

—Me alegro de ver que, junto con el Sr. Barker aquí presente, Juliana tiene otro experto asesor a mano.

—Creo que le debo una disculpa, señor—empezó el americano—. Tenía razón en lo que dije, yo jamás debería haber...

—Está olvidado—dije, haciendo un gesto para que se ahorrara el resto de la frase—. Y

puede que yo fuese un poco brusco también.

A nuestro lado, casi pude sentir a Juliana relajarse, y me alegré. Su felicidad era más importante para mí que mis mezquinos celos de ese apuesto joven, que además, no debían ser más que una paranoia por mi parte ya que, después de todo, era conmigo con quien había prácticamente aceptado casarse, y seguro que no hubiera hecho algo así si no me quisiese.

Contenta de que hubiésemos recuperado la armonía, Juliana me enseñó su nuevo imperio. Me agradó ver que los trabajadores ya la trataban con la deferencia correcta, sin miradas maliciosas a su espalda, y por su parte, ella era gentil y cortés con todos. Me sentí inmensamente orgulloso de llevar su brazo entrelazado con el mío mientras caminábamos por entre el ruidoso calor. Me dolía la espalda, pero el placer de su compañía sobrepasaba en mucho a mi incomodidad. También me sentí inmensamente aliviado cuando pasamos por al lado del almacén en donde James Harrington había cometido sus horribles crímenes y en el que tuve que poner fin a su trágica vida.

Para cuando volvimos a su oficina, no podía estar más contento de cómo había transcurrido la visita.

—Bajaré con usted—dijo Edward Kane cuando decidí marcharme e iba en busca de un carruaje; y aunque era muy capaz de encontrar uno por mí mismo, no quise parecer maleducado, especialmente ahora que Juliana le había perdonado.

Salimos paseando del barullo y entonces me dijo:

—Me temo que tengo que pedirle otro favor, Thomas. Tengo que volver a Nueva York dos meses o así. Me voy la semana que viene.

Mi corazón dio un salto de alegría ante esa noticia y enderecé los hombros. Mis celos podían ser desacertados y absurdos, pero eso no impedía que existieran, y la idea de que ese hombre más joven, más rico y más guapo ya no estuviera cerca de Juliana durante un tiempo me llenaba de alegría.

—Espero estar de vuelta a tiempo para Navidad—continuó—, pero mientras tanto, esperaba que pudiera ocuparse un poco de Charles Hebbert. Puede que esté hablando fuera de lugar, de hecho probablemente lo esté haciendo, pero no parece él mismo últimamente. Sus cambios de humor son erráticos y ha estado viendo a Juliana y James con menos frecuencia; puede que haya estado bebiendo en el club un poco más de la cuenta.

—Bueno, a Charles le gusta la compañía—dije.

—Lo sé—contestó Kane—, pero las dos últimas semanas más o menos ha estado... bueno, diferente. Juliana no ha dicho nada, pero creo que ella también está preocupada por él.

Se me pusieron los pelos un poco de punta al oír el nombre de Juliana en sus labios y una vez más maldije mi mala salud por haberme apartado de ella tanto tiempo.

—¿Le importa vigilarle un poco?—preguntó otra vez y volvía a haber una buena intención tan sincera en su expresión que me sentí culpable por mi mala disposición hacia él. Edward Kane era un buen hombre y se preocupaba por los amigos que había hecho en Londres, yo incluido, no tenía ninguna duda.

Le estreché la mano con firmeza.

—Gracias por decírmelo y pierda cuidado, me aseguraré de enterarme de qué es lo que puede estar preocupando a mi viejo amigo.

—Gracias—dijo Edward—. Tengo que admitir que estoy triste por tenerme que ir a casa pero esperemos que podamos celebrar unas buenas Navidades todos juntos.

—Estoy seguro de que lo haremos—repuse, subiendo al coche de caballos—. Estoy seguro de que lo haremos.

Me despedí con la mano y luego me repanchingué, feliz, en mi asiento. No pensé mucho en su

preocupación por Charles. Estaba demasiado ocupado sintiéndome eufórico ante la idea de pasar un par de meses sin que la presencia de Edward Kane me hiciera sentir viejo y tonto por amar a Juliana.

—He examinado toda la cocina y no puedo encontrar lo que lo está causando—dijo la Sra. Parks dos días después. Habíamos abierto las ventanas para ventilar la casa, pero aun así aquel olor vagamente dulce y podrido impregnaba las habitaciones. La Sra. Parks, con su buen ojo para la limpieza, no podía pensar en otra cosa.

—Váyase a casa—le dije—. Estos últimos días han sido excepcionalmente calurosos y húmedos. No hay duda de que sea cual sea el origen del hedor, este se disipará cuando la temperatura empieza a refrescar.

No parecía convencida. Me había pasado la mayor parte del día en la cama leyendo, agotado por haber trabajado en exceso debido a mis ganas de volver a la normalidad cuanto antes y, aunque yo también podía notar el olor acre de algo extraño en el aire, no me obsesionaba tanto como a ella.

—Puedo encargarme de mi propia cena. Creo que se ha ganado una tarde libre después de todos sus cuidados a lo largo de este pasado mes.

En días como este podía ver lo mucho que había envejecido la Sra. Parks. Había estado a mi servicio durante muchos años y donde una vez fue corpulenta, ahora se estaba convirtiendo en una anciana y, aunque odiaba tener que decirlo, había empezado a protestar como una también. En cualquier caso, yo no le diría algo así jamás. Se habría horrorizado.

—Nada va del todo bien—dijo, frunciendo el ceño—. ¿Está seguro de que no ha tenido visita por las tardes? Estoy segura de que algunas cosas han sido movidas, y ese espantoso olor...

Suspiré, sintiéndome de repente como un niño frustrado conversando con mi propia abuela hacía muchos, muchos años.

—No, Sra. Parks. Quizás sea solo el calor, que la está afectando. O quizás esté incubando una fiebre parecida a la mía. Aunque sinceramente espero que no.

Hizo un gesto desdenoso y enderezó la espalda, claramente molesta con mi tono.

—Bueno, hay un montón de comida en la despensa y algo de caldo de pollo sobre los fuegos. —Me miró por encima de las gafas—. ¿Está seguro de que se apañará? ¿Va a venir el Dr. Hebbert a verle después?

—Me apañaré perfectamente bien, pues me encuentro mucho mejor—dije con una sonrisa—. No viene nadie a verme así que cuando termine el libro le prometo que comeré y luego me acostaré temprano. Así que por favor—e intenté borrar la exasperación de mi voz—váyase y disfrute de su tarde. La veré mañana.

Salió afanosamente y creí oír su desaprobación en el frufrú de su vestido, pero unos minutos más tarde oí la puerta principal cerrarse con firmeza y me recosté contra las almohadas, contento de poder disfrutar de algo de paz y de quedarme a solas con mi libro.

Aproximadamente una hora después mi estómago gruñó y me di cuenta de que estaba súbitamente hambriento. Me aventuré a bajar en busca de algo de comer y cuando llegué al piso de abajo comprendí de repente por qué la Sra. Parks se había quejado tanto del olor. En mi dormitorio flotaba en el aire un olor acre vagamente desagradable, pero cuando llegué a la entrada el hedor era tan espeso que casi podía sentir su sabor en la boca.

Con el apetito temporalmente olvidado, deambulé de habitación en habitación intentando encontrar el origen de aquella peste. Al final, me detuve ante la puerta que llevaba al pequeño sótano que había bajo las escaleras. Apreté la nariz contra la rendija que quedaba alrededor de las bisagras y retrocedí rápidamente pues no pude soportar el hedor que de ahí emanaba. Fruncí el

ceño y bajé la vista hacia la mesita auxiliar de caoba que tapaba parcialmente la entrada. Estaba seguro de que solía estar un poco más allá. ¿La había movido yo? ¿O lo habría hecho la Sra. Parks para pulir el suelo...?

Deslicé sin esfuerzo la liviana pieza por el suelo de madera y me quedé mirando la puerta. El sótano era un lugar olvidado. No coleccionaba tonterías y tampoco guardaba una selección de buenos vinos en casa, así que hacía mucho que no se había utilizado. A lo mejor unas ratas habían encontrado la forma de entrar y habían muerto allí adentro...

Suspiré. Quería algo de comer. Estaba, por primera vez en muchos meses, realmente hambriento; y deseaba poder sentarme en la puerta de atrás y comer algo lejos de aquel olor. Pero sabía que no sería capaz de relajarme hasta que hubiese investigado su causa y lo hubiese solucionado. No era justo para la Sra. Parks obligarla a trabajar en semejante ambiente, y desde luego yo no sería un caballero si esperara que ella se encargara del asunto por mí.

Tardé un rato en encontrar la llave. En realidad, no podía recordar la última vez que habíamos abierto aquella puerta. Luego fui a buscar una vela a la cocina y, una vez que estuvo encendida, corrí el pestillo de la puerta de madera y la abrí.

Inmediatamente empezaron a darme arcadas por el hedor que brotaba de la oscuridad y aunque en seguida saqué un pañuelo del bolsillo de la bata y me cubrí la cara con él, no conseguí bloquear del todo aquel fétido olor.

Conforme empecé a descender con cuidado, no pude evitar recordar el sótano de New Scotland Yard en el que un pobre carpintero había descubierto un torso en proceso de descomposición envuelto en papel de periódico hacía tantos años. Esta oscuridad daba la misma sensación de opresión y la pestilencia era demasiado parecida. Sentí como si el tiempo se estuviera plegando sobre sí mismo, excepto que esta vez tenía que adentrarme en las entrañas de la tierra y hacer ese horrible descubrimiento yo solo.

Esperaba que el aire fuera cada vez más fresco según descendía poco a poco por las escaleras de piedra, pero el calor de la cocina cercana combinado con el verano en el exterior lo habían vuelto húmedo, casi estancado. Procuré no pensar en lo mucho que me recordaba al río; obligué a mi imaginación a apaciguarse y me concentré a cambio en alcanzar el suelo sin caerme. Apoyé una mano en la áspera y fría pared para no perder el equilibrio y no supe si la humedad que sentí provenía de mi palma sudorosa o de los ladrillos mismos.

Finalmente, mis pies encontraron el suelo firme y me giré para mirar hacia la zona más amplia de la habitación, deseando que se me hubiera ocurrido traer una pala y un saco para no tener que bajar otra vez. El hedor era verdaderamente agobiante y me atenazó una sensación de miedo que no había sentido en años. Sentí unas ganas desesperadas de dar media vuelta y salir corriendo, de cerrar el sótano con llave para siempre y dejar que fuera lo que fuera que hubiera ahí siguiera siendo un misterio. Pero esa era una reacción infantil y no estaba dispuesto a sucumbir a ella.

Arriba era de día, me recordé. La ciudad bullía de actividad y de ruido a solo unos metros del silencio que me envolvía. Mientras luchaba contra el apestoso olor, aspirando pequeñas bocanadas de aire y al mismo tiempo intentando tranquilizarme, me maldije por no haber llevado una lámpara de gas, pues la luz de la vela iluminaba lo justo, apenas unos centímetros a su alrededor.

Me obligué a avanzar. Me moví despacio y con cuidado, con el áspero sonido de mi respiración en los oídos y el arrastrar de mis zapatillas sobre el suelo desigual como única compañía. De pronto, la luz de la vela iluminó algo que lanzó un destello en la oscuridad: un ojo vidrioso que me miraba acusador. Casi se me sale el corazón por la boca y di un grito, un ruido

agudo más propio de una chica joven que de un hombre que se acercaba a los sesenta.

Con la mano temblorosa, levanté la vela más alto, pues el ojo muerto que me miraba no estaba a mis pies y tampoco era tan pequeño como para ser el de una rata. Pasó un buen rato antes de que pudiera siquiera empezar a entender el horror que se desplegaba ante mis ojos. La vela temblaba cuando me acerqué más y solo pude imaginar la máscara de terror en la que se habría convertido mi cara.

El gato (lo que quedaba de él) yacía sobre un banco de madera. Su cabeza estaba bastante separada del cuerpo, que había sido abierto en canal y tenía la piel desgarrada hacia atrás, claramente para facilitar la extracción de los órganos internos. Le faltaban dos de las patas. Vi el color de su pelo en los trozos que no estaban apelmazados por la sangre: blanco y negro; el descarado amiguete al que había dado más carne que a los demás hacía tan solo unas noches. Y una vez más, me dieron arcadas tras el pañuelo.

Pero la cosa era aún peor: no estaba solo en el banco. Había otros a su alrededor, todos en parecido estado de desmembramiento, y a todos los reconocí de mis relajantes tardes sentado a la puerta de la cocina. Me tambaleé hacia atrás, desesperado por echar a correr escaleras arriba, de vuelta a la luz del día. La cabeza me daba vueltas y, mientras subía como podía por los resbaladizos escalones, temblaba tanto que casi se me cayó la vela. Y entonces, por fin, me empezaron a asaltar fognazos de lo que solo podían ser recuerdos: mis manos, cogiendo al gato blanco y negro y sintiendo la vibración de su ronroneo mientras le acariciaba el suave pelaje; yo, apartándome de la puerta trasera y murmurándole palabras tranquilizadoras mientras sus patas masajearan mi pecho... y aquel súbito e irresistible hambre.

Di un grito ahogado y sentí un alivio inmenso al entrar a trompicones en el vestíbulo gloriosamente bañado en luz. El oscuro sótano parecía un océano en el que me estaba ahogando. Me apoyé contra la pared y aspiré profundas bocanadas de aire que sin duda era aún rancio, pero ya no me importaba. Mi cabeza daba vueltas y yo lloraba y temblaba incontrolablemente, deseando que se marcharan aquellas imágenes. Un cuchillo entre mis manos. Sangre. El bufido y el chillido desesperado de un gato mientras unas manos, mis manos, le retorcían el pescuezo. *¿Qué había hecho? ¿Y por qué? ¿De verdad me estaba volviendo loco?*

Cuando pude confiar en que mis piernas se movieran con seguridad, fui a buscar un vaso de agua y me lo bebí despacio, intentando calmarme. Pero cuando miré el líquido, todo lo que pude ver fue el río. No podía esconderme de la verdad ya más. Ese extraño peso sobre mi espalda que había atribuido a unos músculos doloridos de tanto toser o como parte de mi fiebre, parecía ahora como plomo entre mis hombros, y por el rabillo del ojo estaba seguro de poder ver algo oscuro, una forma indefinida, justo fuera de mi ángulo de visión. Al darme cuenta de eso, lloré un poco más y luego subí las escaleras hasta mi dormitorio, donde me tumbé, hecho un ovillo sobre el costado, como un niño asustado.

Te he dado el Upir.

Eso es lo que Kosminski me había dicho y, a pesar de todo lo que habíamos pasado juntos hacía tantos años, había desechado sus palabras arrogantemente como si se debieran solo a su locura. Y ahora sabía que sí que había tenido algo que ver la locura: mi propia locura de razón y ciencia, mi redomada negativa a creer en todo lo que había estado delante de mis narices. Taché al cura de lunático y decidí que cualquier recuerdo del *Upir* se debía a mi imaginación confundida por las drogas. Qué estúpido había sido. Y ahora era yo el que estaba maldito, igual que lo había estado James Harrington. La prueba de ello reposaba en las entrañas de mi propia casa y en los oscuros rincones de mi memoria. ¿Por qué había ido a ver a Kosminski? ¿Por qué no lo había dejado todo estar, sin más? ¿De qué nos habría valido la verdad?

Se me erizaron los pelos de la nuca y supe que, si me hubiera podido desollar para librarme de lo que llevaba ahí colgado, invisible e insidioso, lo hubiera hecho. Me estremecí al pensarlo y una o dos veces levanté una mano y casi estiré el brazo para palparme la piel, pero no fui capaz de hacerlo. No lo tocaría, eso lo sabía, pero de todas formas, estaría ahí.

La tarde se fue oscureciendo poco a poco hasta convertirse en noche cerrada. Me quedé tumbado en la cama mirando al vacío. Había perdido todas las esperanzas. No tenía muy claro qué me daba más miedo: si la cosa a mi espalda o el hecho de haber cometido unos actos semejantes sin tener conciencia de ello. Se me fue enfriando la piel hasta que mis temblores se convirtieron en una tiritona.

Al final me levanté.

Tenía miedo, pero el terror absoluto solo dura hasta que el agotamiento calma el cuerpo. Necesitaba pensar, planear cómo iba a manejar mi nueva condición. Esta vez no me escondería de la verdad. Tanto Harrington como el cura habían sido engañados por el *Upir*, pero yo tenía la ventaja de comprender en parte a la bestia; puede que eso me diera una medida de control. Estaba adosada a mí, pero eso no quería decir que tuviese que entregarme a ella; de hecho, no tenía ninguna intención de hacerlo. Disfrutaba de una buena vida y no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Tenía que hacer planes. Empecé por decidirme a leer bien las cartas de Harrington. Pero primero tenía que limpiar el sótano, frotarlo a fondo hasta eliminar el olor de mi culpa. Después le diría adiós a la Sra. Parks con un generoso regalo de despedida.

Ahora ya estaba en pie y activo y sentía que tenía un objetivo; y ya me encontraba más fuerte. Esa cosa no me vencería. No me convertiría en un monstruo. Encontraría la manera de vivir como un hombre decente.

Varias horas más tarde, sudoroso y agotado por el esfuerzo, tiré el saco con los restos al río. No podía tirarlos en ningún otro sitio. Miré fijamente al agua negra. Iba a tener que hacerme amigo del río.

THE TIMES
JUEVES, 11 DE JUNIO DE 1896
EJECUCIÓN EN NEWGATE

Ayer por la mañana, a las nueve en punto, fue ejecutada en Newgate la mujer Dyer, que había sido declarada culpable por el Tribunal Penal Central del asesinato de un niño al que había adoptado. Se recordará que Dyer tenía una casa de acogida para niños en Reading.

EXTRACTO DE UNA CARTA DE JAMES HARRINGTON
A EDWARD KANE, FECHADA EN 1889

... debería temer a esa sensación de distracción que anuncia la inminencia de la fiebre que conduce a mis atroces crímenes. Solía hacerlo. Solía luchar contra ella, alargarla todo lo posible antes de que me sobrepasara. Ahora, encuentro que simplemente estoy cansado y le doy la bienvenida. Dejo que el otro, el terrible demonio aferrado a mi espalda, tome el control. Creo que quizás luchar contra él durante tanto tiempo me ha debilitado. Más que eso: me temo que mi debilidad ha permitido que parte de su maldad se me haya metido en el alma, pues he empezado a disfrutar de la oscuridad, de las largas noches en las que los secretos pueden respirar y la respetabilidad duerme.

A veces observo cómo duerme Juliana en nuestra cama. Es dulce y preciosa y todavía la quiero. Estoy seguro de que aún debo de quererla bajo esta capa de insensibilidad. El amor no muere tan fácilmente. El hecho de que ella todavía me quiera a pesar de mis enfermedades y mi comportamiento errático es prueba de ello. No sabe lo peligroso que soy, cómo mientras observo su respiración, el movimiento rítmico de la suave piel de su pecho, siento deseos de desgarrarle la piel con mis propias manos y verle la carne por dentro. Quiero ver sus ojos abrirse de par en par por el pánico. Quiero sentir el poderoso impulso de la criatura que cuelga de mi espalda, la que todas ven al final. La sola idea hace que se me haga la boca agua. Estos pensamientos son terribles por sí solos, pero además ella lleva a nuestro hijo en su interior. Su embarazo hace que se encuentre mal y debería ser más comprensivo, pero todas mis emociones están embotadas. Son algo que recuerdo pero que ya no puedo tocar. Observo a mi mujer embarazada dormir y fantaseo con rebanarle los pechos y sentir esos escalofríos de placer mientras el monstruo se alimenta; como hice con Elizabeth cuando desde algún lugar muy profundo me vi arrancar a nuestro hijo bastardo nonato de su vientre. Soy un asesino. Ya no puedo echarle la culpa de eso al visitante que llevo a cuestas. El Upir y yo ya no somos distinguibles.

Estoy recordando más y más según pasa el tiempo. Es como si la criatura y yo nos estuviéramos realmente convirtiendo en uno, simbiótico. Muy a menudo me siento viejo, y cínico, como si en alguna parte justo fuera de mi alcance tuviera mil años de vida y de conocimientos que no puedo alcanzar del todo pero que pesan como una losa igualmente. Sé que he tenido sangre en las manos. Sé que les he quitado la vida a unas desconocidas. Sé que estoy maldito y condenado y aun así no soy capaz de abrir la boca para hablar.

Estoy convencido de que este demonio es una especie de droga. Puede que nos proporcionemos placer el uno al otro, pues cuando me relajo, cuando disfruto de mi locura (a falta de una palabra más apropiada), entonces me siento libre y poderoso e imparable.

Ese es mi mayor temor: me he vuelto imparable. No, quizá mi mayor temor sea que ya no quiero que me paren.

He perdido toda esperanza de que estés recibiendo estas cartas y la mayor parte del tiempo ni siquiera me importa. Ya ni siquiera entiendo por qué las escribo excepto quizá para

retener una última hebra de mi deshilachada humanidad. Creo que esta será la última. No queda nada más que decir. No obstante, si acabas encontrándote con esa triste hoja de papel en las manos, quédate solo con esto:

No vengas a Londres, Edward. No intentes encontrarme. Es imposible que dé buen resultado. Aquí solo hay maldad.

*Tu amigo,
James Harrington*

—Puede que esté trabajando demasiado—dijo Henry Moore—. ¿Tú qué opinas?—No se había quitado el abrigo y se lo agradecí. No quería que se quedase mucho rato.

—Me temo que no le he visto mucho desde que estuve enfermo—contesté. Era verdad. Había ido a los muelles varias veces a ver a Juliana, deseoso de restablecer nuestra relación ahora que Edward Kane estaba temporalmente ausente, pero aún no había ido a su casa, ni había visto a su padre, a pesar de lo mucho que me había cuidado durante mi convalecencia—. He cenado con él solo una vez este mes. Me temo que he tenido que ponerme al día con tantísimo trabajo que casi no he podido salir de casa.

Moore asintió y levantó la vista hacia las estanterías de mi sala de estar, donde volúmenes de poesía mayormente sin leer descansaban al lado de novelas y obras de teatro. La mayor parte de las revistas médicas las guardaba en el estudio.

—Debería leer más—dijo, sacando un delgado libro azul y dándole varias vueltas en las manos—. Pero bueno, supongo que lo mismo le pasa a la mayoría de los hombres.—Lo recolocó y se volvió hacia mí—. ¿Entonces, no crees que se mostraba un poco errático, cuando le viste?

—No que yo recuerde—respondí, pero de haber sido sincero hubiese tenido que admitir que apenas podía recordar nuestra cena en absoluto. Aún me estaba recuperando de mis descubrimientos personales—. Sin embargo,—continué—, supongo que tú sí has pensado que se comportaba de forma extraña.

—Parecía distraído—dijo Moore—. De todas formas, me gustaría saber tu opinión.

—Por supuesto. Me las arreglaré para verle en algún momento de la semana que viene y te contaré lo que pienso.

Las palabras de Edward Kane durante nuestro último encuentro volvieron a mi mente. Estaba preocupado por que Charles estuviera bebiendo en exceso y me había pedido ayuda, pero yo había estado tan absorto en otros asuntos que apenas le había escuchado; y me había olvidado en seguida de mi promesa. Ahora parecía que Kane no era el único preocupado.

—Gracias. ¿Y tú estás bien, Thomas?

—Desde luego mejor que el mes pasado—sonreí—. Pero me temo que mi recuperación está siendo más lenta de lo que era en mi juventud. De hecho, estaba a punto de tumbarme una horita o así cuando llegaste.

—Entonces no te entretendré más.—Me apretó el brazo en una sorprendente e inusual muestra de afecto—. Pero me alegro de que estés mejor. Nos has tenido a todos preocupados durante un tiempo.

Sus ojos se posaron brevemente en el delgado volumen que había llamado su atención, así que cogí el libro de la estantería y se lo puse en la mano.

—Tienes razón. Todos deberíamos leer más. Puede ser muy bueno para el alma. Y además, creo que este te gustará.

Cogió el libro y se marchó, diciendo que empezaría a leerlo esa misma noche, y yo sonreí mientras cerraba la puerta. Me sentí aliviado de que se lo hubiera llevado. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de R.L. Stevenson, era un poco demasiado parecido a mí esos días como para que me sintiera cómodo, y me alegré de que el texto ya no estuviera en mi casa.

Esperé diez minutos para asegurarme de que Moore no fuera a volver por alguna razón antes de dirigirme al sótano, a dónde iba encaminado antes de la inesperada visita de mi amigo. Cogí una de las nuevas lámparas de la cocina y bajé por las escaleras hasta el lugar en el que me esperaba mi trabajo.

Cuando se me pasó un poco el terror inicial después de encontrar a los gatos, mi primera idea había sido regresar a Leavesden para devolverle a Kosminski aquella cosa a la fuerza. Pero mi solicitud de visita había sido amablemente denegada y no había forma de que pudiera colarme en aquella institución sin que el personal médico me considerara tan trastornado como sus invitados.

Después de varias largas noches de miedo y láudano decidí que debía enfrentarme a mi nueva situación de manera científica. No pensaría en términos de demonios y criaturas (juré que ni siquiera volvería a pronunciar la palabra *Upir* cuando pensase en esa cosa que casi podía ver); en cambio, consideraría mi estado como una infección parasitaria que adecuadamente tratada, al menos podría soportarse. Había estudiado a fondo las cartas de Harrington y me había quedado bien claro que él había perdido el control por luchar contra la sed de sangre de aquella cosa durante demasiado tiempo. Eso le había dejado demasiado débil como para poder luchar con éxito contra sus deseos de maldad. Yo no cometería el mismo error. Tenía la intención de alimentarla poco y con frecuencia; no demasiado, pero lo suficiente como para mantenerme sano y lejos de la fiebre.

La única cosa de la que estaba seguro es que no acabaría con ninguna vida humana. Era médico y, aunque pasaba mucho tiempo analizando a los muertos, mi vocación era preservar la vida. No me convertiría en un monstruo como James Harrington. Aprendería de sus errores. Viviría con esta afección y no perdería el control sobre ella.

Al pie de la escalera encendí las dos lámparas de gas que había dejado allí y una luz amarilla inundó la pequeña habitación subterránea. En el rincón tenía una fregona y un cubo preparados. Había llenado este último con una mezcla de jabón con fenol y lejía. Había forrado el suelo de debajo de la mesa de madera con papel de periódico que quemaría en la barbacoa del jardín cuando hubiera terminado.

El perro estaba tumbado sobre la mesa, donde lo había depositado a primera hora de la mañana. Se le veían todos los dientes, congelados en un rictus sonriente. Me estremecí ligeramente al mirarlo, igual que había hecho cuando le corté el cuello con el cuchillo. Pero sabía que el parásito que colgaba de mí había disfrutado del miedo y el dolor del animal en sus últimos instantes de vida; eso era de lo que se alimentaba, o sea que no podía evitarse. Me consolé un poco al pensar que el perro habría muerto de todas formas.

Cogí el escalpelo y empecé a cortarle el estómago. Tenía trabajo por hacer. Había que alimentar al monstruo y le gustaba la carne fresca.

No me había resultado difícil hacerme con el perro. Mi adicción al opio, tanto la reciente como la de aquellos tiempos oscuros, me había llevado a muchas de las zonas más pobres de Londres, y ahí fue donde me dirigí cuando tuve claro lo que debía hacer. En los asfixiantes bares del East End no tardé mucho en averiguar dónde podía ir a jugarme unos peniques en peleas de perros. Al llegar, conocí al fornido y brusco hombre que se presentó como George a secas y que me facilitaría lo que necesitaba. Era un tipo moreno y musculoso al que le faltaban la mayor parte

de los dientes, pero sus ojos tenían la agudeza granítica tan característica entre los inteligentes de las clases criminales. Según los parámetros de mi propia clase, podía no tener muy buena educación, pero las callejuelas del East End eran su lugar de trabajo y las dominaba como un príncipe.

Una vez a la semana, en un mugriento sótano que apestaba a cerveza y sudor rancio, me unía a la multitud que se apretujaba para apostar en una pelea ilegal de perros.

—Ese no volverá a pelear—me había dicho George cuando expresé interés en adquirir al malherido bulterrier—, tiene la pata jodida.

—No quiero utilizarlo para pelear—repliqué. Habíamos salido del tugurio y estábamos fuera en el refrescante aire nocturno, que parecía tan fresco como el del campo comparado con la apesosa atmósfera del interior—. Me gustaría que me proporcionaras un perro cada diez días y preferiría no tener que venir aquí a buscarlo. Podríamos quedar en algún sitio, un lugar discreto. Y preferiría que vinieras tú mismo y no mandarás a un lacayo.

El hombre sorbió por la nariz y encendió una pipa mientras me observaba pensativo.

—¿Es usted un aristócrata o algo así? ¿Del gobierno?

—Ni lo uno ni lo otro—contesté—. Soy simplemente un particular.—Saqué varias monedas del bolsillo—. Y pago bien por mi privacidad.

—Y yo soy un hombre de negocios—dijo bruscamente después de un momento—. Si no lo fuera, entonces probablemente me preguntaría qué querría hacer un caballero como usted con un puto chuchito inútil cada semana más o menos.—Dio otra larga calada a su pipa y luego sonrió mientras soltaba el humo—. Pero encuentro que preguntarme cosas puede ser malo para el negocio.

—Entonces nos llevaremos bien.

Tras negociar el trato con el propietario del can, que se mostró más que contento de cobrar por un chuchito al que sin duda iba a tirar al río de todos modos, George le puso un bozal al perro y yo encontré un carruaje que, a cambio del dinero apropiado, nos llevaría a algún sitio cercano a mi casa. El perro tendría que andar el resto de camino hasta casa, lo que hizo bastante obedientemente, arrastrando su desgarrada y fracturada pata posterior tras de sí. Cuando lo hice bajar al sótano y le corté el cuello, estoy seguro de que vi algo más que un poco de alivio en sus ojos.

En cualquier caso, eso es lo que elegí pensar mientras abría en canal a la desgraciada criatura y le sacaba las resbaladizas y frías entrañas y las sostenía en alto para que las admirara el parásito. Había sido un largo mes de lenta aceptación de mi destino, pero no tenía ganas de hacer que ningún ser vivo sufriera más de lo estrictamente necesario. El perro de pelea habría muerto, ya fuera a mis manos o a las de su propietario; ahora solo tenía que asegurarme de que había sufrido lo suficiente para satisfacer al parásito que llevaba sobre la espalda. Tenía que ser así.

En todo caso, me sentí más contento esa noche cuando por fin deposité el cadáver desmembrado en el agua y volví a fregar el sótano hasta que estuvo bien limpio una vez más. Entonces me sentí casi normal otra vez.

Aunque para cuando acabé era más de medianoche y me dolían la espalda y los brazos, me serví un brandy y me quedé en el estudio durante un rato. Mis pensamientos giraron hacia la visita de Henry Moore y su preocupación por Charles Hebbert, y me encontré de nuevo pensando en las mentiras que Charles había contado sobre estar en el club y cómo Jasper Waring le había visto deambulando por las calles de Whitechapel durante las largas semanas de aquel sangriento verano de Jack.

«Jack» había dejado de matar al morir Harrington. El cura había dicho que el parásito

provocaba un caos a su paso que aumentaba la maldad de los que estaban a su alrededor. Ahora que no tenía otra elección más que aceptar que la criatura existía (pues era eso o considerarme trastornado, lo que no podía ser verdad ya que nunca me había sentido más sano en toda la vida), podía ver la lógica de mis sospechas sobre Hebbert con nuevos ojos. Cuando había sentido por primera vez aquellos espantosos brotes de temor y ansiedad que me habían conducido a los antros de opio al principio, el cura había dicho que era una especie de don, como si viera un poco de lo que veía Kosminski, pero a nivel emocional, sin sufrir las visiones que tanto atormentaban al peluquero. ¿Y si Hebbert tenía algo parecido? ¿Y si era capaz de absorber parte de esta maldad que ahora iba adosada a mí?

Ahí sentado, mientras la mismísima noche parecía dormir, se me ocurrió que nuestras vidas eran una maraña de mentiras y engaños. Me consideraba un buen hombre y aun así había matado al marido de la mujer a la que amaba. James Harrington había asesinado a mujeres delante de nuestras narices. ¿Qué secretos tenía Andrews? ¿Y Moore? No costaba gran esfuerzo pensar que Hebbert pudiera ser Jack el Destripador, el más famoso de los asesinos de Londres. Volví a acordarme del libro que había insistido en que se llevara Moore al marcharse: la historia de un hombre con dos mitades, una forcejeando por controlar a la otra. Quizás fuera tan verdad para todos nosotros como había llegado a serlo para mí. No tuve muy claro si eso me consolaba o si debería hacerme temblar. Quizás ambas cosas.

Necesité láudano para dormir esa noche.

Para fin de mes el tiempo había cambiado y en el viento cortante y la luz mortecina de las tardes podía sentir el invierno acercándose lentamente una vez más. No me importaba que muriera el verano; prefería el aire frío al calor sofocante. Resultaba menos claustrofóbico no tener la humedad pegada al cuerpo como si intentara atarme más al parásito que llevaba a la espalda.

Estaba atardeciendo y Juliana iba de mi brazo mientras caminábamos por la carretera al borde del río. La brisa le sacaba los colores y la hacía parecer más saludable. Me iba contando todo lo que había estado aprendiendo y los nuevos contratos que había firmado. Estaba claramente encantada consigo misma y su creciente confianza en el mundo la hacía caminar erguida y orgullosa, lo que a su vez la hacía aún más guapa. Pero yo estaba distraído y no prestaba atención del todo a su alegre chachara, no solo porque el mundo empresarial no lo entendía bien, ya que nunca había participado en él, sino también a causa de un inquietante descubrimiento de la noche anterior. Se suponía visitar a Juliana debía levantarme la moral, pero confieso que me estaba resultando difícil quitarme de encima el miedo. El regusto a hierro en la lengua y las náuseas en la boca del estómago sugerían que comprendía perfectamente bien lo que había ocurrido la noche anterior, aunque no fuera capaz de recordarlo.

Mi indeseable asociado George me había proporcionado otro perro herido dos noches atrás y yo había matado a aquel pobre animal para mantener el mío a raya. Pero cuando volví al sótano ayer por la noche para empaquetar los pedazos del cadáver y llevarlos al río, no pude encontrar el hígado. Me había quedado mirando el banco durante un buen rato; creí que mis ojos cansados me estaban jugando una mala pasada. Pero no estaba ahí. Siempre he sido metódico en mi trabajo y había diseccionado al animal como lo hubiera hecho con un cuerpo humano; después de tantos años como médico me parecía natural hacerlo así. El hígado del perro definitivamente faltaba.

Y lo que era peor, esa mañana me había despertado con un extraño regusto metálico en la boca, como si me hubiera dado un buen mordisco por dentro de la mejilla durante la noche y se me hubiera acumulado ahí la sangre mientras dormía. Cuando me di cuenta de lo que significaba la desaparición del órgano, subí las escaleras a todo correr e intenté provocarme el vómito, pero mi estómago se negó a obedecer, dejándome con la garganta dolorida y temblando de horror mientras

aferraba la fría porcelana del lavabo de la cocina. Solo había una explicación racional, por mucho que me resistiera a barajarla siquiera.

Tomé más láudano para calmarme y me prometí estar más alerta. Nunca más tomaría láudano y ni siquiera brandy antes de matar a un perro, independientemente de lo mucho que me ayudara a soportar el horror de lo que estaba haciendo. La criatura (mi infección) estaba siempre al acecho, simplemente esperando a hacerse con el control, y yo, en mi complacencia, me había confiado en exceso. No podía dejar que volviera a ocurrir.

—¿Qué tienes ahí?—pregunté, bajando la vista hacia James, que jugueteaba con un trozo de cuerda mientras caminaba a nuestro lado. Le despeiné el pelo ligeramente en un intento de mostrarle afecto. Ahora que cargaba con lo que había cargado su padre, mi resentimiento había aumentado. Fue su padre el que trajo esta maldición a nuestras vidas y el niño era para mí un recuerdo vivo de todo aquello.

—Estoy haciendo un nudo marinero—contestó James y lo levantó para que lo examinara—. La Sra. Chard Williams me ha enseñado a hacerlos.

—Eso parece bastante complicado—le dije—. En cualquier caso, espero que estés aprendiendo algo más que simples nudos.

—Sí que lo estoy haciendo—dijo orgulloso, columpiando la cuerda anudada a su lado—. El Sr. Chard Williams dice que estaré listo para ir al colegio en nada de tiempo. Dice que aprendo muy deprisa.

—No me sorprende. Eres un jovencito muy listo.—Le sonreí. Al menos podía disfrutar del placer que nuestra conversación le producía a Juliana—. ¿Y te gusta ir a clase?

James asintió y luego dijo muy serio:

—A veces puede ser muy ruidoso. A la Sra. Chard Williams le gusta cuidar de bebés.— Encogió los hombros—. Pero cerramos la puerta y entonces ya no los oímos mucho.

—A lo mejor algún día tú también tendrás un hermanito o una hermanita. ¿Te gustaría?—No miré a Juliana, pero estaba seguro de que podía entender el trasfondo de mi pregunta. Yo ya estaba bien (aparte de mi nueva y permanente afección) y ella parecía recuperada de su pena y de los problemas que había tenido desde el embarazo. Era el momento perfecto para darle un nuevo impulso a nuestro matrimonio.

James arrugó la nariz y luego sonrió.

—Un hermanito. Las niñas pequeñas lloran más fuerte.

Juliana se echó a reír al oír eso y se apretó contra mi brazo; mi corazón rebotó de felicidad. ¿Por qué debía renunciar al amor, simplemente a causa de ese parásito, cuando había vivido sin amor durante tantos años? Yo nunca le haría daño a Juliana; antes me moriría. Sabía que si fuera mi mujer, si estuviéramos viviendo como una familia, entonces no habría lapsus como ese que acababa de ocurrir, puesto que no me permitiría a mí mismo relajarme. Los mantendría a salvo.

—Bueno, entonces veremos qué podemos hacer—dije yo, orgulloso de mi atrevimiento.

James echó a correr por delante de nosotros para ir a ver una barcaza que pasaba por el río y aproveché la ocasión. Me detuve y me volví para mirar a Juliana.

—Puede que haya llegado el momento de que hagamos más formal nuestro compromiso—sugerí—. ¿Una boda primaveral, quizás?

Juliana miró al suelo.

—Estoy tan ocupada con el negocio—empezó, y luego respiró profundo—. No estoy segura de que fuera una buena esposa para ti, Thomas...

—Tonterías—intervine con firmeza—. Estoy muy orgulloso de ti y de todo lo que estás haciendo. No tengo ningún problema en que te preocupes por asegurar el futuro de James.—Me reí

y procuré tranquilizarla—. No soy ningún viejo que piensa que las mujeres no tienen nada que aportar.—Le di un apretoncito en el brazo—. En verdad, bajo este aspecto de profesional, soy de ideas bastante progresistas.

—Lo sé, Thomas—dijo ella retomando la marcha—y de veras siento hacerte esperar. Solo quiero estar bien segura antes de casarme otra vez.

Mi corazón se había replegado sobre sí mismo de una forma que no sabía que fuera posible. Si había una cosa en este mundo de la que estaba seguro era de mi amor por Juliana, y había esperado que ella sintiera lo mismo. De pronto sentí el peso de todos y cada uno de los años que nos separaban.

—Lo entiendo—dije al fin. El dolor que estaba intentando ocultar debió ser evidente en mi tono porque Juliana dejó de andar y me miró.

—No dudes nunca que te quiero, Thomas. Has sido el amigo más amable y maravilloso que he tenido nunca. No hay ningún hombre en mi vida como tú, y no podrá haberlo jamás. Pero en estos momentos todo está cambiando y siento que necesito tomarme las cosas pasito a pasito. ¿Puedes entenderlo?

Sus ojos oscuros estaban tan llenos de preocupación que solo deseaba abrazarla fuerte y mantenerla ahí para siempre. Me estaba portando como un egoísta. Me estaba olvidando de lo cautelosa que se había vuelto desde la muerte de Harrington.

—Por supuesto que lo entiendo—dije—. Y esperaré pacientemente. Lo sabes.

Juliana sonrió, volvió a cogerse de mi brazo y tomó el camino de vuelta a casa. El viento se había vuelto más cortante conforme la tarde se apagaba. Era hora de ponerse a resguardo. No tenía ningunas ganas de estar paseando por ahí cuando el río se convirtiera en el río nocturno, la resbaladiza criatura negra a la que alimentaba con mis actividades secretas. Juliana no estaba hecha para ese río sino para el de la luz del día, el Támesis benigno, la sangre vital de la ciudad. Yo había conseguido separar los dos y quería que siguiera siendo así.

—¿Vas a ver a mi padre pronto?—preguntó Juliana—. No ha venido a vernos desde hace días... Tenía la esperanza de que viniera hoy contigo.

Por casualidad, ya había quedado para cenar con Charles Hebbert, así que le dije:

—Yo también tengo ganas de verle. Mañana ceno con él y con Walter Andrews.—Y añadí—: Tengo entendido que ha estado trabajando mucho.—Hice que esta última frase sonara despreocupada, a sabiendas de que, independientemente de su propia preocupación, Juliana odiaría pensar que habíamos estado discutiendo el comportamiento de Charles y sus excesos con la bebida a espaldas de su padre.

—No es propio de él, no querer pasar tiempo con James y conmigo—murmuró, con voz queda, casi como si le diera vergüenza expresar sus temores en voz alta—. Espero que no le parezca mal la cantidad de tiempo que paso en la empresa. Desde que te recuperaste tengo la sensación de que apenas le he visto. Quizás sea culpa mía por preocuparme.

—Tonterías. Tu padre está muy orgulloso de ti.—Le di otro apretoncito en el brazo—. Averiguaré si le ocurre algo. ¿Confiarás en mí para que lo haga?

Juliana sonrió y la preocupación se borró de su preciosa cara.

—Confío en ti para todo, Thomas. Ya deberías saberlo.

Para entonces el viento ya ni me tocaba. Ella me quería. No me cabía ninguna duda. *Tenía* que quererme.

COLONIST
14 DE OCTUBRE DE 1897
OTRO
«JACK EL DESTRIPIADOR»

PARÍS, 12 DE OCTUBRE

Ayer por la mañana, a las nueve en punto, fue ejecutada en Newgate la mujer Dyer, que había sido declarada culpable por el Tribunal Penal Central del asesinato de un niño al que había adoptado. Se recordará que Dyer tenía una casa de acogida para niños en Reading.

31
LONDRES. NOVIEMBRE DE 1897
DR. BOND

Cenamos en casa de Charles Hebbert. A lo mejor era mi imaginación, pero cuando nos sentamos a la mesa me dio la impresión, incluso con todas las luces encendidas, de que la oscuridad que había invadido la casa antaño, cuando James Harrington vivía en ella, había regresado. Las sombras reptaban por las paredes, proyectando un halo de oscuridad sobre los dibujos del papel pintado y, aunque en la calle hacía frío, el ambiente ahí dentro era sofocante, como si no se hubiesen abierto las ventanas en todo el verano. Incluso el fuego apenas crepitaba en la chimenea, como si también sintiera el peso que colgaba sobre la habitación. ¿Sería culpa mía? ¿Sería posible que una parte de lo que había infectado a Harrington y ahora me tenía a mí entre sus garras hubiera afectado a Hebbert de manera tan profunda que ahora rondaba por su casa?

Charles no había redecorado la casa desde que Mary falleciera y había un vacío en el edificio que ninguna cantidad de risas forzadas podía llenar. No me había dado cuenta de lo intenso de su dolor por la pérdida de su mujer, engañado por su estoicismo y su aparente vuelta al buen humor, pero el eco de Mary resonaba por doquier en aquella casa. Era mucho más visible ahora que esta «otra» desolación había vuelto.

Dejé que los otros dos se ocuparan de la mayor parte de la conversación mientras el ama de llaves traía varias fuentes de verduras y carnes asadas; insertaba interjecciones ocasionales, pero me dediqué básicamente a observar el comportamiento de Charles. Le temblaban involuntariamente las manos en lo que se había convertido casi en un tic nervioso y había rellenado dos veces su copa de vino antes de que yo terminara la primera. Hablaba demasiado alto y demasiado deprisa, casi como un maníaco, y tuve que admitir que si estaba actuando así en compañía de Henry Moore, el policía tenía razones de sobra para estar preocupado.

Bebí un poco más de vino y entonces, al fin, caímos en un cómodo silencio mientras comíamos. La cena estaba deliciosa y descubrí que, por una vez, me encontraba hambriento. Paré de comer solo cuando Andrews dejó sus cubiertos en el plato y nos miró sorprendido tanto a Charles como a mí.

—¿Habéis estado de caza hoy?—preguntó intrigado—. Nunca he visto a nadie comer tanto tan deprisa.—Se echó a reír, claramente divertido. Solo entonces me di cuenta de que ya me había servido por segunda vez y estaba a punto de llenar el plato de nuevo. Había estado comiendo en una nebulosa, pero mi hambre parecía no tener fin. Pensé en el perro muerto y el hígado desaparecido y se me revolvió el estómago.

Dejé a un lado mis propios cubiertos y alcé la vista hacia Charles, procurando hacer caso omiso de la salsa que le resbalaba por la barbilla.

—Parece que el cambio de tiempo nos ha dado hambre—dije, tratando de bromear para quitarle importancia—. Y debo confesar que no había comido nada en todo el día. Puede que eso no fuera muy acertado.

—Bueno, es obvio que estás plenamente recuperado—dijo Andrews con una sonrisa—. No hay nada malo en un apetito sano; ¡pero preveo que en el futuro habrá dos caballeros bastante gruesos sentados a esta mesa si seguís así!

Hebbert y yo nos echamos a reír ante su comentario y empecé a comer de nuevo, más despacio esta vez, y reprimí mis ganas de seguir comiendo hasta la saciedad. En vez de eso, simplemente terminé lo que quedaba en el plato y declaré que por fin estaba lleno. Cuando Andrews se disculpó y salió un momento, Charles aprovechó para arrancar la última alita de pollo y comérsela con las manos.

Le observé en silencio durante un minuto y luego le pregunté:

—¿Estás bien, Charles? No te he visto mucho últimamente y eso me entristece. Tengo una gran deuda de gratitud contigo por lo mucho que cuidaste de mí durante mi enfermedad.

Sus ojos se cruzaron con los míos y entonces... algo cambió en su mirada y su expresión se volvió un poco vaga y confusa, mientras dirigía la vista hacia mi hombro, como si casi pudiese ver algo allí, pero no del todo. Se quedó con la boca abierta y por un instante pude ver en su lengua el pollo a medio masticar. Frunció ligeramente el ceño, cerró la boca de golpe en torno al hueso y chupó con ansia la carne que quedaba en él.

Yo por mi parte fui repentinamente consciente de llevar un peso sobre la espalda que se filtraba a través de mi ropa como un frío denso y se enroscaba alrededor de mi columna. Donde la boca de Charles se había abierto, la mía se cerró fuerte y sentí cómo una oleada de energía me atravesaba de arriba a abajo. Se me tensó la espalda y sentí que me invadía una sensación de maldad que amenazaba con sobrepasarme.

¿Se habría sentido así Harrington? Supongo que sí. Pero al menos yo sabía cuál era la causa y eso significaba que tenía más posibilidades de controlar la *infección*. Porque controlarla, tenía que controlarla.

Andrews regresó a la sala y todas aquellas sensaciones desaparecieron. El peso se aligeró y la nebulosa se borró de los ojos de Charles. No obstante, una cosa había quedado clara: mi viejo amigo tenía algún tipo de don para ver cosas que otros no podían ver, y la criatura que llevaba a la espalda lo sabía. Había sentido el placer de la fría maldad que se había aferrado a mí y supe que el parásito gozaba de que Hebbert fuera parcialmente consciente de su presencia. El cura había tenido razón: esa cosa disfrutaba mofándose de los que tenía a su alrededor.

Bebimos nuestros brandys y deseé que Andrews se marchara, pues él estaba fuera de nuestra burbuja de desolación. Al fin lo hizo y mientras nos dábamos las buenas noches, sentí envidia de su plácida jubilación y su mente en paz.

—¿Nos tomamos otra copita antes de irnos a dormir?—pregunté cuando no quedamos más que Charles y yo. Las escaleras se cernían amenazadoras, oscuras y cavernosas sobre el vestíbulo y estoy seguro de que vi un destello de temor en los ojos de mi amigo, aunque sonrió y dijo que esa era una buenísima idea. ¿Sería consciente siquiera de la reacción que yo provocaba en él ahora? ¿Habría momentos en que sentía la presencia más que los demás? Supuse que sería peor por la noche que durante el día; ese era desde luego mi caso. Era en la oscuridad cuando sentía los primeros escalofríos de fiebre y sabía que debía alimentar al río otra vez.

Subimos a su estudio y pude sentir cómo descendía la temperatura conforme nos acercábamos. Hebbert hizo una parada para avivar las lámparas, aunque chisporrotearon e hicieron poco por variar aquel ambiente de lúgubre desasosiego. La chimenea estaba preparada, así que la encendí mientras él servía dos copas. Luego nos sentamos en nuestros sitios habituales a ambos lados de la lumbre. De todas las habitaciones de la casa, esta parecía la más vivida. Había libros y papeles desperdigados por la mesa, y otro montón reposaba sobre la mesa de al lado de

la vitrina que contenía el equipo médico.

—No hace ninguna falta que te la bebas toda de golpe—dije con una sonrisa, mientras Hebbert apuraba prácticamente la copa entera—. No puedo seguirte el ritmo.

Charles suspiró y miró fijamente el fondo de su copa.

—Es esto o el láudano. A veces los dos.—Su buen humor había desaparecido y pude ver cómo los años se habían instalado en su cara. La piel de alrededor de los ojos colgaba en oscuras medias lunas y bajo la barba, sus mejillas se veían surcadas de venitas y ya no tan rechonchas como solían ser.

—¿Qué te atormenta?—pregunté—. ¿Es Juliana? ¿Estás preocupado por ella? A mí me parece que está muy bien.

Negó con la cabeza y, por el rabillo del ojo, vi algo moverse y el peso de mi espalda casi me empuja hacia delante en la silla. Me resistí al impulso de girar en redondo de repente con la intención de atraparlo y arrancarlo de mi cuerpo; sabía que eso no funcionaría. En vez de eso, apreté los dientes y me recordé que simplemente se trataba de una infección, nada más; desde luego nada que fuera a volverme loco con su sola presencia. Pero ahí sentado en la penumbra con Charles Hebbert, eso era algo más difícil de creer y fue mi turno de dar un largo trago a mi brandy.

—No, no es Juliana—dijo con voz cansina—. Por fin está reverdeciendo tras su pérdida. Creo que podemos darle las gracias al Sr. Kane por eso.

No había pretendido lanzarme dardos con aquellas palabras, pero dolieron igualmente, pues era yo el que había cuidado de Juliana y le había dado cariño durante todos esos años, no el apuesto americano.

—¿Recuerdas—preguntó, mientras el reflejo de la luz del fuego danzaba en el brillo opaco de sus ojos—cuando sufría aquellas terribles pesadillas?—Su voz sonó muy bajita, la energía natural que solía tener había desaparecido—. Tan poco propias de mí. Tan intensas y realistas.

Asentí. Habíamos estado sentados en esta misma habitación cuando me había hablado sobre ellas antes. Por aquel entonces yo estaba inmerso en mi insomnio y mi sensación de temor y él me había parecido todo lo estable que había en este mundo. Había intentado tranquilizarle, asegurándole que no eran nada. Ahora, había empezado a sospechar que se trataba de otra cosa. Ahora, el motivo de esos espantosos sueños estaba sentado frente a él, justo fuera de su vista, aferrado a mi espalda.

—No me he encontrado bien desde tu enfermedad—me dijo—. Las pesadillas han vuelto.—Se quedó mirando el fuego—. Hay tanta maldad en ellas, Thomas, unos actos tan terribles. No lo entiendo... son tan fuertes, tan poderosas, que el miedo que me provocan dura todo el día. Es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. A veces me siento como si existiera en una nube de oscuridad claustrofóbica. A veces ni siquiera estoy seguro de mi propia mente. Me encuentro pensando cosas que son totalmente imposibles. En esos momentos solo el láudano me calma.

—Yo también he tomado ese camino para calmar mi propia ansiedad a veces—admití—. No hay nada malo en ello.

—Solo desearía no tener miedo—dijo—. O saber qué es lo que tanto me aterroriza.

Sentí una oleada de simpatía por mi amigo y una vez más deseé que Harrington hubiese muerto en Polonia, pues así todos nos habríamos librado de esta terrible maldición. No me culpé de la situación de Charles, ni siquiera culpé a Harrington (él también había sido una víctima, después de todo), pero aun así sentí una extraña sensación de culpabilidad por el sufrimiento de Charles. Durante un abrumador instante quise decirle todo, contarle la vida secreta que había llevado en el oscuro año que siguió al verano de Jack, relatarle mis leyendas de posesión y demonios de río, de muerte, maldad y oscuridad...

Pero no lo hice, por supuesto. ¿Cómo podría? No me habría creído. Yo no había creído al cura, después de todo, aunque había estado sufriendo en mis propias carnes los efectos del paso de la bestia. Nunca podría contar mi historia, no sin parecer un loco o admitir lo que los demás considerarían un asesinato.

—¿Quieres otro brandy?—pregunté en cambio, haciéndome el amigo preocupado, la buena influencia. Me comportaba como todo el mundo creía que era.

—Sí—contestó—. Sí, por favor.—Le dejé con la mirada fija en el fuego, cogí su copa y me acerqué a la mesa para rellenarla. La habitación estaba sombría y, en un intento de subirle un poco los ánimos a mi amigo, y para ser sincero, los míos también, aumenté la intensidad de la lámpara de gas que había sobre la vitrina de cristal. Fue entonces cuando posé los ojos en los elementos que había dentro de la vitrina. En la balda de arriba, remetido detrás de varias botellas, había un viejo mortero, un recipiente grande y pesado. Después de mirar de reojo a Hebbert para comprobar que aún estaba a lo suyo, me agaché un poco para ver lo que había detrás. Una colección de viejas mazas de mortero descansaba contra la pared de madera, con números pintados para indicar su tamaño. Miré las del centro. Faltaba la maza del número seis.

De pronto me olvidé del peso sobre mi espalda y me empezó a dar vueltas la cabeza. Elizabeth Camp había sido brutalmente golpeada hasta la muerte con una maza de mortero marcada con un seis o un nueve. Alguien la había arrojado a las vías del tren después de cometer el terrible crimen.

Mientras pugnaba por mantener una respiración acompasada, bebí un sorbo de brandy. Recordé mi propia broma a la policía, cuando les dije que yo cogía esa línea para visitar a la hija de Hebbert pero que la maza no era mía. Ni siquiera se me había ocurrido, ni por un momento, que Charles Hebbert también tenía una razón frecuente para tomar ese tren.

—Me aterroriza dormir—dijo Charles con voz queda y, con el corazón latiendo a toda velocidad en mi pecho, me volví hacia él, pendiente de todos los nervios de la cara para reprimir cualquier expresión de horror y fingir calma y normalidad. Charles no había apartado la vista del fuego, su cara era una máscara de la más absoluta desolación—. Desearía que Mary aún estuviera viva.

—Se te pasará—le dije, y mi tono sonó tranquilo. Me había vuelto tan experto en disfrazar mis propios temores que ahora me resultaba casi natural—. Ya lo hizo una vez antes, ¿no es así?

—Eso es verdad.—Alzó la vista hacia mí—. Eres un buen amigo, Thomas. Sé que parezco un loco, que esto está tan lejos de mi forma de ser habitual. Estoy orgulloso de mi afabilidad.

Era una frase extraña, pensé más tarde, cuando le había engatusado para que se fuera a la cama y por fin salí de la casa. Enorgullecerse de algo hacía que pareciera forzado. ¿Tendría Charles fantasías de maldad en la mente, fantasías que controlaba en su vida diaria? Desde luego que todos los hombres tenían secretos, lujuriosos o de otro tipo, que escondían del resto del mundo. ¿Pero cuáles eran los de Charles Hebbert? ¿Y qué le habría hecho matar a Elizabeth Camp de una paliza en aquel tren hacía tantos meses?

Volutas de neblina húmeda se enroscaban alrededor de mis tobillos, amortiguando el sonido de mis botas sobre la acera la caminar. Me ardía la cara en el aire gélido. La simpatía que sentía por mi amigo aún perduraba, pero la idea de que mis sospechas pudieran estar en lo cierto me estaba dando náuseas. Si Charles había matado a Elizabeth, entonces seguro que era capaz de cometer otras atrocidades. Me desplazaba de un charco de luz al siguiente sin apenas darme cuenta, pues mis pensamientos eran más oscuros que la noche que me rodeaba y no había resplandor amarillo de gas que pudiera iluminarlos.

Lo supiera él o no, ahora estaba plenamente convencido de que Charles Hebbert había sido

Jack el Destripador. Quería creer que era la presencia del *Upir*, la infección, la que había provocado la maldad en él, que no había sido completamente responsable de sus actos. Después de todo, los asesinatos del Destripador habían cesado cuando murió Harrington y era solo desde que yo me había infectado que Charles se quejaba de que habían vuelto sus pesadillas. Pero el asesinato de Elizabeth Camp no encajaba. A ella la habían matado mientras la criatura estaba encerrada con Kosminski, a muchos kilómetros, en Leavesden, así que la pregunta era, ¿por qué? ¿Y por qué había sido un ataque tan brutal?

Vigilaría a Charles Hebbert de cerca, aunque todavía no sabía lo que haría si descubría que era un asesino. Pero tenía la responsabilidad moral de seguir el camino que marcaban mis sospechas. Yo no era ningún monstruo y no toleraría semejantes acciones por parte de otros, ni siquiera en el caos creado al paso de la cosa que llevaba a la espalda.

Además, pensé mientras entraba por fin en mi propia casa oscura y vacía, así me distraería de mis propias preocupaciones.

Durante las dos semanas siguientes le impuse mi presencia a Charles siempre que pude: organicé excursiones con Juliana y el pequeño James y en más de una ocasión me presenté en su casa sin avisar. Con el pretexto de corresponder a la preocupación que había mostrado por mí durante mi enfermedad, le preguntaba sobre sus pesadillas y su melancolía; en realidad estaba intentando apretarle las clavijas. Si la teoría del cura era correcta y el *Upir* hacía aflorar la maldad oculta en la ciudad, entonces tenerme cerca más a menudo debería tener el mismo efecto sobre Hebbert que el que había tenido la presencia de Harrington. Ahora que ya me había recuperado, habían solicitado mis servicios en los depósitos de cadáveres de la policía en varias ocasiones para hacerle la autopsia a hombres y mujeres que habían muerto en peleas aparentemente irracionales, y ahora tenía la completa seguridad de que esos incidentes eran causados en parte por el caos que emanaba de la cosa aferrada a mi espalda. No obstante, me distancié del sentimiento de culpabilidad; yo no podía ser responsable pues también era una víctima, igual que los que inconscientemente portaban el virus del tifus pero sin sufrir la enfermedad: no se les podía culpar de que se produjera un brote de tifus si el virus llegaba a un campo de batalla.

Mis tareas de seguimiento a Charles me proporcionaron equilibrio emocional. No podía hacer nada acerca del efecto que tenía el *Upir* sobre la ciudad a no ser que la abandonara, pero eso significaba abandonar a Juliana, y eso no hubiera podido soportarlo. Pero si podía desenmascarar a Hebbert como asesino y prevenir más muertes, entonces al menos estaría haciendo algo bueno desde este purgatorio en el que me encontraba.

Empecé a seguirle siempre que mis obligaciones me lo permitían y, justo como pensaba Kane, había estado yendo a su club con frecuencia y saliendo de él tarde y bastante perjudicado por la bebida. Una noche, le vi salir del club y coger un carruaje a Whitechapel. Le seguí a poca distancia mientras él zigzagueaba con andares de borracho por las calles más ruidosas, aunque sin propósito aparente. Esto ocurrió una y otra vez y, aunque me aseguraba de mantener las distancias al seguirle por aquellas calles llenas de vicio, empecé a darme cuenta de que si me hubiera encontrado frente a frente con él, probablemente no me hubiera reconocido. Aparte de su borrachera, había algo confuso en su actitud durante estos cada vez más frecuentes y tardíos paseos nocturnos. Se paraba en una esquina y miraba a su alrededor como si no supiera qué hacía ahí, luego elegía una nueva dirección y empezaba a andar otra vez hasta que por fin tomaba alguna decisión inconsciente de buscar un carruaje que le llevara de vuelta a casa.

Las noches se fueron haciendo cada vez más gélidas a lo largo de esas pocas semanas, conforme el invierno se aferraba a Londres. El hedor a carbón quemado llenaba el aire y el humo

volvía a cubrir Londres de una lúgubre neblina tóxica en la que los edificios asomaban de ninguna parte a tu paso y las pisadas eran todo lo que sabías de los fantasmagóricos transeúntes que pasaban por tu lado y de los que captabas solo un fugaz atisbo. Se convirtió en una ciudad de aislamiento, y cuando se apagaban los últimos destellos de luz diurna, las callejuelas del East End, lejos de la luz y el ruido de Commercial Road, eran el vivo retrato de lo peor de Londres, y me daba la impresión de que el Támesis fluía como el Estigia, oscuro y mortífero, a través del corazón del infierno.

A cada visita a Whitechapel, Charles Hebbert se demoraba un poco más y sus pies se desviaban hacia las ruinosas tabernas y los atestados portales desde los que mujeres empapadas en ginebra, muy lejos de la flor de su juventud, lanzaban miradas lascivas a los hombres que pasaban por delante y susurraban con voz insinuante los placeres que ofrecían. Con mucho optimismo, podían pensar que su actitud era coqueta y atractiva, pero a mí sus palabras me sonaban más bien a desesperación cansada. Cada vez que Hebbert se paraba y miraba en su dirección se me aceleraba el corazón y olvidaba el frío que me atenazaba los pulmones. Pero siempre acababa por dar media vuelta y marcharse, y en esos momentos, a pesar de la muerte de Elizabeth Camp, sentía una abrumadora simpatía por mi amigo y colega. ¿Estaba luchando contra un deseo, como hacía yo cada vez que cortaba en pedazos a otro desgraciado perro muerto? ¿Se le hacía un poco la boca agua? Él no tenía sótano en el que guardar los horrores que le consumían; y yo no tenía muy claro si era consciente de ellos siquiera. Al menos yo sabía que estaba luchando contra mi demonio, luchando para conservar mi humanidad.

Para entonces estaba empezando a dudar otra vez de mis sospechas sobre Hebbert, incluso con la evidencia del asesinato de Elizabeth Camp (después de todo, seguro que muchos médicos utilizaban el mismo juego de mazas de mortero, ¿o no?), y en verdad, me estaba cansando de mis vigiliias nocturnas. Aquella noche, Hebbert no había ido al club ni salido de casa, y yo estaba dispuesto a abandonar las heladoras sombras desde las que había estado vigilando e irme a casa. No me encontraba muy bien, pues me había abstenido de matar más perros durante los últimos días, con la esperanza de que cuanto más hambriento estuviera el parásito, más sentiría Hebbert sus efectos y más necesidad tendría de salir. Entonces sería capaz de capturarlo, antes de que cometiera algún crimen terrible, pero después de haber visto lo suficiente como para convencerme de una vez por todas de su culpabilidad.

Me ardía ligeramente la piel con un principio de fiebre, sentía los pulmones llenos de líquido y había desarrollado una tos incontrolable. Necesitaba meterme en mi propia cama calentita. Estaba a punto de dar media vuelta cuando se abrió la puerta principal y emergió Hebbert envuelto en un abrigo oscuro. Aunque la mayor parte de su rostro quedaba oculto por la chistera, cuando pasó bajo la farola capté un fugaz vistazo de su expresión y pude ver claramente que algo había cambiado.

En sus salidas anteriores había parecido casi confundido; ahora estaba bien centrado. Sus ojos miraban al frente con un brillo oscuro y se movía con una determinación que daba miedo.

Se me aceleró el corazón y se me pasó de golpe el cansancio. Después de dejarle adelantarse un poco, adopté el mismo ritmo que él y le seguí mientras se dirigía a la calle principal para hacerle señas a un carruaje.

No fue a su club sino que hizo que el cochero le dejara en Whitechapel Road. Empezó a caminar por la calle; en los cruces, giraba en una dirección u otra hasta que llegó al laberinto de estrechas callejuelas de los bajos fondos. La luz y el ruido que salían de los bares en la mayoría de las esquinas solo aumentaba la amenazadora oscuridad que los rodeaba. Me quedé detrás de Hebbert, haciendo todo lo posible por que no oyera el sonido de mis pisadas, pues tenía que ir

cerca de él para no perderle de vista entre la apesposa neblina que se incrustaba entre los edificios y cubría incluso los adoquines bajo mis pies.

Después de diez minutos o así entró en un bar cuya música y risas estridentes llegaban hasta la acera, junto con varios de sus clientes. Esperé unos instantes, vigilándole por la ventana hasta que le vi pedir una copa e instalarse al fondo de la sala; entonces entré. Hacía calor ahí dentro, un calor húmedo causado tanto por los cuerpos que atestaban el lugar como por el fuego que rugía incandescente, pero mantuve el cuello de mi abrigo barato levantado y el viejo bombín ajado que había comprado, bien calado hasta las cejas. Encorvé los hombros, cambié mi forma de andar y me abrí paso hasta el extremo opuesto del desvencijado bar, a bastante distancia de donde estaba Hebbert. El encargado me trajo un vaso pequeño de cerveza y, después de pagarle, me recosté contra la pared y observé.

No tendría que haberme molestado por que Hebbert pudiera verme. Toda su atención estaba centrada en los hombres y mujeres borrachos que llenaban la sala. Varias de las mujeres, sudorosas y bastante perjudicadas por la bebida, procuraban ejercer su profesión. Intentaban atraer a hombres al callejón que había afuera a cambio de unos peniques; a algunas les iba mejor que a otras. Una de las mujeres, sin embargo, era rechazada en todas las mesas con tal desprecio que me pregunté si había llegado al punto de su carrera en el que tendría que hacer servicios gratis para encontrar a un cliente que se fuera con ella.

No era joven (incluso si el tiempo hubiese sido menos cruel con ella, le habría echado unos treinta y cinco años o más), pero entre el amarillo ictericia de su piel flácida y la falta de varios dientes, podría perfectamente tener cincuenta o más. Sus intentos de maquillarse ya no eran más que churretones que le corrían por las mejillas, dándole un espeluznante aspecto de payaso mientras se tambaleaba entre los hombres que tan cruelmente se la quitaban de encima.

—Vete a casa, Annie—le gritó el barman—. ¡Estás quitándoles a los clientes las ganas de beber cerveza!

Hubo un estallido de carcajadas, y aunque la mujer le contestó algo a gritos, sus palabras se perdieron en el barullo. Se envolvió con el chal, cubrió sus pechos flácidos que habían estado amenazando con escapar de las cintas sueltas de su corpiño, y se tambaleó hacia la puerta. Hebbert la observó como un halcón. Después de un momento o dos dejó su copa y se deslizó afuera por la puerta lateral.

Sin querer llamar demasiado la atención, salí por donde había entrado y doblé rápidamente la esquina, donde esperaba ver a Hebbert no muy lejos. Se me cayó el alma a los pies cuando me encontré con un cruce. Corrí hacia él y miré a izquierda y derecha, pero con el ruido del bar tan próximo, no era capaz de distinguir el sonido de sus pisadas por mucho que aguzara el oído. Se me aceleró el corazón. *Tenía* que encontrarlos. Estaba convencido de que Hebbert tenía la intención de hacerle daño a la mujer y necesitaba pillarle in fraganti, pero a tiempo de salvarla. Qué haría después de eso no lo sabía, pero al menos esa desgraciada Annie estaba tan borracha que nadie daría importancia a su historia; y aunque alguien lo hiciera, dudaba mucho que pudiera recordar los detalles con alguna exactitud.

Respiré hondo y giré a la derecha por instinto; dejé que mis pies avanzaran a toda prisa hacia la oscuridad. La calle se estrechaba, las destartadas casuchas de ambos lados parecían inclinarse hacia delante hasta casi tocarse, y aquí y allí aparecía amenazadora de entre la niebla la oscura boca de alguna callejuela. ¿Dónde había ido la mujer? ¿Y dónde estaba Hebbert? Me detuve y miré a mi alrededor, sintiéndome perdido en un horrible laberinto, y entonces oí algo: una risita borracha, unas pocas palabras farfulladas, que provenían de algún sitio al final de una diminuta calle a mi izquierda.

Seguí el ruido, apenas capaz de ver un palmo delante de mi nariz. La niebla embotaba la oscuridad y la convertía en una entidad sólida. Ahora podía oírles ahí delante, unos pies que se arrastraban y el frufú de la ropa, y una voz bronca que sonaba tan impropia del cortés Charles Hebbert con el que había pasado tantas noches agradables. Al acelerar el paso, seguro de que debería haberme topado con ellos ya, no pude evitar preguntarme si era el parásito el que me estaba ayudando a oír mejor, si estaba de alguna manera sincronizado con sus poderes sobrenaturales ahora que estaba tan cerca de un asesino en potencia.

Ella volvió a reírse y entonces vi, a tan solo unos metros de distancia, el destello del acero en la noche y el color crema de la piel desnuda.

—¡Charles!—grité, agarrando el borde de su abrigo—. ¡Charles, no!

Pero llegué demasiado tarde. La risa de la mujer se atascó en un grito ahogado y entonces hubo un pequeño chillido que acabó antes de empezar. Mientras Charles Hebbert me miraba, desconcertado, la mujer resbaló por la pared a su espalda, con los ojos abiertos de par en par por la conmoción y una mano haciendo aspavientos hacia el corte de su cuello.

—¿Thomas?—dijo Hebbert—. ¿Qué estás haciendo aquí?—Dejó caer el cuchillo como si hubiera olvidado que lo llevaba en la mano y la intensidad de su expresión se apagó, dejando solo la cara que conocía (que creía conocer) tan bien: el Charles Hebbert abierto, amistoso, generoso.

—Coge su chal—gruñí, poniéndome en cuclillas al lado de la pobre mujer cuya cabeza cayó hacia un lado. El corte era grave y la sangre salía a borbotones por la raja, pero todavía estaba viva. Dudaba que pudiera salvarla, pero aun así tenía que intentarlo y, cuando Charles, tembloroso, me entregó la tela raída, se la envolví alrededor del cuello tan fuerte como pude sin estrangularla. La mujer murmuró y musitó mientras la levanté con cuidado.

—Cógela por el otro lado—espeté. Hebbert estaba de pie ante mí como un niño arrepentido al que han pillado robando manzanas, incómodo y avergonzado.

—Thomas, yo...

—Podemos hablar más tarde. Primero tenemos que encontrar un carruaje. La llevaremos a mi casa, pero tenemos que darnos prisa.

Los tres avanzamos a trompicones, la mujer aún farfullaba mientras iba sucumbiendo a la inconsciencia, y yo podía imaginarme su sangre empapando mi chaqueta oscura, invisible en la noche. Hebbert se adelantó y paró un coche de caballos en el que metimos a la mujer a empujones, sentándola entre ambos. Obligué a Hebbert a participar en una conversación jovial y lasciva, por mucho que la sola idea me repugnara, de forma que no pareciéramos más que un par de caballeros que se llevaban a una desafortunada borracha para pasar una noche de depravado placer. Mantuve mi guante firmemente sobre la herida mientras continuaba nuestra farsa. Al otro lado de la mujer, parecía que Charles Hebbert fuese a echarse a llorar en cualquier momento, pero hizo un gran esfuerzo por seguir riéndose conmigo. Me picaba la piel y pensé en ojos rojos y una viscosa lengua negra que se enroscaba alrededor de mi cuello para intentar alcanzar la sangre de aquella mujer moribunda. Reprimí un ataque de tos, respirando apenas por la nariz, mientras no dejaba de suplicarle mentalmente al caballo que trotara más deprisa antes de que nuestra farsa se hiciera añicos y los asientos del carruaje quedasen cubiertos de sangre.

Le pedimos al cochero que parara cerca de mi casa pero no justo a la puerta, y mientras Hebbert le distraía con el pago y un par de comentarios triviales, yo fingí estar flirteando con el peso muerto de la mujer que apenas podía sostener derecho.

—No le daría nada más de beber—le dijo el cochero a Hebbert—, no si quieren sacarle partido a su dinero.—Se echó a reír ante su propia ocurrencia y Hebbert se rio con él. El sonido de su risa me hizo estremecerme. La risa jovial que había conocido desde hace años era ahora la

risa de un desconocido.

Continuamos nuestro simulacro de jolgorio hasta que la puerta principal se hubo cerrado a nuestras espaldas.

—La cocina—dije yo. La mujer todavía respiraba, pero tenía la piel de un blanco cadavérico—. Luego ve arriba y tráeme mi maletín de médico.—Charles se quedó ahí mirándome un momento, aún aturdido—. ¡Ve!

—Thomas...—comenzó, pero entonces lo pensó mejor y salió corriendo hacia las escaleras. Me alegré. Teníamos mucho de que hablar, pero tendría que esperar.

Levanté a la mujer y la tumbé sobre la mesa. Luego, me quité el sudoroso abrigo empapado en sangre y lo tiré al suelo antes de, con extremo cuidado, desenroscar el chal carmesí y retirarlo de la herida. La pegajosa tela sucia estaba adherida a la piel suelta del cuello en los bordes del corte; cuando al fin conseguí despegarla, pude ver claramente los daños. Había sabido de antemano que tenía pocas opciones de sobrevivir, pero al ver aquello dudé mucho que quedara nada que pudiéramos hacer para salvarla. Aunque la arteria carótida no estaba afectada, el corte medía unos siete centímetros de ancho y hondo. Su ropa estaba empapada por la sangre que había perdido.

Sonó un borboteo. La mujer estaba intentando hablar, así que me incliné sobre ella.

—Soy médico—le dije, retirándole un mechón de pelo de la cara—. Voy a cuidar de ti.

Tardó un momento en enfocarme y entonces se le abrieron un poco más los ojos y su mirada se desvió hacia mi hombro. Noté unas garras retorciéndose a mi espalda y me di la vuelta, intentando instintivamente quitarme aquello de encima. Pero no pude. No era tan fácil quitarse de encima el peso de esa cosa que se aferraba a mí.

Sobre la mesa, la mujer trató de chillar con su último hálito de vida, pero un gorjeo húmedo fue todo lo que consiguió. A mí me había invadido la maldad, y los tentáculos de algo espeso, mojado y apestoso subieron reptando por mi cuello y se enroscaron alrededor de mi cabeza confundiendo mis pensamientos y obligándome a mirar a la mujer otra vez.

Sus ojos brillaban aterrorizados y, mientras respiraba su última bocanada de aire, vi reflejado en ellos al *Upir*, que se arrastraba hacia arriba por mis hombros, con su terrible boca abierta y hambrienta, sus ojos dos diminutos puntos de un rojo desalmado. El aire apeataba a río y a todas las cosas que se habían podrido alguna vez en él.

—Thomas.

Di un salto y me giré. Por un momento no supe quién era yo ni quién era aquel regordete hombre de aspecto torpe que tenía frente a mí. Me ofrecía mi maletín de médico.

—Tengo tu maletín—me dijo, y de repente, el peso se movió y el hedor desapareció del aire. Me eché a temblar y se me puso la cara roja mientras resollaba, desesperado por recuperar la compostura. A lo largo de esos pocos minutos, el *Upir* (no podía considerarlo una simple infección, no en ese momento) y yo habíamos sido uno, y había sentido su hambre y su malvado placer y las épocas de todos los años durante los que había existido. Yo estaba viendo a través de mis ojos y de los de Harrington y de los de todos los que habían pasado por sus garras antes de nosotros. Era abrumador y aterrador y atractivo a la vez.

Luché contra mis ganas de vomitar. Tenía las manos frías, húmedas y pegajosas.

—¿Thomas?—dijo Hebbert otra vez. Parecía como si me tuviera miedo y eso casi me hace soltar una carcajada. ¿En qué nos habíamos convertido? ¿En qué *íbamos* a convertirnos?

—Es demasiado tarde.—Saqué una silla y me dejé caer en ella, exhausto. Hice un gesto con la cabeza hacia otra—. Hay una botella de vino en ese armario. Cógela y siéntate.

Hizo lo que le dije, como un sirviente obediente. En una situación normal, ese

comportamiento me hubiera resultado inquietante, el cambio de la violencia a semejante pasividad, pero esto no era ninguna situación normal. Los dos estábamos atrapados por algo más allá de nuestro obvio control.

—Thomas...—Le temblaban las manos; el vino amenazaba con derramarse por el borde de la copa—. Desearía poder explicarme. No sé lo que me ha pasado; lo que me pasaba antes. Había esperado... no, había *rezado* para que no fueran más que sueños... pesadillas.

—¿Fuiste tú, no es así?—le pregunté. No había necesidad de especificar, de pronunciar el nombre. Él sabía a quién me refería.

Brotaron lágrimas de sus ojos y rodaron por sus mejillas llenas de manchas.

—Supongo que debí serlo; pero no lo puedo explicar, de verdad que no.—Me miró a los ojos, desesperado por encontrar comprensión. No dije nada. Di un sorbo de vino y dejé que mi pulso volviera a la normalidad mientras mi mente se liberaba de la imagen de la cosa que había visto en los ojos de la mujer muerta. No tuve que hacerle ninguna pregunta, ya que Charles había empezado a hablar y yo sabía, por experiencia, que cuando un hombre empieza a desnudar su alma rara vez para hasta que se libra de todas sus preocupaciones.

—Cuando era joven, muy joven, a veces... tenía pensamientos. Deseos.—Sus forzadas palabras estaban cargadas de vergüenza—. Unos que nunca hubiera seguido, Thomas, te lo prometo: me *repugnaban*. Pero eran violentos y llenos de rabia. Era un ansia, esa es en verdad la única forma en que puedo describirlo: una terrible ansia de hacer daño... no, no solo de hacer daño, sino de aterrorizar a mujeres. De tener poder sobre ellas. Sabía que nunca me dejaría arrastrar por esas ansias, no estaba dispuesto a hacerlo. No estaba dispuesto a convertirme en ese hombre. Conocí a Mary y nos casamos y juro por todo lo que considero bueno y sagrado que nunca levanté ni un solo dedo contra ella, ni contra Juliana. Las quería mucho a las dos; Juliana lo es todo en el mundo para mí, tú lo sabes. Esa otra parte de mí, bueno, la encerré tan profundo en mi interior que casi había olvidado que existía. Y entonces, de alguna manera, durante aquel terrible verano, la caja se abrió.

Se inclinó sobre la mesa, su voz súbitamente urgente.

—No era yo mismo. No había intención alguna en mis acciones, debes creerme. Incluso mientras... los acontecimientos estaban teniendo lugar, era como si estuviera en un sueño, en una pesadilla. Había lagunas en mi memoria que no podía alcanzar, o que no me dejaba a mí mismo alcanzar. Me convencí de que las cosas que veía eran simplemente eso, pesadillas, e intenté ahogarlas en alcohol. Pero todo el tiempo estaba aterrorizado de que había algo más en ellas.—Encogió los hombros en un gesto de impotencia—. Y entonces Harrington murió y yo estaba tan preocupado por Juliana y por su embarazo que las pesadillas simplemente desaparecieron y volví a ser yo mismo otra vez. Tú no puedes comprender el alivio que sentí. Hasta estos dos últimos meses o así en que han vuelto.

Hizo una pausa para beber.

—Quizás deba tirarme al Támesis y acabar con todo, Thomas. No puedo cargarle a Juliana con la vergüenza de un juicio. Ya ha sufrido bastante. Ella no podría soportar...

—No se lo voy a decir a Henry—dije, interrumpiéndole—. Encontraremos otra manera.

Se quedó mirándome como si estuviera loco.

—Pero... yo no...

—¿Por qué mataste a Elizabeth Camp?—le corté—. Sé que fuiste tú, Charles. La maza de mortero que la mató es la misma que falta en el juego que tienes en el estudio. ¿Sabía algo? ¿Te reconoció?

Charles temblaba visiblemente.

—No—dijo con voz suave—, no me conocía. Pero cuando la vi un día en el tren de camino a casa de Juliana, la reconocí. Era como si me hubiesen tirado a un lago de agua helada. Observé dónde se apeaba y la seguí. La observé cuando volvía. Una vez que supe que esa era probablemente una visita regular a su familia, supe cuándo podría atacarla. Solo tenía que esperar a que estuviera sola en un vagón. Y un día lo estaba. Y entonces lo hice.—Se le nublaron los ojos al recordar su crimen.

—¿La conocías de aquellos tiempos en Whitechapel?—Evité utilizar la palabra «asesinatos». La mente de Charles estaba a punto de hacerse añicos y, con el desgraciado cuerpo de la mesa delante de nosotros, no hacía falta decir más.

—Sí.—Apenas fue capaz de susurrar la palabra.

—¿Y creíste que podría implicarte, después de todos estos años?

—No.—Sacudió la cabeza y más lágrimas brotaron de sus ojos—. No, no fue por eso.

—Entonces, ¿por qué? ¿Qué te pudo hacer atacarla de semejante manera?

Me miró durante un buen rato, dos hombres locos atrapados por un mundo de demencia. Al final, suspiró, con un ruido terriblemente vacío, como si dejara salir los últimos retazos de su alma maldita a la oscuridad.

—Me hacía recordar.—Me miró a los ojos—. No podía soportar recordar.—Ninguno de los dos dijimos nada. El reloj marcaba el paso de los minutos de la noche.

—¿Qué voy a hacer, Thomas?—dijo Charles después de un rato.

Yo ya sabía la respuesta. No podía quedarse en esta ciudad, no mientras el *Upir* estuviera aquí. No estaba dispuesto a tener más muertes sobre mi conciencia, ni quería tener que enfrentarme a diario con mi complicidad en su evasión de la justicia.

—Debes irte, Charles. Vete al extranjero. A Australia o a América. A algún sitio lejos de aquí.—Estaba cansado y me pesaba el corazón. Nos habían maldecido a todos de alguna manera y puede que esta vez yo tuviera parte de culpa. Mi curiosidad me había llevado hasta Kosminski y eso había supuesto no solo mi caída sino la de Charles también, y esta noche le había costado la vida a una mujer inocente—. Pasa las Navidades con tu familia, pero después debes irte. Te sentirás mejor fuera de Londres, te lo prometo.

—¿Dejar a Juliana? ¿Y al pequeño James?

No dije nada más, pues le quedaban pocas fuerzas para resistirse. No podía odiarle. Había sido mi amigo durante muchos años y no había nadie que pudiera aborrecer a Charles Hebbert más de lo que debía aborrecerse él mismo.

—Lo haré—dijo—. Comenzaré los preparativos mañana.—Sus ojos se posaron en el cadáver que había estado evitando con tanto cuidado—. ¿Qué haremos con...?

—Yo me encargaré de ella. Y ahora deberías irte a casa. Duerme esta noche y después empieza a planificar tu viaje. Y debes intentar mantener una apariencia de normalidad. Dí que quieres irte porque estás agotado, o porque deseas viajar ahora que Juliana está bien instalada, antes de que seas demasiado viejo para hacerlo.

—Gracias, Thomas—dijo él.

No quería su agradecimiento. No quería tenerle a la vista, ni a esta mujer muerta que tenía delante.

Se lavó las manos y la cara y luego, con los hombros aún encorvados, por fin se marchó.

Y yo hice lo único que podía hacer. Primero bebí algo de láudano para calmarme los nervios y después cogí a la mujer y la arrastré hasta el sótano. El peso rascaba impaciente sobre mi espalda y una vez más sentí el frío enroscarse alrededor de mi cabeza y me invadió un hambre terrible.

Que Dios me ayude, me rendí a él. Estaba demasiado cansado para hacer otra cosa.

Por la mañana, cuando volví a bajar al sótano para empaquetar los restos diseccionados, procuré no pensar en las partes de la mujer que faltaban; los trozos que tenía el vago recuerdo de haber cortado con una alegría demente y haber embutido, sangrientos y grasosos, en mi boca ansiosa. Mantuve la habitación en virtual oscuridad mientras envolvía cada trozo en papel y arpillera, haciendo un descanso de vez en cuando y llorando abiertamente por lo que había hecho, por lo que alguna parte de mí había *disfrutado* haciendo. En cualquier caso, no alimentaría al río con este cadáver; el *Upir* no tendría eso. Esperaría a la noche y la enterraría al fondo del jardín, en un trozo de parcela sin utilizar, oculto a la vista por las ramas de un árbol. Si encontraban su cuerpo y nos llamaban a Hebbert o a mí para examinarla, temía que me volvería loco de verdad.

A pesar de mi profundo horror, no pude negar que estaba lleno de energía cuando volví arriba y mi casa estuvo limpia de sangre. Me sentí revitalizado y me puse de repente de un humor estupendo que estaba totalmente reñido con los acontecimientos de la noche anterior. Me odié por ello, pues era consciente de lo que significaba: no había matado a la mujer con mis propias manos, pero había permitido al *Upir* alimentarse de ella. Había dado un paso hacia convertirme en el monstruo en el que había jurado no convertirme; un paso más hacia dejar que el parásito entrara en mi interior y, que Dios me ayude, disfrutarlo.

Esa noche, cuando mi trabajo en el jardín hubo terminado y me dolían todos los músculos de mi viejo cuerpo, encontré un coche de caballos y recorrí cansinamente el camino hasta Bluegate Fields y el respiro del opio. Necesitaba olvidar. Necesitaba encontrarme a mí mismo otra vez: el Dr. Thomas Bond, médico forense de la policía y respetado miembro de la sociedad. No dejaría ganar al *Upir*. No lo haría.

Edward Kane había vuelto de buen humor, con ganas de ver no solo a Juliana y a James sino también al resto de amigos que había hecho en Londres, incluido su antiguo rival, Thomas Bond. Sin embargo, pensó mientras bebía brandy y observaba la habitación, parecía como si el mundo que había dejado atrás para irse a Nueva York se hubiera descompuesto un poco durante su ausencia. Y eso quedaba más claro que nunca aquel día de Navidad, solo una semana después de su regreso.

Juliana aún tenía que decirle al Dr. Bond que ya no estaba interesada en su proposición de matrimonio, pero a Kane no le importaba; entendía que sería mejor hacerlo cuando él estuviera también en la ciudad en vez de dar la impresión de haber huido a Norteamérica y haber dejado que ella le rompiera el corazón al hombre sola. Ahora que había ganado la partida se sentía un poco mal por ello. Bond no parecía el mismo, aunque declaró que estaba perfectamente bien. Había algo distante en su actitud, y durante la cena, mientras todos fingían estar muy alegres, Kane se preguntó si a lo mejor Charles Hebbert y Bond, viejos amigos como eran, se habían alejado el uno del otro por algún motivo. Se mostraban tan educados como siempre, pero no se miraban nunca a los ojos y no quedaba ni un ápice de la fácil camaradería que solía haber entre los dos como resultado de muchos años de amistad. Se hablaban utilizando a Walter Andrews de intermediario, en vez de directamente, y luego, cuando la conversación cambiaba de tema, el uno o el otro volvía su atención hacia Juliana o hacia James en lugar de hablar entre sí.

El pequeño James también parecía desanimado. Había estado nervioso por ver a su «tío» americano, pero fruncía su pequeño ceño cuando le dejaban solo e incluso la gran cantidad de juguetes que le habían regalado (parecía que Thomas Bond estaba decidido a conquistar el corazón de Juliana mostrándose más cariñoso y generoso con el niño) solo le levantaba el ánimo durante una hora o así; luego, volvía a jugar con un trozo de cuerda y ataba nudos alrededor de uno de sus soldaditos de juguete. Juliana hacía todo lo posible por aparentar felicidad, aunque Edward sabía que no estaba contenta con los repentinos planes de viaje de su padre, y parecía que solo él y Andrews habían disfrutado del día con la alegría propia de esas fiestas. Ahora hacía esfuerzos por mantenerla en la opresiva atmósfera que colgaba sobre la casa brillantemente decorada.

—Supongo que echarás de menos a Charles cuando se vaya, Thomas—dijo Edward, reclinándose en la silla y dejando que la gran comilona se asentase en su estómago—. Habéis vivido muchas aventuras juntos.

—Sí que le echaré de menos—concedió Bond, dando un sorbo de su brandy—, pero un hombre debe seguir a su corazón y hay mucho mundo más allá de Londres. Conforme avanzan los años todos tenemos sueños incumplidos que perseguir.—Miró a Hebbert—. ¿Cuándo parte tu barco? Debe de ser pronto, ¿no?

—En dos semanas, Thomas.—Charles Hebbert sonrió, pero no era la expresión abierta y

jovial que Edward había llegado a conocer—. Y entonces me habré ido.

—Si es un sueño incumplido, nunca nos lo comentaste ni a Madre ni a mí—dijo Juliana—. A mí me suena más a locura de viejo.—Había bebido más vino del que solía y sus palabras tenían un punto de mordacidad, una mordacidad causada por el dolor, pero mordacidad en cualquier caso.

—Oh, tu padre ha comentado muchas veces a lo largo de los años que deseaba viajar. Al menos a mí—intervino Bond, dándole unas palmaditas en la mano—. Deberías estar contenta de que quiera empezar de nuevo. Después de todo, tú tienes el negocio y nos tienes a James y a mí.—Desvió los ojos hacia Edward y en ellos había algo más que una pizca de desconfianza, pero lo ocultó con una sonrisa amable—. Nosotros siempre estaremos aquí para ti. ¿No es así, James?—Despeinó cariñosamente el pelo del niño y el chiquillo asintió.

—Puedes ir a jugar, James—dijo Juliana suavemente—. Y luego cantaremos unos villancicos.

—Nuestro nuevo mundo es ahora más pequeño, querida—dijo Hebbert—. Podré mandarte telegramas y cartas, y puede que todos podáis venir a verme cuando esté instalado. No es una idea imposible. Me he cansado de Londres y me temo que está empezando a ser perjudicial para mi salud.

Juliana sonrió, nunca le había gustado discutir, pero le temblaba un poco el labio y Kane pudo ver que estaba intentando reprimir las lágrimas.

Walter Andrews parecía incómodo y Kane se inclinó hacia él.

—Creo que fumar un cigarro al aire fresco me vendrá bien para la digestión. ¿Qué dice? ¿Viene conmigo?

—Desde luego que sí.—Su alivio fue casi palpable y siguió a Kane al jardín, donde se quedaron de pie en el frío gélido de la oscura tarde. El resplandor de sus cerillas y la luz que escapaba de la casa hacían resaltar la escarcha que cubría la hierba y no se había derretido desde por la mañana. Kane echó un vistazo por encima del hombro para mirar por la ventana. Todo tenía un aspecto mucho más festivo desde fuera que lo que realmente era ahí adentro. Se preguntó si Juliana le dejaría quedarse a dormir esa noche (así ella podría aplacar su apasionada ira sobre su cuerpo), o si insistiría en que volviera a su hotel bajo el pretexto de seguir fingiendo respetabilidad.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?—dijo Andrews una vez que encendió la pipa.

—Por supuesto.

—No puedo evitar notar el afecto que hay entre Juliana y usted. También puedo ver que ambos están intentando esconderlo, o quizás resistirse a él. No le preguntaré cuál. Pero me preguntaba si tiene intención de casarse con ella.

—Tiene una vista muy aguda, Walter—dijo Kane—. No me sorprende que le vaya tan bien como detective.

—Sí, debo admitir que tengo buen ojo para los detalles menores.—Exhaló una nubecilla de humo fragante—. Igual que Thomas Bond. De hecho, si soy sincero, diría que el suyo es mejor que el mío. Si yo me he dado cuenta de las miraditas que intercambiaban ustedes dos, entonces supongo que él también.

—Sé que Thomas la quiere—dijo Edward—. Ha sido muy bueno con ella y con James.—¿Acaso estaba Andrews intentando apartarle de ella? Dio una larga calada a su cigarrillo—. Y yo le tengo un gran respeto. Es un buen hombre. Pero sí, espero casarme con ella. Creo que me quiere.

—Yo también lo creo—dijo Andrews—. ¿Se lo dirá a Thomas pronto? Es un buen amigo y la ha amado durante mucho tiempo. Me temo que yo le he animado a hacerlo en el pasado y,

pensándolo bien, igual no era tan buena idea.

—Teníamos pensado decírselo después de que Charles se fuera y se acostumbrase un poco a su ausencia. Si pudiera no mencionárselo antes, se lo agradecería. Seguro que ahora tendrá usted peor opinión de mí, pero...

Andrews agitó una mano en el aire.

—Thomas es mi amigo, pero nos estamos haciendo mayores y Juliana y usted aún son jóvenes. Su compañía la ha devuelto a la vida, cualquier tonto puede ver eso, con ojos de detective o no. Y se quieren. Solo puedo estar contento de eso. Pero es triste que su felicidad vaya a hacerle daño a Thomas.

—Espero que Juliana no pierda su amistad. Sí que le quiere, ya lo sabe.

—No es de ese tipo de hombres; Juliana no debe preocuparse de eso. Pero solo le pido una cosa.

—Dígame.

—Avísame cuando vayan a contárselo. Con Charles fuera, creo que necesitaré de mi amistad en esos momentos. Perder el amor cuando eres joven y tienes años por delante para encontrar otro es una cosa. Pero cuando nos hacemos mayores, esas cosas son como agua que se escapa entre los dedos.

—Lo haré. Lo prometo.—El corazón de Kane latió aliviado y le dio una palmada a Andrews en el hombro—. Gracias por su comprensión.

Se volvieron hacia la casa.

—Supongo que deberíamos volver a entrar—dijo Andrews con poco entusiasmo—. Aunque me alegraré cuando se acabe esta extraña Navidad.

—Puede que los villancicos y los juegos de mesa nos devuelvan la alegría—dijo Edward con una sonrisa.

—Puede que sí—concedió Andrews, pero quedaba claro que ninguno de ellos estaba muy convencido.

WOOLWICH HERALD
18 DE AGOSTO DE 1899

Matrimonio joven adoptaría bebé sano. Prima muy pequeña.
Escribir primero a la Sra. M. Hewetson al número 4 de Bradmore Lane, Hammersmith.

LEAVESDEN. ENERO DE 1898
AARON KOSMINSKI

EVALUACIÓN

El estado del paciente sigue mejorando, a pesar de que ha vuelto a tener pesadillas similares a las que se describen en el informe entregado por Colney Hatch. Aún recela del contacto físico y sigue reacio a lavarse él solo o a que le laven otros. Sin embargo, sí ha dejado de intentar autolesionarse y obedece a instrucciones simples. Todavía rechaza la actividad social con otros pacientes y repite con frecuencia que no quiere que se permita al Dr. Thomas Bond visitarle otra vez. Cuando se le pregunta sobre este particular aumenta su agitación y su angustia. Es mi recomendación que, en interés del paciente, se denieguen más visitas de personas distintas a la familia más cercana hasta que haya hecho mayores progresos.

—Tres crímenes graves en los trenes de Londres en tres días—dijo Henry Moore—. Un maldito idiota intentó volarse en mil pedazos ayer. Quemó los vagones. Y a una mujer. Te lo digo, Thomas, cuanto más llenos van los trenes mejores fuerzas del orden necesitan. Al menos la muerte de este pobre bastardo no ha sido más que un accidente. Pero, ¿emborracharse y luego ir a tumbarse sobre la vía del tren? Bueno, puedo pensar en formas mejores de acabar mis días si es que quisiera hacerlo.

—Afortunadamente, dudo que seas de esa clase de hombres—dijo Bond. Sus ojos saltaban de acá para allá en busca de un carruaje, lo cual era inusual, pues normalmente se quedaban charlando un rato cuando se encontraban por razones de trabajo.

La investigación no había durado mucho y el Dr. Bond había dado su opinión con su habitual profesionalidad, pero ahora que estaban fuera y otra vez en las bulliciosas calles, Henry Moore pudo constatar que el hombre estaba distraído. Más que eso, parecía visiblemente disgustado.

—¿Va todo bien, Thomas?—preguntó Moore.

—Sí—murmuró Bond. Estaba pálido, pero tenía los pómulos cubiertos de manchas violáceas. Al principio, Moore pensó que eran simplemente efecto del frío, pero ahora que estaban más cerca el uno del otro, le parecieron casi febriles—. Solo tengo un leve resfriado.

Moore le miró con atención. Ya era malo que hubiesen perdido los servicios de Charles Hebbert, pero si Bond se pusiera enfermo y no se pudiera contar con él, sería un golpe duro para todas las divisiones. Por un momento, le pesó el alma. Ninguno de ellos se iba a hacer más joven e incluso él empezaba a sentir la necesidad de hacer algo distinto. Quizás trasladarse a la policía ferroviaria no fuera tan mala idea. Puede que le diera energías renovadas.

—Y he recibido una mala noticia personal esta mañana—espetó Bond en un inusual chorro de palabras—. Estaré perfectamente una vez que llegue a casa.

—¿Te puedo ayudar en algo?—Por lo que Moore sabía, Bond no tenía un círculo social demasiado amplio.

—No, me temo que no.—Se paró y esbozó una sonrisa—. Pero no es un asunto de vida o muerte y estoy seguro de que pronto todo irá bien otra vez. Ha sido una sorpresa.—Suspiró—. Nadie es más tonto que un viejo tonto.

—Y tú no eres ningún tonto—dijo Moore. De repente, tuvo clara cuál era la causa del disgusto de Bond: una mujer, sin duda. Quizás la hija de Hebbert, de quien siempre había parecido estar enamorado. La mayoría de las locuras de los hombres las provocaban las mujeres, y seguro que lo mismo ocurría a la inversa. Las morgues y las comisarías estaban llenas de hombres y mujeres que habían sucumbido a su destino por un amor truncado. Aun así, le sorprendió. Nunca había considerado al doctor un hombre romántico, y si alguna vez lo había sido, había supuesto que aquellos días quedaban ya muy lejanos. Pero puede que fu era verdad que todos los hombres buscan una compañera con la que luchar contra la soledad. Sorbió fuerte con la nariz pues

moqueaba a causa del frío. Malditos doctores y maldita la tristeza que parecía infectarlos.

—Deberíamos vernos más a menudo—dijo Moore—. A veces echo de menos tener compañeros de cena inteligentes.—Sonrió y le dio una palmada a Bond en el hombro—. Ya conoces a algunos de los hombres con los que trabajo.

—Sí, sí que deberíamos—contestó Bond, mientras un coche de caballos paraba frente a él—. Cuando esté mejor, tenemos que hacerlo.

Moore se quedó mirando hasta que el carruaje hubo desaparecido y se alegró de sentir desaparecer con él las oleadas de pensamientos sensibleros que tan reñidas estaban con su personalidad pragmática. Sin embargo, empezó a darle vueltas a algo más práctico. Puede que hubiera llegado el momento de buscar a otro forense al que llamar en primera instancia. En su mente, Thomas Bond era de lejos el mejor, pero ya no era joven y quizás respirar menos muerte a su alrededor le ayudaría en su actual declive. Hablaría con Andrews. Quizás él podría vigilarle un poco.

Sentí un gran alivio al llegar a casa y cerrar la puerta principal tras de mí. Apenas había sido capaz de concentrarme durante la investigación, pues las palabras de Juliana aún resonaban con fuerza en mi cabeza y no había estado de humor para charlar sobre temas triviales con Henry Moore.

—*Tengo que decirte algo, Thomas; pero antes de hacerlo, por favor recuerda que sí me importas, mucho. Pero no puedo casarme contigo. Estoy enamorada de Edward.*

Me importas. Esas palabras habían sido como una daga clavada en el corazón. En ellas había compasión, compasión por el viejo que había deseado y soñado cuidar de ella, hacerla feliz. Había pensado que una vez que Charles se hubiera marchado, ella habría estado más dispuesta a darle un empujoncito a nuestro matrimonio, pero en lugar de eso, durante todo ese tiempo se había estado enamorando de otro hombre y sintiendo compasión de mí por seguir aferrado a mis esperanzas.

Aunque era temprano, me fui directo al estudio y bebí sendas copas de láudano y de brandy mientras deseaba con toda mi alma que desapareciera el horrible dolor que sentía en el estómago. Me temblaba todo el cuerpo con el recuerdo, que se negaba a salir de mi mente. Juliana había llegado pronto por la mañana, mientras me preparaba para salir hacia la comisaría. Me alegré mucho de verla. Los primeros indicios de una nueva fiebre me habían golpeado por la noche, llenándome de desesperanza, y su bondad y belleza eran un raro tónico: me daban la fuerza necesaria para mantener el control de la pesadilla en la que estaba viviendo. *Ella* me daba esa fuerza.

Supe de inmediato que algo iba mal. Juliana no era capaz de mirarme a los ojos y caminaba arriba y abajo por el vestíbulo con el bolso entre las manos. Intenté preguntarle que si todo iba bien con James, pero me hizo callar y dijo que tenía algo que contarme y que necesitaba decirlo inmediatamente. Y entonces lo hizo. Para ser sincero, no recuerdo lo que le contesté. Musité algo sobre la investigación y dije que me tenía que ir y, mientras la acompañaba a la puerta, sus ojos estaban tan cargados de preocupación por mí que eso empeoró mucho las cosas. Cada vez que cerraba los ojos, podía ver su expresión, y me daba náuseas. Que te rechacen es una cosa, pero ¿que se compadezcan de ti? No lo podía soportar. Por un instante deseé haberme marchado yo de Londres en vez de Charles Hebbert, pero incluso inmerso en el dolor por su pérdida, la idea de no volverla a ver nunca más era demasiado para mí. En Londres aún la tenía cerca, y la conocía lo suficiente como para saber que querría seguir contando con mi amistad. También sabía que, como el viejo tonto que soy, yo se la daría.

Encendí la chimenea, me serví otra copa y me quedé ahí de pie mirando por la ventana. El mundo estaba envuelto en una neblina gris tan húmeda que podía ver gotas de agua adheridas a las hojas de los árboles en el exterior. Pensé en la pobre mujer enterrada en pedazos detrás de esas ramas lloronas y sentí el calor antinatural correr por mis venas. ¿Acaso tenía el *Upir* más efecto

sobre mí cuando mis emociones estaban desatadas? Desde luego me encontraba peor físicamente que cuando me había levantado.

Todo era culpa de Edward Kane. Si él no hubiera venido a Londres, estaba seguro de que Juliana y yo ya estaríamos casados y viviendo felices juntos, aquí o en su casa de Barnes. Sin Kane, no me habría acordado tanto de James Harrington y de todo lo que hice durante esos años; e incluso cuando Moore encontró la carta del cura para mí, puede que no hubiese ido a ver a Kosminski. Hebbert todavía estaría aquí y yo no sabría nada acerca de sus crímenes. Me moría por recuperar mi ignorancia y volver a la inocencia.

Sentía una ira furiosa hacia el apuesto americano y, con los ojos aún fijos en el trozo de terreno contaminado al fondo del jardín, me invadió un súbito y agresivo deseo de destruirle, de asesinarle y cortarle en pedacitos tan pequeños que incluso si los dejara en un montón a la puerta de la casa de Henry Moore, nadie sería capaz jamás de reconstruir su cuerpo e identificar a la víctima.

Me estremecí y me odié profundamente, y me acabé el brandy, disfrutando del calorillo que me invadió de inmediato el estómago y la cabeza. Sabía que gran parte de la violencia de mis pensamientos provenía del parásito adosado a mi espalda, pero no estaba dispuesto a permitirle ni siquiera esos momentos. El *Upir* no quería que matara a Edward Kane para saciar su hambre (esa cosa solo quería mujeres, las creadoras de vida, para su sustento), pero disfrutaría de ello, de mi perdición. Quería hundirme, podía sentirlo. En mis sueños, cuando no me había desmayado por el láudano o la bebida, forcejeaba con él, igual que lo había hecho el cura cuando se lo arrancó a Harrington de la espada. Sus ojos rojos, tan llenos de antiguos horrores, siempre brillaban con regocijo. No eran solo sueños y yo lo sabía. Estaba inmerso en una batalla por mi propia alma.

Volví a pensar en Edward Kane y esta vez solo me sentí viejo y cansado. Mi amargura por su éxito con la mujer a la que yo amaba era tan grande porque, en cierta medida, me lo esperaba pero había elegido no verlo. Era obvio que Juliana le preferiría a él y no a mí: tenía la edad adecuada para ella, era rico y encantador, y por encima de todo, no tenía ningún vínculo con las tragedias de su pasado. Edward Kane era un buen hombre. Matarle por celos tendría dos efectos: me convertiría en un monstruo y destruiría la felicidad de Juliana. Y yo no quería que ocurriera ninguna de las dos cosas.

Me picaban los ojos, así que bajé a la cocina y me preparé un pequeño almuerzo que no tenía ningunas ganas de comer. Pero si pretendía mantener la fiebre a raya, no podía estar débil. Cuando terminé, paseé por la casa inquieto; los retortijones que mi mal de amores provocaba en mi estómago no me dejaban instalarme a leer un libro. Me detuve al ver mi reflejo en el espejo de la entrada. Estaba envejeciendo a pasos agigantados. El bigote, aunque aún poblado, se me estaba poniendo blanco y la piel empezaba a colgar flácida alrededor del cuello. Giré los hombros para acá y para allá, pero no pude ver ni señal del demonio a mi espalda, y esa misma invisibilidad junto con la certeza de que estaba ahí me dio un escalofrío. Tenía ganas de llorar. Estaba solo con mi locura y ya ni siquiera tenía la esperanza de tener a Juliana a mi lado cuando me jubilara para levantarme el ánimo. A menos que encontrara una manera de que el *Upir* me abandonara, esta iba a ser mi vida durante los años que me quedaban: un matrimonio maldito hasta que la muerte nos separara.

Me reí abiertamente ante semejante idea, y el ruido que resonó por mi casa vacía me desconcertó. Necesitaba sumergirme en el olvido. Necesitaba dejar que mi mente se separara unas horas del horror adherido a mi cuerpo. Necesitaba ir a Bluegate Fields. No me importó que aún no fuera de noche. Aquellos antros estaban abiertos a todas horas y, aunque en el pasado mi adicción al opio para lidiar con las noches de insomnio había sido mi más vergonzoso secreto, ahora ya no

sufría por ello.

Ni siquiera me tomé la molestia de cambiarme de ropa; en vez de eso, simplemente cogí el sombrero y el abrigo y me marché. ¿Qué importaba si alguien me veía? ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que perdiera el respeto de algunos de mis coetáneos? En algunos aspectos lo deseaba.

Obviamente no me encontré a nadie conocido ni de camino al East End ni mientras recorría las callejuelas en busca de un establecimiento adecuado para unas pocas horas de olvido. No se giró ninguna cabeza cuando me instalé en un rincón del apestoso local y esperé a que el anciano oriental me trajera la pipa y una esperanza de paz. En esos antros éramos todos iguales e incluso los que en otro lugar podrían matarte por mirarlos mal eran compañía inofensiva aquí, en el ambiente sombrío de las atestadas salas. Cada hombre estaba perdido en su propio ensimismamiento, los marineros de paso, los hindúes y las almas perdidas como yo. Chi-Chi correteó hasta mí con sus zapatillas de suela blanda. No hizo apenas ni un ruido al moverse, y no me miró a los ojos mientras preparaba la cazoleta de la pipa. Recordaba al hombre de hacía unos años, me había vendido aquel extraño opio para poder ver al *Upir* según las indicaciones del cura. Me pregunté si estos hombres de tierras tan lejanas podrían ver más de lo que veíamos nosotros. Un día quizás hiciera acopio de valor y volviera a tomar esa droga para echarle un vistazo completo a lo que estaba aferrado a mí, pero temía que eso me volvería loco de verdad. Ya tenía bastante con sentir constantemente su peso y captar atisbos de su resbaladiza oscuridad por el rabillo del ojo. Las palabras de Juliana me habían hundido la moral y todo lo que quería era zambullirme en un brumoso olvido. No pensaría en ella ni en el *Upir* sino en tiempos más felices ya pasados. Soñaría con las alegrías de mi juventud y con mi primer amor. Me quité el sombrero y aspiré con avidez el humo dulce y embriagador; después me tumbé en el delgado colchón y dejé que aquel techo manchado y desconchado se convirtiese en la puerta a cosas mejores.

Pasaron varias horas antes de que saliera del tugurio; la ciudad ya estaba inmersa en la noche, si no en el sueño. Aunque los efectos inmediatos y debilitadores de la droga se habían atenuado, sentía la cabeza espesa y me movía por las calles como si la niebla tóxica fuera en verdad un océano que debía vadear, y las luces y los sonidos a mi alrededor fueran extrañas criaturas que vivían en sus profundidades. Me tambaleé hacia las calles principales en busca de un carruaje que me llevara de vuelta al santuario de mi casa, lejos de la vida demasiado intensa que me rodeaba. Mantuve la cabeza gacha y de vez en cuando apoyaba una mano en la húmeda pared de ladrillo para no perder el equilibrio. Ya no sentía la euforia de mis sueños opiáceos; ahora eran tan solo vagos retazos de memoria. Pero al menos no sentía nada; Juliana y el *Upir* eran simplemente problemas abstractos a los que tendría que enfrentarme al día siguiente.

—¿Está bien, señor?—La mujer salió de entre las tinieblas, con una maraña de pelo despeinado y unos andares tan inestables como los míos—. Un caballero como usted no debería estar aquí solo por la noche. No a menos que esté buscando algo de compañía... ¿La busca?

Me lanzó una mirada lasciva; mi visión alterada hizo que su boca se ensanchara de forma antinatural. Cada apestoso centímetro de su ser pareció consumirme cuando introdujo sus brazos en mi sobretodo abierto y los envolvió alrededor de mi cuerpo.

—Yo le daría calorcito. Lo haría. No le costaría mucho tampoco, no a un caballero como usted.—Su aliento olía a rancio y mis sentidos estaban demasiado a flor de piel como para soportarlo. Horrorizado por su abrazo, la aparté de un empujón, mientras intentaba recuperar la respiración y me chocaba contra la pared, que fue la que impidió que me cayera al suelo mugriento, desesperado como estaba de mantener a aquella monstruosidad alejada de mí. Su pelo

pelirrojo estaba seco y los rizos apelmazados que le llegaban hasta los hombros estaban entreverados con mechaz grises. Tenía la piel pálida y llena de manchas a causa del frío. En algún sitio muy hondo en mi interior sentí que me empezaba a subir la fiebre.

—No te acerques a mí.—Escupí las palabras y ella se apartó, casi riéndose.

—Vale, vale. ¿Qué pasa con usted?

Dio media vuelta y empezó a alejarse. Mientras recuperaba la respiración apoyado contra la pared, me di cuenta de que ya no parecía tan borracha como hacía un momento. Instintivamente, aunque mis manos parecían casi no pertenecer a mi cuerpo, comprobé mis bolsillos. Me había desaparecido el reloj.

La miré fijamente, lleno de una repentina indignación. Me había tomado por un tonto. Puede que hubiera sido un tonto con Juliana, pero no estaba dispuesto a ser un tonto con esa criatura. Era mi reloj y lo iba a recuperar.

—¡Espera!—le grité. Farfullé las palabras y mi voz no sonó como la mía—. Espera.

Dejó de andar y se dio la vuelta.

Bajo la sábana almidonada y la manta áspera, Aaron se retorció en su sueño. Se le abrió la boca en un grito ahogado, pero nadie le prestó atención. A lo largo de toda la gran habitación bordeada de camas a ambos lados, otros se retorcían y murmuraban, liberando sus demonios mientras dormían; o pasaban la noche insomnes, mirando al techo, perdidos en sus propios mundos. Desde que se había trasladado al dormitorio común, Aaron había empezado a encontrar reconfortante la presencia de los demás, aunque no interactuaba con ellos ni se acercaba tanto como para que le pudieran tocar. Había vigilado con atención a los que recibían visitas, esperando que el monstruo volviera a buscarle otra vez (el Dr. Bond lo intentaría, de eso estaba seguro). Y aunque lloraba cuando pensaba en el buen doctor y en su propia debilidad, sentía un alivio inmenso ahora que se había liberado del monstruo. No podía volver a acogerlo. No aceptaría volver a acogerlo.

Por fin se quedó dormido, y llegaron las visiones. El *Upir* no estaba en Leavesden, eso le quedó claro, porque el horror se apoderó de él y entonces vio. Estaba en Londres, y tenía hambre. Volvió a gimotear, babeando la fina almohada, perdido en los acontecimientos que se desplegaban tras sus párpados cerrados. En algún sitio bien hondo, en la parte de su ser que era consciente y cuerda, maldijo a su abuela por su don y maldijo a su propia madre por haberle traído a este mundo.

La mujer volvió porque era avariciosa y creía que el hombre era tonto. Podía verse en el brillo de sus ojos y en la sonrisa que llenaba su cara. Él no sabía que ella tenía su reloj. Conseguiría sacarle algo de dinero por sus servicios y entonces tendría las dos cosas. No era vieja. A pesar del maquillaje barato y la piel hinchada por la bebida y el frío, aún rondaba la veintena y tenía el cuerpo firme bajo la ropa ajada. Caminó con una intención más clara, movía las caderas y miraba al viejo como si fuera una presa. Cuanto más se acercaba, más se notaba el olor a sangre; se le habían escapado las últimas gotas de su pérdida mensual, no tanto como para que un cliente lo notara, pero lo suficiente para que flotara como miel en el aire estancado.

—En la calle no—dijo él. No era consciente de que estuviera hablando, su mente todavía estaba envuelta en la niebla opiácea; pero Aaron, que observaba desde su sitio a la vez ahí y no ahí, supo que no se trataba solo del Upir. La mujer había enfadado al doctor y el Upir estaba utilizando su ira, alimentándola, para lograr sus propios fines. Se estaban volviendo uno—. Ven a mi casa y te pagaré bien.

En su cama, Aaron lloró con fuerza, con los ojos bien apretados. Sin embargo, no había forma de librarse de la visión. Esto no era como antes. Esto era inmediato, no simplemente una sensación o un terrible temor; era como si ahora el *Upir* llevara consigo una parte de Aaron y ese vínculo no fuera a romperse jamás. Aaron había sido contaminado y esa contaminación duraría por siempre.

La mujer estaba emocionada; se notaba en la velocidad a la que le latía el corazón y en el aumento de temperatura de su cuerpo. ¿Una noche en la casa de un caballero? Lo haría encantada. Le cogió del brazo y le ayudó a caminar sin tambalearse, inconsciente de la fuerza antinatural que se había apoderado del hombre. Encontraron un carruaje y el hombre le pidió al cochero que se dirigiera hacia Westminster mientras la mujer se montaba, enseñándole las piernas y riéndose de forma escandalosa. Era nacida y criada en el East End e incluso con el reloj del hombre remetido en el corpiño no tuvo miedo alguno. Quizás, si le pagaba bien, lo dejaría caer en el suelo de su habitación, para que pareciera que se le había caído a él de la ropa. Era viejo y estaba borracho, y ella dudó de que tuviera que trabajar mucho para ganarse el jornal esa noche. Si tenía suerte, se quedaría dormido y ella pasaría la noche en una cama blandita en una habitación caliente.

Acercó la boca a su oído y le susurró todas las cosas que le iba a hacer. Él no habló mucho, pero no le quitaba la vista de encima y tenía los ojos llenos de lujuria. La mujer pensó que tenía razón. Esto no duraría mucho.

En alguna parte de su sueño, Aaron intentó gritarle una advertencia a la mujer. No era buena persona, esta prostituta. Su corazón se había endurecido mucho antes de que empezara a levantarse las faldas para ganarse la vida. Había abandonado a sus propios hijos recién nacidos, a dos, sin echar siquiera la vista atrás. Se aprovechaba de los débiles, robaba todo lo que podía, incluso a su familia... pero aun así, Aaron lloró por ella, y por lo que sabía que iba a ver.

Anduvieron un poco al bajarse del carruaje, pero eso no la sorprendió. A los caballeros no les gustaba que se les viera con mujeres como ella, aunque sí que les gustaba que les tocaran. Cuando llegaron a su enorme y cálida casa, se alegró tanto y estaba tan impresionada por la altura de los techos y la riqueza del dorado de los espejos de la entrada, que ni siquiera se percató de que él cerraba la puerta con llave a su espalda.

—¿Quieres una copita de vino?—le preguntó el hombre. La bestia le aporreaba la espalda, hambrienta e hirviendo de anticipación; y a Bond, como a la bestia, se le hizo la boca agua; y lo mismo hizo la de Kosminski. La mente del doctor estaba tan negra como las profundidades de todos los lechos de los ríos de Europa, y el Upir le tenía sujeto como hacían las matas de algas al enredarse alrededor de las piernas, impidiéndole sacar la cabeza hasta ahogarse. Aaron deseó que el doctor luchara contra el monstruo, pero el opio aún le tenía aturdido; no habría ninguna batalla esa noche.

La mujer se rio, un sonido ordinario que no tenía nada de inocente. Hizo una reverencia burlona antes de seguirle hasta la cocina. Él la observó mientras bebía y luego se acercó hasta colocarse a pocos centímetros de su cara. La miró fijamente a los ojos, como si estuviera buscando algo en su reflejo. Levantó las manos hacia la cara de la mujer y le acarició las mejillas con suavidad. Quizás fuera la intensidad de su mirada, o la forma en la que se encontró encajonada contra la pared, pero Kosminski sintió cómo se ponía tensa y le cambiaba el ánimo. De pronto desconfiaba.

—Me robaste el reloj—dijo el doctor con voz suave mientras sus manos le acariciaban el cuello—. Eres mala.

La mujer se puso tensa al oír aquello, que había descubierto su robo, pero pensó que aún podía controlar la situación; había estado en otras peores y había conseguido salir airosa de ellas. Se rio un poco, negándolo, y apretó el cuerpo contra el de él. Había formas de controlar a los hombres y ella las conocía todas.

—Pero tú no sabes lo que es la maldad—musitó el doctor. Farfulló las palabras conforme

apretaba las manos alrededor de su cuello—. No tienes ni idea. Pero te quiere y yo debo darle lo que quiere.

—¿Qué está...—De repente el peligro era real y ella ya no tenía el control. Las manos enguantadas que le rodeaban el cuello apretaban cada vez más... tanta fuerza en un viejo borracho.

—¿Puedes verlo ya?—preguntó entre dientes—. ¿Puedes verlo?

Y entonces lo vio, y lo mismo hizo Aaron, y ambos chillaron aterrorizados; ella silenciosamente mientras se le escapaba el último hálito de vida; Aaron con la fuerza suficiente como para despertar a los celadores, que le sacaron de su ensueño mientras él seguía llorando y arañándose el cuello y gritando cosas sobre demonios de río.

No durmió más lo que quedaba de noche.

38
LONDRES. FEBRERO DE 1898
EDWARD KANE

Aún era de noche y faltaban horas para el amanecer invernal, pero los dos estaban despiertos. Edward prefería las noches, cuando estaban libres de las obligaciones de la vida social y los negocios y podían disfrutar el uno del otro como estaba convencido que era su destino. Harrington, Dios acogiera su alma, nunca había sido el hombre adecuado para ella. ¿Cómo podía serlo? Era una mujer demasiado poderosa para alguien tan blando. Necesitaba un hombre que fuera igual que ella, y Edward era ese hombre.

Le gustaba el tacto de su cuerpo desnudo entrelazado con el suyo después del sexo casi tanto como el sexo en sí. Era alta y elegante, pero en la cama era como un gato, llena de estiramientos y ronroneos de satisfacción que hacían que su corazón se acelerase y se contrajese al mismo tiempo. ¿Cómo había sido su vida antes de ella? A veces apenas lo recordaba. Cuando estuvo en casa y les contó a sus amigos de Nueva York que se había enamorado de una viuda inglesa, se habían reído en su cara, pues su reputación de mujeriego era bien conocida. Se había tomado sus burlas con buen humor. Les explicó que, solo porque tenía tanta experiencia con el sexo bello, sabía que esto era algo completamente diferente; de hecho, tenía la intención de casarse con ella y nunca defraudarla. Les había prometido que cuando conocieran a su Juliana, como harían un día pronto, comprenderían el cambio en su estilo de vida.

Ahora bajó la vista hacia su amada mientras ella extendía un brazo y jugueteaba con el pelo de su pecho, que todavía estaba húmedo tras su intenso encuentro. Los rizos pelirrojos de Juliana colgaban sueltos; se retiró uno de la cara y suspiró.

—¿Eres feliz?—le preguntó Edward.

—Lo soy.—Él observó cómo se le curvaba la boca para esbozar una sonrisa—. Me encuentro mucho mejor que antes.

—De nada. Dame diez minutos y volveré a hacerlo.

—No me refiero a eso.—Le dio un manotazo en el pecho medio en broma—. Aunque no niego que tienes ciertas habilidades...—Levantó la vista y le guiñó un ojo. Le brillaba la piel. En toda su gloriosa desnudez, parecía tener unos diecinueve años. Había desaparecido la mujer tensa y estirada que era cuando se conocieron, la que seguía intentando sobreponerse a su dolor y estaba a punto de resignarse a casarse con un hombre de la misma edad que su padre. Ahora volvía a ser casi una niña, brillante y animada y llena de vida, pero con toda la sensatez y la experiencia de una mujer adulta.

La partida de Charles Hebbert había sido difícil para ella, pero tenían el egoísmo del amor de su parte y, a lo largo de las últimas semanas, habían estado tan inmersos el uno en el otro que si aún hubiese estado allí, le habrían ignorado la mayor parte del tiempo; aunque sin querer. Edward se consolaba con el hecho de que Charles estaba contento de que fuera él el que se casaría con su amada hija, como había insinuado en varias ocasiones. Estaba dejando a su hija en buenas manos y puede que él también encontrara un nuevo amor en otro continente.

—Me alegro de que Thomas lo sepa—dijo Juliana ahora, cambiando el tema a uno menos bienvenido—, pero estoy preocupada por él. Apenas me dirigió la palabra, solo se apresuró a acompañarme a la puerta y despedirse de mí. Me esperaba algo más, lo confieso. No me habría sorprendido que se hubiese enfadado conmigo. Casi me lo esperaba.—Sus ojos oscuros se ensombrecieron de preocupación—. Me temo que no me porté bien con él al no sincerarme antes. Pero no estaba siendo sincera conmigo misma, tampoco. Ha sido tan buen amigo para mí y durante tanto tiempo...

—Pero, ¿te arrepientes de algo?

—No—admitió—. Me siento triste por él, pero no puedo negar que siento como si me hubiera quitado un peso de encima.

Edward la cogió por los brazos y tiró de ella hacia arriba de modo que su largo pelo quedó colgando alrededor de la cara de ambos, como una cortina que los separaba del mundo exterior.

—No puedo esperar a que te conviertas en mi mujer—dijo Edward—. Y te prometo ahora que nunca haré nada para hacerte daño, ni a ti ni a James. Os protegeré de todo. Y te amaré hasta el día en que me muera.

Juliana volvió a sonreír y le besó, tocándole la lengua con la suya cuando sus labios se encontraron. Aunque prácticamente acababan de terminar, Edward sintió que una oleada de placer recorría su cuerpo otra vez.

—Lo sé—dijo ella—, porque yo siento lo mismo por ti.—Rodó a un lado y se tumbó sobre el costado, apoyando la cabeza en una mano—. Y esa es la razón por la que tenía que romperle el corazón al pobre Thomas. Quizá si nunca te hubiera conocido, si nunca hubiera sabido que podía sentir mucho más, entonces podría haber sido una buena mujer para él. Pero ahora no. Incluso si hubiera cumplido con mi palabra y me hubiese casado con él, Thomas habría acabado por odiarme, y yo a él. Y eso no podría soportarlo.

—Hiciste lo correcto. Hiciste lo único que podías hacer. Él no tenía ningún derecho sobre ti y no tienes por qué sentirte culpable. No puedes controlar tu corazón.—Adoraba su bondad y su preocupación por los demás. Nueva York estaba llena de gente que decía quererse pero que se preocupaba solo por su propia ganancia. Era una ciudad emocionante y le encantaba, pero era egoísta y hambrienta, incapaz de combinar la ambición y la decencia. La ciudad veneraba a su padre, el hombre más frío y más implacable que había conocido jamás. Le veneraba incluso después de su muerte. Juliana estaba a años luz de esa mentalidad. Quería llevarla a casa, claro que quería, y el negocio no le permitiría seguir fuera eternamente, pero aún tenía que abordar el tema de dónde se instalarían al final. En principio, una vez que se casaran, esa decisión le correspondía tomarla a él, pero nunca podría obligar a Juliana a hacer algo que la hiciera infeliz. No se sentía menos hombre por eso; Juliana era su igual y solo un tonto pensaría de otra manera.

—¿Estará bien?—preguntó ella.

Vuelta a Thomas Bond. Edward deseaba que se olvidara del viejo ahora que le había dicho que ya no era suya.

—El Dr. Bond es un buen hombre—contestó, y era verdad. Después de todo, si no hubiera sido por sus cuidados y atenciones durante el embarazo de Juliana y después del asesinato de James, no sabía hasta qué punto habría quedado ella afectada. Podría haber muerto incluso—. Pero no es estúpido. Supongo que entendió por qué te estabas tomando tu tiempo mejor que tú misma—dijo con firmeza—. Seguro que en lo más profundo de su corazón sabe que esto es mejor para ti. Dale tiempo. Él te quiere y siempre será tu amigo. Solo tendremos que asegurarnos de que sepa que siempre es bienvenido en nuestra casa, eso es todo.

—Espero que tengas razón. Por el bien de James también.—Había levantado ligeramente el

hombro derecho hacia la oreja, una costumbre entrañable que él había notado que hacía sin darse cuenta cuando le daba muchas vueltas a algo—. Yo te tengo a ti, y James te empieza a querer, eso puedo verlo. Tú sacas al niño que tiene dentro. Pero Thomas ha estado ahí toda su vida y James le necesita, especialmente ahora que Padre se ha marchado.

Hablar de James disipó la creciente lujuria que había empezado a sentir Edward. Desde que había vuelto de Nueva York había notado que el niño no era el mismo. Incluso en Navidad, cuando su abuelo todavía estaba ahí, se había mostrado callado e insensible. Había momentos en los que estaba alegre, claro, pero se había encerrado en sí mismo mucho más, y su lisa frente se fruncía pensativa demasiado a menudo para un niño de su edad.

—¿Qué tal le van las clases a James?—preguntó. Su interés era genuino, pero quería distraerla de sus preocupaciones por Bond. El cambio en la luz exterior le indicó que pronto tendría que irse silenciosamente al cuarto de invitados si querían dormir un poco, y deberían hacerlo si pretendían funcionar medio decentemente al día siguiente; pero no quería que el expretendiente de Juliana fuera la última cosa sobre la que hablaran antes de separarse. Era natural que estuviera preocupada, se lo había dicho esa misma mañana, pero el Dr. Bond era un hombre hecho y derecho. Podría soportar la noticia. Ya habían pasado demasiado tiempo preocupándose por él.

La distracción funcionó. Juliana resplandeció de orgullo al decir:

—El Sr. Chard Williams esté muy contento con sus progresos. Dice que es muy listo. Pronto debería estar listo para ir al colegio.

—Bien—dijo Edward y se inclinó para besarla de nuevo—. Seguro que saca toda su inteligencia de su madre.

No le comentó nada sobre el extraño comportamiento de James. En lugar de eso, estiró los brazos hacia su cuerpo caliente y tiró de él hasta que estuvo sobre el suyo. Ya se habían preocupado bastante por hoy y la noche terminaría pronto. Quería disfrutar de ella mientras durara.

Sobre el agua reinaba la oscuridad, rota solo ocasionalmente por un rayo de luz de luna que iluminaba la negra superficie cuando se abrían por un momento las nubes en lo alto. Al ser esta nuestra segunda salida nocturna, no hubo una conversación real más allá del murmullo ocasional y el gruñido rítmico de los hombres del río al llevarnos remando hasta la zona en que el agua era más profunda. Eso me convenía. Había poco que deseara discutir con esos hombres aparte de lo estrictamente necesario y ellos, a su vez, parecían preferir la ignorancia siempre y cuando les pagara bien.

—Casi hemos acabado.—A mi lado, George sorbió con la nariz mientras tiraba el último paquete por encima de la borda; no paraba de moquear, sin duda a causa del frío y del terrible hedor a putrefacción y a desperdicios humanos que todavía emanaba del río, incluso en estos tiempos modernos.

En la oscuridad, no conseguía descifrar la hora en mi reloj de bolsillo, pero sabía que eran más de las tres de la mañana. Me acurruqué en mi bufanda y abrigo baratos y disfruté del splash cuando el último trozo de la mujer se deslizó hacia las oscuras profundidades, donde con un poco de suerte las piedras envueltas en el paquete la anclarían al fondo, impidiendo así que la corriente la arrastrara hasta la orilla.

—Llévanos de vuelta, Jimmy—gruñó George, y el otro hombre hizo virar el bote. Londres se alzaba imponente a ambos lados de nosotros, pero incluso flotando sobre la ajetreada vía fluvial me dio la impresión de estar en un mundo aparte. Había arrastrado a George a mi locura. No es que supiese lo que había en los paquetes; puede que lo sospechara, pero no había preguntado. Le había dicho que era cirujano y esperaba que eso fuera suficiente. Había plantado las semillas (y solo podía esperar que hubieran arraigado en sus sospechas) de que yo era uno de esos tipos que pagaban por cadáveres de muertos con el fin de estudiarlos, y que ahora simplemente me estaba deshaciendo de mis materiales. Saqué un pequeño monedero de mi bolsillo (había comprado varios monederos por el estilo en una tienda lejos de los sitios que solía frecuentar) y se lo entregué.

—Es un placer hacer negocios con usted, caballero—dijo George. Podía verle el blanco de los ojos en la oscuridad y él me miraba con atención. Algo había cambiado en nuestra relación a lo largo de los últimos días. Sentí que había un respeto nuevo y más que un poco de recelo. En nuestros primeros tratos, con los desafortunados perros, él se había comportado como un villano seguro de sí mismo, pero aunque mantenía esa actitud con los rudos y bronquíticos remeros que nos adentraban resollando en el río, ya no la utilizaba conmigo. Quizá tuviera un innato sentido del peligro, quizá podía sentir la energía antinatural que me invadía cuando estábamos sobre el agua. Ni siquiera yo podía negarlo: eso era lo que nos había empujado a todos hasta ahí en primer lugar.

Me había despertado por la mañana con una terrible sensación de miedo y, cuando vi que mi reloj de bolsillo estaba sobre la mesilla, supe que lo que había esperado que fueran meros ecos de

las pesadillas que me atormentaban no iban a ser eso en absoluto. Cuando me obligué a enfrentarme a lo que fuera que me esperaba en el sótano, me encontré con un caos terrible. El *Upir* (yo) había cortado a la desafortunada mujer en pedazos, había desgarrado su suave piel y había consumido su carne. El sabor aún perduraba en mi boca.

Esa mañana bebí mucho vino y brandy, pero no conseguí emborracharme. Me invadía un remordimiento tan abrumador por mis actos que, durante un rato, no pude pensar con claridad en absoluto. Solo después de varias horas de flagelarme por ser tan débil, por permitir que mis manos cometieran ese crimen tan horrible sobre un inocente, empecé a comprender la verdad y me tranquilicé un poco. No era ninguna inocente, la mujer que yacía ahora muerta en mi sótano: era una ladrona y sin duda algo peor. ¿Quién sabe de qué otras maldades había sido responsable en el pasado? Por lo que yo sabía, tenía la intención de asesinarme en mi cama y llevarse otras de mis pertenencias. Había sido una criminal, no un esforzado miembro de la sociedad.

Bebí más brandy mientras murmuraba entre dientes, intentando justificar mis acciones: si ella no me hubiese impuesto su presencia, si no me hubiese robado el reloj, entonces no habría corrido esta suerte. Yo no la busqué, como habían hecho Hebbert o Harrington con sus víctimas; no, ella me había forzado a esta situación. Así que todavía no era un asesino, en mi mente al menos, no realmente. No tenía ninguna duda de que esta mujer había cometido algún crimen en su pasado que era merecedor de la soga del verdugo.

Para la tarde ya había decidido que esto no era muy distinto a como había despachado a James Harrington. La sociedad era más segura sin ella. Pero había sido una lección que daba que pensar. El parásito había forzado mi mano la noche anterior y ahora tenía bien claro que los perros ya no serían suficiente para satisfacerlo (algo que había sospechado desde hacía tiempo). Ya no podía seguir negando que el hambre se había convertido en parte tan integral de mí como de él, y eso es lo que me había hecho dejar que el *Upir* tomara las riendas. Puede que no tuviera más remedio que participar en este pacto con el diablo, pero iba a tener que hacer las cosas de forma diferente de ahora en adelante. Sabía que iba a tener que matar otra vez, y otra vez, pero yo elegiría a mis víctimas. Elegiría a las que ya fueran almas condenadas, mujeres criminales y depravadas.

No mataría a inocentes. No era un monstruo.

Al principio barajé la posibilidad de enterrar a la mujer en el jardín. Era la mejor opción de lejos, pero entonces no estaría cumpliendo con mi parte en esta terrible alianza. El *Upir* necesitaba que se alimentara al río y yo lo haría encantado si eso significaba que había alguna posibilidad de que un día la criatura buscara refugio en el Támesis y me dejara vivir la vida en paz. Solo la cabeza de la mujer acabaría bajo esa tierra blanda (no podía arriesgarme a que la identificaran) y el resto iría al agua. Pero aprendería de los errores de Harrington. No sentía ninguna necesidad de mofarme de la policía dejando parte de la mujer donde podría ser fácilmente descubierto (aunque pensándolo bien, ahora que yo sufría su misma afección, me pregunté si el torso abandonado en el sótano de Scotland Yard no habría sido más un acto de Harrington que del *Upir*; puede que manifestase así su deseo inconsciente de que le atraparan). Confiaba en mis conocimientos médicos para asegurarme de que la mujer fuese irreconocible, pero no tenía ningunas ganas de que la corriente arrastrara su cuerpo hasta la orilla del río. Quería que simplemente desapareciera, para así olvidar mis nada bienvenidas *necesidades*, al menos hasta que la siguiente fiebre me golpeara y tuviera que actuar de nuevo. Mi plan necesitaría cómplices, pero conocía justo al hombre ideal al que acudir.

Y aquí estaba.

Cuando el bote por fin tocó tierra sobre los guijarros de una tranquila orilla, Jimmy (aunque

no estaba convencido de que ese fuera su nombre real) lo amarró entre otros pequeños barquitos.

Esperaba que mis articulaciones frías y mi vieja espalda me chillaran al ponerme en pie después de una hora o más en aquel frío gélido, pero en lugar de eso me levanté con facilidad y no pude negar el placer que me daba mi renovada energía, aunque sabía que debía encontrarla detestable.

—¿No necesitará más perros, entonces?—preguntó George en voz baja mientras nos dirigíamos como fantasmas huecos hacia las escaleras y las calles que nos llevarían de vuelta a nuestras vidas.

—No—contesté—. No más perros.

El tiempo mejoró para la boda y un cálido sol bañaba la pequeña iglesia de Barnes que Juliana había elegido. Tuve que admitir, por mucho que me doliera, que parecía radiante y feliz cuando pronunciaron sus votos. Ver a Edward Kane aún hacía que se me retorciere el estómago con una furia que no entendía del todo, pero no podía negar que hacían una pareja estupenda. De pie al lado de Walter Andrews, me sentí de pronto viejo y cansado. La ira que sentía hacia Kane estaba provocada en parte por el *Upir*, lo tenía muy claro, pero el agotamiento y la tristeza eran totalmente míos.

Juliana me había escrito rogándome que continuara siendo su amigo, aunque decía que lo entendería si no me veía capaz. Una vez que me hube encargado del urgente asunto que me esperaba en el sótano, me había dado cuenta de que sin Juliana, aunque fuera solo como amiga, mi vida estaba vacía de bondad real, de verdadera decencia. Aun así, no me había resultado fácil adaptarme a mi nuevo papel en su vida, también porque no podía quitarme de encima la sensación de que me había portado como un tonto, un tonto viejo, y eso era peor que si simplemente la hubiese amado y nunca me hubiese declarado.

El pequeño James me cogió de la mano y salimos detrás de la pareja con nuestros conos de papel llenos de arroz; le sonreí y aplaudí con él y con el resto de los invitados mientras se lo lanzábamos a su madre. Éramos un grupo pequeño: Walter Andrews, James Barker y su mujer, el tutor de James, William Chard Williams y su mujer, y uno o dos más a los que no conocía pero que supuse que eran conocidos del trabajo de Juliana o de Edward. James Barker había llevado a Juliana hasta el altar en ausencia de su padre. Estaba seguro de que en el fondo de su corazón habría deseado que lo hiciera yo pero había pensado que no sería apropiado pedírmelo, y eso me hacía sentir incluso más viejo. Admitir que de alguna manera siempre me había considerado como una figura paterna sustitutoria, que su muy real cariño hacia mí no era más que eso, me mataba. No volvería a amar nunca más, eso lo tenía claro, pero no me podía curar del amor que sentía por ella.

Volvimos a la casa de Barnes, donde habían preparado un desayuno informal para que pudiéramos disfrutar del sol. Observando la familiaridad con la que se trataban, me di cuenta de que Juliana y Kane probablemente habían sido marido y mujer en todos los sentidos desde hacía ya algún tiempo, y no pude evitar rechinar los dientes al mirar al rico, guapo y joven americano.

Andrews me dio una copa de champán bien frío que había cogido de una bandeja, mientras un hombre de aspecto jovial decía:

—Usted debe de ser el Dr. Bond. Es un gran placer conocerle. James le menciona con frecuencia durante nuestras clases. Deje que me presente: William Chard Williams, el tutor de James. He oído que usted va a cuidar del pequeño mientras la feliz pareja está en Francia, ¿es así?

—Sí, eso haré—contesté. La expresión franca del hombre me hizo pensar que no sabía que Juliana me había rechazado y, por primera vez en el día, me relajé un poco. Miré hacia donde el

chiquillo jugaba con una pelota y un aro en un extremo del césped y él levantó la vista hacia mí, pero no sonrió—. Aunque me temo que a mi edad puede resultar más agotador que cualquier cosa que haya hecho antes.

—Bueno, bueno—intervino Andrews—. Es un reto bastante grande para ti.—Estaba actuando con amabilidad excesiva y no pude evitar pensar que era compasión.

—El niño se porta muy bien—continuó Chard Williams—. Es un orgullo para su madre.

—¿Usted tiene hijos?—le pregunté, y el hombre negó con la cabeza.

—Me casé tarde, me temo. Pero mi mujer es joven y le gusta mucho cuidar de los bebés de otros, así que quizás algún día...—Hizo un gesto hacia una mujer alta y delgada, aún en la veintena, que hablaba con Juliana. No tenía la belleza de Juliana, pero la diferencia de edad de los Chard Williams no era muy distinta de la que había entre Juliana y yo, y de nuevo sentí que era un fracasado y deseé que ese interminable día acabase cuanto antes. Estaba cansado de ser el sensato y siempre formal Dr. Bond. También era un hombre y tenía sentimientos tan profundos como cualquier otro.

En cuanto Chard Williams nos dejó para reunirse con su mujer, el pequeño James vino hacia mí y se quedó ahí a mi lado.

—Te tiene mucho cariño, ¿no es así?—dijo Andrews, bajando la vista hacia el niño—. Creo que cuidar de él dos semanas puede ser bueno para ambos. ¿Vendrás tú aquí o te lo llevarás a Westminster?

—Traeré mis cosas mañana—dije—. James tiene sus clases y Juliana ha contratado a una niñera para que cuide de él hasta que yo vuelva a casa si tengo que trabajar hasta tarde.—James no reaccionó ante mis palabras; estaba observando a su madre hablar con sus tutores. Seguía sin poder encariñarme con el niño, pero sí sentía empatía hacia él. Había sido el mundo entero para Juliana durante tanto tiempo, ella no se separaba de él ni una hora, no digamos dos semanas; pero ahora a él, como a mí, le habían abandonado, al menos en parte. Su amor ya no era suficiente para ella. Ahora Juliana prefería bañarse en la brillante luz que proyectaba Edward Kane. El joven James y yo estábamos inextricablemente unidos al pasado, a Harrington y a toda la maldad y el dolor de aquellos tiempos. Quizás él sintiera una pérdida similar a la que yo había sufrido, aunque el amor que Juliana sentía por él nunca disminuiría hasta convertirse en simple cariño, como había ocurrido conmigo. Ella siempre le querría, pues era el constante recordatorio del buen hombre al que una vez había amado. Para mí, sin embargo, era el constante recordatorio de un monstruo al que había matado.

—Ve a jugar, James—le dije, deseando de repente que se alejara de mi lado—. Disfruta del sol mientras dure.—Hizo como le decía sin una palabra, dejándome solo con Andrews. Este parecía tan reacio a mezclarse con los demás como yo mismo, y el motivo, después de otra copa de champán y un ratito de conversación trivial sobre la jubilación, pronto estuvo claro.

—Thomas, llevo unos días intentando hablar contigo. Fui a verte dos tardes seguidas, después de que Kane me contara lo de su compromiso, pero no te encontré en casa.

Así que Edward Kane se lo había dicho a Andrews en lugar de hablar conmigo directamente. ¿Se habría infiltrado también el americano en el círculo de amigos íntimos de Andrews? ¿No me iba a quedar nada?

—Solo quería decirte... bueno, que cuánto lo siento. De verdad.

—¿Que lo sientes?—pregunté. Hasta cierto punto quería que se sintiera incómodo; después de todo, él me había animado a declararme a Juliana. Si no hubiese sido por él, mi dolor sería privado.

—Por... bueno, sé lo que sientes por ella. Esto no puede ser fácil para ti.

—Oh, vamos, vamos, Walter. Es una mujer joven y preciosa. Todo el mundo puede ver que Edward Kane es mejor partido para ella que el que yo hubiera sido jamás. Mi proposición, al menos en parte, se debió a que aún estaba delicada, propensa a enfermar, y yo estaba muy preocupado. Sin embargo, está claramente floreciendo y yo no podría estar más contento por ella. —Estaba exagerando y lo sabía, pero no podía parar—. Ahora puedo disfrutar de mi inminente jubilación sin preocuparme por las obligaciones domésticas.

—Sé que eres un verdadero caballero—empezó Andrews, mirándome con atención—, pero no es ninguna vergüenza admitir que te han hecho daño. Yo también me siento mal, pues sé que deseaba que tú pidieras su mano y ella no estaba siendo clara con sus respuestas.

Se me crispó la mano ligeramente alrededor del delicado tallo de la copa. Vaya, parecía que Kane y Andrews habían mantenido una conversación bastante íntima sobre mí. Me ardían las mejillas. ¿No me iban a dejar conservar un poco de dignidad?

—Sí me sentí herido, lo admito—concedí. Andrews tenía buen ojo y no quería que se preocupara por mí, ni que me prestara demasiada atención, no en mi actual situación—. Pero he tenido tiempo de hacerme a la idea.—Miré hacia donde estaba Kane, fuerte y apuesto. Se reía alegre, bañado por los brillantes rayos de sol, sin una sola preocupación en el mundo—. Y tú y yo, Walter, ya no somos jovencitos. Creo que quizás el amor esté más indicado para los jóvenes, ¿no crees?

Por fin sonrió, con expresión aliviada.

—Me alegro de que tú también lo veas así, Thomas. La verdad es que estoy convencido de que Kane será muy beneficioso para ella. Desde luego ha cambiado mucho desde que le conoce. ¿Tú qué crees?

—Sí—dije, esbozando una sonrisa forzada—. Sí, sí que creo que ha cambiado.—Así que incluso mi viejo amigo se sentía aliviado por que Juliana hubiera escapado de un futuro conmigo. Me bebí el champán demasiado deprisa, la efervescencia de las burbujas se me subió a la cabeza. Sabía que estaba siendo poco razonable. Por supuesto que Andrews tenía razón; de hecho, más de la que podía imaginar jamás. Yo no habría sido la mejor pareja para Juliana, incluso antes de mi terrible afección, pero ella había sido mi única esperanza de un futuro feliz. Pero me di cuenta de que había esperado que al menos Walter Andrews hubiera encontrado algo positivo en mi amor constante, aunque poco emocionante. Aparentemente no era así. Y ahora, todo lo que veía en mi futuro era una lucha sin fin contra un mal que nunca debería haber formado parte de mi vida.

—Deberíamos salir a cenar juntos pronto—dijo Andrews, relajado ahora que nuestro momento incómodo ya había pasado—. Solíamos hacerlo con regularidad, pero últimamente no ha sido así. Debemos rectificar eso.

—Lo haremos—contesté—, una vez que mis obligaciones parentales temporales hayan acabado.—En ese momento, habría estado encantado de no volver a poner los ojos en Andrews nunca más, a pesar de conocernos desde hace mucho y haber sido grandes amigos durante muchos años.

Era extraño estar a solas con James sin su madre ahí, pero en seguida instauramos una rutina tranquila y cómoda. La verdad es que no nos veíamos tanto. Yo pasaba el día en la ciudad y luego volvía a Barnes por la tarde y cenábamos juntos, casi en silencio. Le preguntaba por sus estudios y después ya era hora de que se fuera a dormir. Nuestra relación era poco natural (nunca había estado muy seguro de cómo se suponía que había que actuar con los niños) pero lo hice lo mejor posible. Cuando le preguntaba que si echaba de menos a su madre, él se limitaba a encoger los hombros y decía poco, pero no le atraía especialmente el tema. Una noche, cuando tenía que acudir muy temprano a una investigación, se quedó a dormir en casa de los Chard Williams, a los

que pagué generosamente, y aunque no protestó, le noté más callado después de eso. Me sentí culpable de haber estado tan contento de pasar una noche en mi propia casa sin compañía alguna. El niño, después de todo, había perdido a su padre y ahora su adorada madre se había vuelto a casar; el mundo le debía parecer un lugar muy distinto. Muchos niños de su edad eran más independientes, pero no era culpa suya que él no fuera así. Su madre le había tenido pegado a sus faldas. Me prometí que intentaría interactuar más con él y después de eso procuré jugar con él a juegos de su elección, en lugar de simplemente hablar en tono seco de los acontecimientos del día. Seguía haciendo bueno así que empezamos a pasar más tiempo en el jardín y me alegré de comprobar que el aire fresco me subía los ánimos a mí tanto como a él. No había vuelto a tener fiebre y casi podía imaginar que mi vida era normal otra vez, especialmente lejos de mi sótano y de la realidad de los crímenes que había cometido en él.

Sus gritos me despertaron al principio de la segunda semana. Me senté en la cama, con el corazón a mil por hora, mirando frenéticamente a mi alrededor, desorientado por aquella habitación a la que no estaba acostumbrado. Empujé las sábanas hacia atrás y corrí por el pasillo vestido solo con mi camisa de dormir e irrumpí en la habitación de James.

—¿Qué? ¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

Miré a mi alrededor en la penumbra en busca de alguna señal de un intruso, pero no había nada, solo el chiquillo sentado bien recto en su cama, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente a algún retazo de la pesadilla que retrocedía en su mente. Me senté en la cama a su lado y a la luz del amanecer pude ver que tenía la cara empapada de un sudor que oscurecía la línea de nacimiento de su pelo rubio. Por un instante me hizo pensar en la sangre.

—No ha sido más que una pesadilla—le dije y poco a poco pudo enfocar la vista en mí—. Todo va bien, no hay nada de lo que preocuparse.—Le ayudé a tumbarse otra vez y remetí las sábanas a su alrededor—. Ahora, vete a dormir otra vez.—James no dijo ni una palabra y me pregunté si realmente se había despertado. Cerró los ojos y un momento después su respiración se hizo rítmica y regular y yo volví a mi propia cama en la que estuve tumbado, despierto, hasta el desayuno, mientras mi imaginación introducía en mi mente imágenes de Juliana y Edward Kane que no tenía ningunas ganas de ver.

Las pesadillas volvieron esa misma noche, y la siguiente, y la tercera. Para entonces yo estaba exhausto, tanto por la falta de sueño como por la expectativa de que el niño fuera a despertarme. Esta vez encendí la lámpara de su habitación y le sacudí con suavidad hasta que estuvo completamente despierto. Una vez más tenía la piel pegajosa y la camisa de dormir empapada.

—¿Qué es, James?—pregunté—. ¿Qué te molesta? ¿Qué estás soñando?—Mi propia piel había empezado a arder ligeramente durante la noche y supe que pronto sentiría los primeros síntomas de la fiebre que acompañaba a mi peculiar infección. Necesitaba todas mis fuerzas y para eso necesitaba una noche de sueño decente—. Tu madre volverá en unos días. No hay nada de lo que preocuparse.

Se quedó ahí mirándome un momento.

—Yo estaba en el río—dijo al fin—. Todo atado.

El corazón me dio un vuelco y retiré la mano de la suya. De pronto vi cada eco de su padre en su joven cara—. Ha sido solo un sueño—repetí—. Estás a salvo en tu cama, James, en tu propia casa.

—Yo... yo...—empezó a decir, con el labio temblando—. Yo vi algo.

—No seas tonto.—Se me había secado la boca. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había podido ver?—Ha sido solo un sueño.—Me puse de pie. No quería pasar más rato cerca de él, como si él

fuera el *Upir* en persona separado de mí y con forma humana.

—Pero yo...

Intenté tranquilizarme. Estaba siendo ridículo. No podía haber nada siniestro en los sueños del pequeño James; era simplemente un recuerdo que había aflorado en un sueño.

—Te caíste al río, no hace demasiado—dije—, ¿te acuerdas? ¿Cuando te caíste de la barquita de remos? Supongo esta pesadilla tiene que ver con eso.—Mi corazón estaba volviendo a latir a velocidad normal; por supuesto que tenía que ver con eso. Debía dejar de ver cosas sospechosas en todos lados. ¿Qué podía saber el joven James acerca de mis crímenes, después de todo? Nada. Puede que yo no fuera capaz de quererle como debiera, pero eso no significaba que él supiera algo sobre mi vida secreta. A pesar de todo, me eché a temblar. Eran las palabras que había utilizado: Yo vi algo. Me había hecho pensar en Kosminski y sus extrañas visiones.

El chiquillo sacudió la cabeza como para despejarse las ideas.

—Yo vi algo—repetió con voz lastimera, casi como si supiera lo mucho que me molestaba aquella frase, aunque obviamente era imposible que lo supiera.

—Vete a dormir—le dije con firmeza, apagando la luz—. Eres demasiado mayor para este tipo de miedos infantiles.—Acobardado por el tono cortante de mi voz, se hizo un ovillo bajo la manta, pero su cara era todavía una máscara de aflicción.

—Niñas muertas en el río.

Habló tan bajito que casi no oigo sus palabras, pero flotaron por la habitación y captaron mi atención. ¿*Niñas muertas*? ¿Era alguna especie de amenaza? ¿Acaso me había visto en su sueño? Le miré desde el oscuro umbral de la puerta.

—Vete a dormir—espeté, apenas capaz de respirar.

Cerré la puerta y entonces casi me derrumbo contra la pared. Me agarré a la jamba de la puerta y dejé escapar un suspiro trémulo antes de reunir las fuerzas suficientes para volver a mi cuarto. La casa me parecía claustrofóbica y deseaba con toda mi alma volver al santuario de mi propia casa, incluso con todos sus oscuros secretos.

Me miré en el espejo; mi reflejo no era más que tonalidades de azul y negro en la penumbra. Me habían salido manchas en las mejillas y tenía la piel caliente. El miedo le daba hambre al *Upir*, y si quería intentar hacer algo por salvar mi alma, no podría demorarme mucho en encontrar una villana para desempeñar ese papel.

A la noche siguiente, cuando chilló hasta despertarse, fingí no oírle. Me quedé en mi habitación y miré al techo hasta que los sollozos por fin se acallaron.

Fue un alivio cuando Juliana y Kane regresaron dos días más tarde. Irradiaban felicidad y salud y trajeron un soplo de energía y vitalidad a la casa, claramente enamorados por completo el uno del otro. Fue un gran contraste con la deprimente atmósfera que colgaba sobre la casa desde que habían comenzado las pesadillas de James, pero no parecieron darse cuenta. James corrió a los brazos de su madre, luego Kane lo subió a hombros y por primera vez en dos semanas, el niño se rio con ganas.

—¿Ha ido todo bien?—preguntó Juliana mientras me daba un casto beso en la mejilla y me agradecía efusivamente todo lo que había hecho. Sus ojos estaban llenos de amabilidad, pero también vi compasión en ellos, de eso estaba seguro. ¿Cómo podía respetarme siquiera después de la aparente facilidad con la que había aceptado su matrimonio con otro hombre?

—Sí, por supuesto—contesté—. Nos hemos llevado muy bien, ¿no es así, jovencito? Pero ahora realmente tengo que irme a casa y dejaros desempacar y volver a instalarlos.

—¡Quédate a cenar!—exclamó Kane—. No hay ninguna necesidad de que te vayas corriendo.—Sonrió de oreja a oreja, la sonrisa fácil del vencedor, y apreté los dientes mientras se la

devolvía y sacudía la cabeza—. Desgraciadamente no puedo—dije—. De verdad que tengo trabajo esperándome en casa.

—Entonces debes venir a cenar pronto—dijo Juliana—. Eres realmente el amigo más amable que tengo, Thomas. No habría confiado en nadie más para dejar a James.—Miró a su hijo—. James, ven y dale las gracias y despídete del tío Thomas. Tiene que irse a casa.

El niño se acercó obedientemente. Me puse en cuclillas y le dejé abrazarme. Me apretó fuerte, casi demasiado fuerte. ¿Había algún tipo de amenaza en su forma de apretarme? ¿Qué sabía? ¿Qué había visto?

—Adiós, James—le dije, soltándome y haciendo un gran esfuerzo por acariciar su pelo rubio—. Te veré pronto.

—Adiós, tío Thomas.—Su voz sonó suave y esbozó una medio sonrisa, como si compartiéramos un secreto. De pronto esos ojos azules ya no parecían tan inocentes, y aunque la casa estaba caliente, me dio un escalofrío. Harrington ya estaba infectado cuando concibieron a James. No era absurdo pensar que quizás una parte del *Upir* se hubiera transferido a su hijo nonato. ¿Me había estado amenazando James? ¿O es que de algún modo podía ver en sus sueños los malvados actos que me había visto obligado a cometer? ¿Comprendía siquiera lo que veía? O, (¡un pensamiento espantoso!) ¿habría otro *Upir*, una horrible procreación del que yo llevaba adosado, creciendo dentro del niño? ¿Se convertiría en un monstruo también él?

Fuera cual fuera la verdad, no podía soportar estar cerca del chiquillo. Y ahora pude realmente sentir cómo me subía la fiebre.

41
LONDRES. MAYO DE 1898
DR. BOND

Era casi medianoche cuando unos pesados golpes en la puerta principal interrumpieron mis preparativos. Ya había envuelto los paquetes y ahora estaban en la cocina, metidos en dos pequeñas maletas que había comprado especialmente para transportarlos. Aunque era ya bien entrada la noche, el calor del día aún persistía en la casa y yo sudaba por el esfuerzo de subir los paquetes desde el sótano. No estaba cansado, todavía podía sentir el inmediato vigor que me invadía después de alimentar al *Upir*, pero tenía ganas de deshacerme de los últimos pedazos (de *ella*) y tirarlos al río. Una vez que el hombre de George me hubiese llevado al centro del río por segunda noche, habría eliminado de la casa cualquier resto de esa mujer, y hasta la siguiente vez podría cerrar la puerta del sótano con candado y fingir que nunca había pasado nada.

Se me aceleró el corazón cuando volvió a sonar la aldaba de la puerta, fuerte e insistente. Me quedé parado en el vestíbulo, sin saber qué hacer. Fuera quien fuera, estaba ansioso por verme; pero tenía que irme en breve si iba a llegar a mi cita con George a la orilla del río. Pero si salía y el que estaba llamando tan insistentemente aún estuviera esperando afuera, resultaría muy sospechoso. ¿Cómo iba a poder explicar lo de las maletas? No digamos ya mi repentina necesidad de salir de casa tan tarde por la noche. No tenía elección. Tenía que dejar pasar a quien fuera que estuviese a la puerta.

—Thomas—dijo Walter Andrews mientras entraba en el vestíbulo—. Todavía estás levantado. Creí que estarías durmiendo.

—Hace poco que he vuelto de una cena.—No retrocedí mucho, así le mantenía cerca de la puerta, pues no quería animarle a quedarse mucho rato. Deseaba con toda mi alma librarme de él. De todas las personas posibles, lo último que quería era un detective jubilado en mi casa. Sabía demasiado bien lo sagaz y lo observador que era Walter Andrews, el buen ojo que tenía para las personas y los detalles—. ¿Pero qué te trae por aquí tan tarde?

—Te hemos mandado mensajes. Todos.—Estaba agitado, casi irritado, y eso a su vez me irritó a mí.

Eché un vistazo a la mesa que había al lado de la puerta y vi tres sobres en la bandeja, lo cual fue una sorpresa para mí. ¿Cuándo habían llegado? Ahora que ya no tenía a la Sra. Parks a mi servicio, yo mismo debí ponerlos ahí. Debí recogerlos del suelo al llegar a casa y colocarlos en la bandeja... pero no me acordaba.

—Lo siento—me disculpé—. He estado ocupado... ¿Qué demonios pasa?

—Es el pequeño James. Tiene una fiebre terrible. El médico local le ha visto, pero Juliana insiste en que tú le cuides.—Frunció el ceño—. Todos estamos intentando ser muy positivos, pero debo ser sincero contigo, amigo, la cosa tiene muy mala pinta.

Fiebre. Se me revolvieron las tripas. ¿Una fiebre como la mía, quizás?

—¿Le ha visto el médico esta tarde?

—Sí, y le ha dado algo para ayudarle a dormir, pero tose casi continuamente y su piel arde de

mala manera. Juliana está fuera de sí.

—Iré a primera hora de la mañana—le dije. Por el rabillo del ojo pude ver una huella roja en uno de los sobres que había elegido ignorar, bien mientras estaba bajo la influencia del parásito, o bien en medio de la horrible tarea del sótano, o en el aturdimiento posterior causado por el láudano y el brandy. Me moví un poco hacia un lado y me apoyé en la mesa, ocultándola de la vista—. No tiene sentido ir ahora: el niño estará dormido y lo mismo debería hacer Juliana. Pero estaré ahí para la hora del desayuno.

Andrews asintió y pude ver que estaba decepcionado. Pero, ¿qué esperaba exactamente que hiciera? ¿Dejarlo todo y acudir corriendo al lado de la mujer que había elegido a otro en vez de a mí? Ahora Juliana era responsabilidad de Edward Kane.

Mi amargura me sorprendió. Había creído que era mejor persona. Lo que el *Upir* me obligaba a hacer era una cosa; no consideraba que eso fuera parte de mí en absoluto. Era un buen hombre, uno que siempre había puesto la razón y la dignidad por delante de la emoción. Pero parecía que con los años me había olvidado de la capacidad del amor para retorcerse y convertirse en algo malvado en nuestro interior.

—Estoy seguro de que agradecerá que vayas a verlos cuando puedas—dijo Andrews con un deje de reproche en la voz—. Eres el único en quien confía, Thomas.

Sentí una oleada de algo cercano a la culpabilidad al oír aquello. Debería ir inmediatamente y atender al niño, pero no podía. Tenía asuntos oscuros que terminar. Había hombres esperándome y no estarían contentos si no acudía a nuestra cita.

—A primera hora—dije—. Lo prometo, el chiquillo estará bien hasta entonces, Walter. Despertarle a esta hora le haría más mal que bien.

Nos despedimos, un poco incómodos, y luego le acompañé a la salida. Bajé la intensidad de las luces para dar la impresión de que me iba directamente a la cama, por si estaba estudiando mi casa desde la calle, y luego esperé. Después de un rato, me acerqué a la ventana del estudio y escudriñé la acera. Aunque no vi señal de él, de todos modos esperé todo el tiempo posible antes de arrastrar mis pesadas maletas afuera y atravesar la noche una vez más en dirección al río, intentando pensar en cualquier cosa menos en la carnicería que contenían.

Había sido una mujer malvada, de eso no tenía ninguna duda. Había estudiado su comportamiento muchas noches. La vi robar y mentir y darle una paliza a otra desgraciada hasta que le entregó sus insignificantes pendientes. Yo no era ningún monstruo. No consideraba que la vida de una desafortunada, de alguien que había caído en la desesperación, fuera en sí un crimen; y no creía que ninguna mujer eligiera esa vida para sí misma si no fuera por pura necesidad. Y no estaba dispuesto a alimentar al *Upir* con mujeres a las que la vida hubiera forzado a semejante bajeza; no me convertiría en alguien como Harrington o Hebbert. Hacía lo que debía por proteger a los inocentes de la criatura que llevaba a la espalda y que despertaba en mí esa sed de sangre, y consideraba que las presas fáciles como las prostitutas eran tan inocentes como cualquier otra. Había jurado matar solo a criminales y me mantendría firme en mi propósito. Aun así, no me gustaba pensar en el regusto que me dejaban mis actividades, ese saborcillo metálico en la lengua que ya no me daba arcadas, ni en que de vez en cuando puede que me atiborrara la boca con las partes blandas y disfrutara de ello. Ese no era yo. Eso era la cosa. Me negaba a pensar de otra manera.

Pensé en James y en su fiebre. Pensé en su padre y en lo que había hecho. La idea de que el *Upir* podría haber dejado su semilla junto con la de Harrington en el interior de Juliana me atormentaba. Su embarazo había sido terrible y el parto casi la había matado. ¿Podría haberse debido a la monstruosidad antinatural que crecía en sus entrañas?

El río nunca había parecido tan lleno de secretos como esa noche.

Odiaba ver a Juliana así. Ninguno de los dos había dormido adecuadamente en los últimos días y cuando Juliana por fin se durmió de agotamiento, podía oírla llorar en su sueño, llamando a James. A veces el James al que llamaba era su difunto marido y a veces su hijo terriblemente enfermo. Sin duda los recuerdos del primero la atormentaban por su temor a que muriera el segundo. Edward no estaba celoso, sabía que fuera como fuera el amor que había sentido por su primer marido, no era nada en comparación con el que sentía por él; pero se sentía tan condenadamente impotente. No había nada que él pudiera hacer para aliviar el sufrimiento de Juliana. No la insultaría con tópicos, no cuando estaba tan claro que el niño estaba gravemente enfermo. Aunque le dolía verle así (le había cogido un genuino cariño al chiquillo), sabía que su preocupación no era nada comparado con lo que estaba sufriendo su mujer.

A pesar del precioso tiempo primaveral que hacía en el exterior, una especie de neblina parecía colgar sobre la casa de Barnes. Aunque nunca se había considerado un hombre supersticioso; Edward Kane no podía dejar de pensar en ella como en una visitación de la muerte, como si la Parca en persona hubiera venido pero no estuviera segura aún de si se iba a quedar. Incluso con las ventanas bien abiertas para dejar pasar la saludable brisa cálida, el aire estaba cargado con el presentimiento de la muerte.

El Dr. Bond había sido un regalo del cielo. A lo largo de la última semana apenas se había separado de la cama del niño y Edward sabía que aunque eso no reducía el terror que sentía Juliana al pensar que podía perder a su hijo, al menos ella sabía que estaba en las mejores manos posibles. Bond le había prometido que no se iría hasta que el niño estuviera bien otra vez. Edward sentía un respeto reverencial por el doctor; en su caso, no estaba seguro de que hubiese sido tan generoso de espíritu en la derrota.

—Es muy amable por su parte venir a visitarnos.—Juliana parecía tensa, pero Edward se alegró de que tuvieran visita. Era bueno para ella ver que otros se preocupaban por el niño, y los Chard Williams claramente le habían cogido cariño a James durante sus clases en su casa, pues esta no era su primera visita desde que había caído enfermo—. Estoy segura de que cuando James se recupere lo suficiente, disfrutará mucho de sus pasteles.

—Sé que le gustan—dijo Ada Chard Williams. Su cara estaba casi tan tensa de preocupación como la de Juliana—. Es lo menos que podía hacer. ¿Ha habido alguna mejoría?

—Es difícil de decir—dijo Juliana, sorbiendo su té con cuidado—, pero Bond parece convencido de que se recuperará.—Su voz sonaba hueca y Edward sabía que no estaba convencida. No podía culparla por ello. Él tampoco lo estaba.

—Esperemos que la fiebre remita pronto—dijo Edward.

—Estoy seguro de que pronto estará correteando por ahí y dándoles quebraderos de cabeza, como suelen hacer los niños—dijo Chard Williams.

—Son sus sueños lo que no puedo soportar—admitió Juliana. Alzó la vista hacia Edward,

que estaba de pie detrás de ella con una mano sobre su delgado hombro. Al menos no le había dejado al margen en su dolor; aún eran capaces de consolarse el uno al otro—. Habla de cosas tan horribles... «Niñas muertas en el río», dice una y otra vez, aunque por qué, no consigo entenderlo.

Ada Chard Williams abrió los ojos de par en par y se estremeció visiblemente.

—Los niños tienen tanta imaginación, ¿verdad? ¿Cree que podría hablar con él? Soy muy buena con los pequeñines.

—Es muy amable por su parte—dijo Juliana—, pero no podría soportar que nadie se contagiara de su enfermedad. Y además, apenas está consciente la mayor parte del tiempo.

—El Dr. Bond dice que lo más probable es que su memoria le esté jugando una mala pasada después de su caída al agua—intervino Edward—. Aquello no me lo perdonaré jamás.

—No hace más que decir que no quiere que le tiremos al río.—Juliana hablaba tanto para sí misma como para sus invitados, que daban la impresión de sentirse incómodos—. ¿Por qué creerá que yo haría algo así?

Los Chard Williams intercambiaron una mirada y Edward les dedicó una pequeña sonrisa comprensiva. Incluso Walter Andrews se sentía incómodo cuando los visitaba ahora. Edward sabía que tenía la sensación de estarse entrometiendo en el dolor ajeno, por muy buenas que fueran sus intenciones.

—Probablemente deberíamos irnos ya—dijo Ada Chard Williams—. Ya le hemos entretenido mucho rato, Sra. Kane. Debería salir a dar un paseo y tomar un poco el aire mientras James esté dormido. Debe cuidarse, lo sabe. Tendrá que estar en perfectas condiciones para cuando él se ponga bien.

Juliana sonrió agradecida.

—Sí, sí. Por supuesto, tiene razón. Quizás lo haga.

Edward sabía que no lo haría. No tenía ninguna intención de salir de casa, no mientras la vida de su hijo pendiera de un hilo.

Cuando los Chard Williams se hubieron marchado, Edward preparó café y le subió a Thomas Bond la cafetera y uno de los pasteles que había traído la mujer del tutor. El doctor estaba medio dormido en una silla al lado de la cama en la que el niño yacía, sudando y tiritando. James siempre había sido pequeño para su edad, pero en los últimos días parecía haber encogido. Tenía los brazos escuálidos y los oscuros huecos de alrededor de sus ojos amplificaban el brillo pálido y ceroso de su piel. A Edward se le volvió a caer el alma a los pies. Si el Dr. Bond estaba a un lado de la cama intentando salvar al niño, entonces la Muerte seguro que estaba al otro, intentando arrastrarle hacia abajo, a las profundidades.

—¿Cómo está?—preguntó Edward mientras Bond cogía el café y el pastel y los dejaba sobre la mesa. No tocó ni el uno ni el otro.

—No bien—dijo Bond. Estaba claramente exhausto—. Estoy intentando todo lo que sé, pero la fiebre se niega a remitir. De hecho, me temo que le está subiendo.—Se frotó la barbilla sin afeitarse, pero pareció no darse cuenta de la pelusilla de dos días que la cubría—. Tiene más dolor. No retiene ni la comida ni el agua y, claro, eso ha hecho que se deshidrate. Aún delira, pero ya no vocaliza sus sueños.

—Al menos me alegro de eso—dijo Edward—. Me temo que sus desvaríos le recuerdan a Juliana la muerte de Harrington. Son unos sueños extraños para un chiquillo, ¿no cree? No le he dicho nada a su madre, pero me preguntaba si a lo mejor su abuelo le contaba cosas sobre los casos en los que trabajaban juntos, usted y él. El caso Whitehall y otros por el estilo. O quizás oyó por casualidad a Charles hablar de alguno... Los niños siempre escuchan cuando no deberían hacerlo, después de todo.

—Sí, desde luego es posible—dijo Bond, bajando la vista al suelo—, pero si lo hizo, no fue en mi compañía.

—Espero que no crea que estaba sugiriendo...—empezó Edward, pero Bond inmediatamente empezó a sacudir la cabeza y levantó una mano para acallarle.

—Sé que no quería acusarme. Lo siento. Creo que todos estamos acusando la presión. A lo mejor deberíamos llevar a James al hospital... De verdad que no creo que pueda hacer mucho más aquí...

Edward se inclinó sobre el niño y le acarició la húmeda cabeza con ternura.

—Juliana confía en usted, Thomas, y yo también. Usted ha sido lo más parecido a un padre para él a lo largo de los años.—Se le quebró la voz por la emoción. ¿Cómo podía haber llegado James a ese estado? ¿Y cómo había caído en picado tan deprisa a lo largo de la última semana? Nada de eso parecía real, pero sí que lo era. Las sibilantes e irregulares respiraciones superficiales contaban los segundos mientras James pugnaba por aferrarse a la vida. Sus ojos se movían detrás de los párpados mientras sus pesadillas continuaban silenciosamente.

—¿Debería prepararla para lo peor?—preguntó en voz baja.

Bond tardó un buen rato en contestar. Parecía viejo y cansado, como si cargara con todas las preocupaciones del mundo sobre la espalda. Fuera cual fuera el resultado final, él y Juliana sentirían una enorme gratitud hacia este magnífico hombre.

—Intentaré una última medicina—dijo Bond con voz queda—, pero si no hay mejoría después de eso, entonces sí, creo que todos deberíamos prepararnos para lo peor.

El pequeño James murió justo antes del mediodía del día siguiente. No fue una muerte pacífica. Desde las horas justo previas al amanecer hasta que respiró su último aliento, un atroz dolor de estómago le torturó sin piedad; tenía el frágil cuerpo doblado en dos y las extremidades tan tensas que Edward no se podía creer que no se le rompieran. Sus débiles gritos eran peores que si sus chillidos hubiesen atravesado la casa como una lanza. Aunque estaba perdido en su delirio, de todas formas llamaba a su madre para que lo hiciera parar, y cada vez que ella le apretaba la mano y le decía entre lágrimas que estaba con él, el niño volvía a reclamarla, pues estaba tan confuso en su terror y dolor que no sabía que ella estaba ahí. Juliana no podía consolar a su bebé en sus últimos momentos, y la tragedia de eso, tanto para el niño como para su madre, le rompió el corazón a Edward.

Las horas parecieron interminables. Walter Andrews llegó en algún momento. Kane no podía recordar cuándo, ni quién le dejó entrar, pero se unió al grupo alrededor de la cama empapada en la que James yacía retorciéndose, y Edward observó cómo el horror que estaban todos sintiendo se instalaba en la cara del expolicía. La agonía y el sufrimiento del niño eran tan insoportables de ver que cuando el momento por fin llegó, Edward no pudo reprimir la oleada de alivio que anegó todo su ser. Estaba hecho. Todo había acabado.

Entonces Juliana llenó la casa con su dolor y su pena. Gritó su dolor, como todo animal que alguna vez hubiera perdido a sus pequeños, como toda madre que alguna vez hubiera perdido a un hijo. Estaba rota y no había nada que Edward Kane pudiera hacer excepto abrazarla fuerte.

Llovía cuando nos reunimos alrededor de la pequeña tumba; las gotas salpicaban sin cesar las hojas de los árboles por encima de nuestras cabezas. No había ni pizca de viento que moviera el aire húmedo y, en lo alto, el cielo era de un interminable gris plomizo. El cura dio sepultura a James, y Kane sujetó a Juliana, que dejó escapar un pequeño sollozo de angustia que recorrió todo el cementerio y casi hizo estremecerse a los árboles. No podía verle los ojos tras el grueso velo, pero sabía que estarían rojos e hinchados, como habían estado desde el mismo momento en que James cayó enfermo. Intenté sentir algo (debería haber una miríada de emociones bullendo en mi interior) pero no pude. No había nada más que un agradable vacío. Había bebido demasiado láudano y fumado demasiado opio a lo largo de los últimos días para intentar liberarme de los agónicos gritos del niño llamando a su madre. Pero aún los oía, una y otra vez en mi cabeza mientras estaba en la cama, tan a menudo que casi me había convencido de que su espíritu había vuelto a casa conmigo, que estaba ahí para atormentarme. Quizás lo estuviera haciendo.

—Juliana va a vender la empresa—dijo Walter Andrews en voz baja mientras la observaba coger un puñado de tierra y tirarlo sobre el féretro—. Kane me ha dicho que se van a ir a Norteamérica.

—Puede que sea lo más acertado—comenté. Busqué en el fondo de mi corazón un poco de dolor por la noticia. Había luchado tanto por conseguirla, por mantenerla en mi vida, y ahora, después de todo, la iba a perder de todas formas. Se iba a ir. Solo encontré un vacío insensible—. Ha vivido demasiadas tragedias en Londres. Kane tiene una buena vida allí, supongo. A Juliana le resultará más fácil curar sus heridas en América.

—Hebbert se va a unir a ellos allí en lugar de quedarse en Australia. Eso será un consuelo para ella.

—Así que estarán todos juntos otra vez. Eso será agradable.—Sentí una punzada de amargura al pensarlo. Puede que el efecto de las drogas por fin se estuviese disipando. Así que me iban a dejar prácticamente solo. Hebbert, a quien había salvado de la justicia, estaría con su familia, y yo, que había hecho tantos esfuerzos por protegernos a todos, me quedaría aquí solo, para enfrentarme a mi destino. Observé a Juliana mientras se sujetaba del brazo de Edward Kane y se apoyaba contra su cuerpo. No buscaba solo soporte físico. Pude comprobar que la muerte de James no había disminuido su amor por el americano; si acaso, parecía que hubiera fortalecido su vínculo. Mi estómago, ya revuelto por el láudano, se me hizo un nudo cuando se acercaron.

—Thomas—dijo Juliana—, quería darte las gracias por todo lo que has hecho. Antes... y después.

Cogí su mano y le di un apretón.

—Lo siento tanto. Ojalá le hubiera salvado.

Juliana consiguió esbozar una sonrisa lánguida.

—Nadie podría haberlo intentado con más ahínco. E hiciste que todo fuera... bueno, un poco

más fácil.

Después de la muerte del niño, me había hecho cargo de todos los trámites. Juliana lo había considerado una señal de mi amor por los dos, pero la verdad es que no me podía arriesgar a que otro médico examinara el cuerpo muerto del niño. No es que nadie sugiriera semejante cosa. Mi reputación era intachable y todos sabían que el niño había sido enfermizo. Nadie sospecharía que la causa de la muerte fuera otra cosa que la fiebre. No se pidió una segunda opinión. Todo transcurrió exactamente como yo había esperado; pero aun así, era un alivio que estuviese por fin bajo tierra.

—¿Cuándo os marcháis?—pregunté, dirigiéndole la pregunta a Edward Kane. No era capaz de mirar a Juliana y no tenía muy claro por qué ella de pronto me llenaba de inquietud. Era como si ella, de algún modo, pudiera saberlo.

—Pronto. La casa se puede recoger cuando ya nos hayamos marchado. Podemos confiar en Barker para encargarse de todo hasta que la venta se consume.

Barker estaba al otro lado de la tumba hablando con los Chard Williams. Parecíamos todos tan incómodos allí de pie, alrededor de la tumba; un grupo de personas llorando a un niño, con el ánimo por los suelos.

—¿Venís a casa con nosotros?—preguntó Kane.

—Sí, por supuesto—dijo Andrews—, pero no nos quedaremos mucho rato. Sé que este es un día muy difícil para vosotros.

Juliana había desconectado, se había sumergido en su propio mundo de dolor, y mientras Edward Kane se la llevaba, me pregunté si ella también había recurrido al láudano para amortiguar el eco de esos espantosos últimos gritos. Le hice un gesto a Andrews para que se adelantara y me tomé un momento yo solo al lado de la tumba. Dos hombres esperaban a pocos metros, debajo de un árbol para resguardarse de la lluvia. Se apoyaban en sus palas mientras charlaban, esperando a ponerse manos a la obra y sellar a James bajo tierra. Miré la primera lápida de James Harrington. Yo los había matado a los dos. La idea aún me resultaba extraña.

Le había administrado el veneno lentamente al principio, nervioso por que se descubrieran mis tejemanejes, pero el niño, ya débil, realmente estaba muy enfermo y puede que no hubiera sobrevivido de todas formas. Pero no podía correr ese riesgo. Si vivía, entonces también lo haría la parte de él que era un monstruo y no lo podía permitir. Yo era fuerte, un hombre hecho y derecho, y aun así me costaba mucho controlar a la bestia que me atormentaba. ¿En qué se habría convertido el chiquillo? Él no era como yo, su *Upir* estaba claramente en su interior, era una parte de su ser, simbiótico, no parasitario. Claro que le enviaba imágenes de lo que su padre y yo habíamos hecho. *Niñas en el río*. Me estremecí ligeramente al recordar la frase que James había repetido, una y otra vez. Pero no habían sido niñas, eso implicaba inocencia. Yo no tocaba a inocentes.

Les hice un gesto a los hombres que esperaban; se acercaron presurosos y empezaron a echar paladas sobre el féretro. Me quedé mirando cómo la tierra húmeda caía con un ruido sordo al hoyo, desperdigándose al impactar con la madera. Era un alivio. No me había gustado ver al niño sufrir y no me gustaba pensar en lo que había hecho, pero no podía haber dos de nosotros, eso era algo que nunca permitiría. Y la fiebre habría matado al niño de todos modos. Yo solo la había ayudado un poco.

El velatorio en la casa fue un trámite lúgubre. No podía llorar a James como lo hacían los demás, no con el peso de las cosas terribles que sabía, sabiendo lo que él era en realidad. Pero aun así, incluso yo sentía el vacío de su ausencia en la casa. No hacía más que imaginármelo jugando en silencio en una esquina de la habitación o rondando cerca de su madre como solía

hacer antes de adquirir seguridad en sí mismo. Antes de que Kane llegara.

Hablé de cosas triviales con Andrews, pero se me estaba pasando el efecto del láudano y me sentía viejo y fatigado. Éramos los radios de una rueda rota. Todo estaba cambiando y, aunque era Kane el que en el fondo me había traído tanta miseria, me di cuenta de que una parte de mí no estaba contenta ante la perspectiva de su partida. Los jóvenes se iban de Inglaterra y solo quedaríamos los viejos: Andrews, Moore y yo mismo. Mirar al futuro era como mirar una tumba. Puede que Moore tuviera la energía y el entusiasmo de un hombre mucho más joven, pero Andrews ya se había jubilado... ¿y a mí qué me quedaba? Pronto cumpliría sesenta años, la mujer a la que amaba, en la que confiaba para mantenerme fuerte, se iba para empezar una nueva vida. Mi único compañero constante en la vejez sería el monstruo que llevaba a la espalda.

Me hubiera quitado la vida si hubiera creído que la bestia lo permitiría.

Pasé el día solo en casa. Walter Andrews se había ido la semana entera a casa de unos primos en Cornualles, y había estado con Henry Moore la víspera de Nochebuena. Me había invitado a cenar, por pura compasión, estaba seguro, y la compasión hace muy poco por alentar un gran apetito y el buen humor. Dije que estaba exhausto y me fui en cuanto nos tomamos el primer brandy.

No me había ido directamente a casa, sino que deambulé por las calles de Londres hasta que me encontré a la puerta de los muelles que una vez habían pertenecido a James Harrington, luego a Juliana y ahora a alguien totalmente diferente, como si la familia de Harrington no hubiese existido nunca. Todo lo que Harrington había hecho en ese pequeño almacén, la pelea que Kosminski, el cura y yo habíamos tenido allí... nada de eso importaba ya. El pasado se borraba con extrema facilidad, eliminado a base de estropajo de los edificios que nos sobrevivirían a todos. Las personas iban y venían, quizás hubiera un eco de ellas por aquí, una huella de ellas por allá, pero en un año o así, esos también habrían desaparecido. Ojalá fuera tan fácil borrar a las personas de la memoria de uno.

La despedida de Juliana había sido algo así como una decepción. Aunque aún la amaba, amaba a la Juliana del pasado, cuando yo era una persona diferente. Cara a cara, viéndola llorar mientras me decía adiós, me había resultado casi imposible soportar mirarla. Aunque sabía que había hecho lo correcto al acelerar la muerte de James, todavía le daba vueltas en la cabeza; de vez en cuando me preguntaba si debería haber esperado un poco más, en aras de la ciencia, y haber visto así cómo se desarrollaba la criatura. Por la noche seguía oyendo los ecos de sus gritos de agonía y me rompían el corazón de una manera que no podía comprender. Todo eso hizo que me resultara imposible mirar a los hundidos ojos de Juliana, su dolor era un recordatorio constante de que yo le había quitado a su marido y a su hijo. Si alguna vez lo descubriera, no lo entendería. Yo sería el monstruo, no el salvador que sabía que era en realidad. Y eso no lo podría soportar.

Después de que Juliana y Edward Kane se marcharan para iniciar una nueva vida en Nueva York, me quedó poco interés en mi vida social. Andrews y yo nos habíamos visto una vez o dos, y Moore también hacía esfuerzos por conseguir que nos reuniéramos los tres, pero estaba claro que las cosas ya no eran iguales y que nunca lo serían.

Me di cuenta de que eso no me molestaba tanto como era de esperar. En muchos aspectos era casi un alivio. Empezaba a encontrar que la compañía de otras personas era una tarea dura. Tenía demasiadas cosas privadas de las que ocuparme.

El caos de mi sótano era clara evidencia de ello.

**EXTRACTO DE UN CARTA DE EDWARD KANE
A WALTER ANDREWS, FECHADA EN ABRIL DE 1889**

Le alegrará saber que nos hemos adaptado bien a la vida en Nueva York. Creo que el cambio le está haciendo mucho bien a Juliana. Aún llora a su hijo, obviamente; ambos lo hacemos. Hay un espacio vacío a nuestro lado donde James debería estar, pero a lo largo de la última semana más o menos ha empezado a ser capaz de hablar de él sin llorar y le recordamos con cariño. Espero (aunque no se lo he dicho a ella, claro está) que pronto tengamos un hijo propio y que eso alivie en parte su dolor.

Sentí mucho leer sobre sus preocupaciones acerca de Thomas Bond. Fue muy amable conmigo, especialmente dados sus propios sentimientos hacia Juliana, y espero que salga pronto de ese aislamiento autoimpuesto que describe. Sé que el dolor de espalda puede ser una cosa terrible, pero creo que ha cambiado bastante desde que le conozco. Dejando aparte su enfermedad y su lesión, siento que se ha estado encerrando en sí mismo ya desde hace tiempo. Había pensado que era simplemente por mi presencia y por mi matrimonio con Juliana, pero ahora que estoy de vuelta en casa veo las cosas con otros ojos.

No puedo evitar preguntarme (y esto podría no ser más que una paranoia por mi parte; me siento muy culpable con respecto al bienestar de Bond) si quizá tuve algo que ver en que su relación con Charles Hebbert empeorara. Charles nos visita a menudo aquí en Nueva York y está generalmente de bastante buen humor, pero cambia cuando le mencionamos a Bond. Es como si se apagara. Dado lo bien que Bond cuidó de Juliana en los años posteriores a la muerte de James Harrington, encuentro que la reacción de Charles cuando se le menciona a su amigo es extraña, y me molesta pensar que a lo mejor ocurrió algo entre ellos después de que yo le pidiera ayuda a Bond. Evidentemente, lo más probable es que esté equivocado y no tenga nada que ver conmigo, pero la duda aún me incomoda.

Verá, cuando llegué por primera vez a Inglaterra, estaba preocupado por mi viejo amigo James Harrington. Uno de los motivos de mi primera visita era encontrarle y calmar mis miedos. Me había escrito, cartas que no recibí en su momento (ya sabe cómo era mi padre de autoritario), y que contenían historias de actos malvados y asesinatos. Obviamente, en seguida me enteré de que Harrington había muerto, pero me di cuenta de que Bond estaba en una posición mucho más ventajosa que la mía para entender el contenido de las cartas. Y lo que es más importante, sabía que era un hombre honrado y en el que se podía confiar. Le entregué las cartas y le pedí su opinión. Después de examinarlas durante un tiempo, me aseguró que el contenido no era nada más que el resultado de las alucinaciones provocadas por las fiebres recurrentes de Harrington. Yo le creo, porque me dio pruebas prácticas que respaldaban sus conclusiones. Ya no tengo las cartas así que no puedo releerlas, pero empiezo a preguntarme (aunque Bond me asegurara que en general no había ninguna verdad en ellas) si habría algo que pasé por alto, algo que le afectó de alguna manera o que desvelaba algo sobre Charles Hebbert que le molestará...

**EXTRACTO DE UNA CARTA DE EDWARD KANE
A WALTER ANDREWS, FECHADA EN JUNIO DE 1889**

... en relación a su pregunta sobre las cartas que le entregué a Thomas Bond, no puedo recordar la fecha exacta, pero estoy convencido de que fue poco tiempo después de llegar a Inglaterra por primera vez y enterarme de la muerte de James Harrington, después de conocer a Juliana. Él se quedó con las cartas, pero seguro que ya las habrá destruido, pues insistía (y yo le creí) en que no había nada más que locura en ellas. Pensándolo bien, no tenía que haberlas mencionado y usted no debería pensar más en ellas.

Siento mucho saber que todavía está preocupado por él y que aún se dedica a evitar a la gente. Su espalda debe estar provocándole un gran dolor y Juliana me cuenta que es propenso al insomnio, así que me imagino que ambas cosas juntas no son una gran combinación. Juliana le ha escrito (le conté que usted estaba preocupado por su bienestar) pero aún no ha recibido contestación.

Me pregunto si él también llora todavía al pequeño James... Fue como un padre para él la mayor parte de la vida del niño y no debemos olvidar que no solo ha perdido al chiquillo, que era a todos los efectos un hijo para él, sino a Juliana también. Y a Hebbert, por supuesto; aunque su amistad parece haberse resentido, es obvio que fueron grandes amigos durante muchos, muchos años.

Es extraño cómo nos cambia la vida. Cuando eres joven no te das cuenta, pero supongo que ni nosotros ni la vida puede seguir igual para siempre. Las amistades vienen y van conforme nos vamos haciendo mayores. Y supongo que eso no es siempre malo, pero no me gusta la idea de que Thomas Bond esté solo. Es un hombre orgulloso y puedo comprender que se esconda si se siente débil, pero no estaba bien ya antes de irnos. Espero de veras que consiga que se sincere con usted.

Le ruego ignore mis preocupaciones de cartas anteriores. Sea lo que sea lo que atormenta a Thomas, no puede tener nada que ver con Hebbert. Los dos llevan ya mucho tiempo separados y no veo cómo ninguna discusión que puedan haber tenido pueda seguir afectándole ahora, cuando están viviendo en países tan lejanos.

Hablando de países lejanos, realmente debería venir a vernos a Nueva York. Sé que ya ha estado aquí por asuntos policiales, pero créame, seguro que no ha visto lo mejor de nuestra ciudad. Le juro que cambia y crece por meses, y empiezo a pensar que ni siquiera Londres puede igualar la energía y la vida que llena las calles de Nueva York. Sé que a Juliana le encantaría verle y enseñarle nuestra preciosa casa. Quizás cuando se encuentre mejor pueda convencer a Bond de que venga con usted... Diablos, todo el mundo necesita unas vacaciones de vez en cuando. Así que, ¿por qué no venir aquí y disfrutarlas entre amigos?

—No hacemos esto con la suficiente frecuencia—declaró Henry, apoyándose en el respaldo de su silla—. Nosotros, los perros viejos, deberíamos mantenernos unidos.

—Me temo que mi dolor de espalda no me convierte en la mejor de las compañías—dijo Thomas Bond, bebiendo un sorbo de brandy—. La mayoría de los días simplemente andar por mi casa ya es tortura suficiente. Además, tampoco me deja dormir bien e imponerles mi mal humor a los demás no es lo que más deseo para mis amigos. Aunque debo admitir que esta ha sido una agradable forma de escapar del tedio.

—Fue una caída, ¿no es así?—preguntó Moore.

—Sí, dudo que vaya a ir de caza en los próximos tiempos... si es que vuelvo a ir alguna vez.

Andrews los observaba a los dos. Henry Moore se había puesto más grueso alrededor de la cintura con el paso de los años, pero sus ojos seguían siendo tan avispados como siempre y exudaba la misma energía sencilla de los tiempos en los que habían trabajado juntos. Nunca se cansaría del trabajo detectivesco, lo llevaba en la sangre. Bond, sin embargo, había cambiado muchísimo a lo largo de los últimos diez años, e incluso más en los últimos dos o tres. Se preguntó si su amistad no sería más que un hábito, en vez de estar basada en unos cimientos sólidos. ¿Cómo había ocurrido eso? ¿Y por qué estaba él ahora ahí sentado estudiando los tics y gestos de la cara de Thomas, sintiendo algún tipo de desconfianza vaga que no podía comprender? Bond se había reído y había participado en la conversación tanto como siempre, pero Andrews no se podía quitar de encima la sensación de lejanía que emanaba del buen doctor. *¿Qué escondía?*

Fuera lo que fuera, dudaba que pudiese descubrir el secreto de Bond pronto. Cambió de tema diciendo:

—He tenido noticias de Edward Kane. Parece que se están adaptando bien y que Juliana se está recuperando poco a poco de su pérdida.

—Me alegro—dijo Moore—. Son jóvenes. La muerte de un hijo es una cosa terrible, pero el tiempo la curará.

—Kane dice que Juliana te ha escrito, Thomas, pero que no ha recibido contestación. Creo que está preocupada por ti. Les dije que no habías estado muy bien de salud.

—Qué extraño—dijo Bond, bajando la vista hacia su copa—, no he recibido ninguna carta. Pero esta es su nueva vida y no me necesitan a mí en ella. No obstante, si llegara alguna, por supuesto que me aseguraré de contestarla. Me alegro de que les vaya bien y estén dejando el pasado atrás.

—No atrás del todo—comentó Andrews con tono ligero. Había llegado el momento de tantearle un poco—. Kane mencionó unas cartas que Harrington le había escrito antes de morir. Unas cartas bastante preocupantes. Dijo que tú les habías echado un vistazo por él. Debió resultarte extraño.

—¿Mencionó las cartas, dices? Parece haber olvidado que me rogó discreción. No esperaba

que se lo contara a nadie más.

—¿Qué cartas eran esas?—preguntó Moore.

—¿Te comentó lo que decían?—Bond miró directamente a Andrews y luego continuó—: Eran inquietantes, desde luego. Harrington estaba enfermo y deliraba. Se había convencido a sí mismo de que podía estar relacionado de algún modo con varios asesinatos de la época; el de Whitehall, por ejemplo.

—Ah, ¿los asesinatos del cura?—dijo Moore.

—Exactamente.—Bond volvió a mirar a Andrews—. Me temo—continuó—que Hebbert y yo quizás hablábamos demasiado a menudo sobre el tema en su presencia y eso había confundido su mente febril de alguna manera.

Andrews se quedó un poco desconcertado; hubiera jurado que Bond había parecido casi *triumfal*. ¿Qué estaba pasando?

—La demencia es una cosa horrible—dijo Moore—. Me alegro de no haber sufrido nunca problemas mentales.

—Dudo que vayas a hacerlo jamás—dijo Andrews con una sonrisa—. No creo que haya conocido nunca a un hombre más práctico que tú, Henry. Supongo que ni siquiera sueñas.

—Si lo hago, no me acuerdo—sonrió Andrews—. Y que siga así. Mi mente ya está bastante ocupada durante el día. Por la noche me gusta dormir como un muerto.

Andrews no supo por qué, pero esas palabras le hicieron estremecerse ligeramente. Volvió la vista hacia Bond.

—¿Qué hiciste con las cartas?

—Las quemé. No quería que nadie más las leyera, o aún peor, que Juliana las encontrara. Ya estaba lo suficientemente frágil después de la muerte de Harrington y no había nada realmente preocupante en ellas; eran solo un triste vistazo a las profundidades de la mente de un hombre enfermo.—Miró a Moore y cambió de tema—. Bueno, últimamente he sido de poca utilidad para ti, y para cualquier otro. Pero, cuéntanos, ¿en qué casos has estado trabajando? ¿Algo interesante?

A Moore se le iluminó la cara y se inclinó hacia delante; siempre se mostraba muy animado cuando hablaba de perseguir criminales. Andrews solo le escuchaba a medias y estaba convencido de que Bond hacía lo mismo. La pregunta había sido una estratagema para cambiar de tema, Andrews lo tenía muy claro. Pero, ¿por qué? No podía quitarse de la cabeza lo que había dicho Kane: que quizás algo en esas cartas había provocado el cambio en la relación entre Hebbert y Bond. ¿Qué pudo ser? La tarde en que el pequeño James cayó al río, Bond, acalorado, le había llamado a Hebbert mentiroso, una acusación muy fuerte para hacerle a un colega, no digamos ya a un amigo de hace muchos años; y que aún lo era. Y lo había dicho con muchísima vehemencia. ¿Qué sospechas albergaba Bond sobre Hebbert? ¿Podía ser algo sugerido en las cartas y luego confirmado por ese trabajo de investigación privada que había realizado Andrews a petición de Bond? ¿Acaso había aparecido algo relevante en los Libros de Socios del club de Hebbert?

Bebía brandy y sonreía y asentía en las pausas de la conversación, pero su mente estaba en otra parte. En su antigua amistad, Andrews se lo habría podido preguntar a Bond directamente, y hubiera obtenido una contestación igualmente directa. De hecho, hace unos años, Bond probablemente hubiera recurrido a Andrews para discutir cualquier cosa que pudiera preocuparle.

Pero desgraciadamente, esos días ya no existían.

Observó a sus dos compañeros reírse y se preguntó si simplemente debía dejarlo estar. ¿Cuán terrible podía ser lo que había descubierto Bond? El pasado era un país diferente y quizás ahora que estaba jubilado no debía intentar visitarlo otra vez. No podía haber nada bueno en intentar

desentrañar los secretos de otra persona.

Pero no. Si simplemente hubiesen sido los secretos de otra persona, a lo mejor hubiera sido capaz de dejarlo estar, pero no era así, podía ser parte de su propia historia sin acabar. Puede que Moore ya no tuviera pesadillas, pero Andrews aún las tenía. Habían descubierto al cura, y estaba bastante seguro de que era culpable de los Asesinatos de los torsos, pero por mucho que lo intentara, Andrews no conseguía convencerse de que el cura también era Jack.

Miró a Bond otra vez. ¿Qué había dicho cuando le pidió los Libros de Socios? ¿Que las fechas eran una coincidencia?

Andrews no creía en las coincidencias. Coincidencias eran las cosas que veía la gente con peor ojo para los detalles.

Tres noches después y tuvo su respuesta, o al menos el espantoso indicio de una. Había sido muy fácil conseguir los registros del club de nuevo, y esta vez fue su turno de examinarlos. No tardó mucho en darse cuenta de lo que había estado comprobando Bond y, en cuanto hubo devuelto los libros, llamó a un carruaje para que le llevara directamente a casa del doctor. No hubo respuesta, aunque no fue precisamente tímido con el uso de la aldaba; esperó con impaciencia en las escaleras de entrada. El corazón le latía a toda velocidad por lo que había descubierto y tenía que hablar con Bond esa misma noche o no dormiría ni un minuto. Le esperaba. El doctor no podía haber ido muy lejos, ¿no? Puede que hubiera salido a cenar. Quizás la espalda le había dado un respiro y lo estaba aprovechando lo mejor posible.

Todavía había una luz tenue y la noche veraniega era cálida, así que paseó arriba y abajo por la calle mientras esperaba. Poco a poco se fue haciendo más de noche, el cielo se oscureció, y le empezaron a doler las piernas. Quizás debería irse a casa y volver al día siguiente; no era como si Hebbert estuviera en el país y pudieran pedirle explicaciones. No había nada que no pudiera esperar hasta la mañana siguiente para ser contestado; pero eso no impedía que le hormiguearan los nervios de anticipación y emoción. El caso del Destripador había acabado con su amor por las actividades policiales, y su incapacidad para atrapar al asesino le atormentaba todavía. Si existía siquiera un resquicio de esperanza de poder encontrar una respuesta, entonces por fin podría relajarse. Aún le zumbaba la cabeza ante la idea de que Charles Hebbert pudiera estar implicado de alguna manera en aquellos crímenes, a pesar de que todos sus hallazgos apuntaban a un hombre relacionado con la medicina; tanto Bond como Hebbert lo habían negado categóricamente, saliendo en defensa de su profesión. Si las pruebas hubiesen apuntado a un policía, no tenía ninguna duda de que él hubiese hecho lo mismo.

Un coche de caballos paró a cierta distancia y estaba a punto de hacerle una seña cuando vio apear a Thomas Bond. Casi llama a su amigo pero algo le detuvo, incluso antes de ver a la mujer que se bajó tras él. Esa mente inquisidora que tan buenos servicios le había prestado como policía le hizo pararse a pensar un instante. ¿Por qué se había detenido el carruaje a media manzana de la casa de Bond? La zona era tranquila. No tenía sentido; a no ser, claro está, que no quisiera que el cochero supiera dónde vivía.

Andrews se escondió entre las sombras mientras la mujer se trompicaba y se apoyaba en Bond, riéndose a carcajadas. Era obvio que estaba borracha y su ropa barata y reveladora mostraba bien a las claras que no era el tipo de mujer que él hubiera esperado encontrar nunca en compañía de Bond. El coche de caballos los dejó atrás y pasó al lado de Andrews mientras observaba a la pareja avanzar hacia la casa de Bond. Así que esa era la razón de que el cochero se detuviera a cierta distancia: Bond no quería que viera que llevaba a una mujer de dudosa reputación a su casa. No era atractiva: tenía las facciones duras y la fina boca reflejaba miseria y un toque de maldad. ¿Qué diablos hacía su viejo amigo con una mujer así? ¿Era esta su forma de

olvidar a Juliana? No podía haber dos mujeres con aspectos más diferentes, aunque esta prostituta (porque eso es lo que debía ser) también tenía el pelo cobrizo. ¿Era eso lo que le había atraído de ella?

Al final llegaron a la puerta principal de Bond y desaparecieron dentro de la casa. Andrews se quedó ahí mirándola, lleno de compasión por su amigo, que había llegado a caer tan bajo. ¿Por qué traer a esa mujer a su casa? ¿Para intentar que sus acciones parecieran más respetables? No era un hombre pobre; a buen seguro podía permitirse una prostituta de mejor clase, y había burdeles de categoría para atender las necesidades de caballeros como Bond. Entonces, ¿por qué arrastrar a una mujer barriobajera a su propia casa para obtener placer? No podía imaginársela dándole mucho placer, no en su obvio estado de embriaguez. ¿Podía ser esta la razón por la que despidió a su ama de llaves? ¿Para poder permitirse ese nuevo hobby?

Quizás no debería haberle sorprendido. Los hombres eran hombres, y había muchos que disfrutaban de los placeres más carnales que a menudo faltaban en sus matrimonios. Y Thomas Bond no tenía compañera desde hacía mucho tiempo. Debía sentirse terriblemente solo (aparte de despreciarse bastante) para querer encontrar placer de una forma tan triste. No podía llamar a la puerta, no quería avergonzar a su amigo, pero ahora que sabía que estaba en casa, tampoco quería esperar a la mañana siguiente. La mujer no pasaría ahí toda la noche, de eso estaba seguro. Bond no querría que ninguno de sus vecinos viera a una mujer así salir de su casa. Dudaba que fuera a tardar más de una hora, si es que llegaba. Tenía su abrigo y, de todas formas, la noche no era fría y estaba acostumbrado a cosas así de sus años como investigador privado.

Esperaría un rato más.

Pero la mujer no salió, ni antes del amanecer ni después, ni cuando las demás casas de la zona se llenaron poco a poco de luz y de vida. Le escocían los ojos de cansancio, pero ahora su curiosidad se había multiplicado por dos. Esperó hasta después de las ocho, una hora respetable, y entonces se acercó y llamó a la puerta. No hubo respuesta y su preocupación por Bond aumentó. Si había dejado que esa mujer durmiera en su casa, entonces solo Dios sabía lo que podía haber robado o estropeado mientras Thomas dormía. Volvió a llamar y cuando vio que seguía sin haber respuesta, se alejó y continuó esperando, aunque sus piernas le gritaban que se fuera a casa a darse un baño caliente y descansar.

A las nueve y media la puerta se abrió. Esperaba ver a la mujer alejarse a toda prisa, pero estaba equivocado: no era ella, sino Bond en persona. Estaba completamente vestido y parecía bien despierto, aunque un poco preocupado. Caminó a paso ligero hacia la calle principal, sin mostrar síntoma alguno de dolor de espalda. Andrews frunció el ceño. Ahora su necesidad de hablar con Bond acerca de Charles Hebbert empezaba a ser superada por su necesidad de saber dónde había ido la mujer. No la podía haber dejado dentro, ¿o sí? Esperó hasta que Bond se hubo marchado y miró hacia la casa. Llamó a la puerta otra vez, pero solo obtuvo silencio. Apretó los dientes. Había ido allí en busca de respuestas y ahora todo lo que tenía eran más preguntas. *Esta noche*, decidió. Volvería por la noche.

Cuando llegó a su casa, se bañó y comió algo antes de meterse en la cama, agotado, pero decidido a dormir solo unas horas. Pero su cuerpo le traicionó y para cuando se despertó ya era de noche. Se apresuró a vestirse y volver a casa de Bond, intentando sacudirse de camino los vívidos sueños de antiguos asesinatos. Tomó un carruaje hasta Westminster y cuando dobló por la calle de Bond vio otro coche de caballos que ya esperaba a la puerta de la casa del doctor. ¿Tendría visita? ¿O es que la mujer por fin se marchaba? Hizo que su cochero aparcara en la curva, a bastante distancia, y observó la puerta abrirse para dejar pasar no a la mujer, sino al propio Bond, claramente visible en el haz de luz de la lámpara de gas que había en lo alto.

Llevaba dos maletas. Bajó las escaleras y las cargó en el carruaje; parecían pesadas pero él se movía con agilidad, sin señal del dolor de espalda del que se había estado quejando. ¿Se iba de Londres? ¿Por qué a esa hora de la noche? ¿Tendría esto algo que ver con su mención de las cartas que le había enviado Harrington?

Tenía demasiadas preguntas y solo había una forma de obtener las respuestas. Seguiría a su viejo amigo y averiguaría exactamente lo que iba a hacer.

Su carruaje mantuvo las distancias, y así atravesaron la ciudad, desde las calles más tranquilas y limpias hacia el hervidero del East End, en el que la vida se vivía a todo trapo en la oscuridad. Incluso sin la presencia de un Destripador, la muerte allí llegaba con facilidad y sin avisar. Andrews esperó a que Bond se detuviera, pero las ruedas siguieron girando, hasta que llegaron al río y siguieron su curso hacia las tranquilas orillas más allá de los muelles, donde no había ninguna luz y el Támesis era una ancha franja de interminable negrura que se deslizaba a su lado como una monstruosa serpiente resbaladiza. A pesar de ser una noche cálida, tiritaba, y por un instante sintió semejante oleada de temor que dudó si dar media vuelta. ¿Qué averiguaría sobre su estimado colega esa noche? Fuera donde fuera Bond, el suyo no era un comportamiento normal. Quizás debiera simplemente irse a casa, beber una copita de brandy, olvidar sus sospechas acerca de Hebbert y dejar que Bond se dedicara a cualesquiera sórdidas locuras que eligiera para llenar sus horas muertas.

Perdió la oportunidad de elegir cuando el carruaje de Bond se detuvo al fin unos noventa metros por delante de él. Andrews se apeó en silencio del suyo y le pagó bien al cochero, tras pedirle que esperara tranquilamente un par de minutos antes de reemprender la marcha. Luego, avanzó sigilosamente por la oscura calle hasta que estuvo más cerca de donde Bond y sus maletas se habían apeado. El aire veraniego estaba cargado del dulce hedor a agua estancada del río y Andrews respiraba superficialmente cuando se detuvo en el muro y vio a Bond desaparecer escaleras abajo hacia la arena y los guijarros mojados a sus pies. Se asomó con cautela por encima del borde para ver una pequeña luz brillar y oír una voz hosca que murmuraba un saludo.

Las palabras de un segundo hombre le llegaron a través de la noche en calma:

—Dos maletas para dos noches. Quienquiera que le esté proporcionando los perros ahora, le está trayendo bastardos más grandes que los que le conseguía George.

—Sin preguntas, Jimmy, o tú irás al río también. Él es el que paga; eso es todo lo que importa.

Bond dijo algo, demasiado bajito para que Andrews pudiese entenderlo, y entonces el grupo se quedó callado mientras empujaban un bote de remos al agua, metían en él las pesadas maletas y se subían a bordo.

Andrews se quedó agachado, plenamente consciente de que incluso con una luz tan pobre podrían verle desde el agua. Miró horrorizado cómo apagaban la lámpara y el bote zarpaba y se lo tragaba la oscuridad. Fuera lo que fuera lo que había estado esperando, no era esto. ¿Qué podía haber en esas maletas que Bond necesitaba complicarse tanto la vida para deshacerse de ello? ¿Quiénes eran esos villanos (porque él obviamente los conocía ¿no?)? ¿Por qué había bromeado el hombre sobre perros? ¿Acaso había estado Bond experimentando con animales de alguna forma espantosa? Pero era imposible que alguien viniera hasta aquí en medio de la noche simplemente para deshacerse del cadáver de un perro. Retrocedió con sigilo por la calle y una vez que estuvo oculto de nuevo entre las sombras, encendió con mano temblorosa un cigarrillo y se apoyó contra la pared. Le temblaba todo el cuerpo con la certeza de que estaba evitando otras miles de preguntas que no llevaban a ninguna conclusión útil.

La mujer había entrado en casa de Bond, pero él no la había visto partir. Bond había salido,

pero ella no. Y ahora, aquí estaba Bond, depositando algo en el río. Era verdad que la mujer podía haberse ido durante las horas en que él se había marchado a casa a dormir... pero ¿realmente dejaría un hombre como Thomas Bond a una mujer de semejante calaña sola en su casa? No si aún estaba viva, eso seguro...

Se le revolvió el estómago y no pudo evitar acordarse de Elizabeth Jackson y de las otras pobres mujeres cuyos trozos habían sacado de ese mismo río hacía una década. Pensó en Charles Hebbert y en los días en que no había cenado en su club. Quizás sus sospechas sobre Hebbert eran erróneas y fuera Bond el verdadero responsable. Su mente echaba chispas en la oscuridad, un torbellino de acusaciones que casaba mal con lo que sabía en persona sobre estos dos hombres. ¿Qué diablos había pasado? ¿Qué espantosos secretos guardaban? Pensó en el sacerdote muerto y en la nota que había dejado, dirigida a Bond. ¿Estarían confabulados?

Era todo demasiado terrible de considerar: la idea de que su racional y altamente respetado amigo pudiera estar de algún modo implicado en crímenes tan atroces era totalmente inverosímil; y aun así, no podía impedir que los detalles se amalgamaran en una sospecha sólida, una que no podía ignorar. Se encontraba mal, enfermo, pero sabía que iba a tener que enfrentarse a Bond. No podía esperar más.

La barquita acabó por regresar y Andrews se quedó escondido entre las sombras mientras observaba a Bond entregar un monedero con lo que tenía que ser dinero. Después esperó hasta que sus rudos acompañantes hubiesen desaparecido en la noche.

Cuando Bond cogió las dos maletas y dio media vuelta para alejarse del lugar, Andrews salió de su escondrijo.

—¿Thomas?—No necesitó gritar; su tono suave flotó con facilidad en la apestosa brisa fluvial. Bond se quedó petrificado y luego, se giró lentamente para mirarle a la cara.

—Walter—dijo Bond—. Vaya sorpresa.—Habló en tono casual, como si se hubieran encontrado simplemente paseando por una calle bulliciosa a mediodía—. ¿Me estabas siguiendo?

—Tenía ciertas preguntas—dijo Andrews. Tenía el corazón en la boca: miedo, pero no por su propia seguridad, sino más bien por el inminente descalabro de todo lo que había considerado respetable, la inminente revelación de secretos terribles—. Sobre Hebbert. Sobre los libros que me pediste que te consiguiera.

—Ah, esos—dijo Bond—. Sí, ya veo.

—Pero ahora tengo algunas preguntas para ti. ¿La mujer que fue a tu casa...?

Bond levantó una mano y suspiró.

Esa no era la reacción que Andrews había esperado y le confundía un poco. Se quedó parado. Había supuesto que quizás se enfadaría, que probablemente echaría a correr... pero, ¿esta tranquila resignación? Puede que hubiera interpretado esa horrible situación de manera completamente errónea.

—¿Quieres que vayamos a tu casa?—preguntó Bond—. Podemos hablar ahí y te lo explicaré todo.—Miró a su alrededor, como si intentara descubrir dónde estaba exactamente—. Creo que puede que esté más cerca que la mía.

Andrews le miró con recelo, intentando detectar algún indicio de agresividad, pero no pudo ver ninguno; ese era simplemente su viejo amigo, Thomas Bond, de casi sesenta años, de pie frente a él... en medio de la noche.

—Tengo algo que quiero que veas y creo que igual es mejor allí.

Andrews se acercó a él y le preguntó con urgencia:

—¿Thomas, fuiste tú Jack?—Necesitaba desesperadamente una respuesta—. Antes de que vayamos a ninguna parte, debo saberlo.

A Bond se le abrieron mucho los ojos por la sorpresa.

—¡Walter! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?—Luego se quedó callado un momento antes de decir con voz queda:—No, creo que Charles Hebbert era Jack. Yo no soy un asesino.—Volvió a suspirar y admitió—: Es un poco más complicado que eso. Me hará bien hablar de esto con alguien. Pero creo que necesito una copita de brandy antes.

—¿Quieres venir a mi casa?—preguntó Andrews—. ¿Me lo contarás ahí? ¿Todo? ¿Independientemente de las consecuencias?

—Sí,—dijo Bond—, sí, lo haré. Te lo prometo.—Dio media vuelta y emprendió el camino de vuelta al corazón de la ciudad, con una maleta vacía en cada mano.

Andrews le siguió en silencio.

**EXTRACTO DEL TESTIMONIO DE
FLORENCE JONES EN OLD BAILEY, 1899**

Vivo en el número 16 de Spicer Road, Finch Road, Battersea, en diciembre de 1897 vivía con mi padre y con mi madre en Woolwich, soy soltera, pero el 17 de diciembre de 1897 di a luz a una niña de nombre Selina Ellen Jones en una Casa de acogida en Clapham, la señora encargada de esa casa me recomendó a una Sra. Muller, y dejé la niña a su cargo hasta marzo de 1898, cuando la recogí y la dejé a cargo de la Sra. Wetherall, de Gee Street, St. Luke's, y le pagué 5 chelines a la semana desde marzo hasta julio de 1898, por cuidar de ella, iba allí a visitarla y, por lo que pude ver, tenía buena salud y crecía bien con la Sra. Wetherall, en julio, el padre dejó de contribuir y desde entonces pagué solo media corona a la semana por su cuidado, vi este anuncio en el Woolwich Herald el 18 de agosto de 1899: «Adopción. Matrimonio joven adoptaría bebé sano; daría todos los cuidados y comodidades; buenas referencias; prima muy pequeña. Escribir primero a la Sra. Hewetson, Bradmore Lane n° 4, Hammersmith», escribí a esa dirección, diciendo que tenía una niña y preguntando que cuánto tiempo la querían adoptar, recibí una respuesta diciendo que la querían para ellos y querían 5 libras por hacerse cargo de ella, les contesté y dije que podía pagar 3 libras, y envié esta fotografía (Presentada) de la niña, me la devolvieron en una carta posterior, fue tomada en 1898, cuando la niña tenía unos nueve meses, solicité una entrevista y fijamos una cita en la Estación de Woolwich el jueves, 24 de agosto, una semana antes de entregar a la niña, me encontré con la prisionera en Woolwich y fui con ella a la casa de mi madre, madre le dijo que queríamos que se encargara de la niña durante algún tiempo y que luego nos la devolviera, llegué a un acuerdo para visitar a la niña cada quince días, y madre dijo que subiría a verla en breve, la prisionera dijo que su marido trabajaba en Hammersmith y yo entendí que decía que ella vivía en Bradmore Lane n° 4; esa era la dirección que aparecía en el anuncio, no se llegó a ningún acuerdo económico en esa ocasión, yo dije que siempre me gustaría proveerla de ropa, le dije que le diría a la Sra. Wetherall que me iba a llevar a la niña y le escribí a la prisionera que podría tenerla el martes, fijé una cita para el jueves siguiente a la entrevista en casa de mi madre; nos encontraríamos en la estación de Charing Cross, luego recibí esta carta de la prisionera; es la única carta que recibí, (Decía que habían alquilado una casa nueva en Hammersmith y todos los vecinos pensarían que la niña era suya, y preguntaba en qué parte de Charing Cross debíamos vernos.), Unos días antes del 31 de agosto, compré algunas prendas de bebé, le llevé esas prendas a la Sra. Wetherall el jueves, y ella me entregó a la niña ese día, junto con toda la ropa que había estado utilizando, llevé a la niña a la línea principal de la estación de Charing Cross, y la ropa, vi a la Sra. Hewetson, que es como yo la conocía, en la estación sudeste de Charing Cross, y fui con ella a Hammersmith en autobús, fuimos al Grove y paramos en una casa allí, y dijo que esa era la casa a la que se iban a trasladar, no estaba ocupada, pero había unos trabajadores en el interior, luego fui con ella a Southerton Road n° 2, Hammersmith, me dijo que esa casa era de una amiga suya y me pidió que no dijera nada sobre que la niña no era suya, pero no me dio ninguna explicación, cuando llegamos a Southerton

Road me presentó a su amiga, la Sra. Woolmer, como su cuñada, y tomé té en la casa y le pagué a la prisionera 3 libras, y le entregué el hatillo de ropa, al final había quedado en pagarle 5 libras, después del té, la niña y yo y la prisionera salimos y fuimos a la estación de Hammersmith, entonces me fui a casa y dejé a la niña con la prisionera, debía pagarle las otras 2 libras el domingo siguiente, ella dijo que me mandaría una carta y me diría dónde, iba a enviar a su marido con la niña para verse conmigo en la estación, nunca recibí esa carta, y no sabía a qué estación debía ir, a pesar todo, fui a Hammersmith el domingo...

—No me lo puedo creer—dijo Bond. Levantó la vista hacia Moore, con los ojos como platos, y el policía vio cómo le temblaba la mano mientras bebía un trago de brandy. Aún era temprano pero ambos estaban bebiendo, la situación lo exigía—. Pero, ¿por qué?—continuó Bond—. Era más joven que yo. No tenía ningún síntoma de enfermedad.

—Era más joven que cualquiera de nosotros dos—dijo Moore—. No dejó ni una nota ni una carta, o por lo menos no la hemos encontrado todavía.—Afuera, el cielo estaba encapotado y cargado de lluvia, y solo una tenue luz se filtraba al estudio de Bond desde el mundo exterior, añadiendo tenebrosidad a la opresiva penumbra que llenaba la habitación—. ¿Quién sabe? No le había visto mucho últimamente. A lo mejor sospechaba que sufría alguna enfermedad y no nos lo contó. Me preguntaba si a lo mejor te había comentado algo a ti...

—No, nada—Bond sacudió la cabeza—. Pero bueno, yo también le he visto poco en los últimos tiempos. El día que cenamos los tres juntos era la primera vez que le veía en semanas. Ahora desearía que eso no hubiera sido así...—Dejó la frase a medio terminar.

—Sí, yo también—añadió Moore. Con ademán cansado, tomó asiento frente a Bond, al lado de la chimenea sin encender, y reclinó la espalda contra el crujiente cuero—. Era un hombre religioso, ¿lo sabías? Se lo guardaba para sí mismo, pero era un hombre pío este Andrews. Alguna vez me di cuenta cuando trabajábamos juntos. Algo tenía que estar atormentándole de verdad para que se quitara la vida.

—Le hemos fallado—dijo Bond—y yo más que tú. Fuimos buenos amigos durante mucho tiempo.

—No podemos ver el interior del alma de otros hombres, Thomas. Si pudiéramos, entonces mi trabajo sería muchísimo más fácil.

—Es cierto—dijo Bond. Hubo una larga pausa—. No te he sido de gran ayuda con eso tampoco últimamente. Pero al menos Londres está lleno de médicos y forenses competentes. ¿Cómo van las cosas?

Fue un alivio cambiar de tema, dejar de hablar de la muerte de Andrews y charlar con normalidad sobre sus casos. Eso generalmente le daba nuevos ánimos, pero desde hacía un tiempo había empezado a cansarse de la horrible mundanidad de la muerte en Londres.

—Sacamos otro bebé del agua, atado como un pajarillo. Cuando los hombres y mujeres quieren emborracharse y matarse los unos a los otros lo puedo entender, pero asesinar a un bebé...

—Se quedó callado un momento. No era un hombre sentimental, pero conforme se iba haciendo mayor se había dado cuenta de que cada vez se cuestionaba más cosas—. Asesinar a un bebé es la cosa más atroz para mí. Puede que incluso más atroz que nuestro Jack.

—¿Otro?

La voz de Bond sonó vaga; sin duda aún estaba conmocionado, dándole vueltas en la mente a la terrible noticia que le había traído Moore. Su amigo le daba pena. Bond había tenido muy mala

suerte últimamente: primero se fue Charles Hebbert, luego murió el pequeño James, y después se casó Juliana y se marchó a Nueva York, y su lesión de espalda, y ahora esto... Parecía que un aura de tragedia flotara por encima de su cabeza. Moore tenía que admitir que eso le había alejado un poco de su amigo: él era un hombre pragmático y práctico, no le daba vueltas al pasado como podían hacer los demás. Puede que fuera por eso que, a pesar de los obvios signos de la edad en su apariencia física, la mayor parte del tiempo tenía tan buen ánimo en su vida como cuando había sido un hombre joven.

Devolvió la mente al tema que tenían entre manos.

—Sí, una niña. La sacamos del Támesis en Barnes, hace un mes o así; llevaba muerta un tiempo. Estaba atada de la misma forma elaborada.—Dio un gran suspiro—. Nadie reclamó el cuerpo del primero y dudo mucho que alguien reclame este.—Bebió un traguito de brandy—. Es difícil investigar algo como esto. Ya sabes lo que quiero decir.

—Suenas cansado, Henry—dijo Bond—. No pareces tú mismo.

—Puede que tengas razón, Thomas, puede que tengas mucha razón.—Miró a Bond a los ojos—. Quizás me haya llegado el momento de cambiar.

—¿De jubilarte?

—De *cambiar*, Thomas.—Sonrió—. ¡Yo no me dedicaré a jugar a las cartas y a recordar! Un hombre tiene que trabajar para mantenerse joven. De hecho, he empezado a mirar a mi alrededor en busca de oportunidades para un hombre de mi edad.

—Todos nos hacemos viejos—dijo Bond.

—Yo aún no me siento viejo, pero tienes razón: estoy cansado y me estoy volviendo demasiado cínico. Quiero trabajar en algún sitio en el que pueda hincar los dientes en un caso en lugar de ser capaz tan solo de desear que aparezcan pistas.

—Yo estaría encantado simplemente de librarme de este maldito dolor de espalda.

Moore miró atentamente a su viejo colega. Tenía ojeras marcadas y sus pupilas parecían dilatadas, se comían el color de sus ojos. Quizás era solo por la falta de luz en la habitación, pero ¿podía ser láudano también? No le culparía por ello. Era médico, después de todo, y perfectamente capaz de automedicarse con lo que quisiera si eso le hacía encontrarse mejor.

Hablaron un rato más, sobre cosas triviales, sobre Andrews y lo buen hombre que había sido, y después de unos veinte minutos Moore se marchó. Estaba claro que Bond necesitaba estar solo. Moore sabía que él no era el hombre más apropiado para ayudar a otro en su dolor; él mismo se enfrentaba a cualquier problema emocional dedicándose a hacer cosas prácticas. En estos momentos, se enfrentaría al dolor que le causaba la muerte de Andrews sumergiéndose en el trabajo.

Se alegró de salir a la calle y zambullirse en el hervidero de la vida. Aún no había estallado la tormenta y olía como si todos los repugnantes e intensos olores de Londres impregnaran el aire. Aspiró una gran bocanada, y pensó que eso era la vida en toda su tórrida gloria. Todavía no estaba dispuesto a renunciar a ella como había hecho Andrews, o a irse apartando poco a poco como parecía estar haciendo Bond.

No tomó un carruaje de vuelta a la comisaría, sino que fue andando por las calles, disfrutando del tiempo para pensar en medio de la ciudad que amaba. Puede que hubiera llegado el momento de retirarse de la policía, pero no de la emoción de una buena investigación. Desde el caso de Elizabeth Camp le atraía el ferrocarril. Había un montón de casos ahí: los trenes eran cada vez más frecuentes e iban cada vez más llenos y cada mes se producían más y más crímenes en ellos. ¿Yo, *inspector de ferrocarriles*? Pensó mientras empezaba a tararear en voz baja. Puede que ahí estuviera su futuro.

LEAVESDEN. AGOSTO DE 1899
AARON KOSMINSKI

EVALUACIÓN

En los últimos días, el paciente está más agitado. Cuando está despierto, se ha obsesionado con que el Dr. Thomas Bond pueda volver a visitarle y se muestra inflexible hasta un punto cercano a la histeria con que debemos impedir que dicha visita se produzca. En esos momentos, su habla a menudo vira de vuelta a su lengua nativa, pero repite las frases: «Quiere devolvérmelo. Intentó pasárselo a otra persona. No puede devolvérmelo».

Los informes muestran que el paciente no le entregó nada al Dr. Bond en forma de regalo en su única visita, pero el paciente es propenso a las alucinaciones. En un intento de que recupere la tranquilidad para que podamos discutir su actual delirio, recomiendo que no reciba visitas en absoluto por el momento.

Su aversión al agua también se ha intensificado en los últimos tiempos y reacciona violentamente ante cualquier contacto físico. En cualquier caso, no creo que nada en su comportamiento lo convierta en un peligro para los que le rodean. Sus delirios y pesadillas claramente le aterrorizan a él, pero su miedo no se traduce en una abierta agresividad.

Las llamas eran hipnotizadoras y encontré algo de consuelo en el chisporroteo constante que provenía de la chimenea, y en la forma en que cada bola de papel arrugado se ponía primero negra y luego se reducía a ceniza gris. Las observé mientras se quemaban, eliminando cada uno de los desesperados mensajes de Harrington uno a uno, hasta que fue como si nunca hubieran existido. Debería haberlo hecho antes, en lugar de simplemente desear que desaparecieran y evitar ese cajón de mi escritorio en el hospital. Ahora Edward Kane era la única otra persona que sabía lo que decían, y él estaba muy lejos. Solo Andrews podía haber encontrado la relación entre mi lectura de las cartas y mis posteriores sospechas de Hebbert. Y ahora Andrews ya no estaba.

Me pesaba el corazón y tenía la garganta agarrotada de pena mientras luchaba por borrar de mi mente los recuerdos de la noche anterior. Me dolía la cabeza de la caída que había sufrido y el gran chichón que me había salido en la parte de atrás palpitaba continuamente, a pesar de todo el láudano y el brandy que había consumido. Me había costado mucho concentrarme cuando Henry Moore llamó con la noticia que había estado esperando, pero no me había costado nada fingir conmoción, pues aún estaba en plena negación de todo el acontecimiento. No dejaba de oír a Andrews decir mi nombre en aquella calle oscura, de verle ahí y de darme cuenta que todo se estaba descubriendo, independientemente de lo mucho que había luchado para mantener las cosas bajo control. Debería haber contratado a un investigador privado diferente cuando empecé a sospechar de Hebbert. Había sido una tontería recurrir a un amigo, no digamos a uno tan avisado e inteligente como Walter Andrews. Le había subestimado muchísimo, de eso estaba claro que era culpable.

Mi amigo. Walter Andrews había sido mi amigo, no podía negarlo, un buen amigo. Y sin duda hubiéramos seguido siendo buenos amigos hasta la vejez, si el Destino no hubiera obrado en mi contra. ¿Por qué me había seguido esa noche? ¿Por qué se había dejado llevar por la curiosidad? ¿Por qué no había podido dejarlo todo estar?

Hice una pelota con la última de las cartas de Harrington y la tiré a las llamas, seguida del sobre con su letra cuidadosa. Esas eran preguntas que podía muy bien aplicarme a mí mismo. Andrews y yo siempre habíamos sido muy parecidos: ninguno de los dos podíamos dejar una cosa de lado cuando nos picaba la curiosidad. El *Upir* se había cobrado su peaje de todos nosotros: primero James Harrington, luego Charles Hebbert, el pobrecito James, yo, y ahora Walter Andrews. Londres estaba inmersa en una maldad que se había filtrado por sus calles tan silenciosamente que nadie lo había notado. Estábamos contaminados. Yo estaba contaminado.

No podía dejar de pensar en la noche anterior. Mientras le contaba toda la historia a Andrews, le vi mirarme como si estuviera completamente loco. Al principio solo le había querido enseñar pruebas... y luego, cuando sentí el peso moverse en mi espalda, tuve una idea, un plan que podría darme la libertad para volver a vivir de manera normal otra vez.

Y ahora me sentía avergonzado por partida doble: por haber pensado en intentar pasarle esta

existencia maldita a un querido amigo, y por la pena que sentí cuando tuve que admitir que no lo había logrado. Odiaba lo que había hecho, pero sentía un inmenso alivio por no haberle matado yo. Porque por mucho que me repugnaran los crímenes que había cometido con esas mujeres malvadas que alimentaban al río, yo seguía sin ser un asesino. *No lo era.*

Me quedé mirando las llamas y, sin previo aviso, empecé a llorar.

Las sábanas estaban empapadas en sudor mientras las pesadillas volvían en su busca una vez más. Esta vez vio a un hombre. Se columpiaba del árbol y murmuraba una oración mientras lanzaba la cuerda por encima de la rama y se la ataba alrededor del cuello.

Vio la larga charla, la cara incrédula del hombre; esperó a que el vino drogado surtiera efecto en Bond y vio la repentina expresión salvaje en los ojos del doctor. No pudo apartar la vista de la pelea que tuvo lugar a continuación, y vio al Upir subir retorciéndose por la espalda de Bond, estirando su larguísima lengua alrededor de su cuello, y a Bond intentando sujetar al hombre cerca y hacer que la bestia le abandonara mientras pugnaba por no perder la conciencia.

Se estremeció y gimió al sentir el placer que sintió la criatura ante el horror del hombre. Siseó en su sueño como había siseado el Upir cuando el hombre se había sacudido a Bond de encima y se había tambaleado hacia atrás sobre sus inestables piernas para estrellarse contra el tocador. La cabeza de Bond había impactado contra la esquina del pesado mueble y el doctor había caído al suelo como un fardo, inconsciente.

Oyó el crujir de la rama y los rezos desesperados, y oyó el siseo del Upir; una y otra vez, e inhaló el hedor del mal. Los ojos rojos eran agudos y malvados; la bestia era muchísimo más fuerte de lo que lo había sido antes.

Quebrantó el espíritu del hombre y lo envió a la muerte.

Gimió y gritó y musitó en su antigua lengua. Le repugnaba la cercanía del sucio demonio, lleno de todos los pecados que habían visitado la tierra. Lo sentía en cada poro de la piel. Era muchísimo peor de lo que lo había sido antes, y casi había quebrantado su espíritu entonces. Había sido débil cuando estaba sobre Harrington, recién salido del río, pero se había ido haciendo más fuerte según se alimentaba, y se haría aún más fuerte. También sintió crecer la locura de Bond, aunque el propio doctor no lo sintiera. Tenía ganas de llorar por él. Tenía ganas de llorar por todos ellos.

**EXTRACTO DEL TESTIMONIO DE DAVID VOICE EN OLD BAILEY
DICIEMBRE DE 1899**

En la mañana del 27 de septiembre, Stokes atrajo mi atención hacia un paquete envuelto en papel marrón que flotaba en el Támesis, lo miré y vi el pie de un bebé asomar por un lado, lo llevé de la orilla del río al depósito de cadáveres de Battersea, donde le quité el papel en el que estaba envuelto, entonces me encontré con una especie de tela de franela de color rosa cosida con un hilo blanco doble alrededor del cuerpo, desde los hombros hasta las caderas; entre las piernas y alrededor de las caderas llevaba una servilleta blanca, tenía la cabeza cubierta por una bolsa blanca de algodón, atada alrededor del cuello con un trozo de tela blanco, del mismo material que la bolsa, era un trozo arrancado del reborde, al retirar la franela del cuerpo, vi que estaba atado con una especie de cinta de ventana o de persiana; tenía las piernas encogidas delante del pecho y los pies a ambos lados de la cabeza, por debajo de las orejas, el brazo izquierdo estaba incrustado bajo la pierna izquierda, entre esta y el cuerpo, el brazo derecho estaba apretujado entre la pierna y el cuerpo en línea recta y atado con la cuerda o cinta, mandé llamar al Dr. Kempster, que cortó y retiró la cinta, yo no corté nada excepto el cordel exterior y el papel, retiré la tela de franela rosa pero dejé la bolsa que cubría la cabeza y la cuerda que ataba todo el cuerpo, esta (Presentada) es la bolsa que cubría la cabeza; esta es la servilleta que rodeaba la parte inferior del cuerpo; y esta es la franela que estaba cosida alrededor del cuerpo, desde los hombros hasta las caderas, este cordel estaba atado alrededor del papel marrón; esta cinta de ventana estaba en contacto con la carne y atada alrededor de los brazos y el cuello, estoy familiarizado con los nudos marinos y con la forma de hacerlos, estuve en la Marina de Su Majestad un poco más de 12 años, y allí aprendimos a hacer todos los nudos necesarios en la Marina, en la cinta de persiana, hay nudos que conoce bien todo el que esté familiarizado con ellos, aquí hay tres nudos conocidos como nudos vuelta del pescador, y aquí hay otro conocido como ballestrinque, de estos hay 11 en el cordel que rodeaba el papel marrón; había otros seis en la cinta de persiana, el nudo de rizo lo conozco bien, sirve para rizar las velas, encontré uno en la cuerda que rodeaba el cuerpo, y solo uno de ese tipo, los nudos simples también los conozco, había siete en el cordel que rodeaba el papel marrón y uno en la cuerda que ataba el cuerpo, presté especial atención a las extremidades del bebé en el momento en que lo encontré, así como a la posición de los cordeles y cuerdas que lo amarraban, he preparado una muñeca de aproximadamente el mismo tamaño que el bebé, con la misma presentación en la que encontré a la niña cuando la llevé al depósito de cadáveres, (Se presenta la muñeca), esta ilustra exactamente la posición de las extremidades del bebé y la forma en que estaba atado una vez retirada la franela, y también muestra la cuerda y la posición de los nudos, he colocado nudos parecidos en los mismos sitios, tan cerca como he podido, yo no estaba presente cuando se encontró la cuerda en la casa, pero más tarde me enseñaron estos trozos de cinta (Presentados), hay un trozo de cinta de ventana, bastante más gruesa que la otra, describió el material con el que estaba atado el cuerpo del bebé como cinta de persiana o de ventana, en este trozo encontrado en la casa hay un nudo simple y un nudo

ballestrinque, en este otro trozo hay tres vueltas del pescador; trece ballestrinques y ocho nudos simples, la cinta de ventana tiene un ballestrinque y un nudo simple, son trozos rotos que se han atado para unirlos, esta cuerda es un poco más fina que la que se encontró alrededor del cuerpo del bebé, es el mismo tipo de material pero no exactamente del mismo grosor, la cinta de ventana y la cinta de persiana son todas del mismo tipo.

LLOYD'S WEEKLY NEWSPAPER
10 DE DICIEMBRE DE 1899
ASESINATOS DE BEBÉS EN LONDRES
DETENCIÓN DE LOS HEWETSON

A última hora del viernes el inspector de policía Scott de la división V de la Policía Metropolitana logró detener a los «Hewetson», a los que un jurado del juzgado de instrucción condenó por «Homicidio premeditado» hace quince días. Los acusados, que fueron capturados en el barrio de South Hackney, admitieron su identidad. La mujer, que dijo tener 24 años, manifestó que su nombre era Ada Hewetson y su compañero dio el nombre de Chard Williams y dijo tener 41 años. La pareja se había deshecho recientemente de sus enseres domésticos y en el momento de su detención estaban, según se ha dicho, de camino a Liverpool.

STANDARD
11 DE DICIEMBRE DE 1899
EL CASO DEL INFANTICIDIO
DE BATTERSEA

El sábado, en el Tribunal policial del sudoeste, William Chard Williams (alias Hewetson), de 41 años, descrito como oficinista, con residencia en Gainsborough-road nº 26, Hackney Wick, y Ada Chard Williams, de 24 años, su esposa, fueron puestos a disposición del juez Garrett acusados del homicidio premeditado de Selina Ellen Jones, de 21 meses, hija de Florence Jones, soltera, con residencia en Gee-street nº 72, St. Luke's, cuyo cuerpo fue encontrado en el Támesis a la altura de Church Dock, Battersea, el 27 de septiembre. Se recordará que las pruebas de la investigación demostraron que la mujer Williams, o Hewetson, aceptó hacerse cargo de la niña a cambio de 5 libras y se la llevó a una casa en Hammersmith. Ella y su marido desaparecieron de repente y nada más se supo de la niña hasta que su cuerpo apareció en el río. El Dr. F.C. Kempster, forense de la policía de Battersea, declaró que la muerte se debió a las heridas que sufrió la niña antes de que tiraran su cuerpo al agua; el cráneo había sido apaleado y la cabeza fue envuelta en un saco. El jurado encontró a la pareja culpable de Homicidio con Premeditación y durante días el inspector de policía Scott, el oficial de policía Winzan y el detective Joseph Gough los habían estado buscando.

MORNING POST

SÁBADO, 30 DE DICIEMBRE DE 1899

EL INFANTICIDIO DE BATTERSEA

William Chard Williams, de 41 años, oficinista, y su mujer Ada Williams, de 24 años, una vez recuperados del ataque de gripe que les impidió presentarse ante el tribunal hace una semana, se sentaron ayer en el banquillo de los acusados del Tribunal policial del sudoeste para responder a los cargos relacionados con el homicidio de Selina Ellen Jones, de 21 meses de edad, hija de Florence Jones...

... habiéndose hallado los cuerpos de tres niños en el Támesis, y como en cada caso estaban atados de manera peculiar y se ha hallado cuerda con nudos parecidos en manos de los prisioneros, el Tribunal acusará a los detenidos de las muertes de los tres pequeños.

En el caso de la niña Jones, las pruebas de la policía demuestran que se entregó durante un tiempo al cuidado de otras personas y que fue bien atendida. Luego, a consecuencia de un anuncio, la madre conoció a Ada Williams y llegó a un acuerdo para la adopción de la niña. Ada Williams facilitó una dirección en Hammersmith y allí se entregó a la niña y se pagaron 3 libras de la prima. La diferencia debía abonarse más adelante y quedaron en que la madre vería a la niña durante la semana siguiente. Cuando acudió a la casa, la madre fue informada de que la acusada había alquilado la habitación solo para unas horas...

... El 27 de septiembre, el cuerpo de la niña fue hallado en el río. La muerte se produjo por asfixia y la cabeza mostraba claras marcas de violencia.

... La mujer, en una carta remitida a la policía, admitió haber llevado a cabo un sistema de acogida de niños, y explicó que los niños que recibía, los recolocaba en otras familias adoptivas pagando una prima menor. Los acusados fueron enviados a prisión preventiva.

53
LONDRES. DICIEMBRE DE 1899
DR. BOND

—¿Este hombre era el tutor de James?—preguntó Henry Moore, mientras estudiaba los artículos de prensa que había desplegado por la mesa. A pesar de mi aversión por la compañía, le había llamado. Sentía que debía hacerlo. En muchas cosas, esto parecía como los viejos tiempos, los dos concentrados en analizar la información de la que disponíamos; aunque en verdad, los viejos tiempos hacía mucho que habían pasado. Moore se había retirado de la Policía Metropolitana el mes pasado y se había trasladado al ferrocarril, y yo me había jubilado de mi puesto como médico del Hospital de Westminster hacía una semana. Nada era como los viejos tiempos, y yo el que menos. Pero tenía que saber la verdad sobre todo aquello y Moore era el único hombre que podía averiguar más para mí aparte de los chismes de los reporteros.

Había visto el primer artículo solo por accidente, mientras estaba en el sótano, embotado por el láudano, y utilizaba el papel para envolver un torso, justo igual que el primero en Whitehall. Recordaba lo mucho que me había horrorizado cuando lo descubrieron, y ahora no pude evitar preguntarme si mi terror de entonces no se debería, quizás, a una certeza subconsciente de que yo mismo me convertiría en un monstruo semejante. ¿Había sido eso lo que me había producido un miedo tan terrible? Era difícil de saber. Todo había ocurrido hacía tantísimo tiempo. Hacía una eternidad

Cuando mis manos ensangrentadas doblaron el papel alrededor de la gruesa carne a la tenue luz de la lámpara, el nombre había captado mi atención. Las dos palabras, Chard Williams, se me quedaron grabadas en la mente, incluso a través de la neblina inducida por las drogas. Por un instante, me quedé petrificado. Luego retiré con cuidado el papel húmedo y lo leí con el corazón latiendo grotescamente en el pecho.

Desde entonces, había devorado los periódicos en busca de noticias sobre el caso. No podía ser verdad, me dije; tenía que ser un error. Debería hacer caso omiso de esos chismes. Pero como siempre, mi mente curiosa fue mi perdición y, a pesar de los horrores que ocultaba en mi sótano, le mandé un mensaje a Moore, pidiéndole que averiguara todo lo que pudiera para mí.

—¿Son culpables?—pregunté. Tenía la boca seca, pero no intenté ocultar mi temor: por lo que Moore (o cualquier otro) sabía, estaba preocupado solo por Juliana y su pobre hijito muerto.

—Sí. Seguro—dijo Moore—. Esos nudos tan extraños los han delatado. Encontraron los mismos nudos en casa de Ada Chard Williams que en los cuerpos. Se mudaron de Barnes en octubre, poco tiempo después de que sacaran los dos primeros bebés del río allí mismo. Las casas de acogida eran su negocio, pero en lugar de revender los niños a parejas pudientes, como prometía, a menudo simplemente cogía el dinero de las madres biológicas y luego mataba a los bebés y los tiraba al río. Como hizo ese demonio de Reading.—Se quedó callado un momento y luego dijo con voz apenas audible—: Maldita sea, ni siquiera podemos saber cuántos crímenes cometió en realidad.

El mundo daba vueltas bajo mis pies. Necesitaba láudano. Necesitaba opio. Necesitaba

escapar de mí mismo a medida que el verdadero horror iba haciendo mella en mí.

—¿Le escribirás a Juliana para contárselo?—preguntó Moore, tan práctico como siempre.

Por un instante le odié por ser tan normal.

—No estoy seguro—dije tras pensármelo un momento—. No tengo ninguna duda de que querría saberlo, pero me temo que podría no ser lo mejor para ella. Se echaría la culpa de cualquier cosa que el pequeño James hubiera podido ver ahí, y de haberlos metido en su propia casa. Aunque dudo mucho que el niño estuviera expuesto a nada malo.

Niñas muertas en el río. Eso es lo que James me había dicho cuando las pesadillas le despertaban noche tras noche. *Niñas muertas en el río.* Me temblaban las manos, así que las cerré en un puño y las dejé caer a los lados para esconder el tembleque.

—Creo que debería saberlo—dijo Moore—. A lo mejor puedes escribirle a su marido...

—Quizás lo haga—dije, intentando sonar normal. El mundo rielaba; sus bordes eran demasiado duros y brillantes. Había arrastrado a Moore hasta mi casa pero ahora solo quería que se marchara.

—Gracias por hacer estas averiguaciones por mí—le dije y me dirigí a la puerta del estudio —, especialmente ahora que estás tan ocupado con tu nuevo trabajo.

Me siguió afuera y bajamos las escaleras. Cuando me agarró del hombro y me dijo que disfrutara de mi jubilación, pensé en la sangrienta escena que había bajo nuestros pies, aún por limpiar y fregar. Me acordé de la cara de Andrews cuando me giré para mirarle en aquella calle desolada; y después, una vez que recuperé la conciencia tras nuestra pelea, el bamboleo de su cabeza y su lengua cuando salí tambaleándome a su jardín para encontrarle y continuar la pelea. Pero en cambio, le encontré ya muerto y oí el horrible y lento crujir de la cuerda atada alrededor de la rama...

Si Moore supiese algo de eso, probablemente me estrangularía con sus propias manos, con *Upir* o sin *Upir*. Dudaba que la bestia pudiese dominar a un hombre como Henry Moore, siempre firme, siempre con los pies bien puestos en el suelo. Por un instante, estuve tentado de contárselo todo y acabar con aquello de una vez por todas, pero mis labios y mi lengua no me obedecían y, en vez de eso, me despedí cordialmente de él y acepté su invitación para salir a cenar juntos pronto.

Solo cuando la puerta se cerró tras él, dejé que me recorriera el escalofrío que se me había estado acumulando en el interior. Casi no podía moverme. Me dio la impresión de que mis piernas cederían en cualquier momento, abrumado como estaba por el terrible peso de mi culpabilidad. ¿Qué había hecho? Oh, Dios mío, ¿qué había hecho?

Las piezas empezaron a encajar en mi mente. James no había cambiado hasta que empezó a ir a casa de los Chard Williams para sus clases. Hasta entonces, simplemente había sido un chiquillo callado y enfermizo al que yo no podía sentirme unido a causa de mi aversión por su padre; no, debía ser sincero, al menos conmigo mismo: a causa de mi sentimiento de culpabilidad con respecto a su padre.

El niño se había vuelto más callado desde entonces y había empezado a jugar constantemente con nudos; recordaba muy bien cómo me había enseñado el nudo vuelta del pescador que debía haber aprendido en casa de su tutor. Y el día de Navidad, apenas dijo ni una palabra y se dedicó solamente a jugar con aquella cuerda. ¿Qué era lo que su joven mente estaba intentando comprender? ¿Por qué los bebés que habían estado en la casa, luego simplemente se habían volatilizado? O peor aún: ¿habría visto a Ada Chard Williams «manos a la obra»?

Me acordé de la preocupación de la pareja cuando James cayó enfermo y luego empeoró por mi culpa. Habían querido hablar con él; habían sido muy insistentes. ¿Qué querían? ¿Decirle algo? ¿Ver qué es lo que sabía? ¿O quizás habían planeado acelerar su muerte ellos mismos, para

evitar que pudiera acusarlos de algo si se recuperara? James había sido un niño callado y dócil, el típico niño que siempre veía algo u oía algo que no debía. ¿Qué habría pasado en aquella casa que le inquietaba tanto?

Mis piernas cedieron y resbalé hasta el suelo; empujé con la espalda contra la puerta que tenía detrás como si pudiera así triturar de algún modo al *Upir* hasta la extinción. Quería morirme ahí tirado. Lloré a moco tendido. Un tonto roto en pedazos. Era un monstruo. Un *asesino*.

Mi propia locura me había cegado. Nunca me había gustado el pobre chiquillo, desde el momento en que luchó por llegar a este mundo. Pero, ¿cómo había podido ese niño enfermizo que casi acaba con su madre al nacer y que tanto se parecía a su padre traer semejante demencia a mi vida? Deseé que nunca hubiera existido, pues era un recordatorio de un pasado que estaba desesperado por olvidar y que había condicionado todo en mi relación con él.

Se me había caído el velo de los ojos y ya no podía esconderme del horror de la verdad: James me había querido a su modo, callado, y yo no había hecho más que apartarle de mí. Luego, cuando tuvo miedo, fue a mí al que acudió; me había estado intentando contar lo de los Chard Williams. *Vi algo*, había dicho cuando le desperté de sus pesadillas, pero no le había hecho ni caso, dejando que mi propia culpabilidad distorsionara la realidad. ¿Cómo podía haber creído nunca que James pudiera ser una amenaza para mí? ¿Cómo podía haber creído que tenía una parte de mi propio monstruo dentro de sí? Por supuesto que no lo tenía, era solo un niño. Un niño aterrorizado y el hijo de la mujer a la que amaba.

Y yo le había asesinado.

Le había causado una muerte lenta y dolorosa que le había hecho chillar llamando a su madre. Ese chiquillo tan solo quería mi ayuda, que su tío Thomas le escuchara, el tío al que quería, aunque no me lo mereciera.

Por primera vez desde que el *Upir* se apoderara de mí, me vi como lo que realmente era: un asesino frío. Maldito. A pesar de mi arrogancia al juzgar a las mujeres que había asesinado, cortado en pedazos y tirado al río para alimentarlo, ninguna de ellas había merecido morir; y si lo había hecho, debería haber sido a manos del verdugo, no a las mías.

Me levanté como pude y me miré al espejo de la pared. No reconocí al hombre ojeroso y demacrado que me devolvía la mirada. No sabía quién vivía detrás de aquellos ojos tan familiares; solo veía al asesino de niños. A un loco. A un monstruo. El cura había dicho que el *Upir* volvería loco a su huésped, pero yo había estado demasiado lleno de mi propia prepotencia para prestar atención. Debería haberme tirado yo mismo al río en cuanto dejé a Kosminski en Leavesden, mientras la bestia aún estaba débil.

Ahora era demasiado tarde: no me permitiría un final semejante. Me dolían los hombros a causa de su peso y siempre tenía ese pequeño espacio negro en el límite de la visión donde casi podía verlo pero no del todo.

Necesitaba brandy. Necesitaba láudano. Necesitaba opio. Necesitaba olvidar. A pesar de todas las mujeres que había matado, sería James el que me atormentaría el resto de mi vida, siempre que estuviera despierto. Le había asesinado, al niño que había sido la cosa más cercana a un hijo que iba a tener jamás. Le había roto el corazón a Juliana y me había destruido a mí mismo.

A la mañana siguiente, con la ropa hecha unos zorros después de pasar la noche en el antro más sórdido que pude encontrar, cogí un tren a Leavesden. Mis febriles sueños opiáceos habían estado llenos de la cara pálida del niño y sus ojos acusadores, y en mi cabeza todavía podía oír sus débiles gritos de agonía. Cuando por fin salí tambaleándome a la calle, le veía en todas partes, en cada bulliciosa esquina, un niño pequeño y rubio que me observaba al pasar. *No era real*. Estaba *muerto*. En el fondo de mi corazón lo sabía, pues había sido yo el que le había matado,

pero aun así, cada vez que le veía me daba un escalofrío y un pequeño grito escapaba de entre mis labios; hasta que supe que no podría seguir por ese camino. Tenía que devolverlo. Tenía que ir a Leavesden y convencer a Kosminski de que esa era la única solución.

No me dejaron entrar.

Aunque hubiese tenido un aspecto cuerdo, racional y bien vestido, en lugar de sobreexcitado, mugriento y apestoso, era obvio que la educada negativa hubiese sido la misma. Aaron Kosminski no recibía visitas por el momento, ni siquiera en un futuro próximo. Las visitas no eran buenas para su estado emocional. Mientras estaba ahí de pie suplicando en vano, me pregunté qué pensarían los celadores de mi propio estado emocional; aunque a través de mi neblina de miedo y culpabilidad, podía ver su compasión y su preocupación.

Al final, no tuve más opción que regresar a la mugre y el hedor de Londres. Peor aún, podía sentir la fiebre cernirse sobre mí, como si la conmoción de los hallazgos de la víspera estuviera poniendo al *Upir* nervioso y hambriento.

Mataría a una mujer esa noche, y esta vez no la estudiaría por sus crímenes. ¿Ya qué más daba? Detrás de mis ojos, la sangre era ya interminable.

Durante todo el trayecto de vuelta a Londres, James iba sentado, silencioso e inmóvil, en el asiento de enfrente de mí. No le miré.

MORNING POST
LUNES, 19 DE FEBRERO DE 1900

El sábado, en el Tribunal Penal Central, se sentenció a muerte a Ada Chard Williams, de veinticuatro años, por el homicidio de una niña que tenía en acogida y cuyo cuerpo fue hallado en el Támesis a su paso por Battersea. William Chard Williams, el marido de la mujer, fue absuelto.

THE TIMES
MIÉRCOLES, 7 DE MARZO DE 1900

EJECUCIÓN EN NEWGATE – Ayer por la mañana fue ejecutada en Newgate Ada Chard Williams, de 24 años de edad, que fue condenada en el Tribunal Penal Central por el homicidio premeditado de Selina Ellen Jones, una niña que habían dejado a su cargo. En la ejecución estuvieron presentes el teniente coronel Milman, alcaide de las cárceles de Newgate y Holloway, el subcomisario Metcalfé, en representación del Comisario en Jefe del municipio de Londres, el doctor Scott, oficial médico de Newgate y Holloway, y otros oficiales. Billington fue el verdugo. Después se celebró una vista en la Sala de Sesiones de Old Bailey, ante el Sr. Langham, juez de instrucción de la ciudad. El teniente coronel Milman prestó declaración y dijo que la ejecución se había llevado a cabo satisfactoriamente. La muerte fue instantánea. La prisionera no confesó. El jurado emitió el veredicto habitual.

Viví la mayor parte del tiempo en la oscuridad, sucumbiendo a lo que ya ni siquiera podía fingir resistirme. La noche se había convertido en mi mundo; ya no podía soportar la luz del día ni a los que vivían una vida normal en ella. Era demasiado luminosa y demasiado ruidosa, y en mis raros momentos de claridad sobria era un recordatorio demasiado doloroso de todo lo que había perdido.

Contraté a una mujer (no a una Sra. Parks, sino a una criatura sencilla que necesitaba el dinero) para que se dedicara a comprar lo que pudiera necesitar de ese extraño mundo exterior. Hubo personas, en su mayoría excolegas del hospital de Westminster, que aún intentaron ir a verme, pero rara vez les abría la puerta y cuando lo hacía, decía tener dolor de espalda y estar enfermo para deshacerme de ellos cuanto antes. Incluso con el hospital tan cerca, el flujo de visitas acabó por convertirse en un goteo mientras el mundo seguía adelante sin mí. Solo Henry Moore siguió insistiendo en sus intentos de proporcionarme compañía y, en las raras ocasiones en que accedí a verle, pude ver que estaba preocupado por mí. Por mucho que intentara adoptar la apariencia del hombre honrado y respetable que una vez fui, siempre se me quedaba justo fuera del alcance. Era una pobre imitación de mí mismo y Henry Moore era un hombre demasiado listo como para no darse cuenta. Nuestras cenas eran breves y me escapaba de ellas encantado. Ahora odiaba a Moore de alguna manera, no por lo que había hecho sino por lo que era. Era todo lo que yo tan desesperadamente quería ser: cuerdo, con la conciencia limpia y lleno de ganas de vivir.

Tomaba demasiado opio y demasiado láudano, y bebía cualquier otra cosa que pudiera ahogar el último resquicio diminuto de decencia en mi interior que gritaba y se retorció ante el horror de mi existencia y me atormentaba con visiones de James. Ya no le temía a la sombra negra que veía por el rabillo del ojo. Había aceptado que el *Upir* y yo nos habíamos convertido en un solo ser, pero cada avistamiento del niño muerto me llenaba de un miedo terrible. Me lo encontraba en los lugares más insospechados: en el rellano de las escaleras, o veía sus zapatos y piernas en mi armario como si estuviera escondido detrás de la ropa, y en un millar de sitios más, y siempre cuando menos me lo esperaba. No me acostumbré a su imagen, incluso con el convencimiento de que el chiquillo no podía ser real.

Rara vez dormía, ni siquiera cuando estaba agotado y las drogas habían extendido sus tentáculos por todo mi cuerpo. ¿Podía ser que aceptar al *Upir* me hubiese hecho renunciar a esa pequeña misericordia y el infierno hubiera venido a buscarme pronto? Había veces en que me preguntaba si en realidad no estaría muerto, pues mi abyecta existencia, tan anegada en sangre, era en verdad un infierno; apenas podía imaginarme uno peor. Los días y semanas se difuminaron hasta convertirse en uno solo, y mi única noción real del tiempo era la evolución de las temperaturas y la mayor longitud de los días mientras esperaba a que cayera la noche, cuando podría esconderme en la oscuridad.

Me había vuelto depravado. No existía otra palabra para describirlo. Ya no podía seguir

negando que los deseos del *Upir* se habían convertido en los míos. Donde en el pasado mis crímenes me repugnaban, ahora empezaba a gozar del momento del asesinato y de los dulces placeres que venían a continuación. No me limitaba a Whitechapel en mi búsqueda de presas; no me arriesgaría a atraer tanto la atención como Hebbert por trabajar únicamente en esas calles pecaminosas. Lo que más le gustaba al *Upir* eran los sin techo y los errantes inmigrantes del este de Europa; se regodeaba en el sabor de sus órganos blandos cuando me atiborraba la boca de ellos.

No todas mis víctimas iban al río. La mujer que había matado Hebbert ya no estaba sola en su tumba al fondo del jardín. Sabía que George empezaba a sospechar de mis actividades, pues había sido testigo de la salvaje energía que exudaba después de cada asesinato, y a cada viaje me pedía más dinero. Empezaba a pensar que en breve tendría que encargarme de él también. El miedo que alguna vez pudo infundirme, hacía mucho que había desaparecido; ahora era él el que me miraba con recelo, con el instinto de supervivencia aguzado tras una vida en las callejuelas del East End.

A veces me preguntaba si ahora mataba tanto para mí como para el demonio que llevaba a la espalda. Era tan difícil de saber cuando tenía las manos apretadas alrededor de un cuello y sentía la oleada de emoción recorrer todo mi cuerpo. La energía transferida de la bestia era una droga en sí misma.

Quizás era bueno que ya no durmiera, pues esos días el sótano siempre necesitaba una limpieza. Tenía los dedos en carne viva de la lejía y el jabón con fenol.

Si solo pudiera limpiar mi alma con tanta facilidad.

En muchos aspectos se culpaba a sí mismo. Se había zambullido en su nuevo trabajo con tanto vigor que le había quedado poco tiempo para ir a ver a su viejo amigo, aunque sabía que hacía tiempo que Thomas Bond que no era el mismo.

Esa noche, el aspecto y el comportamiento del doctor le habían impactado. Farfullaba al hablar y tanto su ropa como su pelo estaban desaliñados, hasta el punto de que, incluso en los restaurantes más básicos que Moore prefería, el desagrado del camarero había sido evidente. Bond apenas había tocado su comida, pero bebió demasiado vino y brandy antes de quejarse de algún malestar y salir del lugar tambaleándose.

Moore le había seguido y le había ayudado a subir a un coche de caballos. Luego lo observó desaparecer hacia Westminster antes de encender un cigarrillo y dirigirse caminando, aún sobrio, hacia su propia zona de la ciudad. No era un hombre predispuesto a tener pensamientos fantasiosos, pero Bond parecía rodeado de un aire a muerte, casi como si emanara de los poros de su piel. Moore pensó que incluso podría afirmar que Bond exudaba una sensación tanto de obsesión como de resignación ante su inminente final (pues su final se acercaba, de eso no tenía ninguna duda). Thomas se había vuelto de un delgado casi esquelético e iba muy encorvado, quizás para aliviar el incesante dolor de espalda que le había estado torturando durante todo el año. Además, tenía una permanente tos flemática de la que parecía no darse ni cuenta. Estaba muy lejos de ser el hombre que le había escrito el informe sobre Jack el Destripador hacía una década, el hombre al que había elegido como su forense siempre que podía. Ese hombre había sido serio, sobrio y agudo de mente. Este «nuevo» Thomas Bond no tenía nada que ver con aquel.

¿Podría ser que algún tipo de daño cerebral estuviera provocando estos cambios? se preguntó mientras disfrutaba del aire frío y seco de la noche. ¿O estaba Bond pasándose con el láudano?

Fuera lo que fuera, no era nada bueno y le dejó a Moore un regusto amargo en la boca. Todavía estaba enfadado por el inesperado suicidio de Andrews. Odiaba que se hubiera ido sin dejar siquiera una carta de explicación, dejando solo otro misterio sin resolver detrás de sí. Andrews se había ido y Moore sabía (pues era un hombre que no podía evitar la dura e innegable realidad cuando la tenía ante los ojos) que Bond sería el siguiente de su pequeño grupo en caer víctima de la guadaña.

Por su parte, él no se sentía viejo. Era un hombre que vivía el momento; no le daba vueltas al número de años que le quedaban por vivir, como hacían tantos otros al envejecer. Había visto los suficientes cadáveres como para saber que la duración de la vida no podía medirse así. Estar vivo y sano ese día, conseguir llegar a la comodidad de su cama y a la esperanza de despertar a la mañana siguiente; eso era todo lo que debía desear un hombre. Y en su nuevo puesto Moore se estaba sintiendo más vivo que en mucho tiempo, pero su renovado entusiasmo por la vida estaba dolorosamente reñido con la extraña deriva de su viejo amigo hacia el final de la suya. Estaba

claro que Bond ya no quería su amistad, que había acudido a esa cita solo porque se sentía obligado en cierta medida, pero eso no significaba que Moore le fuera a abandonar. Bond no era él mismo, y si la vida que le quedaba (fuera cual fuera) iba a vivirla con alguna comodidad, necesitaría tener cerca a los que se preocupaban por él.

Había andado enérgicamente, como era su estilo, pero aun así, para cuando llegó a la puerta de su casa, tenía las puntas de los dedos insensibles y le moqueaba la nariz; se alegró de entrar al calorcito. Sin embargo, aún tenía la mente puesta en Thomas Bond, así que se sirvió una bebida y se instaló delante del escritorio. Igual la muerte de Andrews había sido la gota que colmaba el vaso, la que por fin había hecho que se derrumbara. Moore no era ningún tonto. Sabía lo que el doctor sentía por la hija de Hebbert y, si alguien podía ayudarle ahora, era ella. También se preguntó si Bond les habría escrito en algún momento para contarles lo del caso Chard Williams; había esperado que Juliana volviera para el veredicto y la ejecución. Una vez más se maldijo por haber tenido la mente tan ocupada; estaba tan centrado en su trabajo que había dejado muchísimas cosas de lado. Había creído la palabra de Bond cuando dijo que escribiría a los Kane, pero luego se había olvidado del tema por completo.

Estaba cansado, pero sabía que si se iba a la cama sin haber tomado algún tipo de cartas en el asunto, sería incapaz de conciliar el sueño. En lugar de encontrarse de vuelta en la mesa a alguna hora intempestiva, prefería hacerlo ahora y ser capaz de hundirse en el olvido con todo el trabajo del día terminado. Escribiría una carta y la enviaría por la mañana.

Con la decisión tomada, sacó una hoja de papel bueno del cajón superior y lo colocó sobre la plantilla secante. No le llevaría mucho tiempo. Era un hombre de lenguaje claro y sencillo en todas las formas de comunicación. Cogió la pluma.

Querido Sr. Kane,

Espero que no considere esta carta una imposición, ya que no nos conocemos mucho, pero creo que debo escribirle con relación a dos asuntos, el del reciente caso de la mujer Chard Williams, declarada culpable del homicidio de una niña hallada en el río, y el tema más personal de la salud, tanto física como emocional, del Dr. Thomas Bond, Le daré los detalles a continuación, pero deseo que sepa que solo le paso la información y no espero ninguna acción por su parte aparte de que informe a su mujer como mejor le convenga y que la permita decidir si ponerse en contacto con Thomas Bond o no...

NUEVA YORK. ENERO DE 1901
EDWARD KANE

Edward había esperado a que terminaran las celebraciones navideñas antes de compartir el contenido de la carta de Henry Moore con Juliana. Habían sido unas fiestas maravillosas, llenas de cenas, nuevos amigos y risas, y por primera vez en mucho tiempo Juliana había brillado como solía hacerlo en la euforia de principios de su amor. Ella había compartido con él la razón de su alegría en Nochebuena, mientras colocaban los regalos bajo el árbol cargado de adornos.

—Tengo otra cosa para ti—había dicho, incapaz de borrar la sonrisa de sus ojos danzarines—, pero está demasiado bien envuelta para que la veas por el momento.

—¿Demasiado bien envuelta?—Edward había paseado la vista por toda la habitación, confuso, hasta que ella había cogido su mano y se la había colocado sobre el vientre.

Él la había mirado intrigado por un instante antes de darse cuenta de lo que le quería decir. Su corazón dio un salto de alegría.

—¿Quieres decir que vas a... que *vamos a...*?

—Sí. Vamos a tener un bebé.

Había dado un grito de felicidad, ahí mismo sobre la alfombra, y ella se había reído al ver su alegría infantil, y luego se habían reído juntos y se habían besado y se habían reído un poco más. La felicidad estaba volviendo a su familia. Nunca olvidarían a James, eso no era posible, pero esta era una nueva vida, un nuevo bebé al que querer y alimentar y cuidar, un bebé de los dos. Había un objetivo en la vida otra vez y Edward podía ver a Juliana recuperar la vitalidad a pasos agigantados. Hicieron planes y hablaron de todos los juguetes y libros con los que llenarían el cuarto del bebé. La Navidad fue maravillosa.

Había pensando simplemente quemar la carta y fingir que nunca la había recibido. Londres pertenecía al pasado más lejano y era un lugar que ahora estaba lleno de recuerdos tristes. Ahora Nueva York era su casa. Charles Hebbert nunca había vuelto a ser el mismo del todo desde que se fue de Inglaterra y, después de una breve estancia en Nueva York, había regresado a Australia a seguir allí con su vida; a todos los efectos, estaba muerto para ellos. ¿Para qué iba a compartir con ella más malas noticias de su país natal?

Pero no podía echar el tiempo atrás y no leer esas palabras, y tampoco podía introducir semejante secreto en su matrimonio. Algunos hombres lo harían, sin duda, pero bueno, algunos hombres no estaban casados con Juliana. Una vez que el mundo se hubo instalado en el nuevo año y el frío de febrero se apoderó de la ciudad, Edward se decidió a sentar a Juliana y contarle con suavidad el contenido de la carta de Moore. Odió la expresión de horror que cruzó su cara cuando se enteró de los horribles crímenes de Ada Chard Williams, y cuando se dio cuenta del significado de las pesadillas y las palabras delirantes del pequeño James. Y luego, una vez que hubo digerido eso, le relató la preocupación de Moore por Thomas Bond.

—No cree que le quede mucho de vida—dijo—. Creyó que debías saberlo.

Durante un tiempo Juliana no dijo nada, pero Edward le había pasado la carta, a sabiendas

de que querría leerla por sí misma. Al final, ella vino y le encontró en la oficina.

—No puede morir solo—dijo Juliana. Llevaba la barbilla alta y desafiante y su voz sonó fuerte y firme. Edward conocía bien a esta Juliana, esta no era una mujer a la que pudiera hacer cambiar de opinión si ya había tomado una decisión—. Quizás si tiene amigos cerca ni siquiera se muera. Debemos ir a Londres.

—Pero, ¿en tu estado?—preguntó Edward. Su tripa ya empezaba a mostrar los signos de una nueva vida—. Puede que debamos esperar a que nazca el niño...

—He pensado en eso—dijo.

—¿Ah sí?—Edward se recostó en la silla y sonrió. Por supuesto que lo había hecho. Juliana no había ido allí a pedirle permiso para nada, había ido allí a contarle lo que iban a hacer. Dios, cómo quería a esa mujer. Daba gracias al buen Dios todos los días simplemente por haberla traído a su vida, incluso en tan oscuras circunstancias. Era su Juliana (ya lo había sido, incluso antes de conocerse por primera vez, independientemente de lo mucho que Harrington la hubiera querido) y él la apoyaría y haría todo lo que pudiera para hacerlos felices a ella y al hijo que iban a tener juntos. Incluso si eso significaba un viaje a Londres y al pasado.

—Podría tener al bebé allí—dijo ella—. Me gustaría.—Se le suavizó la mirada y un velo de tristeza oscureció sus ojos—. Me gustaría enseñarle a James su hermanito o hermanita. Creo que eso...—Pugó por encontrar las palabras adecuadas—. Creo que eso mejoraría las cosas—dijo al fin.

—Entonces, eso es lo que haremos—dijo él, levantándose de la mesa y abrazándola con fuerza—. Iremos a Londres y cuidaremos de Thomas Bond y tendremos a nuestro bebé allí. Pero debes ver a un médico antes, y creo que no iremos a ninguna parte durante un mes o así. Primero asegurémonos de que nuestro bebé pueda viajar sin problemas.

Juliana sonrió al oírle y lloró un poco y luego se besaron y el calor que había entre ellos y que nunca se había debilitado se volvió urgente, así que Edward cerró la puerta con llave y cerró las persianas y se amaron lentamente y con suavidad allí mismo, sobre el escritorio. La vida era buena. Irían a Londres y se despedirían del pasado. Era el momento de concentrarse en el futuro.

Las cosas estaban cambiando. Podía sentirlo. El *Upir*, tan fuerte ahora que se daba atracones regulares con los productos de mis crímenes, empezaba a inquietarse. Podía sentir su impaciencia, su anhelo de frescura. Y yo sabía por qué: después de todo, yo estaba acabado. Me arrastraba por la existencia, una marioneta de la cosa que llevaba a la espalda, ya no me quedaban ganas de luchar. Me había empezado a dar cuenta de que el *Upir* sacaba tanto placer de la destrucción de su huésped como de las muertes de otros. Ya no sacaba ninguna diversión de mí. También sabía que cuando la bestia siguiera su camino, la cosa no acabaría bien para mí, pero descubrí que eso me importaba bien poco. Estaba cansado; quería que terminara todo aquello. Deseé que toda mi triste existencia llegara a su fin. Había empezado a salir durante el día; intentaba relacionarme con gente, con la esperanza de que la criatura eligiera a alguien y siguiera su camino con esa persona, pero no lo hizo. En vez de eso, sufrí su creciente rabia y frustración pues nadie cumplía con cualesquiera extraños requisitos que la bestia exigía.

En esos días, los asesinatos eran más brutales. Apenas me afectaron.

La primera emoción humana que sentía en mucho tiempo había sucedido esa mañana, cuando recibí una carta de Juliana: ella y Edward Kane estaban en Londres y deseaban verme, pues habían oído que no andaba bien de salud y eso la hacía infeliz. Quería cuidarme hasta que recuperara la salud y luego quizás convencerme para que volviera a Nueva York con ellos hasta que fuera yo mismo otra vez. Me quedé ahí mirando la delicada hoja de papel y recorrí con los ojos sus palabras una y otra vez. *Juliana*. En Londres. *Aquí*. Me invadió un repentino terror. ¡No podía venir aquí! Era lo único bueno que me quedaba en la vida, incluso después de haber destruido tanto de la suya, y aunque ardía en deseos de verla, sabía que no podía hacerlo. Mientras el corazón me latía a toda velocidad y me temblaban las manos, sentí el frío nerviosismo de la criatura a mi espalda y el terror me superó, pues estaba claro que había encontrado un nuevo placer, una nueva forma de mofarse de mí. Mi amor por Juliana era todo lo que me quedaba de mi antiguo ser y tuve la completa seguridad de que si Juliana venía a verme, el *Upir* me obligaría a llevarla al sótano. Pero yo no haría eso. *No lo haría*.

Fui a mi estudio y me senté, temblando, delante del escritorio. Henry Moore debía de haberle dicho que yo no estaba bien, era la única explicación. El odio que sentía por él ardía al rojo vivo y luché por controlarlo. Tenía que dominar mis sentimientos (la gran mayoría de los cuales estaba seguro que no eran en absoluto mis propios sentimientos sino la maldad del *Upir* que corría por mis venas). Tenía que hacer acopio de mis últimas energías, los últimos posos del hombre que una vez había sido el Dr. Thomas Bond, respetado médico y forense de la policía. Tenía que centrarme.

Por primera vez en mucho tiempo no eché mano de la botella de brandy ni del láudano, aunque los deseaba a rabiar. Necesitaba pensar. Ya no se trataba de mi propia supervivencia; se trataba de la de Juliana. Necesitaba claridad; y también necesitaba liberarme de mis secretos,

enfrentarme a la creciente lista de pecados mortales de los que me escondía con las drogas y el alcohol.

Juliana estaba en Londres y el *Upir* la quería. Eso no podía ocurrir. Si iba a protegerla, necesitaba separarme del demonio, aunque fuera solo en mi mente. Pensé en el cura y en la manera en que había arrancado a la criatura de la espalda de Harrington. Necesitaba ver a la bestia que se aferraba a mí si quería luchar contra ella. Más tarde iría a los antros, no para fumar (aunque me daban retortijones en el estómago por la abstinencia) sino para ir en busca de ese opio especial que habíamos utilizado hacía tantos años. Me retraje a un rincón fresco de mi mente, lejos del calor y las emociones que el *Upir* me provocaba, y me escondí dentro de mí.

Me quedaban largas horas por delante antes de que pudiera aventurarme al este y sabía cómo tenía que ocuparlas. Tenía que sacarme la maldad de dentro, ya fuera con una advertencia o una confesión, quizás ambas. Tenía que dejarlo todo por escrito para que quedase constancia cuando yo ya no estuviese. Y lo dejaría a la atención de Henry Moore, el hombre más fuerte, más racional, de todos los que conocía, para que hiciera con ello lo que creyera más oportuno. Sabía exactamente por dónde empezar: en aquel lúgubre día de octubre de 1888 cuando, atormentado por el insomnio y la ansiedad, me llamaron para ir a Whitehall.

Los recuerdos volvieron de golpe como una inundación y pude ver los acontecimientos del aquel día como si hubieran ocurrido la víspera. Extraje un diario en blanco de una balda y, una vez que conseguí que mis manos dejaran de temblar, comencé a escribir.

—¿Cuánto queda?—Los brillantes rayos de sol que se colaban por las rendijas del edificio en obras por fin empezaban a decaer, dejándonos en una penumbra fría y gris que sentía húmeda al contacto con mi piel.

—Un poco más, Dr. Bond—dijo Hawkins. El detective tenía una expresión seria—. Está en el sótano.—Levantó un poco la lámpara—. Tenemos suerte de que la hayan encontrado.

Como todos los integrantes de la pequeña comitiva, avancé a gachas bajo los oscuros arcos y bajé por la escalera de un piso subterráneo al siguiente, en un silencio marcado únicamente por el repiqueteo de unos zapatos que se movían con urgencia. Estoy seguro de que no era el único que sentía claustrofobia en aquella oscuridad (especialmente sabiendo lo que nos esperaba en las entrañas del edificio) y también de que en parte teníamos tanta prisa por concluir nuestra búsqueda para salir de allí lo antes posible.

Los obreros de la calle ya habían acabado su jornada, por lo que el silencio era inquietante. Estábamos muy abajo y, rodeado de aquellos muros húmedos y rugosos, no podía sacudirme la sensación de estar en una tumba en lugar de en el sótano sin terminar de lo que iba a ser la nueva Sede Central de la Policía. Pero quizás lo estaba, en una tumba involuntaria, por supuesto, pero en cualquier caso un lugar donde descansaban los muertos. Me estremecí. Últimamente había habido demasiadas muertes, incluso para alguien como yo, acostumbrado a todas sus formas. Empezaba a temer que pronto esta ciudad estaría manchada para siempre de sangre muerta y fría.

Por fin bajamos el último tramo de escaleras y llegamos al sótano. Era hora de ponerse a trabajar.

—Lo trajeron aquí antes de abrirlo—dijo Hawkins, de pie ante un bulto en el suelo— porque había mejor luz para verlo.—El capataz y el pobre carpintero que habían encontrado y desenvuelto el paquete guardaban las distancias y arrastraban los pies, manteniéndose bien lejos de lo que había a los pies del detective. Cuando lo vi, entendí por qué.

—Dios santo—murmuré. Después de los asesinatos de las últimas semanas creía que todos seríamos ya inmunes a ese tipo de conmoción repentina, pero al parecer no era así. Se me

retorcí el estómago como manteca y procuré detener el ligero temblor de mis manos. Otro asesinato macabro en Londres. ¿Acaso no habíamos visto ya suficientes? El paquete que habían encontrado los obreros medía unos setenta y cinco centímetros. Estaba envuelto en papel de periódico y atado con hilo de bramante barato, cuyos extremos colgaban ahora deshilachados por donde los habían cortado para revelar su espeluznante contenido.

—No lo hemos tocado desde entonces—explicó nervioso el capataz, un tal Sr. Brown—. Fuimos a por un agente inmediatamente, eso hicimos, y él se quedó con el paquete hasta que trajimos al detective. No lo hemos tocado.

No hacía falta que se repitiera para convencerme. Aparte del nauseabundo hedor a putrefacción que ahora impregnaba el aire, ¿quién querría tocar eso? Al torso de la mujer le faltaban los brazos, las piernas y la cabeza, y por toda su superficie y asomando por los bordes cortados, un mar de gusanos y larvas se retorcían y reptaban los unos sobre los otros luchando por hincarle el diente a la carne muerta. En el silencio del sótano, se oía el sonido resbaladizo y húmedo que hacía la furiosa marea de gusanos. Aquí y allá caían sueltos al suelo negro.

Hice un esfuerzo por reprimir un escalofrío de asco. Quienquiera que fuese aquella mujer (porque a pesar de los traumatismos era evidente que se trataba del torso de una mujer) su muerte no era reciente.

Me agaché para examinar de cerca el cuerpo destrozado. Me incliné y acerqué la luz para echar un vistazo a la cavidad más grande. Lo poco que quedaba de sus entrañas era un desastre: quienquiera que hubiera hecho aquello no se había contentado con amputarle las extremidades. También le había extraído gran parte de los intestinos y los órganos internos femeninos. El asesino se había tomado su tiempo.

No me di ni cuenta del paso de las horas y ni de cómo se fue haciendo de noche mientras garabateaba; a mi mano le costaba mantener el ritmo de la terrible historia que se iba desplegando en aquellas páginas. Reviví cada paso del maldito viaje que había realizado, sin dejar nada fuera. En algunos momentos de mi relato me eché a llorar, ruidosos y violentos sollozos que me empañaban la visión y derramaban gotas saladas que hacían que la tinta se corriera, emborronando unas palabras con otras. Pero no paré hasta que hube descrito hasta el último detalle de mi vergüenza para ser leída por quienquiera que abriera ese libro. Cuando terminé, me apoyé sobre el respaldo de la silla, con calambres en la mano y en la espalda después de semejante tarea; pero sentía el corazón más ligero. Me había enfrentado a mi lento declive y me sentía mejor por ello.

Metí el diario en un sobre y lo remití a la atención de Henry Moore en caso de que yo falleciera. No habría más asesinatos. El sótano iba a permanecer limpio. De un modo u otro, el *Upir* y yo habíamos acabado. El pequeño Kosminski había conseguido matarlo de hambre y yo haría lo mismo. Tenía que proteger a Juliana. Tenía que mantenerla a salvo.

Cuando la noche envolvió la ciudad, me aventuré a salir. La bestia se retorció en mi espalda como si pudiera sentir mi rebelión, pero me mantuve firme en mi decisión, incluso cuando pasé por al lado de las mujeres que me llamaban desde los portales, en busca de un cliente y completamente inconscientes de estar jugando con su propia muerte. Llevaba un gran monedero de dinero encima, pero no era para ellas. El Chi-Chi que me había vendido la extraña droga por primera vez hacía mucho que había desaparecido o muerto, pero habría otros, no me cabía duda. Los orientales tenían conocimientos distintos de los nuestros y si uno de los Chi-Chi sabía de la droga que aumentaba la capacidad de ver de los hombres, entonces no me podía creer que fuera el único en conocerla.

LONDRES. 5 DE JUNIO DE 1901

EDWARD KANE

—Hemos ido a verle varias veces en los últimos días—dijo Edward, caminando arriba y abajo por el salón de su suite—y nunca contesta. Sus vecinos dicen que no le han visto en semanas, aunque oyen idas y venidas por la noche.

Henry Moore fumaba y escuchaba, con el ceño fruncido.

—No está bien. Tampoco ha contestado a las notas que yo le he dejado.

—Pero, ¿qué podemos hacer?—Juliana se abanicó, acalorada y nerviosa y agobiada por el peso del niño que ya estaba casi a punto de nacer—. Esto no puede seguir así. ¿No podría recurrir a alguno de sus colegas policías para que nos ayudaran a entrar en la casa?

—No es imposible... hay muchos hombres en el Cuerpo que le deben favores a Thomas Bond. Pero entrar a la fuerza en casa de un hombre respetable sin una razón de peso...—Hizo una pausa y luego continuó—: Podría hacer más mal que bien. No creo que le sentase muy bien la intromisión.

—No me importa molestarle, Sr. Moore—dijo Juliana—. Me importa solo su bienestar.

—En eso tiene razón.—Moore le sonrió—. Déjelo de mi cuenta. Veré quién nos puede ayudar y les diré algo esta tarde. Sin embargo, no podremos hacer nada hasta mañana por la mañana como muy pronto.

—Mañana es lo suficientemente pronto—dijo Edward, aliviado. Le estrechó la mano a Moore—. Y le debemos un gran favor. Sé que es un hombre muy ocupado.

—No, no me deben nada. Mi problema es que suelo estar demasiado ocupado o distraído por el trabajo—dijo—. He descuidado a mi viejo amigo y me siento mal por ello.—Se puso en pie—. Han hecho un largo camino para ver a Thomas—miró a Juliana—y en un momento en el que deberían estar concentrados en otras cosas. No les daré más preocupaciones. Conseguiré que entren en esa casa.

Después de que Edward acompañara al expolicía a la puerta, Juliana preguntó por enésima vez:

—Pero, ¿por qué no nos deja entrar? Somos sus amigos.

—Tú lo eres, cariño.—Edward sirvió una taza de té y se lo llevó a su mujer—. ¿Yo? Quizás no. Después de todo, le robé la mujer a la que quería. Puede que no quiera que le vea débil y viejo.

—Eso no es propio de Thomas. Es un buen hombre, un hombre amable. Siempre lo ha sido.

—La enfermedad cambia a las personas—dijo Kane. Aunque no quería disgustar a Juliana, ya se estaba arrepintiendo del viaje. Andrews estaba muerto. Bond estaba enfermo y había algo profundamente agobiante en la ciudad que no podía quitarse de encima. No estaba durmiendo bien y, mientras yacía despierto con la mano sobre el abultado vientre de Juliana, consolándose con las pataditas del bebé, pensaba que si le pasara algo a ella o al niño nunca se lo perdonaría.

Ignoraba de dónde le venía ese miedo. Juliana había disfrutado de una salud perfecta durante

toda la gestación, no como cuando había estado embarazada de James, y el viaje no le había causado problema alguno. Estaban alojados en uno de los hoteles más finos de Londres y no les faltaba de nada. No corrían ningún peligro, pero aun así le hormigueaba la piel, como si fuera una premonición. El amor que una vez había sentido por Londres había desaparecido. Anhelaba estar de vuelta en la mugre de Nueva York.

—¿Intentamos ir a verle otra vez?—preguntó Juliana—. ¿Hoy?

—Esperemos a ver qué dice Moore. Yo propongo que nos tomemos un día libre para nosotros.

—Podríamos visitar la tumba de James—dijo Juliana con voz queda—. Y quizás la de Walter Andrews.—Echó un vistazo por la ventana—. Mientras el tiempo siga siendo tan agradable.

A Edward le parecía que el ambiente estaba pegajoso. Había tenido la esperanza de dar un paseo por el parque y luego cenar temprano y volver al hotel para pasar una velada tranquila, pero parecía que no iba a poder ser. Juliana quería ir a los cementerios. Se estremeció, sin ningún motivo. ¿Por qué se sentía tan abrumado ante la presencia de la muerte? ¿Por qué no conseguía quitarse esa sensación?

—Si eso es lo que quieres,—se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla, disfrutando del aroma y la suavidad de su piel cálida—eso es lo que haremos.—Sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

Edward deseó tener ganas de sonreír.

Estaba tumbado entre mis apestosas sábanas, haciendo caso omiso de las laceraciones que cubrían mi piel. Necesitaba la agonía para distraerme de aquella hambre tan horrible. Estaba cada vez más débil, no solo en cuerpo, sino también en alma. Lo sabía. Había dejado a la bestia hacerse tan fuerte que había poco que pudiera hacer para luchar contra ella.

Me incliné hacia un lado para coger la pipa y los verdugones de mi espalda aullaron de dolor cuando las costras se tensaron y levantaron al moverme. El hedor del pus confirmó mis sospechas: los cortes estaban infectados. Temblando, preparé la cazoleta y di una profunda calada. No había conseguido la misma claridad que cuando había tomado esta extraña droga la otra vez, pero sí aliviaba el dolor y me tranquilizaba y estaba seguro de que ayudaba a distanciar al verdadero yo del rabioso *Upir*. Aunque yo me alegrara de que los cortes estuvieran infectando mi sangre, la criatura no estaba contenta en absoluto. Deseé con toda mi alma que el ardiente calor que me recorría todo el cuerpo fuera un síntoma del envenenamiento que podría acabar conmigo de una vez por todas. Y si no me encontraba nadie, entonces el *Upir* por fin se moriría. Él podía sentirlo también y me estaba costando toda mi fuerza de voluntad mantenerme pegado a la cama y no sucumbir a su ira y emprenderla a golpes por toda la habitación.

Cuando lo vi por primera vez al volver a casa con el opio, me había afectado menos de lo que esperaba. De hecho, fue casi un alivio: no estaba loco, no me había inventado nada de esto. Era tan víctima como Harrington o Hebbert o todas las pobres mujeres muertas que habíamos dejado a nuestro paso. La espantosa criatura maligna que pude ver a mi espalda era prueba de ello. Había crecido desde la primera vez que la vi sobre Harrington; sus ojos rojos tenían más sentimiento y estaban llenos de una terrible maldad. Cuando me ponía de lado podía ver los tumores bulbosos de su cuerpo deforme y las sombras azules que se extendían desde mi propia piel en las zonas en las que estábamos conectados.

Volví al East End y le pagué a una mujer especializada en placeres extremos para que me hiciera cortes en la espalda con un cuchillo. Tenía la esperanza de descolocar ligeramente al *Upir*, y quizás incluso hacerle más propenso a saltar sobre otra persona. Pero siguió ahí aferrado, aunque se retorció y siseó a mi espalda mientras el trapo que me había metido en la boca amortiguaba mis gritos de agonía. Mi propia sangre le encolerizaba y, si no hubiera sido por el terrible dolor del cuchillo al cortarme piel, probablemente me hubiera dado la vuelta y hubiese estrangulado a la mujer ahí mismo antes de desgarrar su cuerpo y devorar sus órganos internos.

Me fui a casa dando tumbos y al cerrar la puerta me colapsé sobre el suelo, donde me quedé tumbado, semiinconsciente y sangrando durante varias horas. Cuando volví en mí, frío, dolorido y con un atroz dolor de cabeza, había otro sobre esperándome. Juliana había vuelto a venir. Lo miré fijamente y luego me agarré la cabeza con ambas manos. Maldije su insistencia y el amor que sentía por mí (aunque no era el amor que yo tanto había deseado), que la estaba acercando a su perdición.

Me había rendido al *Upir* durante un tiempo excesivo y sabía que había esperado demasiado para cambiar. Mi actual determinación acabaría desintegrándose, de eso no tenía duda, y ¿entonces qué? Podía verlo con gran claridad: abriría la puerta y le diría a Kane que no tenía ningunas ganas de verle, pero dejaría pasar a Juliana. Se horrorizaría por mi aspecto y acudiría a mi lado a toda prisa para ayudarme. Le diría a su marido claramente que volviera al hotel y la esperara allí, cosa que él haría porque la amaba a ella y me respetaba a mí. Entonces la puerta se cerraría y yo la llevaría a la cocina para preparar té y allí la mataría. La mataría y la mutilaría y me comería esas partes de su cuerpo que una vez deseé tocar con tanta ternura, y luego correría hasta que el *Upir* no pudiera utilizarme más. Sabía que todo esto ocurriría si la dejaba entrar porque aunque me repugnaba hasta lo más profundo de mi ser, no podía evitar que se me hiciera la boca agua ante la idea de acabar con su vida y cortar su carne tierna.

Cerré un puño, me lo metí en la boca y empecé a gemir y a balancearme adelante y atrás sobre las caderas como un loco en un manicomio. No podía dejar que aquello ocurriera. No podía. Me quedé mirando la puerta durante largo rato y al fin me puse en pie y respiré hondo. Ya sabía lo que tenía que hacer.

Mientras cerraba la puerta con llave desde dentro, llené mi cabeza con pensamientos inconexos de Juliana, dejando que el *Upir* se pusiera nervioso y se distrajera ante la imagen de su presa final. Entonces me fui a la cocina e hice lo mismo. Subí arriba con las llaves. Me imaginé los ojos aterrorizados de Juliana mientras le apretaba el cuello, y la criatura a mi espalda se retorció de placer y hambre insatisfecha. La había alimentado tan bien que la había vuelto glotona y ahora los dos estábamos hambrientos.

Abrí la ventana de mi dormitorio y de repente lancé las llaves por ella, afuera, al aire veraniego; sonreí mientras la plata lanzaba destellos bajo los rayos del sol y caía hacia la acera allá abajo, tan lejos. La criatura dio un alarido de furia, pero era demasiado tarde. Las puertas estaban cerradas con llave y yo no podía salir. Y lo que es más importante, no podía dejar entrar a nadie, independientemente de lo fuerte que llamaran o lo mucho que suplicaran.

Me tumbé en la cama y fumé más opio, dejando que una tranquila sensación de satisfacción me recorriera todo el cuerpo. Me sangraba la espalda pero no me importaba; eso me debilitaría, que era justo lo que quería.

Y desde luego que me debilitó. A los tres días de meterme en aquella tumba, la poca comida que quedaba en la casa se había agotado. Cuando encontraba energía suficiente, bebía algo de agua, pero la mayor parte del tiempo la pasaba tumbado en la cama con las cortinas cerradas, fumando el extraño opio y debilitándome aún más. La debilidad era una cosa buena. Había momentos en que el deseo de correr escaleras abajo y aporrear la puerta casi podía conmigo. Pensé en romper las ventanas del salón y salir por una de ellas, pero incluso con el hambre del *Upir* azuzándome, a mi cuerpo no le quedaban fuerzas. Me sumí en mi extraño estado febril y en la neblina del opio, y repasé mis recuerdos, buenos y horripilantes, desde mi infancia hasta ahora.

Una vida era muy corta cuando se replegaba sobre sí misma al llegar al final. Todo se reducía a un susurro a medianoche, al eco de una risa. Los años simplemente pasaban a toda velocidad, como un torbellino. Recordé el aburrimiento de mi infancia durante los largos y calurosos veranos, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, estaba en los campos de batalla, salvando vidas más que cobrándolas. Todo había pasado en un santiamén. No le di muchas vueltas a lo distintas que hubieran podido ser las cosas si Harrington no hubiese regresado nunca a Inglaterra. ¿De qué servía eso? Las cosas habían sido como habían sido. No obstante, pensé en el pequeño James y lo equivocado que había estado con él, desde que nació hasta que le asesiné. Conforme aumentaba mi fiebre, le veía a la puerta de mi habitación, de pie, perfectamente inmóvil y

mirándome fijamente, a mí y a la bestia que se retorció en mi espalda. Pero ya no le tenía miedo; en verdad el niño ahora me daba fuerzas. Estaba ahí para impedir que me marchara, para recordarme que si por fin conseguía salvar a Juliana, entonces, quizás, podría redimir alguna parte de mí.

Todo lo que tenía que hacer era quedarme ahí tumbado hasta morir. Dicho así, parecía una tarea fácil, y tenía la intención de llegar hasta el final.

Estaba sumido en una neblina medio delirante, por eso el ruido del piso de abajo tardó un poco en despertarme. El ruido no, *los ruidos*. Me senté y un intenso dolor me recorrió el torso. Estaba empapado en sudor y tiritando. ¿Qué era eso? Salí de la cama, con las piernas temblorosas y poco estables, y me acerqué al rellano. Alguien estaba aporreando la puerta delantera; incluso desde arriba el ruido era fuerte y claro: pesados impactos contra la madera sacudían el sólido marco de la puerta. Eso no era alguien llamando a la puerta. Esto era algo más. Alguien intentando echar la puerta abajo. Se me aceleró el corazón y el *Upir* se retorció de emoción sobre mi espalda, proporcionándole a mi cuerpo debilitado una ráfaga de energía. Volví corriendo a la ventana del dormitorio y la abrí de par en par para mirar afuera. Había dos agentes de policía en la calle, y allí, de pie y un poco retirada, estaba Juliana. Caminaba arriba y abajo por la acera, con la preciosa cara tensa de preocupación. Su intenso pelo pelirrojo relucía bajo los rayos del sol. Mis ojos se posaron en ella y me di cuenta de que estaba en avanzado estado de gestación.

La criatura siseó de anticipación tras de mí. Me invadió un miedo abrumador al sentir que se me hacía la boca agua por la excitación que me transmitía. La casa se estremecía a cada golpe del ariete y yo gemía de terror, no por mí sino por la mujer que esperaba afuera. Estaba a punto de correr escaleras abajo y gritarles que me dejaran en paz, que se marcharan, cuando oí el agudo crujido de la dura madera al astillarse. Estaban entrando. Henry Moore debía de haber organizado esto ante la insistencia de Juliana. Ella sería la primera en entrar, de eso estaba seguro. Y aunque no la hiciera daño ahora, en este momento, en cuanto me hubiese recuperado lo suficiente sabía que lo haría.

Me quedé un momento parado en el dormitorio, de pie ante el espejo. La criatura se estaba retorciendo en mi espalda, deslizaba la lengua alrededor de mi cuello y arriba y abajo por mi cara mientras hacía un ruido sibilante y mojado, y sus ojos rojos lanzaban destellos desde el amorfo bulto negro que era su cuerpo. Era la Muerte. Era la Locura. Era todo en lo que yo me había convertido. Me miré y no vi más que los apestosos y destrozados restos de un hombre con las mejillas hundidas sobre una cara esquelética. Era un hombre que hacía equilibrios al borde de su tumba.

—¿Dr. Bond?

—¡Oh! ¿Qué diablos es ese hedor?

—¿Dónde está?

—¿Dr. Bond...?

Las voces subían flotando desde el piso de abajo mientras me miraba al espejo. Un ruido de pies empezó a resonar por las escaleras.

—¿Thomas...?

¡Juliana! Seguro que le habían dicho que esperara afuera, pero Juliana era muy testaruda. Por un instante, el tiempo se detuvo. El aire se quedó quieto a mi alrededor y me invadió una agradable sensación de tranquilidad. Solo podía hacer una cosa. De repente me moví. Estiré los brazos hacia atrás y me lancé a por el *Upir*, sujeté su viscoso cuerpo empapado por el río, cogiéndolo por sorpresa. Al hacerlo, me tambaleé hacia atrás y empecé a girar sobre mí mismo. Conforme daba vueltas, me fui alejando de la puerta. La bestia me chillaba, pero yo estaba

concentrado en los sonidos provenientes del piso de abajo, que se acercaban más y más. Llegarían a mi habitación en cualquier momento.

Si iba a hacerlo, tenía que hacerlo ya.

Girando y dando tumbos mientras peleaba con el demonio que llevaba a la espalda, me tiré por la ventana abierta del dormitorio.

La luz del sol era preciosa. No cerré los ojos mientras el suelo se acercaba a toda prisa para acogerme entre sus brazos.

—¡Thomas! ¡Oh Dios, Thomas...!

Había muchas caras inclinadas sobre mí. Juliana. Moore. Kane. Intenté desesperadamente respirar, a pesar de la agonía. El mundo no era más que un inmenso borrón. Intenté hablar, decirles que no se acercaran, pero aunque mi boca se movió, no salió palabra alguna, solo un terrible ruido amorfo y mojado de mis pulmones destrozados.

—Llévemole al hospital. Juliana, apártate. ¡Alguien, que se ocupe de mi mujer!—Era Kane, fuerte y apuesto, inclinado imponente sobre mí—. Está bien, Thomas. Todo va a ir bien.

Quise sonreír. Yo era el médico, hacía mucho que era médico, y sabía que esto no iba a terminar bien. Nubes negras empezaban a formarse en los bordes de mi visión y no tenían nada que ver con el día soleado en el que se encontraban los demás. Podía oír a Juliana llorar, pero ya no la veía. Sin embargo, estaba a salvo. Yo la había salvado.

Mi cuerpo agonizante chilló cuando los hombres me levantaron del suelo y empezaron a llevarme al otro lado de la calle, al edificio que tan bien conocía. El cielo rielaba por encima de mi cabeza. Mis huesos rotos rozaban unos contra otros y el dolor era terrible y lejano y casi había acabado. La muerte venía a por mí, pero yo estaba contento. No había matado a Juliana. Ella estaba a salvo.

De pronto di un grito ahogado y mi mano se estiró como un rayo y agarré a Kane del brazo, tirando de él hacia mí con una fuerza que no sabía que me quedaba.

—¿Qué? ¿Qué pasa?—Kane se inclinó hacia delante con la preocupación claramente reflejada en el rostro.

Mientras las nubes oscuras se iban haciendo más grandes, me di cuenta de que no era mi fuerza. Quería gritar, chillar y llorar. Los ojos de Kane llenaron el espacio que quedaba en mi visión, y vi al *Upir* reflejado en ellos, fuerte y ansioso y moviéndose a gran velocidad. Kane abrió mucho los ojos, sorprendido y confuso, cuando sentí aquel terrible peso abandonar mi cuerpo.

Había sido tan estúpido. Había estado cegado por mi propio amor. No era a Juliana a quien quería el *Upir* después de todo. Era a Edward Kane. Y yo se lo había entregado. Mi perdición era total.

THE TIMES OF LONDON
7 DE JUNIO DE 1901
OBITUARIO
D. THOMAS BOND

El ilustrísimo señor D. Thomas Bond, miembro del Royal College of Surgeons y cirujano del Hospital de Westminster, se suicidó ayer por la mañana, en un brote de demencia, saltando por una ventana del tercer piso de su casa, en The Sanctuary nº 7, Westminster. El Sr. Bond estudió en el King's College y en el Hospital King's College, y se convirtió en miembro del Real Colegio de Cirujanos en 1864. En 1865 se licenció en medicina por la Universidad de Londres, en 1866 se licenció en cirugía y fue medalla de oro, y el mismo año se convirtió en Miembro por examen del Real Colegio de Cirujanos. Después de un corto periodo al servicio del ejército prusiano regresó a casa y fue designado cirujano asistente y, en poco tiempo, médico y cirujano del Hospital de Westminster y de la división A de la policía. Debido a este último nombramiento, su atención se dirigió pronto hacia cuestiones médico-legales, en las que en seguida se convirtió en un reconocido experto; ha participado en las investigaciones de casi todos los casos de asesinato importantes desde hace muchos años. También se ha requerido con frecuencia su experiencia en casos reales o supuestos de lesiones sufridas por pasajeros de tren, y tanto la Great Eastern como la Great Western Railway Companies contaron con él permanentemente como cirujano o cirujano consultor. Escribió el artículo sobre «Lesiones Ferroviarias» para el Diccionario de Cirugía de Heath y colaboró ocasionalmente con diversas revistas médicas. La salud del Sr. Bond se había estado deteriorando durante un tiempo y se dice que en los últimos meses sufría de melancolía, una forma de trastorno mental con depresión en la que los intentos de suicidio no son infrecuentes.

MORNING STAR
13 DE JULIO DE 1901
TRÁGICA MUERTE DE UN DOCTOR
UN FAMOSO CIRUJANO DE LONDRES
SE SUICIDA EN WESTMINSTER

El Dr. Bond, famoso médico y colaborador del Departamento Británico de Investigación Criminal, el hombre cuyo nombre ha estado profesionalmente vinculado con prácticamente todos los asesinatos misteriosos y sensacionales de Londres del último cuarto de siglo, se ha convertido en protagonista de su propia tragedia. Se suicidó el 6 de junio tirándose por la ventana del tercer piso de su residencia, en el nº 7 de The Sanctuary, Westminster. Su cuerpo fue transportado al otro lado de la calle, al Hospital de Westminster, en donde trabajó durante veintiséis años, antes de jubilarse en 1899. Había estado sufriendo de melancolía y hacía días que guardaba cama.

El nombre del Dr. Thomas Bond saltó por primera vez a la luz pública como médico legista en el caso De Tourville, en 1875. De Tourville era camarero de un restaurante francés y fue contratado por un viajero inglés con el que visitó varios lugares. El inglés desapareció misteriosamente y De Tourville vino a Londres, entró en el Temple, se hizo abogado, destacó en Scarborough como conde francés, se casó con una joven adinerada y mató a la madre de esta. Pero al principio no levantó sospechas. El cuerpo fue enterrado tras una breve investigación y no fue exhumado hasta que tanto la primera mujer de De Tourville como la segunda murieron en extrañas circunstancias, dejándole a él sus grandes fortunas. En su día, De Tourville había declarado que su suegra se había disparado accidentalmente cuando miraba por el cañón de una pistola. El análisis que el Dr. Bond realizó del cráneo demostró que la habían disparado desde detrás.

Luego vino el caso Wainwright, en el que el Dr. Bond descubrió tres balas incrustadas en el cerebro de la víctima, Harriet Lane, balas que habían sido pasadas por alto en la primera autopsia. Sus investigaciones también llevaron a identificar a la víctima de manera concluyente. En los años siguientes, los conocimientos y la pericia del Dr. Bond fueron utilizados en el caso Richmond (Kate Webster), los asesinatos de Lefroy y Lamson, los crímenes en serie de Whitechapel, y el asesinato de Elizabeth Camp en el ferrocarril, para citar solo algunas de las muchas ocasiones en que Scotland Yard recurrió a él como experto.

Le encantaban los domingos de verano: un desayuno tardío, leer detenidamente el periódico y después, quizás, un paseo. Esta mañana había hecho las dos primeras cosas, pero ahora miraba el diario que descansaba sobre la mesa de la cocina entre los platos vacíos. La puerta estaba abierta y una brisa cálida danzaba a su alrededor. Aunque ya sabía a quién había pertenecido el libro, era difícil estropear su buen humor en un día tan glorioso como este.

Le habían traído el sobre, aún sellado, después de que Juliana empezase con la tarea de limpiar la casa de Bond. Les había dejado la casa en herencia a los Kane, lo cual fue tan sorprendente para Juliana y Edward como para cualquier otro; y ahora ella deseaba devolverle su antiguo esplendor antes de alquilarla o cerrarla para utilizarla en sus futuras visitas a Londres. Se iban a quedar en la ciudad por lo menos hasta que naciera el bebé, a lo mejor más. Edward Kane, normalmente tan robusto y saludable, había tenido fiebre y aún estaba en cama, y Juliana ya había contratado a una niñera para ayudarla cuando el bebé naciera. Después de la pérdida de James, a Moore no le sorprendió que quisiera quedarse en Inglaterra hasta que su nuevo hijo tuviera la edad suficiente para viajar sin riesgo, así que la enfermedad de Kane, siempre y cuando se le pasase, era un regalo del cielo.

Estaba impresionado con Juliana. Se había mostrado estoica ante la muerte de Bond; había organizado con gran eficacia su funeral a pesar de su propio dolor. Era una mujer que había sufrido la pérdida de varios seres queridos, estaba habituada a la muerte, pero eso la había hecho más fuerte en vez de más frágil. Moore podía ver que en gran parte se debía al amor entre ella y Kane. Hacían muy buena pareja, una pareja de guapos, y aunque a Juliana obviamente le gustaba Londres, deseó que pudieran volver a su vida de Nueva York pronto. Era evidente que a Juliana le había hecho mucho bien y aquí les quedaban muy pocas cosas. La casa de Bond no era sitio para ellos, tenía demasiados fantasmas escondidos en los rincones.

Encendió un cigarrillo y volvió a mirar el diario. Ese libro también estaba lleno de fantasmas: en sus páginas vivía un fantasma de sí mismo en una vida anterior, igual que el de todos los demás. Lo cogió y sintió el peso de las palabras de Bond sobre el papel. No había leído mucho. Las primeras páginas le habían entretenido, de una forma extraña. Eran una mirada atrás a aquellos primeros días del caso Whitehall, muchos de cuyos detalles había olvidado. Pero cuando había llegado al viaje de Bond a los fumaderos de opio del East End, había cerrado el libro y había preparado más té. Había partes del alma de un hombre que otro no debería ver, ni siquiera después de su muerte. Su dilema era, por supuesto, que Thomas Bond claramente había querido que leyera su historia y eso era lo que le hacía dudar.

Volvió a coger el libro y miró la primera página una vez más. La caligrafía era una burla de la habitual buena letra de Bond que Moore conocía tan bien de tantos informes. Thomas había estado muy enfermo al final, no solo de la melancolía que obviamente sufría, sino que también tenía septicemia, de los cortes que los médicos del hospital suponían que eran producto de algún

tipo de extraño tratamiento que había probado para aliviar sus dolores de espalda. También había quedado claro, por la pipa encontrada al lado de la cama, que Bond se había vuelto adicto al opio para sobrellevar los síntomas. Fuera lo que fuera lo que contenían esas páginas no era un relato escrito por un hombre en dominio de sus facultades.

Se sirvió otra taza de té de la tetera mientras fumaba, sopesando los pros y los contras. Tenía que decidir si seguir leyendo el libro o destruirlo. No había término medio. Era un hombre curioso (eso era, después de todo, lo que le había hecho tan buen detective) y sabía que si lo guardaba en un cajón en alguna parte, llegaría el día en que miraría aquellas páginas otra vez. Era ahora o nunca.

Se quedó ahí sentado varios minutos. Luego, cuando terminó de fumar, se puso de pie y llevó el libro hasta la estufa. Abrió la puerta de metal y antes de que pudiera cambiar de opinión, tiró el diario dentro. Sintió una inmediata oleada de satisfacción. El Thomas Bond que lo había escrito, que había querido que él lo leyera, no era el Thomas Bond que él había conocido, el hombre al que había estado orgulloso de llamar amigo y colega. Ese hombre era callado y privado, no una persona que vertiera su vida en unas páginas para que otros las leyeran.

Miró hacia la calle, al brillante y espléndido día. El pasado, pasado era. No tenía tiempo para él. Todo el mundo estaba en el futuro. Mientras el libro se convertía en cenizas, cogió su sombrero y salió fuera. El mañana traería más investigaciones en el ferrocarril, pero por hoy disfrutaría simplemente de estar vivo.

SOUTH LONDON PRESS
14 DE JUNIO DE 1902
MACABRO DESCUBRIMIENTO
PRESUNTO ASESINATO Y MUTILACIÓN EN LAMBETH

A primera hora del sábado por la mañana se produjo un terrible descubrimiento en Lambeth. Charles Whiting, un fogonero que trabaja para Messer Doulton, salía del trabajo en dirección a Salamanca Alley, una callejuela estrecha y mal iluminada, donde se topó con los restos de una mujer joven desperdigados por la calle. Llamó inmediatamente a un agente de policía y los restos se trasladaron al depósito de cadáveres de Lambeth, a muy poca distancia del lugar.

THE TIMES OF LONDON
19 DE JUNIO DE 1902
DESCUBRIMIENTO DE RESTOS

Ayer, el Dr. Michael H. Taylor, forense en funciones, retomó su investigación en Lambeth para intentar dilucidar las circunstancias de la muerte de una mujer desconocida, cuyos restos mutilados fueron encontrados... en Salamanca Alley.

LEAVESDEN. JULIO DE 1902
AARON KOSMINSKI

EVALUACIÓN

El paciente ha experimentado una súbita y notable mejoría a lo largo de las dos últimas semanas. Desea ver a su hermana otra vez y sus inquietudes han cesado casi por completo. Las pesadillas que le han atormentado durante más de dos años se han calmado.

Cuando se le pregunta por la repentina disminución de sus ansiedades, todo lo que dice es: «Se ha ido a América. Demasiado lejos para verlo». No hemos conseguido que diera más explicaciones y recomiendo que los celadores no intenten presionarle más pues podría afectar a su actual estado de equilibrio.

Aún muestra cautela cerca del agua pero ahora se lava y come con los demás pacientes. Permite al personal tocarle cuando es necesario, sin fuerza.

No estoy convencido de que este paciente vaya a estar nunca lo suficientemente bien como para salir de Leavesden, pero sí creo que si esta mejoría continúa y no vuelve a recaer en la forma más grave de su afección, entonces podría muy bien progresar aún más y vivir una vida relativamente satisfactoria aquí como parte activa de la comunidad que el personal desea crear.

EPÍLOGO

The Times of London

3 de marzo de 2001

MIEDO A UN POSIBLE DESTRIPIADOR
TRAS HALLARSE UN SEGUNDO CUERPO

SCOTLAND YARD teme que un nuevo asesino en serie obsesionado con las prostitutas pueda andar suelto tras descubrirse un segundo torso desmembrado en las vías fluviales de la ciudad en menos de dos meses. Los detectives creen que este nuevo Destripador puede estar guardando algunas de las extremidades mutiladas como trofeos, ya que faltan ciertas partes del cuerpo de ambas mujeres.

The Times of London

7 de marzo de 2001

CUNDE EL PÁNICO ANTE UN
DESTRIPIADOR AL ENCONTRAR OTRO
CUERPO EN EL TÁMESIS

EL HALLAZGO del cuerpo de una tercera mujer en una de las vías fluviales de Londres en menos de tres meses desata el temor a que exista un asesino en serie del estilo del Destripador, que asesina a prostitutas antes de tirar sus cuerpos a los ríos o canales de la capital.



Sarah Pinborough nació en Milton Keynes, Reino Unido en 1972

Sarah Pinborough (Buckinghamshire, 1972) es una escritora británica, conocida por sus novelas de horror y misterio, aunque también ha publicado varios libros de fantasía juvenil bajo el seudónimo de Sarah Silverwood.

Debido a la carrera de su padre como diplomático, gran parte de la primera infancia de Sarah la pasó viajando en el Oriente Medio. Desde la edad de ocho hasta los dieciocho, Sarah asistió a un internado, que ella afirma que ha influido en su escritura.

Pinborough se preparó para ser maestra de la escuela secundaria después de un breve matrimonio, mientras sigue escribiendo sus novelas. Enseñó durante tres años en el Lord Grey School antes de pasar a Lea Manor High School en Luton. Vive en Londres.

Ha sido ganadora del British Fantasy Award de relato, y tres veces finalista del de novela. También ha sido nominada al World Fantasy Award. Como guionista ha escrito para series de la BBC y tiene una película de terror en desarrollo. Además es la autora de una trilogía policíaca que está siendo adaptada a serie de televisión.

Índice de contenido

[Sobre este libro](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[EPÍLOGO](#)

[Sobre la autora](#)

[Índice](#)

[Créditos](#)

© Primera edición: abril de 2020

Título Original: MURDER © by Sarah Pinborough (2013)
Published by arrangement with Quercus Editions Ltd (UK)

Editorial Hidra S.L.

© De esta edición: 2020, Editorial Hidra, S. L.

editorialhidra@editorialhidra.com

www.editorialhidra.com

© De la traducción: Guiomar Manso de Zúñiga

BIC: FFH

ISBN: 978-84-18002-92-2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser ni total ni parcialmente reproducida, almacenada, registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, ni mediante fotocopias o sistemas de recuperación de la información, o cualquier otro modo presente o futuro, sin la autorización previa y por escrito del editor.